ALFONSO CRESPO





BANZER, el destino de un soldado

BANZER,
EL DESTINO DE UN SOLDADO

Alfonso Crespo

BANZER,
el destino de un soldado

– 1999 –

Primera edición: febrero, 1999.

Av. Corrientes 545, 2° piso
1043 Buenos Aires
Printed in Argentina

Rústica 987-43-0441-3
Fina 987-43-0442-1

A Gastón Arduz Eguía y
Mario Lara Carrasco,
generosos amigos,
siempre presentes en la redacción de mis libros.
A.C.

INDICE

Esta es la historia de unas tierras escondidas
en el corazón de Sudamérica y
de unos hombres enamorados de lo imposible.
Fueron lo desconocido y, tal vez por estar dormidos,
sus sueños de tesoros fabulosos viajaron
por las nubes hasta acicatear la ambición de los conquistadores
y el fervor de los misioneros cuyo rumor de espadas y letanías se iba aproximando.

Lo cierto es que desde dos entradas opuestas,
el Pacífico por el Perú y el Atlántico por el Río de la Plata,
los bravos españoles caminaron sin reposo, midiendo el continente paso a paso,
en pos de su objetivo, de fortuna los soldados y de almas los frailes.

Cuando se encontraron en Mojos y Chiquitos,
al esfumarse el espejismo del Gran Paititi,
quedaron por sortilegio del amor, en esos campos pródigos
en amaneceres luminosos y crepúsculos de fuego,
gallardía y belleza en la fusión de las razas,
en arte y colorido de sus templos de cantarinas espadañas
y los sones sagrados de corellis chiquitanos.

Más tarde llegaron hombres atraídos por otras riquezas;
el oro, el árbol de la goma, la quina, maderas,

piedras preciosas y seductoras mujeres.
El hechizo era idéntico.

Hoy, el rumor cadencioso de las salmodias
está asordinado por el prosaico bramar de aviones y tractores.
Se esfuman los románticos senderos que serpenteaban
en los bosques umbríos. Ha llegado la civilización moderna.

En este libro se intenta perfilar a algunos extranjeros y bolivianos
que participaron en el proceso creador.
Entre ellos, un chiquitano que consagró su vida al servicio
de ese ideal.
Se ha procurado mostrarlo con objetividad
en el juicio de sus aciertos y errores,
siguiendo sus trazas por el largo camino que le condujo
del autoritarismo a la democracia.
Un hombre que sobre todas las cosas, ama a Bolivia.
Y que expresó un día reciente:
"Estoy contento de haber nacido en la época y lugar donde nací:
una época en que reinaba la democracia,
pese al régimen autoritario de Bautista Saavedra.
"Espero morir con la democracia para siempre consolidada
en nuestro país.
"¡Qué mejor destino para un boliviano!"

Capítulo I
El ancestro histórico

En pos de la Quimera

En un principio fueron los españoles.

Por uno de esos azares frecuentes de la historia, fue en el Paraguay donde se originó la futura integración de la zona oriental con la cordillera andina.

En efecto, en 1548, el capitán español Domingo Martínez de Irala salió de Asunción, cruzó el Chaco y llegó hasta el río Parapetí. Su objetivo era descubrir la "sierra de la plata", vale decir, el lugar donde las montañas celebran fabulosas riquezas.

Para su desencanto, al vadear el río Guapay, Irala se enteró de que otros españoles salidos de Lima, le habían precedido y explotaban ya una montaña de plata, Potosí. Fiel vasallo de Su Majestad, decidió que uno de sus lugartenientes llamado Ñuflo de Chávez, se encaminara rumbo a Lima para obtener del Virrey que se le concediera, por lo menos, la gobernación de los territorios orientales que él había atravesado.

Ñuflo de Chávez y tres acompañantes trasmontaron arduamente la cordillera de los Andes y lograron llegar a Lima el 7 de diciembre de 1548. La gestión no tuvo éxito y Ñuflo de Chávez emprendió por la misma ruta, el viaje de retorno a Asunción, periplo que aún hoy es motivo de asombro. Siempre al servicio de Irala, en 1557, remontó el alto Paraguay hasta el río Jaurú, en cuya ribera fundó Puerto Paravenes. Luego se internó hacia el oeste, a través de los territorios de Mojos y Chiquitos, enfrentando a las tribus bárbaras que se oponían a su tránsito.

A la muerte de Irala, le sucedió Gonzalo de Mendoza, para gran contrariedad de Ñuflo de Chávez, quien decidió crear una provincia independiente de las autoridades españolas del Río de la Plata. Con ese pro-

pósito partió de Asunción a la cabeza de ciento cincuenta soldados, cruzó las selvas de los Itonamas y llegó a orillas del Guapay.

En 1559, fundó una ciudad, Nueva Asunción, en los llanos de Grigotá; pero salió a su paso Andrés de Manso, a quien el virrey Antonio Hurtado de Mendoza había encomendado ocupar las regiones que se extienden entre los ríos Paraguay y Bermejo, o sea el actual Chaco Boreal. Para zanjar el conflicto, ambos acordaron someterse al fallo del Virrey. Chávez volvió a escalar los Andes, logró la creación de una provincia independiente del Paraguay que abarcaba los territorios de Matto Grosso, Mojos y Chiquitos. Con sus títulos en el morral, volvió a los llanos de Grigotá y, en 1561, fundó la ciudad de Santa Cruz de la Sierra.

Expuesta al asedio de aborígenes selváticos, la primitiva población obtuvo del virrey de Perú permiso para trasladarse a un sitio más propicio. La tarea fue encomendada a Lorenzo Suárez de Figueroa y al capitán Gonzalo Solíz del Olguín, quienes finalmente suscribieron el acta de fundación de la actual Santa Cruz de la Sierra.

En los siglos posteriores, numerosas expediciones, en su mayoría provenientes del Paraguay, transitaron por los territorios de Chiquitos y Mojos, siempre en busca de míticos tesoros. Integradas por españoles y bajo el mando de guerreros indomables como Juan de Ayolas y Alvar Núñez Cabeza de Vaca, esas expediciones consumaron hazañas que todavía provocan pasmo. Dominaron tierras ignotas, acosados por el clima tropical y tribus hostiles. Avanzaron sin rumbo fijo, cruzando bosques y cenagales, cargando sus armas, corazas y vituallas, con fatiga en el cuerpo y ardor en la mente. ¡Cuántas peripecias perdidas en el recuerdo y cuántos héroes que sucumbieron en esas empresas alucinantes, sin que quedara rastro de sus odiseas!

Pisando las huellas de esos españoles, acudieron otros aventureros europeos. Entre ellos la historia ha retenido el nombre de un alemán, Ulrico Schmidl, natural de Baviera, que un día de 1534, partió rumbo a América "por voluntad de Dios". En realidad, venía contratado por la famosa firma Wesler, interesada en las posibilidades lucrativas del nuevo continente.

Schimdl tenía más cualidades de guerrero que codicia de comerciante. Apenas llegado al Paraguay, se alistó en sucesivas expediciones

que, remontando los ríos Paraná y Paraguay, al mando de Ayolas y Núñez Cabeza de Vaca, exploraron la zona de Chiquitos, hasta San José y la laguna Gaiba. Su objetivo esencial era llegar a la sierra; pero ésta se mostraba tan inalcanzable como un espejismo.

Ulrico Schmidl fue probablemente el primer alemán que llegó a tierras chiquitanas y recorrió sus vastas extensiones. En fugaces romances con mujeres aborígenes, es posible que hubiera sembrado descendencia en quién sabe cuán remotos rincones, de modo que hoy en día, sin sospecharlo, muchos cruceños rubios quizá llevan la sangre del ardoroso y andariego alemán. Fue el precursor de los teutones que más tarde acudirían a tierras orientales en número mayor que cualesquier otros de origen europeo, fundando familias, laborando por su progreso.

En cuanto a Ulrico Schmidl, escribe Alberto Crespo: "Casi veinte años pasaban desde que partió hacia las Indias, atraído por la ambición y el deseo de fortuna. Iba a conquistar una riqueza. Lo único que encontró fue una tierra de vegetación impenetrable, sin agua, sin alimentos, donde tenía que vivir noches y días infinitos, esperando el ataque de los indios, las enfermedades y, al final de todo, cuando ya parecía que la riqueza estaba al alcance de las manos, la orden de volver. El fracaso".

Quizá Schmidl no lo juzgaba así. Había satisfecho el impulso recóndito que induce a algunos hombres a cortejar lo desconocido, la aventura por la aventura misma. Después de veinte años retornó a su país llevando para siempre la imagen de esos horizontes perdidos.

En 1580, el Virrey encomendó a Lorenzo Suárez de Figueroa la gobernación de Santa Cruz de la Sierra. Tarea ardua y peligrosa porque tuvo que contener los asaltos de los indios chiriguanos que asolaban la región. Emprendió expediciones en la zona comprendida entre los ríos Guapay y Piraí, conocida con el nombre de Grigotá. No ya en búsqueda de utópicos "Paititis" sino al servicio de Su Majestad el Rey. En esa época aún no habían llegado los jesuitas y Grigotá era una zona inexplorada, cuajada de peligros. Suárez de Figueroa asentó la soberanía española, fundando la ciudad de San Lorenzo el Real, luego trasladada al paraje denominado Punta de San Bartolomé.

Posteriormente encabezó sucesivas expediciones exploratorias en la región de Mojos, en las que, al parecer, don Lorenzo se solazaba y en

las que insistió hasta que tuvo una edad avanzada. Murió en Santa Cruz, dejando numerosa descendencia, integrante de la estirpe Suárez, presente en la historia de Bolivia, desde la Colonia hasta nuestros días.

A ella pertenecía el coronel Antonio Suárez, nacido en 1782 en la ciudad de Santa cruz, hijo de un capitán del mismo nombre, miembro de las Milicias Reales. Al igual que Lorenzo, su lejano antecesor, Antonio prestó sus servicios en las guarniciones españolas de Chiquitos, primero y en el fuerte de San Carlos de Saipurú, después.

A inicios del siglo XIX comenzaron a soplar vientos libertarios en el Alto Perú. El 25 de mayo de 1809, Chuquisaca dio el ejemplo proclamando la independencia. Al año siguiente, el 24 de septiembre correspondió el turno de Santa Cruz, donde se organizó una junta de gobierno que tuvo corta vigencia. Disuelta la junta, Antonio Suárez se internó en la región de Chiquitos, encabezando una guerrilla que, en 1813, ocupó fugazmente la ciudad de Santa Cruz, para dispersarse luego.

Cuando advino la independencia, el coronel Suárez fue designado "mayor de plaza" de Santa Cruz y, en 1832, el Protector Andrés de Santa Cruz, le nombró gobernador de la provincia de Valle Grande. La derrota de las fuerzas de la Confederación Perú-Boliviana en 1839, motivó que abandonase toda actividad política para retirarse a una estancia en la actual provincia de Warnes.

Ad majorem Dei gloriam

Recién en la actualidad, se comienza a ponderar la trascendencia histórica de las misiones jesuíticas en Mojos y Chiquitos, y el papel capital que desempeñaron en el arraigo de las regiones amazónica y oriental de lo que es ahora el territorio de Bolivia.

Fue loable que la Corona española autorizara, por Cédula Real del 14 de diciembre de 1597, el ingreso de los jesuitas del convento de Juli (Perú) vía Charcas, en el territorio de Mojos y Chiquitos. Antes de esa fecha, habían fundado más de treinta misiones en el Paraguay.

Estos asentamientos religiosos afirmaron explícitamente la soberanía de España, deteniendo el expansionismo portugués. De no haber sido así, es posible que los departamentos de Santa Cruz, el Beni y Pando

pertenecieran hoy al Brasil. Se trataba nada menos que de cerca de medio millón de kilómetros cuadrados, surcados por los ríos de las hoyas del Amazonas y del Plata, zonas dotadas de ingentes recursos naturales y capaces de absorber en el futuro varias decenas de millones de habitantes.

Ejemplo de la política expansionista del Portugal fue la fundación en la margen occidental del río Paraguay, del fuerte militar de Albuquerque en 1770, de Nueva Coimbra en 1775 y de Corumbá en 1778, en la orilla oriental de aquel río. En el siglo anterior, incursiones de bandeirantes fueron repelidas por los españoles y nativos de Santa Cruz.

Entre los misioneros de aquel tiempo, se destacaba el jesuita español José de Arce, llegado al Paraguay en 1689. Al año siguiente, emprendió una expedición hasta el río Guapay y fundó la misión de La presentación de Nuestra Señora. En 1691, otra en San Ignacio, y una tercera, San Francisco Xavier, en 1692. En años posteriores añadió a sus misiones San Rafael, San José, San Juan Bautista, Concepción, San Miguel, Santiago, Santa Ana y Santo Corazón. Una conjunción celestial.

Por su situación central, la misión de San Ignacio fue la más floreciente, pues se convirtió en punto de arranque de futuras exploraciones en la zona sur y oriental de la región. Quedó tendida una red importante de caminos que ligaban las poblaciones de Caiza, Chimeo, Guacangri y otras situadas sobre el río Pilcomayo. Tan proficua fue la obra apostólica de los jesuitas que diversas tribus nativas como los chiriguanos, penoquíes y otros solicitaban su presencia, a tal punto que, a principios del siglo XVIII, la Compañía de Jesús contaba con más de treinta reducciones. Al respecto, es definitivo el juicio del gran explorador Alcides d'Orbigny: "Se ha hablado mucho de los establecimientos jesuíticos en el Paraguay, pero nunca se dijo palabra de sus misiones muy considerables en Chiquitos y Mojos. Las del Paraguay no deben ser tomadas como modelos de las misiones que los jesuitas fundaron en estas dos últimas regiones".

Refiere el historiador Luis S. Crespo: "La vida en estas reducciones era de trabajo y diversión. Los indios olvidaban sus penas y tristezas porque eran bien alimentados, presenciaban los ritos de la iglesia y bailaban bajo las enramadas, sobre un suelo cubierto de flores naturales". Además practicaban la equitación y el manejo de armas.

En efecto, Chiquitos y Mojos no fueron simples misiones religiosas sino focos colonizadores, culturales y económicos.

En su libro *Las misiones jesuíticas en Chiquitos,* Alcides Parejas Moreno relata que, en las reducciones, dos jesuitas eran responsables de cada unidad. El primero tenía a su cargo la enseñanza religiosa y el segundo, las tareas administrativas. Asimismo, un cacique nativo, en representación de los indígenas se encargaba de resolver asuntos de menor cuantía. Así funcionaba una suerte de "cogobierno", fórmula desconocida en otros ámbitos del sistema colonial.

Los jesuitas instruían a los nativos en labores agrícolas y artesanales, así como también en música y arquitectura. En los campos aledaños se cultivaba algodón, arroz, tabaco y caña de azúcar. Las vestiduras provenían de telares de la propia comunidad. La región era feraz; aparte de la ganadería, producía el codiciado añil, vainilla y aceites utilizables para el tinte.

Toda familia recibía una parcela cuyo producto era entregado a la comunidad, bajo la supervisión del misionero. Este procedía cada quince días al reparto de carne, vestidos y medicinas. Participaban del beneficio los ancianos, enfermos, viudas y niños; acogidos a un sistema primitivo pero eficaz, de lo que más tarde se denominó seguridad social.

Se fundaron quince misiones en Mojos, con una población de veinticinco mil habitantes; y diez en Chiquitos, con unos veinte mil pobladores. Las misiones estaban alejadas unas de las otras, en un territorio de arduo acceso, sin caminos y habitado por tribus indígenas a menudo hostiles.

España esgrimió como uno de los objetivos de la Conquista la evangelización de los pueblos paganos; pero los misioneros se percataron de que sería imposible erradicar totalmente las creencias y supersticiones aborígenes y llegaron a la conclusión de que el cristianismo sería admitido sólo si se adaptaba a las culturas nativas. Así procuraron hacerlo, según lo atestiguan las misiones de Mojos y Chiquitos.

En 1767, el rey de España, Carlos III, incurrió en el error histórico de disponer la expulsión de los jesuitas. Anteriormente, esta congregación había sido suprimida en los reinos de Portugal en 1759; y de Francia, en 1764.

La orden fue abolida por el Papa en 1773 y no sería restablecida sino en 1814. Está fuera de duda que dicha medida obedeció a la presión de las cuatro coronas borbónicas que constituían el *pacto de famili.*

Escribe Gastón Arduz Eguía: "Más que la influencia de los 'liberales' que los acompañaban (Aranda, Floridablanca), primó en el ánimo de Carlos III la resistencia de los jesuitas a someterse al tratado suscrito con el Portugal, conforme al cual España cedía al Portugal territorios que eran parte de las misiones, a cambio de recibir 'la colonia del Sacramento' fundada por los portugueses en las narices de Buenos Aires. Esto era importante porque España recelaba ataques por parte de los ingleses en esa zona, quienes se entendían bien con el Portugal. Esa fue la razón principal para la fundación del virreinato de Buenos Aires, en 1776".

La expulsión de los jesuitas repercutió negativamente para los intereses de España. Muchos de los expulsados eran criollos, es decir americanos descendientes de españoles. Privados de sus misiones se radicaron en Europa, en especial en Italia, e iniciaron una taimada y persistente campaña contra la corona española difundiendo la después denominada "leyenda negra" que desde entonces ha desmedrado la imagen de la conquista de América. Esos jesuitas persuadieron a muchos americanos residentes o de tránsito en Europa, entre ellos Simón Bolívar, acerca de lo imperioso que era sacudir el yugo español y vivir en la independencia. Una venganza "jesuítica". Esa labor de zapa ejerció menguado impacto en Santa Cruz. La población, con predominio de sangre española y relativamente al margen de lo que acontecía en Chuquisaca o La Paz, mantuvo su simpatía por la corona. Ello no fue óbice para que el 24 de septiembre de 1810, el pueblo cruceño destituyera a las autoridades españolas. Entretanto, el ejército libertador argentino, al mando de Manuel Belgrano, había incursionado en el Alto Perú. Belgrano destacó al guerrillero coronel Ignacio Warnes, quien el 25 de mayo de 1814, derrotó a los españoles en la batalla de La Florida, para ser luego vencido en Pari, donde halló gloriosa muerte.

Después de la guerra de la Independencia, el aporte de Santa Cruz a la creación y consolidación de la nación boliviana revistió otras facetas: contener a las tribus bárbaras que asediaban a las poblaciones e impedir el infiltramiento de los extranjeros que merodeaban en la frontera.

Desde esa época, Santa Cruz es el nexo dinámico entre la región andina y el oriente. Un centinela de avanzada cuya significación fue acentuada en 1932, cuando sirvió de base de apoyo a las tropas que descendieron del Altiplano para defender el Chaco. Despojada del oriente, Bolivia apenas sería viable. El oriente constituye más del cincuenta por ciento del territorio nacional: desde las últimas estribaciones de la cordillera de los Andes hasta la región de Matto Grosso, en el Brasil; desde los ríos Madera y Abuná, en el norte, hasta los confines del Chaco, en el sur. O sea, la totalidad de los departamentos de Pando, Beni, Santa Cruz y parte de Cochabamba y La Paz.

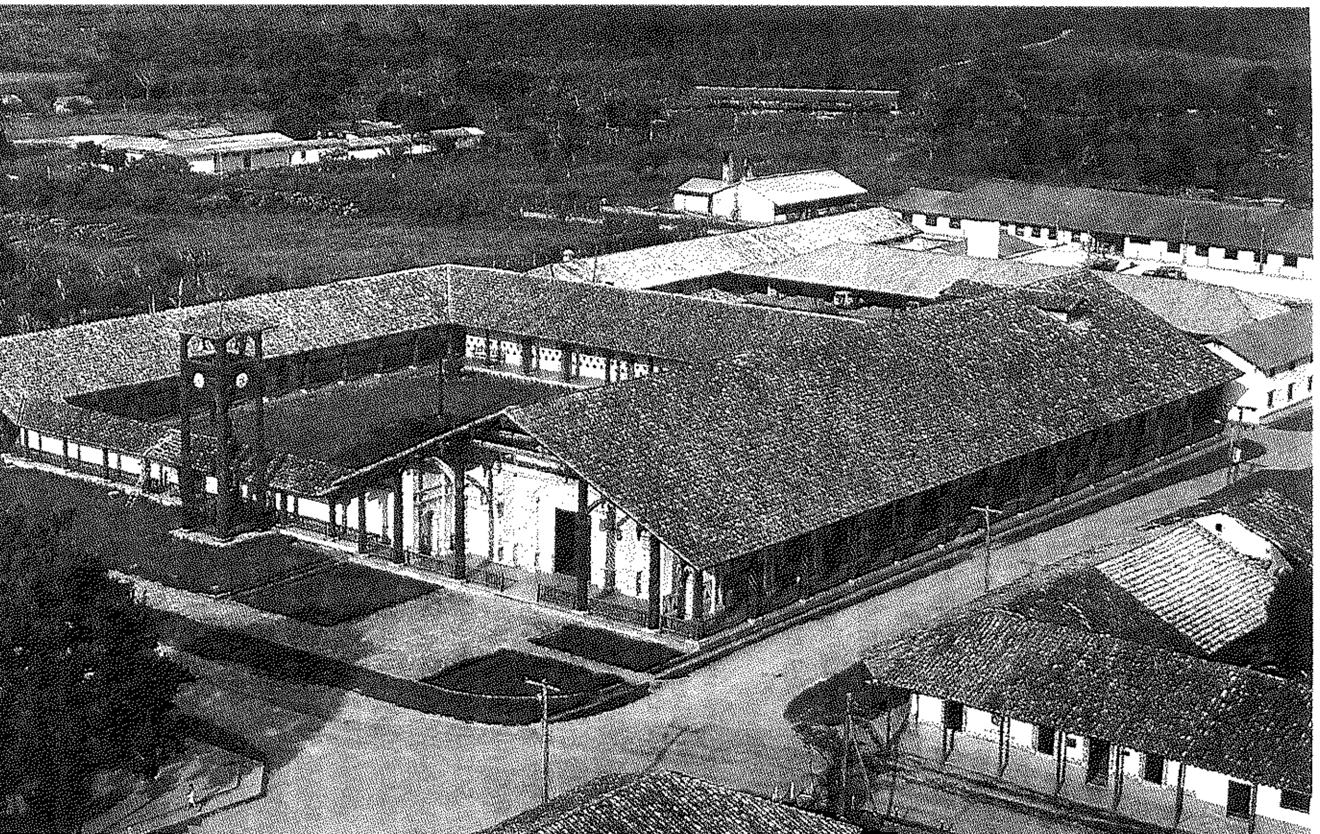
En palabras de Plácido Molina Barbery: "En el oriente boliviano, es decir, en el área aproximada de 800 mil kilómetros cuadrados, descubiertos, recorridos, poblados y civilizados por obra de Santa Cruz de la Sierra, se halla el teatro de la Patria del futuro, en la que fueron creadas condiciones esenciales de convivencia y de trabajo, sin las cuales no se podría ahora planificar, así fueran muchos más los millones de dólares de las planificaciones". Enumera luego las condiciones que reúne Santa Cruz: unidad racial, comunidad cristiana, unidad lingüística y "un nuevo ordenamiento social sustancialmente democrático".

La otra vertiente

Por su estructura geográfica, Bolivia es un país dividido en dos regiones. En primer lugar, la occidental o andina, con gravitación hacia el océano Pacífico. Situadas como están las minas en esta zona, es lógico que su producción sea exportada por esa vía y que, en general, sus comunicaciones con el mundo exterior hayan tomado ese rumbo hasta la fecha. Los empeños para recuperar el mar, aparte de su factor emocional, tienen también esa motivación.

Pero Bolivia no es sólo la región occidental, o sea el altiplano y los Andes. La mayor parte de su territorio se extiende sobre la región oriental, es decir Santa Cruz, Beni y Pando, que por ley de la geografía, gravitan hacia los ríos Amazonas y de la Plata, o sea hacia el océano Atlántico.

Hasta la guerra del Chaco, el oriente estaba débilmente vinculado con el resto del país. La falta de comunicaciones adecuadas, las enormes



Iglesia jesuítica de Concepción. (Fotografía de Willy Kenning).

distancias y la carencia de incentivos económicos motivaban que esos departamentos ejercieran una influencia escasa en el desarrollo del país.

La situación ha variado radicalmente en las últimas décadas. Frente a la decadencia de la industria minera, coincidente con el desarrollo petrolífero, industrial, agrícola y ganadero de Santa Cruz y el Beni, el eje económico del país viene desplazándose hacia esa región. Como resultado, Bolivia que hasta la fecha pertenecía al conjunto andino, o sea el Pacífico, precisará de una mayor vinculación con los países de la cuenca del Plata. La geografía se rige por leyes propias.

Debe recordarse que Bolivia fue a la guerra del Chaco por acceder a una salida propia al Atlántico. Sin renunciar a su salida al Pacífico, busca ahora complementar aquel propósito utilizando la hidrovía Paraguay-Paraná, como miembro de pleno derecho de la cuenca del Plata y Estado asociado al Mercosur.

Los precursores

Seis eminentes ciudadanos, orientales cuatro de ellos, un potosino, y el último, cochabambino, percibieron el problema y se empeñaron en buscar una solución, mediante su acción personal. Sin pronunciar discursos, se lanzaron por su cuenta y riesgo a la tarea de conectar el país con el Atlántico, sea por el Amazonas o el Plata. Cinco de esos personajes pertenecen al pasado, el sexto es contemporáneo. Sus nombres: Miguel Suárez Arana, Nicolás Suárez, Antonio Vaca Diez, Benigno Lara, Daniel Campos y Joaquín Aguirre. Sus proezas fueron de diversa naturaleza, pero todos apuntaban hacia idéntico fin: abrir para Bolivia otros caminos hacia el océano. En realidad, el problema de la vinculación de Bolivia con el Atlántico ha sido preocupación de varios ilustres ciudadanos, que precedieron a los recién mencionados. Ellos están enumerados puntualmente por José Luis Roca en su prólogo al libro *José Ballivián y el oriente boliviano* de Javier Groof Greever. Los aquí citados completan la nómina.

Miguel Suárez Arana nació en Santa Cruz en 1834. Después de cursar sus primeros estudios en su ciudad natal, ingresó a la Universidad de San Francisco Xavier de Sucre. No alcanzó a graduarse de abogado pues, comprometido en una intriga política, se vio obligado a refugiarse en la Argentina.

Tras varios años de ausencia, retornó al país bajo el gobierno de José María Linares. Traía una idea: Bolivia debía explorar la posibilidad de ligar sus departamentos orientales con su salida natural, los ríos que nacen en ellos y desembocan en el Amazonas o en El Plata.

Cupo al presidente Tomás Frías designar a Suárez Arana gobernador de la región aledaña al río Mamoré con la misión de estudiar las posibilidades de su navegación hasta el Amazonas. Labor cumplida: Suárez Arana recorrió el Mamoré hasta tropezar con las famosas "cachuelas" (cascadas que obstaculizan el tránsito). Publicó sus experiencias en un folleto titulado "Exploración del nuevo Guapay". Recomendaba la vía del Río de la Plata como la única salida factible para llegar al mar.

En 1874, es decir cinco años antes de la guerra del Pacífico, presentó al gobierno de Frías un plan de colonización de la región sudeste del país, a partir de Santa Cruz y Sucre. En él preconizaba la creación de una empresa en la margen occidental del río Paraguay. Hombre de acción, se trasladó por sus propios medios hasta esa región y fundó Puerto Suárez, el 10 de noviembre de 1875. Antes tuvo que vencer la indolencia de las autoridades a las que el problema no interesaba.

Un tiempo después avanzó aguas abajo hasta Bahía Negra y obtuvo algunas concesiones de tierras en la región. Recién entonces se despertó el apetito de funcionarios del gobierno que anularon esta operación para transferirla en favor de una ficticia firma extranjera. Suárez Arana defendió con energía sus derechos y obtuvo que los tribunales le hicieran justicia; mas para librarse de este cruceño testarudo, el gobierno le encomendó una misión diplomática en la Argentina. Allí organizó una comunidad de inmigrantes destinados a Santa Cruz. Además adquirió con fondos propios una pequeña flota de lanchas fluviales y remontó el Paraná y el Paraguay para acabar fundando Puerto Pacheco.

Lejos de amainarse, recrudeció en Bolivia la oposición a Suárez Arana. Aprovechando sus ausencias y el tiempo que empleaba en el terreno, el gobierno volvió a anular las concesiones, clausuró su empresa y embargó sus bienes, aduciendo cargos banales. Beneficiándose de ese desconcierto, el Paraguay ocupó militarmente Puerto Pacheco y desalojó a las autoridades bolivianas, que no protestaron por el atropello.

Sin que nadie reconociera sus servicios, Suárez Arana murió en la pobreza, en 1893.

El suyo fue uno de los múltiples ejemplos de la suerte que espera a quienes intentan empresas de beneficio para el país, pero que logran únicamente atraer sobre sí la incomprensión o la envidia.

Otro Suárez digno de mención es Nicolás, aquél de la campaña del Acre. Figura prócer, su nombre está ligado a la historia de la heroica y abnegada lucha contra el anexionismo brasileño, ávido de apoderarse de un inmenso territorio de explotación gomera.

Desde 1870, Nicolás y sus hermanos, oriundos de la región, se dedicaron al comercio de la quina y otros productos. La empresa que crearon tenía sede en Londres y sucursales en varias localidades del oriente boliviano. Fue la firma comercial más importante del Acre y Beni.

Al morir sus hermanos, Nicolás tomó a su cargo la gerencia. Fundó el campamento Cachuela Esperanza desde el cual emprendió varias expediciones en las zonas selváticas circundantes, pobladas por la tribu salvaje de los Caripunas, que hostigaban a los navegantes del río Beni. Sus negocios prosperaron. Cuando estalló el conflicto del Acre, provocado por la insurgencia de filibusteros brasileños, Nicolás Suárez organizó y costeó con su propio peculio un contingente armado, El Porvenir, con el cual logró rescatar la población de Bahía, hoy Cobija. Su ayuda a las fuerzas expedicionarias bolivianas fue imprescindible, desde el apoyo armado hasta la provisión de alimentos y medios de transporte.

Designado subdelegado nacional en el Beni y Madre de Dios, Nicolás Suárez preservó, gracias a su energía y sacrificios personales, gran parte de un territorio que, de otro modo, habría caído en manos del Brasil. Desmedró su fortuna en este empeño, sin pedir jamás recompensa ni honores. Fue, sin duda, el más ilustre de los Suárez.

Nicolás Suárez estuvo un tiempo asociado con Antonio Vaca Diez, un beniano nacido en 1849. Médico graduado en San Francisco Xavier, autor de varios ensayos científicos y literarios, percibió, él también, el llamado de la selva. Hizo fortuna con la explotación del árbol de goma y fundó en Londres, junto con Suárez, The Orthon Rubber Bolivian Company, con el aporte de capitalistas británicos.

Su espíritu pionero lo indujo a adquirir en Europa lanchas a vapor que fueron las primeras que surcaron los ríos Beni, Orthon y Madre de Dios. Persuadido de que el Acre atraería tarde o temprano la codicia del Brasil, contrató quinientos inmigrantes españoles a quienes pagó el viaje, así como a técnicos ingleses y alemanes. Los españoles no llegaron a Bolivia, tentados por las promesas del gobierno brasileño que los retuvo en Manaos, y del gobierno peruano que a su vez los radicó en Iquitos.

Elegido senador por el Beni, Vaca Diez sometió al Congreso diversos proyectos de vinculación caminera y fluvial destinados a conectar el oriente con la región andina. Estaba adelantado respecto a su época pues sus iniciativas no encontraron eco. En aquel tiempo, la industria minera absorbía la preocupación de gobernantes y empresarios quienes veían al Beni "como una isla perdida en la inmensidad del océano", al decir del propio Vaca Diez.

Un día trabó amistad con otro explorador, el legendario peruano Carlos Fermín Fitzcarrald, llamado "el rey del caucho". Fue un encuentro sellado por el trágico destino pues acababan de conocerse cuando el pequeño barco llamado Adolfito, en el que navegaban en el río Urubamba, naufragó súbitamente y ambos perecieron ahogados. Fue una historia de amistad fatal.

Para completar esta referencia a la contribución de la estirpe Suárez a la nación boliviana, cabe mencionar a Luis Suárez Suárez, nacido en la ciudad de Santa cruz en 1864. Industrial radicado en el Beni, tuvo treinta y seis hijos, de los cuales catorce combatieron en la guerra del Chaco, en la que murieron dos de ellos.

Hay una anécdota poco conocida que es oportuno relatar. Mientras se encontraba en la misión de Guarayos, en el límite entre Santa Cruz y el Beni en 1904, Luis Suárez salvó la vida de un recién nacido a quien puso el nombre de Germán. Treinta años más tarde ese infante llegaría a ser presidente de Bolivia. ¿Su nombre completo? Germán Busch Becerra.

Luis Suárez murió en 1956, en Magdalena, capital de la provincia Iténez.

Este relato no podrá concluir sin mencionar a otros tres personajes, herederos de los anteriores. Se llamaban Daniel Campos, Benigno Lara y, en nuestros días, Joaquín Aguirre Lavayén, cuyos méritos justifican que integren la nómina de sus denodados antecesores.

El primero de ellos, Daniel Campos, abogado potosino graduado en la Universidad de San Francisco Xavier, parlamentario y munícipe, había sido actor y espectador de la guerra del Pacífico y del desmembramiento del Litoral. En lugar de lamentar plañideramente ese desastre, resolvió buscar una solución por sus propios medios. Y miró hacia el Atlántico.

En 1883 partió de Tarija a la cabeza de doscientos soldados, un científico francés, Arthur Thouar, y varios civiles, entre los que se habían infiltrado algunas mujeres. Su propósito era llegar al río Paraguay a través del Chaco. El francés había sido comisionado por su gobierno para ubicar los restos de un explorador de la misma nacionalidad, Jules Crevaux, asesinado unos meses antes por una tribu de indios tobas, a orillas del Pilcomayo.

Campos se aprestaba a un viaje azaroso. Siguió primero las orillas del Pilcomayo. Se internó luego tierra adentro, o sea en la región más inhóspita de Sudamérica, poblada de tribus salvajes: los tobas, matacos, chorotis, huisnaes y otros aborígenes que acosaron sin tregua a sus hombres e intentaban victimarlos como lo habían hecho con Crevaux. La expedición vivía bajo alertas y combates diarios, en un clima tórrido, con escasez de agua y alimentos. En las noches, nubes de mosquitos desvelaban a los exhaustos expedicionarios. El Pilcomayo no era navegable pues pronto se diluía en esteros pantanosos e infectos. Uno de sus afluentes tenía aguas salitrosas, que Campos bautizó como "río maldito".

Uno a uno los hombres de Campos iban cayendo bajo las flechas de los salvajes o se desplomaban minados por las enfermedades y el agotamiento. Así transcurrieron tres meses, durante los cuales se pensó en Bolivia que Campos y sus hombres se habían extraviado para siempre.

Una noche, el cuerpo expedicionario reducido a unas decenas de hombres macilentos, a unas cuantas mujeres y, extrañamente, también a un niño, creyeron divisar unas luces lejanas en la otra orilla del río Paraguay. En un principio pensaron que se trataba de una alucinación, pero al amanecer descubrieron que era un caserío. Fueron aproximándose hasta enterarse, con asombro, que habían llegado a Asunción, capital del Paraguay.

Tan azorados como ellos, los paraguayos les recogieron amistosamente. Les prestaron auxilios y celebraron su hazaña. Después de unas

semanas y ya repuestos, Campos y sus hombres, retornaron a Bolivia, esta vez por territorio argentino. En Buenos Aires, Campos publicó un libro *De Tarija a Asunción, Expedición Boliviana,* relato dramático y veraz de sus peripecias.

Además de poseer un espíritu audaz y aventurero, Campos era un poeta. Años después publicó un poema titulado "Celicha", nombre de una bellísima muchacha toba, con la que vivió un romance real. Es posible que Celicha y otras mujeres como ella, hubiesen guiado a los expedicionarios por esas rutas chaqueñas, traicioneras e impenetrables, en las que cincuenta años más tarde perecerían batallones íntegros del ejército boliviano en guerra contra el Paraguay. Celicha fue quizá para Campos lo que la Malinche para Hernán Cortés, una hermosa historia de amor y aventura...

El segundo, Benigno Lara, nació en San José de Chiquitos, en 1880, de padres cruceños, José Lara y Simona Extremadoiro, que fueron parte de una larga familia cuyas raíces se perdían en los tiempos de la fundación jesuítica. Esto es, cuando en 1698, los padres de Felipe Suárez y Dionisio Avila crearon San José, empleando una donación de don José Campero, marqués de Tojo, que también había contribuido con una importante suma de dinero para la fundación del colegio jesuítico de Tarija.

Benigno Lara hizo sus estudios secundarios y de Derecho en Santa Cruz, y mientras analizaba códigos, arrastrado por el impulso de su vocación, fundó el primer periódico que se publicó en Santa Cruz, *El correo del Plata,* cuyo título ya pregonaba la ruta fluvial del sur. Abogado y diestro en las letras de molde, puso sus petacas en una mula y montó en otra. Al cabo de un mes llegó a La Paz y siguió camino a Buenos Aires para enrolarse como redactor de un importante periódico porteño *El Diario.*

Era un caballero de mediana estatura, de rizado cabello sobre la frente, bigotes retorcidos y penetrante mirada. De bastón en mano, elegante en el vestir, se movía con gestos señoriales.

De regreso a Bolivia ejerció la abogacía en el bufete de José Carrasco y de ahí, en un canje secreto de billetes amorosos, conquistó a María, la hija y secretaria del líder liberal. Se casó con ella y tuvo seis hijos. Y como auxiliar del patricio Carrasco, entre expediente y expediente, concretó la fundación de un nuevo vocero político. Se fue a Buenos Aires a re-

coger la colaboración de *El Diario,* su nombre, sus moldes de impresión y regresó a La Paz a instalar lo que hoy es el decano de la prensa paceña.

A la muerte de Carrasco, Lara asumió la dirección. Entre otras disposiciones de moderno periodismo, organizó un singular grupo de escritores comprometidos para colaborar regularmente en una columna titulada "Palabras libres", donde todas las opiniones encontraban cabida. En esa época escribieron con él, y cada día de la semana, hombres de talento y renombre, José Luis Tejada Sozano, Alcides Arguedas, Armando Chirveches, Abel Alarcón, Fabián Vaca Chávez y Roberto Zapata. Esa fue una experiencia única en el periodismo boliviano. La columna se mantuvo durante varios años y constituyó una tribuna de civismo, una palestra para discutir problemas. Se ensalzaba lo meritorio y constructivo sin dar aliento a resentimientos sociales. Fue Benigno Lara quien orquestó ese esfuerzo. Una orquesta, como se ha dicho, con siete solistas.

A la hora de intervenir en política fue dos veces diputado por Chiquitos y después senador. Conociendo al hombre, no se esperaba sino lo que dio, una digna representación de su pueblo. Durante mucho tiempo *El Diario* llevó bajo su título el lema concebido por Lara: "Cada periódico es una división; cada escritor un general; cada suscriptor un soldado y cada anunciador una pieza de artillería en el ejército de la civilización".

Pocos sospechaban que detrás de ese legislador y periodista se recataba un espíritu semejante al que siglos antes había proyectado a otros hombres de acción para llevar adelante empresas que parecían irrealizables.

Cierto día, don Benigno dejó su máquina de escribir y sus libros para lanzarse a una aventura insólita. Viajó a Buenos Aires, adquirió un pequeño barco al que bautizó con el nombre de su esposa María y remontó el Río de la Plata, el Paraná y el Paraguay hasta anclar en Puerto Suárez. Allí fundó la empresa Lara, Navegación a Bolivia. Antes había obtenido autorización del senado para sus operaciones.

Dificultades financieras motivaron que al cabo de cierto tiempo ésta cesara de funcionar y se liquidara el barco María. No era un prurito comercial el que había impulsado a don Benigno a lanzarse a la aventura. Simplemente intentó abrir para su país una vía comercial al océano Atlántico, al igual que su ilustre antecesor Miguel Suárez Arana.

Luego organizó otra empresa de transportes terrestres desde la ciudad de Santa Cruz hasta la frontera con Brasil. Cabe imaginarse los sacrificios y esfuerzos que demandó esta aventura, en una región carente de caminos aptos para la circulación de camiones de llantas macizas y motores rudimentarios. Sin embargo, los vehículos llegaban desde Santa Cruz hasta Corumbá, por el mismo trazado que hoy tiene el ferrocarril que une ambas ciudades.

Cumplidas esas proezas, don Benigno Lara volvió a La Paz, a su banca parlamentaria y a su afición principal: el periodismo.

Murió el 29 de marzo de 1929, un jueves santo.

Heredero del talento de don Benigno, su hijo Mario Lara Carrasco, es un escritor y periodista sobresaliente de su generación. Exiliado en el Perú, creó para el diario *El Comercio,* de Lima, un crucigrama original, luego difundido en varios países del continente.

El último integrante de este trío meritorio se llama Joaquín Aguirre Lavayén. Nacido en 1921, vástago de una patricia estirpe cochabambina, cuenta entre sus antecesores a su abuelo Nataniel Aguirre, de quien ha heredado el talento literario y la vocación de servir al país.

Idealista y romántico, fue uno de los primeros adherentes a Falange Socialista Boliviana, más por amistad hacia Oscar Unzaga que por persuasión doctrinal. Hubo de sufrir las contingencias de la pertinaz oposición de ese partido al MNR, en el poder. Héctor Ormachea Zalles, rector de San Andrés, le consiguió una beca en la Universidad Darmouth en los Estados Unidos. Joaquín Aguirre se graduó con honores en Literatura y en Filosofía en 1944.

Su nombre irrumpió en el panorama literario boliviano con la publicación de su primer libro *Más allá del horizonte,* y luego con *Guano maldito,* relato original e imaginativo sobre las causas y los efectos de la guerra del Pacífico. A partir de ese momento, todos conocían a Joaquín Aguirre y ponderaban su talento de escritor, pero muchos ignoraban que era también un audaz hombre de empresa.

Viajó a Colombia, donde sin poseer capital propio, organizó una cadena de supermercados. Luego se trasladó al Ecuador y comercializó un nuevo tratamiento de la banana, que tuvo gran aceptación, hasta el punto de que la firma americana Kellogs, emprendió en su contra una

campaña de *dumping*. Como no podía enfrentar a tan gigantesco competidor, Joaquín volvió a Bolivia con cierto capital duramente amasado por su esfuerzo.

En 1983, USAID le concedió un crédito que lo habilitó para emprender una obra que muchos juzgaron utópica: la construcción de un puerto fluvial en las inmediaciones de Puerto Suárez y Corumbá. Era el viejo sueño de Miguel Suárez Arana y Benigno Lara: obtener para su patria una salida al océano.

Al igual que Miguel Suárez Arana, Joaquín fundó un puerto al que justificadamente ha denominado Puerto Aguirre, que cuenta con dos embarcaderos, una zona franca con edificios para depósitos, silos, balanzas, cintas transportadoras y equipos varios para el manejo de carga, así como galpones, área de servicios tales como la aduana, banca y otros. También instaló obras para centros comerciales complementarios.

Puerto Aguirre está hoy en día en plena actividad. Buena parte de la producción agrícola del departamento de Santa Cruz se exporta a través de esta apertura que ha solucionado problemas de costos y distancias. Artículos tales como la soya, el trigo, maíz, azúcar se benefician con ello, pues aunque parezca sorprendente, un flete desde Puerto Aguirre hasta Barranquilla, Colombia, tiene un costo menor que por tierra, pese a que los barcos de carga deben navegar el Atlántico y el Pacífico, sea por el estrecho de Magallanes o el canal de Panamá.

Existe en la actualidad movimiento comercial con los puertos de Asunción, Rosario, Buenos Aires y Nueva Palmira, así como con los de San Antonio en Chile, El Callao en el Perú y Buenaventura en Colombia.

El futuro se muestra halagüeño, en particular si se concreta el gasoducto al Brasil, que atravesará esa zona. Asimismo, la proyectada hidrovía Paraguay-Paraná, acrecentará su utilidad. Remota como parece actualmente para Bolivia la recuperación de su puerto sobre el Pacífico, esta obra quijotesca pero al mismo tiempo calculada y práctica de Joaquín Aguirre habrá contribuido de manera eficaz a convertir a Santa Cruz en el departamento comercial más próximo al mar.

Siempre acuciado por su espíritu dinámico, Joaquín Aguirre entrevió la factibilidad de un eje Ilo-Puerto Aguirre, ligados por una carretera que tendría los siguientes tramos: Ilo, Moquegua, Mazocruz, La Paz, San-

ta Cruz, Puerto Suárez, Puerto Aguirre. Este eje sería complementado por otra carretera troncal Arica-Tambo Quemado-Patacamaya-Cochabamba-Santa Cruz-Puerto Suárez-Puerto Aguirre. Así Bolivia tendría acceso a ambos océanos. Esquema ideal, concebido por esta mezcla de visionario y hombre de acción, que acaso desciende de aquellos españoles que buscaban el Gran Paititi y El Dorado. Con la diferencia que él hizo de sus sueños, realidad.

Primero, los conquistadores españoles; luego los jesuitas; después los bolivianos. A estos denodados esfuerzos desplegados en el tiempo y en el espacio para dar una identidad propia a Mojos y Chiquitos, se sumó el aporte de gente de otra raza: los germanos.

El aporte germánico

Desde que el país se independizó, en 1825, cesó el flujo de la migración hispánica, nunca muy nutrida. En los cien años de la República, y sin llegar a ser una migración propiamente dicha, la presencia alemana fue la más arraigada.

"Entre los países extranjeros, posiblemente uno de los que más me agrada es Alemania, sin duda por causa de mi ancestro. Es un pueblo disciplinado, trabajador y valeroso. No puedo olvidar las contribuciones que en el siglo pasado y en el actual hicieron los alemanes que vinieron a Bolivia y se radicaron en el país. Tampoco debe olvidarse que durante varios decenios, en particular después de la revolución de 1952, el gobierno alemán ha otorgado un generoso aporte financiero y técnico al progreso del país. El plan triangular para rehabilitar COMIBOL es un ejemplo. Ahí están también los institutos educacionales y clínicas que ponen de relieve el aporte alemán a Bolivia", expresaría Hugo Banzer, ya presidente.

No fue Ulrico Schmidl el único alemán que impuso su presencia histórica en el oriente boliviano. Hubo otro que también se inscribió para siempre en nuestros anales: el hombre de ciencia Tadeo Haenke.

Tenía éste sólo veintiocho años cuando se incorporó a una expedición científica auspiciada por el rey Carlos III de España, cuyo destino final debía ser el de las Filipinas, luego de un tránsito por las Américas. Su objetivo principal era estudiar el clima, la flora y fauna de las colonias.

Haenke era un botánico graduado en la Universidad de Praga; dueño además, de vastos conocimientos en geografía, medicina y química.

La expedición zarpó de Cádiz en julio de 1789; cumplió su misión en las Filipinas y al cabo de dos años estuvo de regreso en el Callao, rumbo a España. Haenke decidió hacer por tierra el tramo del Callao a Buenos Aires. Sin sospecharlo, estaba trazando su destino, pues deambularía en el continente americano hasta el día de su muerte, en Cochabamba, el 4 de noviembre de 1816.

Es imposible describir en unas pocas líneas la extraordinaria acción exploratoria y científica de Haenke. Recorrió el territorio Alto Peruano de palmo a palmo, desde el desierto de Atacama hasta los ríos de la cuenca amazónica, desde los llanos y bosques de Santa cruz hasta las selvas de Tipuani. Estudió los orígenes y el curso de los ríos Beni, Yacuma, Mamoré y Grande. Visitó las antiguas misiones jesuíticas de Chiquitos y Mojos. Estudió a fondo las virtudes medicinales o alimenticias de la quina, el bálsamo de copaiba, la yerba mate, la coca, el cacao, la canela; en fin, casi todos los productos en que son pródigas las Américas, la mayoría de los cuales eran insuficientemente explotados.

Cupo a Haenke sistematizar el estudio de esos productos con un rigor científico propio de los alemanes. Revelando otro rasgo psicológico típicamente germánico, durante esas accidentadas correrías por tierras exóticas y primitivas, mantuvo su afición por la música clásica y procuró transmitirla a los nativos. En Cochabamba, su ciudad predilecta, fundó una orquesta a la que inició en la obra de Mozart, Haydn y Bach. Polifacético, poseía asimismo un alma misionera y atendía en persona a los enfermos y desvalidos obsequiándoles las medicinas que él mismo elaboraba.

Suele decirse que los extranjeros que llegan a Bolivia o bien la detestan desde el primer día o sucumben a su extraño hechizo. Haenke pertenecía a los hechizados. En siglos siguientes ocurriría lo mismo con muchos de sus compatriotas.

A Tadeo Haenke se agregó más tarde Otto Felipe Braun, un militar también procedente de la lejana Alemania.

Nacido en Kassel en 1798, su espíritu aventurero lo trajo a América, en pos de fortuna. Después de permanecer un tiempo en los Estados Unidos, donde desempeñó diversos oficios, se trasladó a Haití, donde

por azar conoció a un exiliado venezolano empeñado en independizar a su patria de la dominación española. Su nombre era Simón Bolívar. Atraído por ese idealista, Braun le ofreció sus servicios. Había combatido en el ejército prusiano contra las tropas de Napoleón y era del tipo de colaboradores que Bolívar precisaba: gente con experiencia militar. Desde ese día, Braun unió su destino al del Libertador.

Combatió en las batallas de Carabobo, Bomboná y Pichincha, en las que hizo derroche de valor. Ganó rápidos ascensos hasta lograr el grado de mayor de los granaderos a caballo de la Guardia de Cuerpo del Libertador. Junto a jefes extranjeros como O'Connor, Miller, O'Leary y otros, impuso en las filas normas de disciplina poco arraigadas hasta entonces en las tropas nativas. Esa organización estricta permitió el triunfo en las batallas de Junín y Ayacucho, en las que Braun también combatió "con bravura extraordinaria", elogio proveniente nada menos que del Libertador. Para entonces ya ostentaba el grado de coronel.

Obtenida la independencia, Braun se radicó en Cochabamba, en lo que él pensaba sería su retiro a la vida civil. Se equivocaba. Pronto se encontró envuelto en disturbios que surgieron bajo la presidencia de Sucre, de quien Braun seguía siendo leal colaborador. Sofocó varias rebeliones logrando restablecer una calma transitoria y su presencia fue útil para consolidar a las nacientes instituciones republicanas y la integridad territorial de Bolivia.

Cuando Andrés Santa Cruz concibió la Confederación Perú-boliviana, convocó a Braun, pues conocía su solidez moral y eficiencia profesional. Braun estuvo en los combates de Yanacocha y Socabaya, en los que también se distinguió. Ante la amenaza de una invasión argentina, Santa Cruz le encomendó el mando de las fuerzas encargadas de frustrarla. Los argentinos fueron derrotados en los combates de Humahuaca, Iruya y en Montenegro. Braun obtuvo el grado de mariscal de Montenegro, distinción excepcional.

Por desdicha, Braun no acompañó a Santa Cruz en la campaña contra el ejército chileno que invadió el Perú. Santa Cruz fue vencido en la batalla de Yungay, en 1839 y, en consecuencia, la Confederación se desmoronó. Braun siguió la suerte del mariscal de Zepita y sufrió la decisión del presidente José Miguel de Velasco de darlo de baja, medida injustificable que empaña la imagen de este presidente.

Al cabo de unos años, Braun volvió a su tierra natal donde murió en 1867. Como otros militares alemanes que le sucedieron un siglo más tarde, guardó consigo el recuerdo de esa tierra remota, tan diferente de la suya, a cuya organización había contribuido con valor y lealtad.

Un siglo después, otro militar alemán siguió los pasos del mariscal Braun: Hans Kundt.

Jefe de la misión alemana contratada por Ismael Montes en 1911, este oficial prusiano reorganizó el ejército, dotándolo de una mentalidad profesional que lo apartó de la política durante una década. Obtuvo becas para jefes competentes, entre ellos, Pastor Baldivieso, Carlos Quintanilla, José L. Lanza y otros. Al estallar la primera guerra europea, Kundt retornó a su patria y combatió en los Lagos Masurianos en los que los alemanes aniquilaron un cuerpo del ejército imperial ruso. Allí ganó sus primeras condecoraciones.

Regresó a Bolivia, donde sirvió desde 1921 hasta 1930 bajo los gobiernos de Bautista Saavedra y Hernando Siles, a la cabeza del Estado Mayor del ejército. Pese a que evitaba inmiscuirse en asuntos políticos, su concepto de disciplina lo indujo a defender a este último, en la revolución de 1930, junto a un joven teniente de padre alemán, llamado Germán Busch. Luego Kundt retornó a su patria.

Durante su estadía en Bolivia, tuvo a sus órdenes a un coronel alemán que integraba la misión. Se llamaba Ernest Roehm, el futuro lugarteniente de Adolf Hitler, y jefe de los "camisas pardas", unidad de choque del nacional socialismo.

Roehm regresó a Alemania, a raíz de la revolución de 1930; el resto de su vida pertenece a la historia contemporánea.

Cuando estalló la guerra del Chaco en 1932, el pueblo exigió la presencia del general Kundt, quien volvió de Alemania para asumir la conducción de las operaciones, que se esforzó en enderezar; pero aquello era imposible. La guerra estuvo perdida desde el primer día, con Kundt o sin él. Después del desastre de Campo Vía, dimitió del mando y se embarcó hacia su patria, rodeado del respeto general. Falleció algunos años más tarde; quizá nostálgico de aquel país remoto a cuyos soldados él había enseñado a desfilar a "paso de ganso" en las paradas y morir armas en manos en los combates.

Ernest Roehm conservó una añoranza romántica de Bolivia. Federico Nielsen Reyes, representante diplomático de Bolivia ante el Tercer Reich, relató que Roehm visitaba con alguna frecuencia su residencia y gustaba ejecutar al piano el himno nacional boliviano, que conocía de memoria.

Schmidl, Braun y Kundt son algunos guerreros germanos que se incorporaron para siempre en la historia boliviana.

Al hablar de la presencia germana en Bolivia, cabe citar también a Arturo Posnansky, mezcla de aventurero y arqueólogo que ha dejado su huella en el proceso histórico y cultural del país.

Nacido en Viena en 1873, ingeniero naval, era propietario de una lancha, la Anni, que empleaban en transporte de goma en el río Amazonas, con sede en Manaos y escalas de embarque en el Acre boliviano. En 1898, cuando la insurgencia de los siringueros brasileños contra Bolivia, Posnansky puso su lancha (a la que bautizó Iris) al servicio de las tropas bolivianas. Capturado por los separatistas estuvo en trance de ser fusilado y escapó por milagro. Concluida la campaña, se radicó en La Paz a la que trajo el primer automóvil.

Fascinado por las ruinas de Tiahuanacu, dedicó el resto de su vida a desentrañar los enigmas de esa civilización, desenterró monolitos y formuló varias teorías arqueológicas. En suma, Posnansky fue para Tiahuanacu lo que su compatriota, el famoso Enrique Schliemann, para Troya.

Presidente de la Sociedad Geográfica e integrado por entero al medio cultural boliviano, Posnansky murió en julio de 1946, luego de medio siglo de estudio de las civilizaciones andinas.

El suyo fue un ejemplo clásico del tipo de inmigración que requiere Bolivia. A fines del siglo XIX, la explotación del árbol de la goma, la quina, la cascarilla y otros productos exclusivos de la región oriental, atrajo a muchos europeos, en particular a ingleses y alemanes. Los primeros retornaron a su país de origen después de labrar fortunas y uno de ellos exportó de contrabando retoños del árbol de la goma que luego fueron transplantados en Indonesia y Malasia, con tan proficuos resultados que, al cabo de unos decenios, la producción asiática desplazó a la sudamericana. Decayó la región amazónica y Manaos dejó de ser el opulento centro comercial que fue durante la época del auge, cuando pudo ofrecerse el lujo de contar con un teatro de ópera.

Partieron los ingleses, pero quedaron los germanos. La alemana es actualmente la colonia extranjera más numerosa en Bolivia, pues se estima que existen unos cuatro mil hombres y mujeres de esa nacionalidad diseminados en el territorio. Alemania es hoy en día el país europeo que, junto con España, guarda los más estrechos vínculos con Bolivia.

En el mismo camino que siguieron los exploradores, hombres de ciencia, industria y guerra, hubo religiosos alemanes que se integraron a la colectividad boliviana. Misioneros que deambularon por remotas regiones del territorio, monjas que atendieron sus hospitales y maestros que enseñaron en sus escuelas. Debe mencionarse particularmente la figura de monseñor Augusto Sieffert, obispo de La Paz.

Nacido en Alsacia en 1873, pertenecía a la orden de los Redentoristas y llegó a La Paz en 1910. Su energía y celo religioso merecieron que la Santa Sede le confiriera aquella dignidad eclesiástica a la que monseñor Sieffer dio un sentido social. Su preocupación mayor fueron los indios campesinos. Dolido por sus condiciones de vida, propició en 1925 una "Cruzada nacional pro indio" destinada a remozar la conciencia nacional sobre este problema multisecular. Su propósito fue crear escuelas, hospitales, combatir la alta mortalidad infantil, introducir prácticas higiénicas en el campo, dotar de becas de estudios a los jóvenes, en fin, elevar el nivel material e intelectual del indígena.

Su ideal fue excesivo. Como ocurre con frecuencia en Bolivia, el generoso empeño del prelado alemán despertó críticas irracionales. Fue sindicado de intentar imponer el predominio del clero y la perpetuación del gamonalismo en el campo. Los estudiantes salieron a vociferar por las calles y la oposición cobró tal violencia que monseñor Sieffert renunció a la Cruzada, devolviendo las donaciones. Un tiempo después, con lágrimas en los ojos retornó a su patria para siempre.

Algunos años más tarde, ocupó la misma dignidad Clemente Maurer, luego cardenal primado de Bolivia. Monseñor Maurer, que pertenecía también a la orden de los Redentoristas, mostró celo especial en defensa de los derechos humanos.

Hoy en día, sacerdotes y monjas alemanes de varias órdenes religiosas, continúan prestando invalorables servicios, tanto en la acción mi-

sionera en apartados rincones del territorio, como en hospitales, asilos y escuelas de las capitales.

La nómina de alemanes al servicio de Bolivia es copiosa. Escribe Lupe Cajías: "Enamorados de Bolivia, vinieron de Berlín, de Hamburgo, de Munich o Ausburgo. Vinieron científicos, mineros, alquimistas, aventureros, cautivados por las historias de fortunas fantásticas producidas por la goma y el oro. Militares y comerciantes, judíos y no judíos, alemanes puros, alemanes no tan puros, prusianos, bávaros, renanos, bohemios, muchos profesores, una guerrillera, nobles y villanos.

"Unos se enamoraron de la montaña, otros quedaron prendados de la selva. Pablo Wilke vivía en un coche de ferrocarril en Tupiza. Los Pfeifer murieron en San Borja; los Fernholz se quedaron en Sorata. Rugendas laboró en La Paz. Aún se escuchan en Bolpebra las leyendas sobre aquel alemán que vino a explotar goma y se enamoró de una nativa; dice que su esposa alemana era paralítica y que sigue el eco de sus lamentos por el abandono del marido que la dejó en plena selva.

"Son alemanes o de ascendencia alemana los Kyllmann, los Elsner, los Bauer, los Kafka, los Von Borries, los Krutzfeld, los Wolf, los Jung, los Weiss, los Busch, los Reich, los Kauffman, los Nellkembaum, los Newman, los Von Bergen, los Ottler, los Lewy, los Brown, los Von Vacanno, los Von Boeck, los Kempff, los Wollgast, los..."

En el dominio industrial hay que destacar la estirpe Zeller, descendiente de Emilio Zeller, propietario de la hacienda agrícola Las Barreras e importador de maquinaria para labranza, casado con una dama cruceña. Tuvo dos hijos: Emilio que murió en Alemania durante la primera guerra europea, y Julia que desposó a otro alemán, Hermann Mosser. Ambos retornaron a Europa como consecuencia de la reforma agraria que los obligó en 1953 a desprenderse de sus propiedades. Otros troncos de familias bolivianas fueron Felipe Schwitzer, durante varios años cónsul de Alemania en Santa Cruz, y Guillermo Kyllmann, igualmente alemán, cofundador con aquél del Lloyd Aéreo Boliviano. También los hermanos Juan, Enrique, Augusto y Bernardo Elsner, propietarios de una estancia ganadera en los bañados de Izozog. Bernardo fundó una casa comercial en Santa Cruz y La Paz.

Hermann Wille Schwarz, comerciante alemán, llegó a La Paz en 1909. Contrajo matrimonio con una dama boliviana, María Lemaitre Para-

dis. El matrimonio tuvo cinco hijos: Blanca, Guillermo, Carlos, Oscar y Enrique. En 1928, Hermann Wille adquirió una cervecería en Potosí; luego en 1949, otra en Santa Cruz. Por último, en 1956, creó una fábrica de repuestos en maestranza y fundición, e importó automóviles japoneses. Hermann falleció en 1962.

El aporte germánico surge en otros campos. Constituye un ejemplo el de la estirpe Kempff. El antecesor, Francisco Kempff, nació en Lorena en 1879. Médico graduado en la Universidad de Estrasburgo, fue contratado por la empresa constructora del ferrocarril Madeira-Mamoré, donde trabó amistad con otro alemán, el doctor Pablo Busch, padre de Germán. Francisco Kempff se casó con Luisa Mercado Dermit, dama cruceña descendiente del coronel José Manuel Mercado, jefe de la caballería del guerrillero Ignacio Warnes. La familia Kempff Mercado tuvo cinco hijos: Rolando, Enrique, Manfredo, Noel y Nelly, de destacada figuración en la cátedra, las letras, la diplomacia, la política y la ciencia. Noel murió asesinado por narcotraficantes en la serranía de Caparuch. Para conmemorarlo se creó el Parque Nacional que lleva su nombre en la meseta de Huanchaca.

Otra familia distinguida es la Nielsen Reyes. Descendientes de Thomas Nielsen y Sara Reyes de Oliver, originaria de Apolo, los cinco hermanos, Federico, Walter, Oscar, Emmy y Arnold, arraigados en La Paz fueron figuras representativas de la sociedad boliviana. En particular Federico, diplomático y escritor de nota, consagrado al servicio público y al culto de Simón Bolívar, su modelo.

Llegamos, por último, a las raíces de nuestro personaje, la estirpe Banzer.

Capítulo II
"Será un buen militar"

Los Banzer

La estirpe de Hugo Banzer se remonta al siglo XVIII. Un antecesor, Georg Banzer (primero) nació en Schaffhausen, Suiza, en 1788 y murió en Osnabruck, Alemania, en 1853. De él se sabe que, gracias a su dominio del idioma francés, fue contratado durante un tiempo por Napoleón I, como intérprete, cuando los ejércitos imperiales operaban en Alemania. Casado con Anna Margaret Haffner, vivió muchos años en Osnabruck. El matrimonio tuvo tres hijos: César, David y Heinrich.

David nació en 1810 y casó con Carola Schwittering. Este matrimonio tuvo cinco hijos: Louise, Emma, Georg (segundo) nacido en 1850, Carl y César.

Georg Banzer Schwittering combatió en la guerra francoprusiana de 1870 y emigró a Bolivia poco después. Ingeniero mecánico, se radicó en Santa Cruz donde levantó el primer taller de forja de metales, verjas, cruces de iglesias, adornos de portones de hierro, bronce y otras aleaciones, que aún embellecen los templos y casas de la ciudad.

Laborioso y de gallarda apostura, Georg Banzer fue pronto acogido por la sociedad cruceña y contrajo matrimonio con una dama de estirpe chiquitana: Josefina Aliaga. La pareja tuvo vasta progenie: Carmen, Luisa, Carolina, Emma, Josefina, Georg (tercero de ese nombre), David, César (futuro padre de Hugo), Carlos y Enrique. Diez en total.

Entroncados con familias cruceñas y benianas, los Banzer-Aliaga se expandieron en cuatro generaciones arraigadas en la sociedad boliviana.

Ante la dificultad de mencionar a todos, cabe citar a aquellos que dieron relieve al apellido gracias a sus servicios a la comunidad. Entre ellos, Carlos Banzer, militar formado en Alemania, combatió en la guerra

del Chaco, al mando de la novena división, que guarnecía el fortín Alihuatá. Cayó prisionero a fines de 1933, junto con el coronel Emilio Gonzalez Quint.

Un segundo Banzer participó en aquella campaña: Jorge, uno de los oficiales más jóvenes del ejército. Miembro del grupo militar Tres pasos al frente, formado por voluntarios que se brindaron para emprender operaciones de riesgo, estuvo en primera línea durante tres años.

Entre los civiles, se distingue Dionisio Foianini Banzer, hijo de un italiano del mismo nombre y de Carmen Banzer, hermana de César. En un libro titulado *Misión cumplida,* Dionisio Foianini relata las peripecias de su padre, un "pionero" del progreso de Santa Cruz, a través de las empresas industriales y comerciales que emprendió a fines del siglo pasado, desafiando las enormes distancias, la falta de comunicaciones y los obstáculos opuestos por una naturaleza indómita.

Dionisio, hijo, ejerció altas funciones públicas y fue uno de los creadores de YPFB. Durante la guerra del Chaco desempeñó misiones confidenciales ante el presidente paraguayo Eusebio Ayala, buscando un término razonable y decoroso a esa desventura histórica. Fue consejero y ministro del presidente Busch. En años posteriores, tuvo a su cargo misiones diplomáticas en Europa y América latina y honró siempre a Bolivia con su señorío y competencia.

La rama Terceros-Banzer, descendiente de Adalberto Terceros y Josefina Banzer, incluye profesionales como Marcelo Terceros Banzer, abogado y diplomático de destacada actuación cívica y académica; David, rector de la Universidad Gabriel René Moreno; Mario, ingeniero civil; Adalberto, fundador del movimiento cooperativo cruceño; Fernando Knaudt Banzer, presidente honorario de la Cámara de Comercio Boliviano Alemana; Francisco Terceros Suárez, diplomático.

Otros vástagos de la estirpe son: Hugo R. Chávez Banzer, gerente del Banco de Santa Cruz y Wilma Banzer, hija de Jorge Banzer y Raquel López, que prestó eficientes servicios en la misión diplomática boliviana en Ginebra.

César, uno de los diez hijos de Georg Banzer y Josefina Aliaga, y padre de Hugo, era un hombre cordial y gregario. Desempeñó durante años el cargo de subprefecto de la provincia Ñuflo de Chavez. Apuesto,



Georg Banzer, el abuelo.

de rasgos finos, alta estatura y tez blanca, era el prototipo del *country squire,* que se dedicaba a labores agrícolas aparte de las oficiales. En una época se consagró a la explotación de la goma, y los primeros trapiches mecánicos para la industrialización de la caña de azúcar, fueron importados por él. Aficionado a los caballos de raza, era famoso en la zona por el brío de sus ejemplares.

Un día trabó relación con una dama cruceña, Luisa Suárez, hija de Román Suárez y María Pura Justiniano, matrimonio que tuvo numerosos hijos. Antes de vincularse con César Banzer, Luisa estuvo casada con un senador liberal, Rómulo Saldaña, de quien tuvo dos hijos. Vivieron un tiempo en París, donde Luisa cobró afición a la *haute couture* francesa. El matrimonio duró poco pues Rómulo Saldaña murió víctima de un atentado político.

César y Luisa se casaron en 1925 y tuvieron tres hijos: Hugo, David y Julio César.

Con cierto dinero recibido como herencia de Rómulo Saldaña, y otro aporte de César, el matrimonio adquirió la hacienda El Junquillar, que producía azúcar refinado de caña, manteca de cerdo, maíz, arroz y carne de vacunos. Además utilizaban un sitio denominado "cerro pelado" para el ganado vacuno, del que poseían unos centenares de reses.

Nacimiento de Hugo

Hugo nació el 10 de mayo de 1926, en El Junquillar, en la antigua misión jesuítica de Concepción. Como su partida de bautizo ha desaparecido, fue reemplazada por una prueba supletoria.

Por aquellos años, Concepción contaba con unos cuatro o cinco mil habitantes. Un censo levantado en 1918 arrojó tres mil ochocientos, y otro, efectuado en 1950, cinco mil seiscientos treinta. En la actualidad excede los diez mil.

Durante el Coloniaje, la reducción jesuítica Inmaculada Concepción era una de las más importantes de Chiquitos. Fundada por primera vez en 1699 por el jesuita Lucas Caballero, sobrevivió sólo dos años, por falta de recursos. Insistió el padre Caballero y volvió a fundarla en 1707.



César Banzer Aliaga, el padre.

Los primeros tiempos fueron penosos, pues Concepción vivía asediada por tribus indígenas hostiles, una de las cuales, en 1711, victimó al padre Caballero en una emboscada. En 1722, otro jesuita, el padre Juan Benavente, trasladó la población al sitio próximo, mejor guarnecido, que hoy ocupa.

Burgo apacible, ligado por caminos rudimentarios con Santa Cruz de la Sierra y otras poblaciones, Concepción era en la época en que nació Hugo Banzer, un centro agrícola y ganadero de relativa prosperidad. Aún no habían llegado ni el avión ni el automóvil y el transporte utilizaba pesadas carretas de madera, tiradas por bueyes y, salvo los comerciantes o funcionarios públicos, sus habitantes viajaban poco. Llevaban una vida sedentaria: los hombres, atareados en campos circunvecinos y las mujeres en labores domésticas, atendiendo a sus proles, siempre numerosas.

La rutina cotidiana era matizada por las festividades religiosas: Navidad, Semana Santa, Todos los Santos y, por supuesto la Inmaculada Concepción, oportunidad para una solemne procesión con cirios e incienso. Motivo de ufanía para los habitantes era el templo construido por los jesuitas: con columnas de estilo barroco, vasto y luminoso, posee aposentos de un piso. En la nave central penden de los muros artísticas pinturas conservadas, gracias al celo de los pobladores, a través de dos siglos.

La mansión de la familia Banzer-Suárez era espaciosa y bien situada, tenía una confortable terraza donde por lo habitual se servían las comidas o se descansaba en hamacas. No poseía cañerías de agua potable, la que era provista mediante tinajas portadas por empleadas. La madre, católica practicante, inculcó a sus hijos convicciones intransigentes que se reflejarían en la futura personalidad del joven Hugo. A partir de los seis años, Hugo asistió a una escuelita, cuyo único profesor, don Luis Olaechea, era un pedagogo sin diploma, pero con vocación auténtica. Llegado a Concepción unos años antes para trabajar en una empresa agrícola, demostró después que era algo más que un maestro de escuela rural. Aficionado a la química, descubrió el valor del achiote como colorante para cosméticos; de una semilla llamada comúnmente "urucú", elaboraba también un aceite muy fino para mecanismos de precisión. Hugo guardó siempre un tierno recuerdo de ese hombre, cuyas trazas sobrevivieron en la gratitud de su alumno.



Señora Luisa Suárez, madre de Hugo Banzer.

La escuela disponía de una sola habitación y los niños debían traer sus propias sillas. A la hora del recreo, jugaban al fútbol con pies descalzos, al matapaso y otros deportes propios de su edad; bajo el arbitraje y mirada alerta y paternal del maestro.

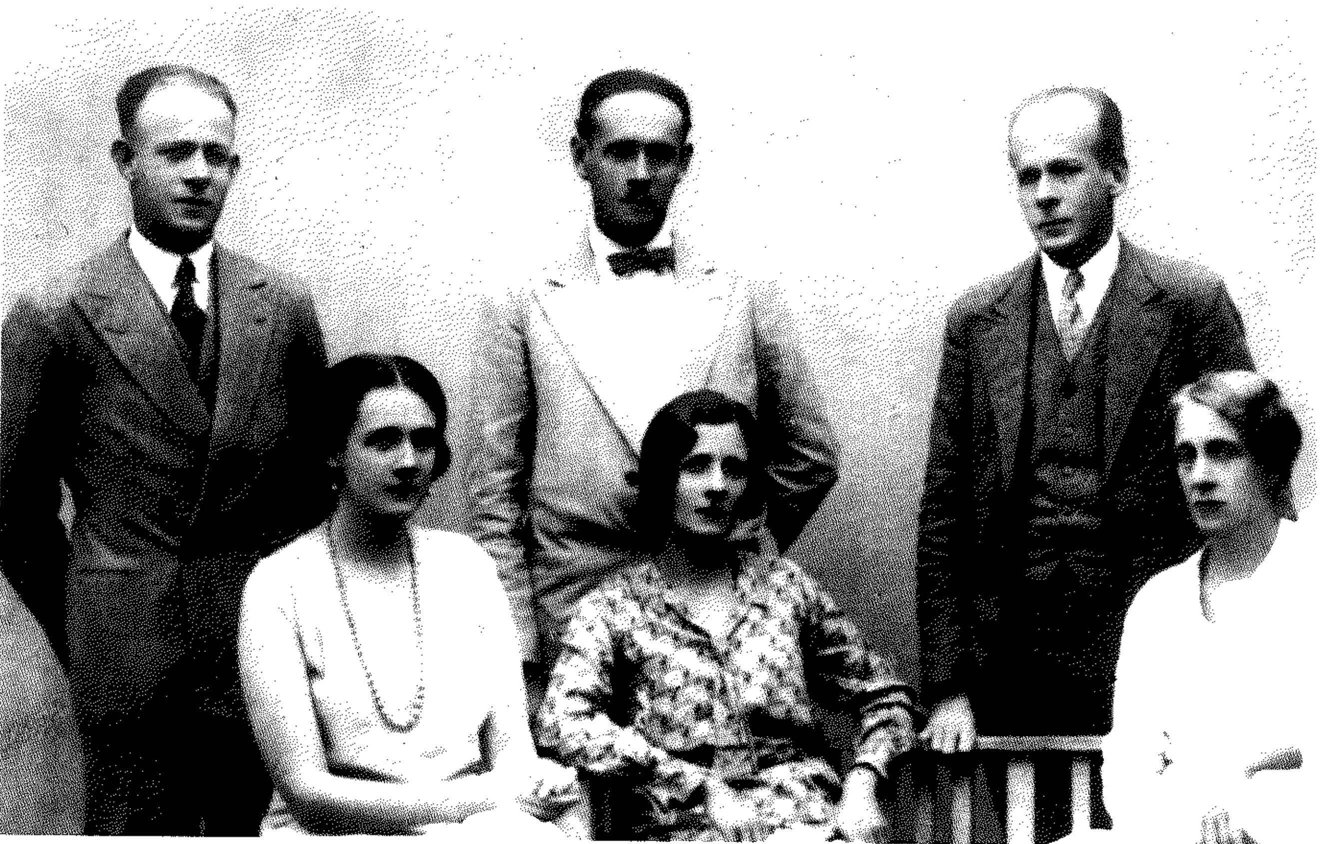
La suya fue una infancia candorosa en una comarca ubérrima, de clima templado pero tórrida en el verano. Durante las vacaciones, Hugo visitaba a su abuela materna, que vivía en una granja próxima a Santa Cruz, llamada Palmar del Oratorio, en la que se criaban animales domésticos y donde más tarde se construyó el primer balneario cruceño.

Esa fue probablemente una época dichosa, cuando la vida en Santa Cruz carecía de complicaciones. Los niños dedicaban su tiempo a asistir a la escuela y ayudar a la familia en las tareas domésticas. La expectativa se concentraba en las vacaciones que se prolongaban por más de dos meses, que los infantes pasaban en el campo, sea en la propia casa o en las de parientes y amigos. Los días –recuerda Hugo Banzer– se iban en excursiones de caza y pesca o en competencias de toda suerte: carreras de caballos, concursos de natación y a veces, peleas a puño limpio...

A los seis años, Hugo era un chicuelo vivaz, inquisitivo y gregario. Los ojos eran el rasgo predominante de su fisonomía: grandes, con pestañas que resaltaban bajo una frente amplia y unos cabellos ensortijados que tendían a rubios. Su nariz era fina y su tez blanca. De estatura algo menor que la de los niños de su edad, poseía agilidad de movimientos y notoria aptitud para los deportes propios de la niñez. Era él quien organizaba las travesuras infantiles de los hijos de los vecinos. Todos querían a "Huguito".

Hizo amistad con otros muchachos de su edad, entre los que recuerda a Rafael Peña y Carlos Vásquez, en especial el primero "amigo inseparable, compañero de aventuras infantiles y juveniles, y luego partícipe en las grandes responsabilidades". En efecto, cuando Hugo ejerció la presidencia de Bolivia, Rafael Peña fue uno de sus colaboradores y consejeros más próximos.

Nunca lo abandonaría la añoranza de esos días de infancia: "Yo he nacido en Concepción. He abierto los ojos para contemplar esa naturaleza fascinante. Allí he aprendido a pronunciar el nombre sacrosanto de Bolivia", escribe en su diario íntimo.



Los hermanos Banzer, de izquierda a derecha: Enrique, César y Carlos; Carolina, Emma y Josefina.

Traslado a Santa Cruz

En 1933, cuando Hugo cumplió siete años de edad, la madre decidió trasladarse con sus tres hijos a la ciudad de Santa Cruz, para que iniciaran los estudios del ciclo primario. El padre quedó en Concepción, atendiendo El Junquillar. Doña Luisa fue acompañada por un primo suyo.

Azarosa aventura la del trayecto a Santa Cruz, distante unos trescientos kilómetros. Viajaron durante dos semanas, en carretas tiradas por yuntas de bueyes, semejantes a aquellas del Far West americano del siglo anterior. Atravesaron zonas pantanosas llamadas "curiches", intransitables cuando arreciaban las lluvias, o arenosas, bajo soles implacables. Su comida consistía en charque, arroz y café, y vivían en alerta ante la eventualidad de un ataque de alguna tribu bárbara escondida en la espesura.

En esa época, Santa Cruz estaba lejos de ser la ciudad próspera y dinámica que es ahora. Contaba con algo más de treinta mil habitantes, y el radio urbano concluía antes de lo que en la actualidad es el primer anillo. Predominaban las casas en su mayoría de un piso, con techos de tejas y muchos árboles. Por sus calles sin pavimentar, circulaban escasos automóviles y, eso sí, muchas carretas. El comercio era poco activo y consistía sobre todo en almacenes de productos alimenticios. Aún no se había iniciado la construcción de la carretera Cochabamba-Santa Cruz, ni de los ferrocarriles a Corumbá y Yacuiba. En suma, Santa Cruz era una ciudad desconectada de los centros vitales de la región altiplánica, como La Paz o Cochabamba, y de la propia población de Trinidad.

En 1935, al concluir la guerra del Chaco, muchos contingentes de soldados altiplánicos fueron desmovilizados con paraje de tránsito en Santa Cruz. Ello motivó que trabaran relación estrecha con los nativos y admiraran una región poco conocida. Esta experiencia se desdoblaría luego en una corriente migratoria del valle cochabambino hacia el oriente, uno de los fenómenos sociales más significativos de la posguerra. La contienda con el Paraguay puso al desnudo las contradicciones del país, pero reveló también sus potencialidades étnicas y geográficas. Su población estaba integrada no sólo por aimaras y quechuas; también existían los "cambas", y la fusión racial recién se iniciaba.

Bolivia no consistía sólo en el altiplano, ni era el estaño el único de sus recursos naturales. Si antes gravitaba exclusivamente hacia el Pacífico, ahora había descubierto que el acceso al Atlántico era factible. Cambas y kollas que apenas guardaban contacto, comprobaron, al compartir mutuas penurias en la guerra, que les unía un destino común.

Hugo fue inscrito en el colegio Seminario Ovidio Santistevan, fundado por el ilustre prelado del mismo nombre, uno de los próceres cruceños del siglo pasado. Hombre de muchos viajes y experiencia y dotado de ideas modernas para su época, aparte de ejercer una labor evangélica ejemplar, extendió su acción al campo de la enseñanza pública y de la filantropía. Además del Seminario, creó la escuela Santa Ana para la educación de niñas. Había nacido en Santa Cruz en 1842, y murió en la misma ciudad en 1931.

De su tránsito por el Seminario, Hugo Banzer recuerda: "Tenía como profesor al padre Sanguino, un sacerdote conocido por su liberalidad y forma de educar. El director era don Armando Jordán, pintor paisajista y costumbrista. Allí terminé el ciclo primario. No puedo decir que fui un alumno distinguido, sino un muchacho inquieto y travieso, que daba malos ratos a mi madre. Sin embargo, muchos años después, uno de mis profesores, el señor Castedo, me enseñó una libreta escolar donde pude ver notas excelentes".

Cierto día sorprendió a uno de sus compañeros en trance de hurtar dinero del saco de otro alumno. El muchacho se disculpó alegando que lo precisaba para darlo a su madre, enferma y sin recursos. Hugo organizó de inmediato una colecta y entregó en persona el dinero recaudado a la mujer, que efectivamente se hallaba hospitalizada.

Concluido el ciclo primario, ingresó al Colegio Nacional Florida, uno de los más prestigiosos del país. Fundado en 1915 por el presidente Montes por iniciativa de una misión pedagógica belga, llevaba ese nombre en conmemoración de la batalla de La Florida. Por sus aulas había transitado la flor y nata de la juventud cruceña y disponía de catedráticos de primer orden.

Hugo estudió dos años en el Florida, sin obtener diploma de bachiller. Lo que anhelaba era ser militar como su tío Carlos o como Germán Busch, hijo de un amigo de su padre, el doctor Busch, cuyas hazañas había oído relatar.

Durante ese tiempo tuvo pocas oportunidades de ver a su padre, siempre atareado en El Junquillar. Venciendo las dificultades del largo y fastidioso trayecto, Doña Luisa y sus hijos iban a visitarlo. Por entonces, su madre no disponía de muchos recursos y salía de apuros mediante labores de costura; en especial trajes de baile para sus amigas y conocidas. Hugo guardó imborrable su imagen, aderezando vestidos femeninos hasta altas horas de la noche, con su vieja máquina Singer.

Aquel héroe del Chaco...

Un día de verano de 1937, se anunció que el legendario coronel Germán Busch vendría a Concepción para visitar a su padre, don Pablo Busch. Hugo estaba casualmente en esa localidad y esperó con curiosidad su llegada. Al fin podría conocer al personaje de quien se decían tantas loas.

Don Pablo Busch era amigo del padre de Hugo. Augusto Céspedes lo describe así: "Médico de aldea, alemán llegado en desconocida aventura hasta el oriente de Bolivia, mezcla de curandero, explorador y sheriff, de carácter adusto y filantrópico. Su coraje dejó leyenda en San Javier y Concepción, donde con sombrero alto, maletín quirúrgico y fusil anduvo haciendo guerra a los temibles bandoleros de aquellas regiones gumíferas".

El día en que el coronel Busch debía llegar a Concepción, toda la población se arremolinó en torno a una precaria pista de aterrizaje. Se suspendieron las clases en la escuela del maestro Olaechea y las mujeres acudieron portando ramilletes de flores, al son de una banda de música. Día festivo, como cuando venía un obispo o altas autoridades.

Transcurrían las horas y el avión no aparecía en el horizonte. ¿Habría ocurrido algún accidente? Creció la inquietud cuando el telegrafista del pueblo informó que el avión había despegado temprano en la mañana. Cayó la noche sin que Busch apareciera.

Arribó al día siguiente. Muy jovial, descendió del avión militar biplaza y explicó el motivo de su demora: nada menos que un aterrizaje forzoso, en medio del camino, por fallas del motor. ¿Cómo encontró un paraje adecuado para posarse? Cuestión de suerte. Esa "baraka" que lo protegió durante la guerra tampoco ahora lo había abandonado. El pilo-



Germán Busch, el héroe admirado.

to reparó artesanalmente el desperfecto y por decisión de Busch reemprendió vuelo.

Busch descansó en Concepción durante varios días. Una tarde, para gran alborozo de Hugo, fue de visita a su casa, en compañía de su padre y del maestro Olaechea. Hugo oyó que conversaban sobre política, tema que él aún no comprendía. Sin embargo, escuchó esta frase de Busch: "Don César: yo quiero que usted sepa que por decisión del Ejército, yo seré el próximo presidente de Bolivia".

Luego relató anécdotas de la guerra, su tema favorito. En un momento dado, reparando que Hugo lo escuchaba absorto, exclamó: "Don César, a este chico, cuando tenga edad suficiente hay que mandarlo al Colegio Militar, porque será un buen oficial".

En cierto modo, Busch acababa de sellar el destino del infante. Que un guerrero de tal nombradía formulase esa recomendación era más que un halago, una conminatoria. A partir de entonces, Hugo no tuvo otra meta que la de ser militar, "¡un buen militar!".

Aquella fue la primera y última vez que vio al héroe del Chaco, pero su imagen lo acompañaría siempre, como un haz luminoso.

Del Piraí al Illimani

En 1940, cumpliendo el augurio de Germán Busch, fallecido el año anterior, Hugo Banzer postuló su ingreso al Colegio Militar de La Paz. En aquella época, la selección era rigurosa, pues aparte de exigir requisitos previos, tales como el grado de instrucción, se aquilataba el nivel económico y social de la familia del candidato, así como rasgos de su mentalidad. Un comisionado especial recorría el interior del país, para entrevistar a los candidatos en persona. Primaba un criterio elitista, que sería amenguado años después cuando el MNR en el poder impusiera otros parámetros.

Hugo Banzer reunía cualidades suficientes para que el informe fuese positivo. Admitido junto con cincuenta y tres muchachos de todo el país, recibió instrucciones para trasladarse a La Paz en breve plazo.

Fue muy penoso separarse de su madre, de quien estaba muy apegado, y de sus hermanos, que quedaban en Santa Cruz. El padre vino

desde El Junquillar a darle una carta de recomendación para unos parientes, los Knaudt, que vivían en La Paz. Algunas lágrimas fueron vertidas cuando los jóvenes subieron a los camiones que debían transportarles hasta Cochabamba, primera etapa de su periplo. Allí vieron por primera vez un ferrocarril. Conocían el avión pero no el ferrocarril. "Quedamos muy impresionados por este nuevo medio de transporte. Para nosotros eran fascinantes la locomotora y las órdenes del maquinista", recuerda.

El contingente se hospedó dos días en el hotel Roma y prosiguió luego viaje a La Paz. Los futuros cadetes estaban libres del control familiar, responsables de su propia conducta y con billetes en el bolsillo. Así nació el sentido de solidaridad y compañerismo que los acompañó en el futuro y fue entonces cuando Hugo entabló perdurables amistades.

Mientras la locomotora a vapor recorría los trescientos kilómetros de distancia entre Cochabamba y La Paz, Hugo descubrió un paisaje diferente de los verdes campos de su chiquitanía natal. Advirtió cómo cambiaba la vegetación y cómo los árboles se tornaban más ralos y escasos. Le sorprendió la parquedad silenciosa de los campesinos, sólo perturbados por la vocinglería de las cholas comerciantes que acudían al paso del tren. Algunas mascullaban aimara o quechua, lenguajes incomprensibles para él. ¡Todo era tan distinto de Concepción!

Ya en pleno altiplano, transitó por Oruro, ciudad laboriosa, con calles bien trazadas y limpias. Observó con curiosidad grupos de trabajadores mineros, provenientes de los campamentos vecinos y que para precaverse del frío, portaban gruesas vestimentas, distintas de las usuales en el oriente. Algunos masticaban una yerba verde, la coca, que parecía hincharles las mejillas.

Ambiente inédito para el muchacho de Concepción, habituado al clima cálido, a la ropa liviana y a una cierta alegría de vivir, ausente en esa región hosca y gris, calificada por el filósofo alemán Keyserling como "el tercer día de la Creación".

Encontró ajeno y singular el trayecto de Oruro a la Paz: una pampa árida, sin árboles, amurallada por la cordillera de los Andes, cuyas altas cumbres relucían en un cielo transparente. Era la primera vez que Hugo veía nieve.

Tras unas ocho horas de traquetear en el altiplano, orillando pequeñas aldeas, el tren llegó a El Alto de La Paz. La ciudad surgió de súbito, reclinada en el seno de un valle, trescientos metros más abajo. Al fondo, centinela milenario, el majestuoso Illimani. "Y es aquí donde voy a vivir durante los próximos años" pensó Hugo, con vaga aprensión.

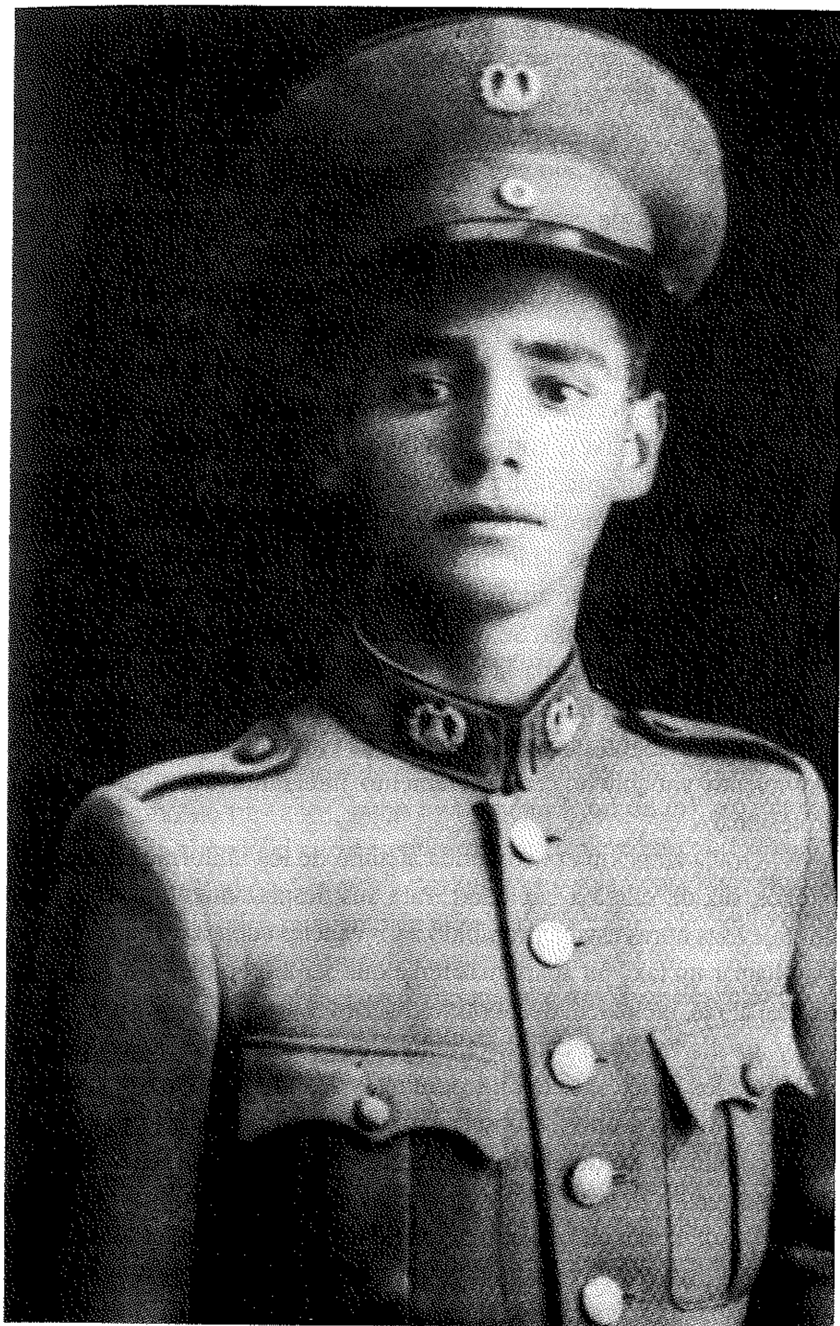
En la estación de Chijini, terminal del ferrocarril, aguardaban parientes, amigos o apoderados de los orondos futuros cadetes. Hugo fue acogido en casa de una tía, Griselda, viuda de Landívar, hermana de doña Luisa.

En el Colegio Militar

Al día siguiente se apersonó en el Colegio Militar, ubicado provisionalmente en el cuartel de San Jorge. Durante el gobierno del general Toro, el antiguo edificio construido por el presidente Ismael Montes y situado en la actual avenida Villazón, había sido permutado con otros inmuebles, ubicados en el centro de la ciudad y pertenecientes a la Universidad de San Andrés.

Recibió la matrícula 273. Fue enviado a la peluquería del colegio y le entregaron sus primeras prendas militares. Luego se le asignó una cama en uno de los cuatro dormitorios colectivos, cada uno con capacidad para cien catres. Meses más tarde, el Colegio Militar fue transferido a un flamante edificio situado en Irpavi, donde se halla actualmente.

Tuvo dos jefes de calidad excepcional: el general Felipe M. Rivera, director del colegio y el mayor David Terrazas, comandante del batallón. Ambos habían combatido con distinción en la guerra del Chaco. Eran militares de vocación, ajenos a la política, empeñados en inculcar a los cadetes normas de disciplina y austeridad. Una anécdota significativa tipifica a Rivera: era habitual que los cadetes pusieran bajo llave sus baúles donde guardaban ropa, dinero y objetos de uso personal, que solían desaparecer al menor descuido. Rivera prohibió el uso de cualquier cerradura. Los baúles debían permanecer abiertos y ¡ay! de aquel que fuese sorprendido apropiándose de lo ajeno; su castigo sería la expulsión inmediata. Nunca más volvió a producirse un hurto.



El cadete Banzer.

El mayor David Terrazas era hermano del catedrático universitario Rubén Terrazas, una de las figuras cumbres de la intelectualidad cruceña, ministro de Estado y catedrático universitario. Rubén sería una de las cinco víctimas asesinadas en Chuspitata, bajo el gobierno de Villarroel, en 1944.

El esquema de estudios en el Colegio Militar se inspiraba en las normas prusianas implantadas por el general Kundt: disciplina estricta y sentido jerárquico; se procuraba también imbuir a los cadetes de un espíritu de clase que supliese en cierto modo las deficiencias de su formación intelectual. Muchos de ellos, incluido el propio Banzer, no habían terminado el ciclo secundario al ingresar al Instituto.

Se les inculcaba la convicción de que el ejército era la institución tutelar de la Nación, guardián de la esencia boliviana. De la historia republicana sólo se rememoraban episodios heroicos, como el triunfo en Ingavi sobre los peruanos, la imprecación de Eduardo Abaroa, en Calama, o el "agarrarse rotos, que aquí entran los 'Colorados' de Bolivia" de la batalla del Alto de la Alianza. Se mencionaban lo menos posible los desastres del Chaco, exceptuada la defensa del fortín Boquerón. Tema pendiente: la usurpación del litoral boliviano por parte de Chile y el mandato de recuperarlo algún día. Así se fomentaba entre los futuros oficiales un sentimiento antichileno, como elemento integrante de su mentalidad profesional.

Prolija atención era conferida al aliño de los uniformes en los domingos, día de salida a la ciudad. Para sus desplazamientos personales durante esas horas estaba prohibido a los cadetes subir a un autobús; debían llamar un taxi. Su apariencia tenía que ser impecable: cabello cortado casi al ras, bien afeitados, botines brillantes...

Existía rivalidad con los alumnos de la Escuela de Policía, que al igual que los cadetes, salían los domingos a la mañana a pavonearse en el Prado. Ambos grupos se observaban con latente hostilidad, que a menudo culminaba en desafíos para intercambiar golpes en unos terrenos baldíos situados detrás del edificio de la Universidad.

Desde el día en que ingresó al Colegio Militar, Hugo Banzer decidió "ser el primero en cada uno de los cursos". Era el de menor estatura y provocaba el escepticismo de sus camaradas, dudosos de que pudiese

soportar las pruebas físicas y rigores del aprendizaje. "Cuando yo era cadete, el brigadier nos ordenaba hacer flexiones en el suelo y decía: 'Hagan veinte flexiones'. Las primeras eran buenas, porque uno estaba con fuerzas; pero la número veinte se la hacía apenas. El brigadier decía: 'La última, bien hecha', y para mí, la última tiene que ser bien hecha, no sólo en cuanto atañe a flexiones."

Se empeñó en superar a quienes subvaloraban sus aptitudes. De los cincuenta y tres postulantes que ingresaron en el Colegio en 1940, quedaron pocos al cabo de un año. El era uno de ellos. Algo más, el primero del curso, tal como se lo había prometido a sí mismo.

Hugo ponderaba cuánto habría complacido al coronel Germán Busch comprobar el acierto de su profecía. Y cuán ufana debía estar doña Luisa, su madre, quien desde Santa Cruz seguía velando por su hijo favorito, enviándole regularmente pequeñas encomiendas o algo de dinero, con amigos que venían a La Paz.

El general Jorge Cortéz Cueto, su profesor en el Colegio Militar, comenta: "El cadete Banzer era el más chico de todo el colegio, pero el más sobresaliente. Era como una ardilla, seguía con la mayor atención las clases y sus calificaciones fueron siempre óptimas. Tenía un gran poder de concentración y no perdía palabra de lo que decía el profesor. Era visible su afán de superación y de ser el mejor alumno entre todos".

Al cabo de tres años, hubo una modificación de los programas y gracias a ello abrevió el curso, reduciendo así a siete los ocho años que requerían los estudios. "Fuimos avanzando y no solamente logré quedarme en el Colegio, sino que también tuve la satisfacción y el orgullo de ser el primer alumno en cada uno de esos cursos."

Los estudios le absorbían hasta tal punto que se desentendía en absoluto de lo que ocurría fuera de los muros del Colegio.

Entre 1941 a 1943 era presidente de la República el general Enrique Peñaranda, comandante en jefe del ejército durante la guerra del Chaco. Buen gobernante y respetuoso de las normas democráticas, visitó alguna vez el Colegio Militar, sin reparar, por supuesto, en ese frágil cadete que le rendía armas. Peñaranda fue derrocado por oficiales de la logia militar Radepa, en diciembre de 1943, un golpe incruento que no requirió la participación de los cadetes. Estos lamentaron, sin embargo, que

sus jefes el general Rivera y el mayor Terrazas fueran reemplazados por militares adictos al gobierno del mayor Villarroel.

Algo ocurría en el país. Declinaban los partidos tradicionales Liberal y Republicano Socialista y surgían nuevas tendencias incubadas durante la guerra del Chaco: partidos de izquierda como el PIR; de derecha, como Falange. En 1941 fue fundado el MNR. Se presentía que una época llegaba a su ocaso y se diseñaba la perspectiva de un mañana incierto.

Eran escasos los cadetes interesados en estos temas.Sus conversaciones giraban alrededor de sus estudios y, ocasionalmente, de la guerra que entonces incendiaba Europa. En esa primera etapa, los ejércitos de Hitler obtenían triunfos fulminantes, ponderados por profesores del Colegio Militar, escuchados con atención por sus alumnos, entre los cuales uno de los más inquisitivos era el cadete cruceño Banzer, nieto de alemanes, no lo olvidemos.

Entre sus camaradas y amigos de esos años, recuerda a Fernando Bedoya, Carlos Marín, Luis Granier, Hugo Veintemilas, Alfonso Villalpando y Raúl Alvarez Peñaranda a muchos de los cuales encomendaría importantes funciones, treinta años más tarde. En aquel entonces, ninguno de ellos sospechaba que ese cadete rubicundo, de buenos modales y suave hablar, sumergido en sus estudios, sería un día presidente de Bolivia.

En esa época temprana Hugo Banzer no abrigaba tal ambición. Su anhelo era llegar a ser algún día comandante del Colegio Militar. Nada más ni nada menos.

Un año en la Argentina

A comienzos de 1946, el cadete Banzer fue citado al despacho del coronel Froilán Calleja, comandante del Colegio. "Cadete Banzer, le comunico que en vista de sus excelentes calificaciones, se ha decidido enviarle como becario al Colegio Militar de la Argentina. Prepárese para salir en una semana."

Eran tres los elegidos. El segundo, Antonio Bazoberry, y el tercero, Mario Antezana, regresó a Bolivia por motivos de salud.

"Recuerdo la despedida del Colegio de Irpavi. Lo dejamos con lágrimas en los ojos." Sin embargo, eran lágrimas de júbilo, pues compren-

día cuán importante era esta beca para su formación profesional. A lo largo de su vida, también lloraría por otros motivos, penosos e incluso trágicos.

El viaje por ferrocarril desde La Paz hasta Buenos Aires duró cuatro días, con etapas interminables: Oruro, Challapata, Uyuni, Tupiza, Villazón; el cruce de la frontera; luego Jujuy, Tucumán, Rosario y por fin, la capital argentina.

Su primera impresión fue de pasmo. Una metrópoli trepidante, con amplias avenidas, tráfico intenso, calles abigarradas de transeúntes, vitrinas comerciales cuajadas de mercancías, muchos restaurantes, bares y cafés. Vio el primer rascacielo, el Kavanagh. Recorrió la calle Florida, la plaza San Martín, pasó frente a la Casa Rosada, en la que moraban en esa época el presidente Perón y Evita. Paseó por la calle Corrientes, con sus decenas de cines, uno al lado del otro. ¡Cuán distinta era esta urbe de su lejana Concepción, donde no había ni un cine...!

Los dos cadetes fueron cordialmente acogidos en el colegio El Palomar, situado en las afueras de Buenos Aires. Allí trabaron amistad con muchachos de países latinoamericanos, además, por supuesto de argentinos, que eran la mayoría. Entre ellos retendrá la amistad de Hernán Risso Patrón, Julio Mendioloz, Dardo Di Paolo, Luis Alberto Leoni, Enrique Luzuriaga y muchos otros.

Como siempre, fue un alumno aplicado y empeñoso, aunque no consiguió ser el primero de su clase, privilegio reservado para los argentinos como era normal. "Pasé un año maravilloso", escribirá más tarde.

En diciembre de 1946 se graduó de subteniente de caballería, su arma favorita. El diploma y sable respectivos le fueron entregados por el presidente Domingo Perón, en solemne ceremonia realizada en el Teatro Colón. Como eran muchos los egresados, es probable que Perón no individualizara a ese joven oficial boliviano. Volverían a encontrarse años después, pero en esta nueva oportunidad Perón, sí, repararía en el presidente de Bolivia, Hugo Banzer, que lo visitaba para discutir acuerdos diplomáticos.

En el acto de entrega de diplomas, el director del Colegio Militar Argentino, coronel Juan Carlos Ruda, hizo mención de los egresados bolivianos: "Este colegio militar argentino que también lo es de jóvenes

americanos que llegan a él, celebra con igual celebridad y júbilo el egreso de dos oficiales bolivianos: los subtenientes D. Hugo Banzer y D. Antonio Bazoberry. Realiza así el ejército y este instituto una función de hermandad americana, correspondiente a los tradicionales sentimientos generosos de la Nación Argentina hacia sus hermanas de América".

Estos estudios en el extranjero le permitieron graduarse antes del plazo habitual de ocho años, que en su caso quedaron reducidos a seis. A los veinte años, obtuvo su primer grado profesional. Había ganado un año en Bolivia; el segundo, en la Argentina.

Retornó admirando a ese país próspero cuyo ejército disponía de medios adecuados, tanto en lo financiero como en lo técnico: cuarteles amplios, armamento flamante, buenos alojamientos y abundante comida para oficiales y soldados, modernos textos de enseñanza, suficientes transportes. Una logística impecable. Ahora sabía cómo debía ser un ejército.

Cobijaría siempre un sentimiento amistoso respecto a la Argentina, a la que, en el futuro, y ya como presidente, juzgaría como el país con mayor identidad de intereses con Bolivia. No existían problemas de fronteras y sus economías eran hasta cierto punto complementarias. Además, las conflictivas relaciones con Chile hacían deseable un entendimiento entre militares argentinos y bolivianos.

Con impresiones optimistas, volvió a Bolivia para reincorporarse a filas. Había salido como simple cadete, regresaba con su diploma de subteniente.

Al llegar a La Paz se enteró de los detalles del levantamiento popular ocurrido el 20 de julio de 1946 y de la muerte del presidente mayor Gualberto Villarroel, colgado de un farol, frente al Palacio Quemado. No le conocía personalmente pero, como militar y como ser humano, lamentó su muerte y condenó la forma en que se profanó su cadáver. El trágico precedente de Germán Busch, quien se levantó la tapa de los sesos y este final lúgubre, vigorizaron su propósito de no inmiscuirse en política.

Durante dieciocho años, vale decir desde 1946 hasta 1964, los avatares políticos favorecerían este designio. Con el breve paréntesis del gobierno del general Hugo Ballivián, en 1951, el ejército no intervendría directamente en el trajín y se sucederían presidentes civiles: Tomás Monje

Gutiérrez, Enrique Hertzog y Mamerto Urriolagoitia, primero; y luego Víctor Paz Estenssoro, Hernán Siles y nuevamente Paz Estenssoro. Disuelta la Radepa, militares de buena cepa como Hugo Banzer pudieron consagrarse a su profesión. Por un tiempo...

En esa temprana época de su carrera ignoraba cuán difícil era, sobre todo para un "buen militar", eludir las acechanzas de los políticos, siempre rondando alrededor de los cuarteles, o las insinuaciones de algunos de sus propios colegas, cuyos ojos estaban entornados hacia el Palacio Quemado, como falenas hacia la luz.

En la Bolivia profunda

El 8 de enero de 1947 fue designado oficial instructor del regimiento Ingavi, 4 de caballería, de guarnición en Challapata, poblado altiplánico próximo a Oruro y la frontera con Chile. Era comandante el coronel Armando Pinto, de sobresaliente actuación en la guerra del Chaco.

Situada en una estepa desértica, azotada por los vientos cordilleranos, Chapallata ofrecía escasas distracciones a los oficiales, cuyo tedio era compartido por sus soldados. Nueva experiencia para el joven chiquitano habituado al calor y a la vegetación exuberante. "En Challapata inicié mi vida profesional instruyendo a nuestros soldados, a ese humilde campesino que va al cuartel no sólo a cumplir un deber cívico, sino también a aprender, pues el cuartel es una escuela de civismo para el campesino. Una escuela de vida, donde aprende a leer. Lo he visto toda mi vida: el joven, sea éste campesino o de cualquier estrato social o económico, sale del cuartel totalmente modificado, útil para el país."

Al mando de una sección deambuló por páramos de la frontera con Chile, comprobando con desasosiego que esas regiones estaban semiabandonadas, con hitos destruidos por el tiempo, invitando la incursión del codicioso vecino. Había ocurrido lo mismo tres cuartos de siglo antes, en la provincia Litoral... Pero ¿qué podía remediar un simple subteniente, con insuficientes medios y ninguna autorización?

Verificó que eran los campesinos de la región fronteriza quienes resguardaban la soberanía boliviana. Diseminados en aldeas perdidas en la planicie inmensa, ellos eran vigías voluntarios que denunciaban perió-

dicas incursiones de los carabineros chilenos. Fue así como Hugo Banzer, cruceño, aprendió a respetar al indígena altiplánico que, luego de haber vertido su sangre en el Chaco, era ahora centinela de las montañas andinas. Así, paulatinamente, el joven militar chiquitano se iría conformando cierta idea de su Nación.

Challapata se hallaba cerca del campamento minero de Catavi, perteneciente entonces a la firma Patiño. Lo visitó en más de una ocasión y pudo interiorizarse del nivel de vida de los trabajadores. "Recuerdo que durante el período de Hertzog, fui destacado con una fracción de mi regimiento, el Ingavi, a las minas de Catavi y Uncía. Nos hicimos amigos de los trabajadores, en quienes yo encontré extraordinaria calidad humana. Debo decir que el trato que recibían los mineros por parte de la empresa no era malo. Disfrutaban de aceptables condiciones de trabajo, salarios decentes, hospitales, escuelas. Pero en esa época ya actuaba Lechín y los mineros estaban sometidos a su prédica", escribió más tarde.

El 19 de enero de 1948 fue transferido al regimiento Abaroa, de guarnición en Guaqui, puerto sobre el lago Titicaca. Como ocurriera en el Ingavi, al poco tiempo fue designado abanderado de su nueva unidad.

Pronto se percató de que Guaqui era diferente de Challapata. Centro comercial activo en cuyo muelle atracaban vapores rumbo a Puno, abriéndose camino entre las balsas de totoras de los pescadores, el paisaje era más risueño que el de Challapata. Además, en sus horas libres, los oficiales podían practicar el hipismo, deporte favorito de Hugo Banzer, compitiendo de vez en cuando con los oficiales de un regimiento peruano acantonado en Pomata, a pocos kilómetros de la frontera.

Advirtió que los oficiales del Abaroa estaban más politizados que sus colegas del Ingavi, quizá debido a la proximidad de Guaqui a la sede del gobierno. Procuró ceñirse a las tareas de su profesión sin lograr impedir que un día el comandante del regimiento, coronel Felipe Iñiguez, le ordenara dirigirse a la zona de Taraco a la cabeza de una escuadra de soldados, para capturar a un grupo de conspiradores que se aprestaban a ingresar en el país, desde el Perú. Objetó la misión, expresando que un militar podía apresar a extranjeros en una guerra, pero no a sus connacionales en tiempo de paz. Iñiguez reiteró la orden, obligándolo, como sanción, a trasladarse a pie hasta Taraco. Banzer obedeció. Al llegar a des-



El presidente Enrique Hertzog.

tino, emplazó centinelas nocturnos que, en efecto, al tercer día sorprendieron a un grupo de personas en actitud furtiva. Banzer los conminó a volver al Perú si no deseaban ser detenidos y enviados a La Paz. Acataron los civiles, que probablemente eran miembros del MNR, por ese entonces en la oposición.

En Guaqui repercutían ecos de la zozobra reinante en el país. Gobernaba el presidente Enrique Hertzog en un clima tenso, sacudido por paros y huelgas sucesivas en las minas y agitación en las ciudades, promovidas por aquel partido. Renunció Hertzog por razones de salud y fue reemplazado por el vicepresidente Mamerto Urriolagoitia, político chuquisaqueño cuyo temple se revelaría pronto.

En agosto de 1949, varios regimientos con excepción de los acantonados en La Paz, se alzaron en armas en Cochabamba, Oruro, Potosí, Sucre, Camiri y Yacuiba, vale decir la casi integridad del territorio.

Era la guerra civil provocada por Hernán Siles, el combativo dirigente del MNR. Aviones militares del gobierno bombardearon los aeropuertos de Cochabamba y Santa Cruz. Comandaba las fuerzas leales el general Ovidio Quiroga, secundado por el general Armando Ichazo, el coronel Antonio Seleme y otros jefes. Se combatió en Mataral y Pulquina, sitios próximos a Cochabamba; y en Potosí, Sucre y Santa Cruz. Los enfrentamientos concluyeron con el triunfo del gobierno.

Hugo Banzer no intervino en estos encuentros pues recibió orden de incorporarse a la región militar Nº 1 de La Paz, como ayudante de su comandante, el general Víctor Criales. Fue su primer roce directo con la política. El habría preferido permanecer en el cuartel de Guaqui, instruyendo a sus soldados; pero la política acababa de revelarle su capacidad para inmiscuirse en otros ámbitos. Empezó a comprender cuán arduo le sería dedicarse exclusivamente a su profesión militar. Continuaba sustrayéndose a las añagazas políticas sobre las que guardaba mal recuerdo. Declaró más tarde: "Soy hijo de un subprefecto que estuvo dieciséis años en el cargo y vi pasar por mis ojos el canibalismo político de aquellas épocas, cuando las contiendas electorales terminaban con contusos, heridos y muertos, con familias divididas y con partidos políticos enteros en el exilio". Recordaba, sin duda, que el primer esposo de su madre, el doctor Saldaña, político liberal, había sido victimado en una de esas quere-

llas fratricidas. La pugna entre liberales y republicanos, iniciada con la revolución de Bautista Saavedra en 1920, tuvo repercusiones en este género en todo el país.

Sofocada la intentona revolucionaria del MNR, Hugo Banzer fue destinado el 9 de noviembre de 1949, al regimiento de caballería Castrillo de guarnición en Roboré, población situada a medio camino entre Santa Cruz y Puerto Suárez y actual estación de tránsito del ferrocarril Corumbá-Santa Cruz.

En el futuro habitaría periódicamente en Roboré, burgo ligado a la memoria de su ídolo, Germán Busch. En efecto, desde allí éste emprendió la primera de sus proezas guerreras. "Para mí –rememora Banzer– Roboré fue siempre un lugar acogedor, muy simpático, donde el comandante de división general Humberto Torres Ortíz, ejemplo de trabajo y honestidad en todo momento nos inculcó patriotismo y sentido del deber". Volvieron a encontrarse el 9 de abril de 1952, combatiendo al MNR.

Las tareas del Castrillo incluían el tendido de caminos. El subteniente Banzer se ocupó de la rehabilitación del camino Roboré-Ravelo y del tramo Carmen-Rincón del Tigre y la Gaiba.

Asesorado por un buen topógrafo y gracias a la diligencia y disciplina de sus hombres, cumplió satisfactoriamente su cometido. Aunque su arma era la caballería, esta actividad diferente le agradó porque se desdoblaba en obras de beneficio para la región.

Roboré sería escenario de un episodio romántico de su vida personal. Así lo recuerda: "Para nosotros, los oficiales de la guarnición que llevábamos una vida algo monótona, el acontecimiento semanal era la llegada del avión del Lloyd Aéreo Boliviano procedente de Cochabamba. Un día vi descender a una guapa muchacha. Me enteré luego de que se llamaba Yolanda Prada y venía a visitar a su hermano Mario, empleado en ENFE y amigo mío. Fuimos presentados. Me enamoré de ella y nos casamos un tiempo después, en Cochabamba".

Yolanda era hija de Ramón G. Prada, y de Agustina Abasto, ambos cochabambinos. Ramón G. Prada trabajó en el LAB desde el día de la creación de esta compañía y fue director y profesor de la primera escuela de mecánicos de Bolivia, así como fundador del club deportivo Wilsterman y miembro de la Federación de Trabajadores de su ciudad natal.



El presidente Mamerto Urriolagoitia.

Roboré fue el lugar donde murió doña Luisa. Hugo rememora con estas palabras: "Mi madre falleció en Roboré cuando yo estaba de guarnición allí. Ella, que había guiado mis pasos desde la infancia, que lo seguía haciendo y que sacrificándose había ido a acompañarme, porque sabía que yo necesitaba su presencia, fue víctima de la vejez, las enfermedades y las penas. Sentí un dolor indescriptible al perder a ese ser tan querido al que recurro diariamente en mis oraciones para que no me abandone".

Durante el resto de su vida, guardaría un culto reverencial por la memoria de sus padres y, en especial, la de su madre. El sentimiento religioso que ella le inculcara perduró para siempre, y cuando asistía a la misa dominical, hábito que conservó cualquiera que fuese el sitio o circunstancias, su primera oración era para doña Luisa. (Luego añadiría a sus hijos Boris, primero, y Martín, después, ambos muertos trágicamente en circunstancias que serán relatadas más adelante.)

La revolución de abril

Cumplidos dos años de guarnición en Roboré, el 23 de enero de 1951, el teniente Banzer fue destinado como instructor a la Escuela de Clases Maximiliano Paredes en Cochabamba y, a fines del mismo año, nuevamente al Ingavi en Challapata. Esta asignación duró poco, pues el 5 de febrero de 1952 volvió a La Paz como instructor del Colegio Militar, situación de privilegio reservada para los mejores oficiales del Ejército.

Dos meses después estalló la revolución del 9 de abril.

Hay que identificar las causas mediatas de esta conmoción en un proceso histórico que se origina en el populismo de Bautista Saavedra (1920-1926); el desafío de Hernando Siles (1926-1930) a la gran minería; el trauma de la guerra del Chaco (1932-1935); los intentos socializantes de David Toro (1936-1937); Germán Busch (1937-1939); y Gualberto Villarroel (1943-1946). La amalgama de estos factores produjo el caldo de cultivo propicio para que cuajara la prédica subversiva del MNR y la insurgencia popular.

Como en la novela de García Márquez, fue una revolución "anunciada". La situación política se había hecho insostenible para el partido de gobierno, el PURS, derrotado en las elecciones presidenciales de agosto

de 1951 que dieron el triunfo por mayoría relativa, a los candidatos del MNR, Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles.

El presidente Mamerto Urriolagoitia cedió a las instancias de sus amigos políticos confiando el poder a una Junta militar encabezada por el general Hugo Ballivián.

Del linaje del vencedor de Ingavi y militar de impecable actuación durante la guerra del Chaco, Ballivián no intervenía en política ni aspiraba a la dignidad presidencial que recibió orden de asumir y, como buen profesional, obedeció. Su breve gobierno, lesionado desde el primer día por la ilegitimidad de su origen, fue sin embargo civilizado y tolerante, sin ánimo de perpetuidad y con anhelo de restaurar la norma constitucional. Carecería de tiempo para hacerlo.

Acechaba a Ballivián la infidelidad del ministro de gobierno, general Antonio Seleme. Con defensores de esa laya, Ballivián no requería enemigos para que su gobierno se derrumbara. Era preferible enfrentar a adversarios declarados como Juan Lechín, el líder sindical que no hacía secreto de su oposición y cooperaba abiertamente con el trajín conspiratorio, apoyado por los mineros.

Durante la guerra civil de 1949, Seleme combatió en defensa del gobierno, lo cual lo convirtió en hombre de confianza, primero de Urriolagoitia y luego de Ballivián; pero ahora él ansiaba ser presidente, aun al precio de la deslealtad. De origen libanés y por lo tanto amigo de Juan Lechín, éste lo puso en contacto con el comité revolucionario que encabezaba Hernán Siles. El domingo 6 de abril, Seleme, ministro de Gobierno de Ballivián, prestó juramento de ingreso al MNR, es decir, se integró al complot.

Relata Walter Guevara: "Seleme, al incorporarse para colaborar con el MNR, puso como condición que no se hiciera saber tal hecho a muchos dirigentes del partido, porque eran espías al servicio del gobierno. La traición de los propios movimientistas llegó al colmo cuando supimos que en el comité ejecutivo, altos y menores dirigentes del partido estaban a sueldo del Ministerio de Gobierno".

Seleme se empeña en aparentar lealtad a Ballivián, padrino de sus hijos. Duerme muchas noches en el Palacio de Gobierno "para garantizar su seguridad". Jura que se hará matar por su presidente y cuando éste ha-

ce traslucir una leve sospecha sobre su conducta, Seleme, con lágrimas en los ojos, pronuncia la frase clásica: "¿Cómo crees, hermanito, que yo te pueda traicionar?".

Ballivián, hombre honesto e incapaz de imaginar semejante infidencia, le otorga su confianza, pese a conocer sus antecedentes ambiguos. Recuerda que cuando Seleme era edecán de Toro, se ofreció para victimar a Busch. Simple bravata. En las postrimerías del gobierno de Villarroel, participó en la conspiración encabezada por Guillermo Gutiérrez Vea Murguía y el mayor Carlos Lopera, ambos camaradas suyos en la guerra del Chaco. Se esfumó en el último instante, mientras ya se combatía en El Alto y en el cuartel Calama. Al designarlo ministro de Gobierno, Ballivián cometió un error garrafal que provocará su caída.

Para completar el elenco hay que mencionar a Oscar Unzaga de la Vega, jefe de Falange Socialista Boliviana, quien también participaba en el complot en forma aislada e indefinida. Político idealista y romántico, Unzaga estaba poseído por la manía conspiratoria, que le llevaría a la muerte.

Ballivián anhelaba despojarse de la presidencia mediante convocatoria a elecciones, dentro del menor plazo posible, porque estaba enterado del cisma existente en el ejército, y sobre todo, de la falta de respaldo constitucional de su gobierno.

Procuró dotar de cierta organicidad a su cargo. Iniciativa importante fue su pedido de asistencia técnica a las Naciones Unidas para la reorganización de la administración pública; etapa previa a un vasto programa económico y social. En octubre de 1951 llegó al país una misión de alto nivel dirigida por Hugh Keenleyside, economista canadiense, que tres meses después sometió un plan de gobierno, técnico y moderno.

Como en el caso de la gestión portuaria llevada a efecto por Alberto Ostria Gutiérrez, en 1950, Paz Estenssoro vio con alarma este intento de anticipar un plan que él mismo deseaba implantar en el futuro, cuando alcanzase la presidencia. Desde Buenos Aires emitió un manifiesto sindicando a las Naciones Unidas de "ver con ojos de funcionarios coloniales la realidad boliviana". En privado, confió a Alfonso Gumucio, uno de sus más leales colaboradores: "La verdad es que no nos conviene que la Junta realice un plan que nosotros somos los llamados a ejecutar".

Ballivián creó una comisión revisora e investigadora de bienes del Estado encargada de sancionar a aquellos individuos de cualquier partido que hubiesen medrado en el desempeño de cargos públicos. No tuvo tiempo para aplicar el plan Keenleyside ni sancionar a los malos funcionarios.

Pese a la brevedad de su tránsito por la presidencia de la República y a los orígenes irregulares de su ascensión al poder, Hugo Ballivián dejó la imagen de un personaje irreprochable. Habría que remontarse al pasado histórico para encontrar una figura militar y política parecida: Adolfo Ballivián, hijo del vencedor de Ingavi, a quien también la presidencia le fue prácticamente impuesta. Ni Adolfo ni Hugo Ballivián apetecieron el mando, pero una vez que éste les fue encomendado, se desenvolvieron con señorío y dignidad.

Hugo Ballivián heredó una situación difícil y precaria que él asumió como un deber militar y ciudadano. Pudo haber apelado a la violencia y erigirse en un déspota; nunca pensó en hacerlo y prefirió caer combatiendo, sin claudicar.

Defensa del Colegio Militar

"Desde varias semanas antes del 9 de abril –recuerda Banzer– se percibía inquietud entre algunos oficiales que advirtieron los trajines conspiratorios de altos jefes. Había varios simpatizantes del MNR, cuyas prédicas contra la 'Rosca' habían acabado por impresionarles."

A las siete de la mañana del miércoles 9 de abril de 1952, grande fue la sorpresa del comandante del Colegio Militar, coronel Eliezer Bustos, y de sus oficiales, entre quienes se contaba el teniente Hugo Banzer, cuando alguien llamó a las puertas del cuartel. Era el presidente, general Hugo Ballivián, acompañado de su hijo, que portaba una ametralladora liviana. Venía a oponer resistencia al golpe revolucionario de la madrugada. No se hallaba en Palacio e inicialmente intentó dirigirse a El Alto, donde sabía que se congregaban varios regimientos que él creía leales al gobierno. Impedido de hacerlo por los grupos revolucionarios que ya recorrían las calles, optó por encaminarse al Colegio Militar.

Bustos hizo alinear el batallón de cadetes y les informó lo que ocurría: el cuerpo de carabineros se había insurreccionado y era posible que

atacase al Colegio. Cuando pidió voluntarios para defenderlo, todos los cadetes dieron el consabido paso al frente. Ordenó luego que una fracción marchara hacia la ciudad, cruzando el barrio de Miraflores. El resto, al mando del teniente Banzer, resguardaría el edificio y los alrededores.

Entretanto, el batallón de Ingenieros al mando del capitán Julio Sanjinés Goitia se enfrentaba en el barrio de Sopocachi con carabineros y civiles apostados en la Universidad. Luego el batallón se replegó a Calacoto donde tomó contacto con Banzer y sus cadetes, parapetándose en el puente que une esa zona con Obrajes. Recuerda Sanjinés, ahora coronel en retiro: "El 9 de abril cuando se produjo el desbande del ejército nos atrincheramos en el local del Colegio Militar. Los cadetes y nosotros fuimos los últimos en entregar las armas". Sobre un efectivo de doscientos cuarenta hombres, el batallón de Ingenieros sufrió durante esos días bajas de quince muertos y sesenta y dos heridos.

Juan Lechín relata así lo ocurrido en Irpavi: "El sábado en la noche los revolucionarios comenzaron a bajar de El Alto, con todas sus armas. Bajaban a destruir el Colegio Militar. Siles subió al Palacio y me pidió que detuviera a la gente para evitar un enfrentamiento con los cadetes. Bajamos Méndez y Requena y la gente estaba ya cerca de la entrada del Colegio. Ya delante de las masas, paramos y les pedí no atacar el Colegio Militar, porque nos podía servir de escuela popular; nos dijeron: 'Hay que terminar porque de lo contrario éstos van a ser los pichones de hoy, sirvientes de la Rosca, mañana'. Reiteramos nuestro pedido y al final nos aceptaron de mala gana".

Fue sin duda una decisión prudente, pues de haber los revolucionarios intentado asaltar el cuartel y destruirlo se habría trabado un combate sangriento. En este evento, tanto Siles como Lechín, demostraron una calidad humana, que les era común: generosidad y tolerancia.

Sabemos ya quién era Siles. Respecto a Lechín, puede afirmarse que fue también en ese día de abril cuando entró en la historia.

El 11 de abril de 1952 fue la primera vez que, sin buscarlo, se enfrentaron Banzer y Lechín. No sería la última, pues siempre militaron en bandos opuestos, de derecha el primero, de izquierda el segundo. Intransigentes en sus respectivas posiciones, pero desprovistos de animosidad personal. Es posible que, en el fondo, ambos se respetaran mutuamente,



a la distancia y sin que uno ni otro traslucieran ese sentimiento. Les bastaba ser leales consigo mismos.

Banzer recuerda: "A todo lo largo de los días 9 y 10 de abril, el Colegio Militar fue amagado con fuego de armas de pequeño calibre accionadas por numerosos grupos de civiles que trataban de atacar las instalaciones del Colegio. En la tarde del 9 hicieron impacto en uno de los patios algunas granadas de morteros de 81 milímetros, disparadas desde la Academia de Policías, situada en Següencoma". La fracción que comandaba Banzer cubrió el flanco derecho de las defensas del Colegio Militar, en la zona del llamado bosque de Bolonia. Esa misión fue cumplida hasta que se dispuso su repliegue, cuando las hostilidades cesaron.

Es sabido que la historia la escriben los vencedores. Esa es probablemente la razón por la cual, en numerosos relatos que existen sobre la revolución de abril, apenas se menciona la conducta de militares de honor: Hugo Banzer, Alberto Crespo Carpio, Julio Sanjinés, Enrique Vargas Guzmán y algún otro que, contrariamente a Antonio Seleme, defendieron la institución a la que pertenecían. Pagaron el alto precio de su lealtad. Como lo pagó también el general Hugo Ballivián, ese renuente mandatario que tuvo que asilarse en una embajada y soportar un largo exilio.

Aunque lo acaecido en esos días de abril tuvo un sello predominantemente urbano, pues sólo se combatió en las ciudades de La Paz y Oruro, es innegable que el ímpetu rebelde provenía de los trabajadores mineros, insurreccionados en sus campamentos. Cabe preguntar si los propios dirigentes del MNR tuvieron conciencia de la profundidad y alcance de la revolución. ¿Por qué buscaron alianza con un partido de derecha, Falange, y no vacilaron en asociar a sus trajines conspiratorios a dos militares de idéntica tendencia derechista: Seleme y Torres Ortíz? ¿O acaso pensaban que "el fin justifica los medios"?

En el triunfo fue decisiva la presencia de Hernán Siles, quien sostuvo el ánimo flaqueante de los conjurados; sobre todo en el curso del segundo día, cuando la situación parecía perdida y cundía el desaliento. Seleme se asiló. Siles siguió combatiendo y fue él quien, en último análisis, personificó la revolución y la llevó a buen término. Del historiador francés Le Bon es esta cita: "Napoleón decía en Santa Elena que el destino de un país depende a veces de un solo día. La historia justifica esa

aserción, pero también muestra que se precisan muchos años para preparar ese día". Para Hernán Siles, ese día fue el 9 de abril. Era "el hombre de abril".

Dicha jornada fue el cenit de una vida consagrada a un ideal. Desde sus años de estudiante universitario percibió cuál era su destino. Conspiraciones, destierros, agitación incesante, apuntaron a ese norte. Sacrificó bienestar y sosiego hogareños para servir dicha vocación. Renunció al expediente del exilio, evitando con su presencia y ejemplo que su partido se disgregase.

Así culminó la revolución de abril, en la que sin saberlo y actuando en planos distintos, Banzer y Siles se enfrentaron por primera vez, pese a que ambos encarnaban el mismo ideal: servir a su país.

Triunfante, Siles intervino personalmente para evitar excesos, rodeó de garantías a los vencidos, y se alistó para depositar en manos de Víctor Paz Estenssoro –quien seguía en Buenos Aires– el trofeo de la victoria.

Acuartelado en el Colegio Militar, Hugo Banzer estaba preocupado por la suerte que cabría a los cadetes a su mando y a su propia persona. Ellos habían permanecido leales al general Ballivián hasta el último momento, y junto con los soldados del batallón de Ingenieros, comandados por el capitán Sanjinés, contuvieron los intentos de asaltar el edificio del Colegio Militar. Luego, Sanjinés fue convocado por Hernán Siles quien, en gesto hidalgo, ponderó su actitud.

Pocos días después, Banzer fue cambiado de destino al mismo tiempo que se clausuraba el Colegio Militar y se daba de baja a los cadetes que normalmente habrían egresado a fin de año y se enviaba "de vacaciones" a los demás.

Algún tiempo más tarde se creó el Colegio Militar Gualberto Villarroel, con nuevo personal y cadetes ligados a miembros del MNR y, en contados casos, con líderes sindicales. La subestructura del cuerpo de futuros oficiales fue deliberadamente modificada para dar acceso a capas sociales hasta entonces ausentes, y los jefes que apoyaron la revolución de abril fueron recompensados con ascensos o cargos de importancia, en la administración o en el exterior. Especialmente favorecidos fueron aquellos que se sometieron a la presión oficial para incorporarse al parti-

do de gobierno, integrando el "ejército de la revolución". Entre los más conspicuos figuraban el coronel Alfredo Ovando y el capitán René Barrientos, cuyos nombres es importante retener. Hugo Banzer resultó ser uno de los contados oficiales que rehusaron afiliarse al MNR. Dice él mismo: "En reiteradas ocasiones debí pedir permiso a mis superiores para que me permitieran dedicarme íntegramente a mi profesión militar. Fui comprendido y no hubo mayores exigencias". Tuvo que pagar un precio: se lo envió a desempeñar el oficio de jefe de una columna de viejos camiones del ejército, encargados de transportar abastecimientos a las guarniciones dispersas en el interior de la República y en las fronteras.

Tomó a pecho la tarea y procuró ejecutarla con eficiencia. Durante dos años recorrió el país de norte a sur y de este a oeste. La columna era familiar en remotos confines de Cochabamba, Santa Cruz y Chuquisaca, desde Valle Grande hasta San José de Chiquitos. Las guarniciones o simples puestos militares esperaban la llegada de este oficial siempre cordial que les traía vituallas, ropa y artículos de subsistencia. A veces, también transportaba contingentes de tropa, logrando contactos y experiencias que jamás habría adquirido en manuales y conferencias. Gracias a estos desplazamientos, palpó en el terreno la geografía nacional, observó los hábitos de los pobladores, sus necesidades y aspiraciones; amplió el círculo de sus camaradas militares; aprendió a detectar sus cualidades y defectos. Banzer conoció durante esos años a muchos de sus futuros colaboradores, mientras deambulaba por pampas y serranías, venciendo caminos con vehículos averiados. Transitaba por la Bolivia profunda, lo que en verdad era un privilegio, pues sería más tarde uno de los pocos mandatarios que conocían personalmente los más apartados rincones del país.

Sin haberlo pretendido, transitaba por algunas de las rutas que siglos atrás recorrieran sus antecesores germanos, como Ulrico Schmidt, Tadeo Haenke, los jesuitas de las misiones Mojos y Chiquitos, o aquellos exploradores de raigambre hispánica, como los Suárez.

Al término de dos años de dirigir esa columna de camiones destartalados y cuando por fin había sido ascendido a capitán por tiempo de servicio, el 9 de enero de 1954 fue destinado a la Escuela de Armas de Cochabamba, como alumno del curso de caballería. Durante cierto tiempo, ésa sería la ciudad de su residencia.

Fue una época de estrechez económica. "Hay gente –diría más tarde– que piensa que los militares somos un núcleo de privilegiados. No es así. Yo tuve una temprana experiencia cuando asistía a la Escuela de Armas de Cochabamba. Los sueldos percibidos por los oficiales eran misérrimos e insuficientes para cubrir sus apremios económicos más elementales. Algunos eran casados y tenían hijos. Por suerte, yo contaba con el apoyo necesario de la familia de mi esposa, pero ésa era una excepción."

Concluido el curso de la Escuela de Armas, fue transferido a la Escuela de Comando y Estado Mayor, como alumno.

Se llegó a tal extremo de pauperización que se habilitaron caballerizas existentes en el cuartel como viviendas para oficiales. Colmada su paciencia, llegó un día en que algunos oficiales resolvieron pedir su baja. Banzer fue encargado de elevar la solicitud al comandante, coronel Leytón. Este reaccionó comprensivamente: "Esta decisión es tremenda. Comprendo las razones pero les pido que retiren el pedido de baja".

Se convocó a una reunión en la cual, por voluntad de sus camaradas, Banzer fue el único que habló. Los altos jefes prometieron resolver los problemas, logrando que desistieran de su actitud. Después fue informado por el chofer, que uno de los jefes había dicho a los otros: "A ese rubiecito hay que darlo de baja. Es el rebelde del curso".

Se abstuvieron de hacerlo, aunque tampoco dieron satisfacción a los pedidos de los oficiales y la situación quedó estancada. En los años que siguieron a la revolución de abril de 1952, los militares no inscriptos en el MNR, debieron soportar postergaciones. Banzer era uno de ellos, lo cual no fue óbice para que al concluir el curso en la Escuela de Armas fuese nuevamente el primero en su promoción. Los dirigentes del MNR no advertían que el ejército iba reponiéndose lentamente de la humillación sufrida en abril. Pensaban que con el "ejército del pueblo" un motín castrense era improbable y que de ocurrir, sería sofocado con el apoyo de los mineros, de los campesinos y de aquellos jefes que se tenía por leales. Sin embargo, situaciones como las de la Escuela de Comando y Estado Mayor se repetían en otros lugares del país e iban creando en el ejército un estado de ánimo que inevitablemente les conduciría a la conspiración. A ellos se sumaba el hecho de que, disipado el fervor revolucionario, el MNR se fracturaba, tanto por las ambiciones de algunos de

sus dirigentes, como por la corrupción de sus miembros, engolosinados por las granjerías del poder.

Panamá y Estados Unidos

Quince años después de su egreso del Colegio Militar argentino, Hugo Banzer agregó otro hito importante a su formación profesional: su permanencia durante el año 1960 en la Escuela de las Américas, situada inicialmente en Panamá y luego trasladada a Fort Benning, en Georgia, Estados Unidos.

Luego de esa primera visita al país del norte, éste se convirtió en su lugar de residencia en varias ocasiones. Comenta: "Una de las naciones que mejor conozco son los Estados Unidos. Estuve un año en Fort Knox, siguiendo un curso de táctica de blindados, siendo yo el primer militar boliviano que efectuó este tipo de estudios. Después permanecí tres años en Washington como agregado militar y tuve ocasión de conocer personalmente a los presidentes Ford, Carter y Busch, y entre los jefes militares, al general Westmoreland, el de la guerra de Vietnam, y al general Colin Powell. Este último es un militar extraordinario; prueba de que aquello de la superioridad de las razas es una falsía. Como se sabe, Powell es hijo de padres jamaiquinos".

En Panamá, Banzer siguió además un curso de aprendizaje en la instalación de los talleres para el mantenimiento de vehículos militares que probablemente le trajo a la memoria aquel tiempo en que comandaba una columna de los mismos a través de las polvorientas rutas bolivianas.

Se ha ligado el nombre de la Escuela de las Américas con la llamada "doctrina de la seguridad nacional y defensa ampliada", destinada a adiestrar oficiales latinoamericanos en operaciones contra eventuales insurgencias extremistas. El ejército de cada país estaría encargado de prevenir y sofocar cualquier intento subversivo de ese género, pudiendo en caso necesario, asumir el gobierno en forma directa sin apelar a métodos democráticos. Banzer afirma haber estado en Panamá antes de que surgiera dicha doctrina. "El curso que yo seguí en la Escuela de las Américas no tenía ninguna relación con la doctrina de la seguridad nacional." Sin embargo, su permanencia en los Estados Unidos en tiempos de la "gue-

rra fría" y el ambiente en que se desenvolvió, aguzaron en él esa aversión al extremismo izquierdista, que sería uno de los signos dominantes de su mentalidad política. Razonaría y reaccionaría primordialmente como un militar; sólo más tarde, con la experiencia del poder, esta concepción de política autoritaria cedería preeminencia a una praxis democrática auténtica.

Ese año en los Estados Unidos fue provechoso para completar su formación profesional. Se familiarizó con los métodos del ejército más poderoso del mundo; entabló relaciones con oficiales de otras nacionalidades, algunos de los cuales volvería a encontrar en circunstancias diversas. Acaso sin percatarse, porque su objetivo era otro, la estadía le permitió descubrir lo que es un régimen democrático. Plantada en lo profundo y todavía imperceptible, la semilla germinaría más tarde, tras experiencias penosas.

El 8 de junio de 1961, de regreso al país, ingresó en la Escuela de Comando y Estado Mayor de Cochabamba, donde obtuvo el diploma de oficial de Estado Mayor, después de haber sido el abanderado de la Escuela y el primer alumno de su promoción, como de costumbre. A estas alturas tenía ya el grado de mayor.

La Escuela de Comando es fundamental para el futuro de un militar que desee escalar alta jerarquía. "Es allí –comenta Banzer– donde ya a una edad media de la vida, se recapacita y analiza la problemática nacional para llegar a darse cuenta de la real situación que vive el país. Es muy importante si uno está decidido a seguir adelante para alcanzar no sólo posiciones de mando superior, sino para ser buen ciudadano. En esta escuela, durante tres años, aprendí muchísimo y ha sido la base de todos mis conocimientos en mi larga carrera militar."

Cumplida esta etapa, el 20 de septiembre de 1963, fue nuevamente transferido a la guarnición de Roboré, como jefe de la Sección IV del comando de la V División del ejército. Ascendió luego a jefe de Estado Mayor de dicha división y fue durante un tiempo su comandante interino. En el transcurso de ese período en Roboré, un político cruceño, Carlos Valverde, se fugó de la cárcel de Santa Cruz y se declaró en rebelión contra el gobierno de Paz Estenssoro. Era un movimiento guerrillero ante el cual las fuerzas de policía demostraron impotencia, por lo cual se requirió la intervención del ejército.

Banzer fue nombrado jefe del grupo de combate encargado de sofocar este brote subversivo y, tras algunas escaramuzas que no causaron víctimas, obligó a Valverde y sus seguidores a huir al Brasil.

Muy aliviado, Paz Estenssoro inquirió quién había sido el oficial ejecutor de esta operación. Al enterarse de que era Banzer exclamó: "Pero ése no pertenece al Movimiento". Sin embargo, le envió... una botella de whisky. Quizás ignoraba que Banzer es muy sobrio con la bebida.

Ese fue el único contacto, por lo demás trivial e indirecto, que en aquel entonces mantuvieron ambos personajes. "Nunca he guardado amistad personal estrecha con el Dr. Paz Estenssoro a quien respeto, como respeto y admiro a su esposa, doña María Teresa Cortés, dama inteligente a cuyo consejo recurrí alguna vez, invocando nuestro común origen cruceño y la amistad que guardaron nuestras respectivas familias", declara.

Capítulo III
El acre sabor de la política

El "general del pueblo"

Habían transcurrido doce años desde que el MNR tomó el poder. En ese lapso se sucedieron las presidencias de Víctor Paz Estenssoro (1952-1956); Hernán Siles (1956-1960); y nuevamente Paz Estenssoro (1960-1964).

Al término de su segundo mandato, Paz Estenssoro pujó por un tercero, forzando así la norma constitucional mediante arbitrios de circunstancia. Pese a la oposición de varios miembros de su partido, se impuso como candidato a la presidencia y, posponiendo las aspiraciones de Walter Guevara y Juan Lechín, escogió como compañero de fórmula al general René Barrientos. Juzgaba así asegurado el apoyo del ejército.

El binomio triunfó sin problema en las elecciones realizadas el primer domingo de mayo de 1964 y tomó posesión del mando el 6 de agosto siguiente.

Barrientos era el piloto militar que, obedeciendo órdenes del capitán Lehm, trajo a Paz Estenssoro desde Buenos Aires, para que asumiera la presidencia, en abril de 1952. Se incorporó de inmediato al MNR y fue uno de los más turbulentos miembros del "nuevo ejército". Su intervención directa en política comenzó en febrero de 1960, cuando en la octava convención nacional del MNR, organizó una solemne ceremonia para la incorporación de un grupo de oficiales de aviación a las filas del partido. En julio de 1961, Paz lo envió a Santa Cruz para sofocar la rebelión de un agitador contumaz, Sandoval Morón y, en 1963 volvió a encomendarle que restaurase el orden en Cochabamba, donde habían estallado sangrientas reyertas entre campesinos de Cliza y Ucureña. Logró un pacto de "no agresión" entre comunidades y desde ese momento ostentó muy ufano,

el título de "pacificador del valle". Luego, auspiciaría la firma de un pacto de alianza "militar-campesino". Ficción demagógica sin asiento en la realidad.

Condottiero pintoresco, réplica anacrónica de Manuel Isidoro Belzu, trataba a los indígenas con el nombre de "hijos". Les hablaba en idioma quechua, bebía con ellos y galanteaba a sus mujeres. Ganó fama de temerario un día de octubre de 1961, cuando en una demostración aérea en El Alto de La Paz se estrellaron dos sargentos, lo cual hizo presumir que los paracaídas estaban mal acondicionados. Para acallar críticas, Barrientos, jefe de la Fuerza Aérea, se lanzó con uno de esos artefactos, que por suerte desplegó.

Pese a su temperamento suspicaz, Paz Estenssoro confiaba en su lealtad, así como también en la del general Alfredo Ovando, otro miembro prominente del "nuevo ejército" y de la célula militar del MNR. Presumía que amparado por ambos, su estabilidad en la presidencia estaba garantizada; estaba satisfecho por haber concebido la fórmula que le habilitaría para gobernar sosegadamente cuatro años, por lo menos. ¿Qué podían importarle los sindicatos mientras contase con los regimientos?

Ignoraba que desde hacía tiempo germinaba en sigilo un plan de Ovando y Barrientos para derrocarlo, quienes se habían puesto de acuerdo para desempeñar papeles antagónicos en apariencia, con el fin de encubrir mejor su colusión. Barrientos actuaba como vicepresidente díscolo, pero dinámico, mientras Ovando asumía el papel de comandante del ejército apegado al Presidente, celoso por guardar su seguridad y controlar a Barrientos. Este creaba conflictos y actuaba con insolente independencia, en tanto que aquél pretendía sosegarle. Uno se ausentaba con sospechosa asiduidad para "inspeccionar" las guarniciones militares del interior o las zonas campesinas; el otro permanecía en La Paz, a la vera del Presidente, visitándolo con frecuencia, adormeciéndolo al declarar repetidamente que estaba dispuesto a morir a su lado, en caso necesario.

¿Cómo explicarse que un político ladino como Paz Estenssoro, se dejara engañar por dos militares a quienes se suponía neófitos en un arte que él dominaba de maravilla?

El día del cumpleaños del Presidente, el general Ovando lo buscó en su domicilio de Calacoto. Siempre desaliñado y con perenne cigarrillo



René Barrientos, "El general del pueblo".

en la mano le dijo: "Señor Presidente, hoy, que es el día de su cumpleaños, le traigo el mejor obsequio que puedo ofrecerle: mi lealtad".

Mientras tanto, la conspiración de los dos militares cobraba un ritmo acelerado. Barrientos y Ovando contaban con notorios predecesores en el doblez: Achá, respecto de Linares; Melgarejo, de Achá; Daza, de Frías. Y en la historia reciente: Busch, respecto de Toro; Seleme, de Ballivián. Un día futuro, Banzer también sufriría la misma experiencia, cuando uno de sus más cercanos colaboradores se alzara contra él.

En el primer caso, el MNR pagaría el precio de una contradicción. Durante doce años había prohijado al "ejército del pueblo", juzgándolo decisivo factor de estabilidad. En realidad estaba nutriendo al germen destructor que concluiría por aniquilarlo.

Relato de un derrumbe

Absorbido por su labor profesional en Roboré y ajeno a lo que ocurría en la capital, Banzer tuvo la sorpresa de recibir un día de septiembre de 1964, la visita del general Barrientos, vicepresidente de la República. Apenas se trataban personalmente, pues sus esferas de acción eran distintas. Sin embargo, el general estaba enterado del prestigio de Banzer en el ejército y le respetaba, a pesar suyo, por su negativa a incorporarse al MNR.

Sin explicitar el motivo de su visita, invitó a Banzer a acompañarlo a Cochabamba, en el mismo avión militar en el que había venido. En el trayecto le expresó su disconformidad con Paz y su intención de derrocarlo. Según Barrientos, el país requería un gobierno netamente militar para poner coto "a la anarquía sindical que amenazaba destruir la economía e implantar el comunismo". Invocó por último, la solidaridad que debía primar entre los miembros de la Fuerzas Armadas. "¿Estaba dispuesto a cooperar con él?"

Banzer aceptó. "Debo confesar que la proposición me tomó por sorpresa. Si bien nos conocíamos mutuamente, nuestra relación personal apenas existía. Ignoro las motivaciones que lo indujeron a dirigirse a mí, es probable que fuese la importancia estratégica de la guarnición de Roboré. En todo caso, prevaleció el espíritu de cuerpo y solidaridad profe-

sionales y decidí colaborarle sin vacilaciones. Nunca he tenido simpatía por el MNR, y pensaba, como buena parte de mis camaradas, que ese partido había incumplido las promesas que formuló cuando estaba en la oposición. En consecuencia, la iniciativa caía en campo propicio. Yo no abrigaba ningún interés político personal y era todavía un militar a parte entera, ajeno a los trajines políticos. Lejos estaba de sospechar en aquella coyuntura, que, al aceptar cooperar con Barrientos, decidía mi propio futuro."

Quizá sin percatarse, Banzer había esperado durante doce años que llegara el momento en que oficiales apolíticos como él, que habían sufrido postergaciones injustificadas, recobrasen sus derechos. La frase "nunca he tenido simpatía por el MNR", es reveladora. Como lo es esta otra reflexión: "En el espíritu de cada militar está presente la solidaridad con sus camaradas". El MNR había actuado en 1952 con verdadera saña contra los miembros de las Fuerzas Armadas a las que sindicaba de oligarcas y antirrevolucionarias. No sólo fue descabezado el mando superior, sino que además se retiró de la institución, sin justificativo ni beneficio social alguno, a su elite rectora. Estos antecedentes y otras razones hicieron que la propuesta del general Barrientos fuera aceptada.

En noviembre de 1964, Barrientos y Ovando pusieron en ejecución su plan sedicioso. Con el pretexto de inspeccionar guarniciones del interior, Barrientos se trasladó a Cochabamba, y desde allí exigió la dimisión de Paz Estenssoro, bajo amenaza de una guerra civil.

Paz Estenssoro confiaba tanto en Ovando que ordenó a su partido la entrega del plan de defensa de los comandos y milicias del MNR, para que el general coordinara su ejecución con el de la guarnición de La Paz. El celo de Ovando iba más allá. Salió a inspeccionar los cuarteles "para asegurar la adhesión de los jefes". En realidad iba a cerciorarse de que el golpe estaba en marcha.

Retornó al Palacio Quemado, para decir a Paz Estenssoro, con acento consternado: "Mi Presidente: pese a mis esfuerzos, la situación está perdida. Por su seguridad personal y la de su familia, más vale que usted abandone el país. Yo le garantizo su seguridad y los acompañaré a tomar un avión que les conducirá a Lima. Una vez controlada la situación lo traeré de vuelta al Palacio".

Paz Estenssoro convocó a sus ministros y les informó que "para evitar un derramamiento de sangre", dejaría el mando y partiría rumbo al Perú al día siguiente, 4 de noviembre.

Al descender del avión en Lima, Paz Estenssoro tuvo frases de encomio para la lealtad de Ovando. Cuando el agregado militar, coronel Octavio Sanz Guerrero, miembro del MNR, preguntó a Paz cómo pudo confiar en Ovando, le respondió molesto: "No me hable usted así del general Ovando. El es leal".

El 6 de noviembre, en declaraciones al diario *La Prensa* de Buenos Aires, Paz Estenssoro explicó: "Mi caída se debe a la actitud del ejército que hasta el último momento, por intermedio del general Ovando, se había mantenido fiel a mí. Pero, presionado por la actitud traidora del vicepresidente general Barrientos, el ejército se manifestó contra mí".

Tratando de disculpar la ausencia de campesinos que lo defendieran agregó: "La semana anterior al golpe, movilizamos sobre La Paz casi diez mil campesinos armados; pero el domingo, cuando empezó la crisis decisiva, mandamos comisionados al campo, y sólo pudimos traer doscientos. Era el día de Todos los Santos, y al día siguiente, el de Difuntos. Los campesinos hacen una celebración que dura cinco días. No había manera de traer más gente".

Quizá fue afortunado que las cosas sucedieran así porque de lo contrario pudieron haber terminado en una matanza. En realidad, los campesinos no acudieron porque muchos de ellos estaban ya comprometidos con Barrientos, y les importaba un ardite lo que ocurriera con el Presidente, pese a que debían a éste la reforma agraria.

El régimen del MNR se desmoronó con tanta rapidez porque ese partido ya no tenía más que ofrecer, ni ningún nuevo principio que invocar. Ello explica por qué en el trance decisivo, ni campesinos ni trabajadores acudieron a defenderlo.

Si es innegable que la revolución de abril transformó algunos componentes de la sociedad en sentido negativo, como fue la nacionalización de las minas, y en sentido positivo, con la reforma agraria y el voto universal, no lo es menos que al cabo de poco tiempo abrió campo a las querellas personales de sus líderes, y, peor aún, a la corrupción. En doce años de gobierno, el MNR había perdido su virtud y desvirtuado sus ideales.

Este grupo político, una de cuyas banderas había sido la de liberar a la Nación de su dependencia del "imperialismo extranjero", no vaciló en acogerse a la ayuda económica americana, en una magnitud desconocida por los anteriores gobiernos considerados de derecha. Entre 1952 a 1964, los Estados Unidos prestaron a Bolivia un sostén financiero superior, por habitante, al otorgado a cualquier otro país de América latina. En 1957, por ejemplo, concedieron una subvención directa al Tesoro boliviano, del 30 por ciento del presupuesto fiscal.

Hasta entonces el país vivía modestamente, pero de sus propios recursos; a partir de 1952 se acostumbró a la dádiva extranjera como algo normal; una manera singular de profesar ese nacionalismo invocado por el MNR en sus años de oposición.

Tal sistema de gobierno no era el más propicio para implantar en la comunidad una ética de austeridad. Desalentó el esfuerzo productivo, estimuló las exigencias de los líderes sindicales y toleró la corrupción administrativa. COMIBOL y otras entidades estatales se convirtieron en fuentes de enriquecimiento ilícito para unos cuantos privilegiados.

Estas causas explican por qué fue tan fácil para el ejército recuperar aquello que perdiera en 1952.

Años más tarde, Banzer enjuiciaría así la revolución de abril: "Las circunstancias de esa hora política hicieron que, con el entusiasmo y sacrificio de un pueblo desesperado, se instaurara un gobierno revolucionario, cuyo accionar tuvo contornos de hegemonía y violencia. La revolución triunfante se encontró atrapada en un torbellino que apuntaba hacia una salida con dos vertientes inseparables: el populismo y el estatismo.

"Las que pudieron ser medidas precisas y meditadas, en cuanto a la nacionalización de las minas y la reforma agraria se convirtieron en pasos precipitados por el empuje de los hechos. Un capitalismo de Estado secante comenzó a reinar desde 1952. La minería decayó en su producción a niveles realmente pobres, mientras inflaba su burocracia. En el campo se crearon minifundios que hicieron bajar la producción de alimentos porque al campesinado no se le dotó de lo esencial para su trabajo. En cuanto al voto universal, sirvió para que los analfabetos del campo y las ciudades votaran, pero no eligieran. Ese uso y abuso del voto campesino falsea hasta el día de hoy el sistema democrático y en más de

una oportunidad ha sido motivo para que surjan gobiernos débiles e inconstitucionales". Hasta aquí hablaba Banzer.

Sin embargo, es de equidad histórica admitir que, pese a sus desaciertos, la revolución creó las condiciones para incrementar la movilidad social, liberar ciertas energías individuales; otorgó realidad a las aspiraciones de clases sociales, como la indígena, que si bien no fueron satisfechas por entero y en ciertos casos se vieron desvirtuadas, significaron la conclusión de un período histórico que había consumido su tiempo. A partir de 1952, Bolivia ya no fue la misma, para bien o para mal de su pueblo.

Ministro de educación

Hábiles ajedrecistas, Ovando y Barrientos, consiguieron dar jaque mate a ese maestro que era Paz Estenssoro, conviniendo luego en compartir el poder. Ovando, empero, había desempeñado con tan consumada hipocresía el papel de defensor de Paz, que, cuando apareció en el balcón del Palacio Quemado, esperando ser aclamado por la multitud, ésta lo abucheó, obligándole a ceder la primacía al cómplice. Para colmo de infortunios, un contratiempo banal le impidió sincerar su conducta: cuando se disponía a pronunciar su discurso perdió su dentadura postiza, de modo que quedó impedido de expresarse en forma inteligible. De estos accidentes suele depender la suerte de los ambiciosos.

Luego de compartir brevemente el mando presidencial, Ovando tuvo que resignarse a reasumir la jefatura del ejército en espera de una coyuntura más propicia. Para integrar su gabinete, Barrientos invitó a Banzer a desempeñar la cartera de Educación Pública y envió un avión especial a Roboré. Con sentimientos dispares, Banzer dejó su guarnición. Lo estimaban sus oficiales y soldados y estaba realizando una labor constructiva en ese rincón patrio. Personalmente habría preferido no interrumpir su carrera militar, aunque, por otra parte, juzgaba que no podía negar su aporte al jefe que lo solicitaba de manera tan apremiante.

Barrientos apreciaba las cualidades profesionales de Banzer y en más de una ocasión intentó confiarle la función de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, pese a que sólo ostentaba el grado de teniente coronel, Banzer rehusó el honor. "Si algo puedo destacar en mi calidad

de colaborador directo del general Barrientos fue mi lealtad hacia él. Rechacé insinuaciones de civiles y militares descontentos que pretendían reemplazarlo por el general Ovando o por mí", declara.

A lo largo de su carrera pública, habrían de tentarlo en numerosas oportunidades con propuestas de este género. Sin embargo, jamás cedió pues ello habría implicado infidencia hacia la persona que le otorgaba su confianza. He aquí uno de los rasgos relevantes de su carácter.

Desempeñó el Ministerio de Educación durante dos años. "Hice todos los esfuerzos posibles para lograr que la educación pública se superara y que los índices de analfabetismo disminuyeran. Por primera vez en Bolivia se hizo un diagnóstico de la situación educativa del país." Sin ser inesperados, los datos que arrojó este análisis eran preocupantes: el analfabetismo superaba el sesenta por ciento de la población adulta y en el campo era aún más alto, pese a la reforma agraria y al esfuerzo que los campesinos desplegaban para construir escuelas, pagándoles ellos mismos a los maestros. Banzer obtuvo que se mejorasen los sueldos de los maestros fiscales, quienes, no obstante, continuaron integrando uno de los sectores sociales más desfavorecidos. Como medidas pedagógicas se impuso el cumplimiento de doscientos días de clases por año escolar, y la modernización de los programas de estudios primarios. Asesorado por el periodista y abogado Augusto Gotrett, visitó Europa y los Estados Unidos, a fin de conseguir créditos o donaciones para fines educativos. Alcanzó un éxito relativo porque los gobiernos europeos veían con desconfianza a un gobierno de facto, pero en Washington encontró mejor acogida.

Siguiendo el ejemplo de Busch, el general Barrientos decidió convocar a elecciones para legitimar su presidencia. Obtuvo la colaboración de agrupaciones civiles de tinte democrático, como el Partido Social Demócrata, uno de cuyos miembros, Luis Adolfo Siles Salinas, completó la fórmula presidencial, como vice; logró también el apoyo del Partido Liberal y del PIR, entidades políticas dispares, lo cual reveló la ausencia de bases ideológicas de un régimen esencialmente personalista.

Comenta Banzer: "La corta experiencia del gobierno del general Barrientos, permitió avizorar la necesidad de modificar la situación reinante. En ese momento, era impensable liquidar el hiperestatismo; mu-

cho menos cambiar el modelo de capitalismo de Estado por otro de economía de mercado. El morigerar aunque fuera sólo en parte los efectos perniciosos del hiperestatismo, se consideró en 1964 como un gran avance. La fortaleza del modelo era todavía grande. Aunque el presidente Barrientos buscó introducir algunos cambios, el poder político y la influencia del movimientismo era tal que no pudo avanzar mucho. De alguna manera, empero, Barrientos marcó el inicio del fin de una época y del modelo económico instaurado en 1952".

Lo que tanto Barrientos como Banzer no podían prever entonces era que por una de esas contradicciones frecuentes en la historia, aquello que apenas osaron intentar, sería llevado a cabo por el propio caudillo máximo del movimientismo, Víctor Paz Estenssoro, durante su cuarta presidencia: el abandono del estatismo y el retorno al liberalismo económico...

Efectuadas las elecciones con el triunfo del binomio Barrientos-Siles Salinas, Banzer renunció al cargo de ministro de Educación, solicitó su reincorporación al ejército y retornó a la guarnición de Roboré, su lugar predilecto. Se sentía más a gusto entre sus camaradas y soldados que en el frío despacho de un ministerio, pues no había dejado de ser "un buen militar". Apreciaba más el cargo de jefe de Estado Mayor de la V División de Ejército, que el de ministro.

Agregado militar en Washington

Disfrutó escaso tiempo de Roboré, pues fue transferido a la comandancia de su antiguo regimiento, el Ingavi, ahora de guarnición en La Paz. Después de ejercer esta función un año, en junio de 1967 fue designado agregado militar a la embajada de Bolivia en Washington. Cobraba demasiado prestigio en el ejército, y era mejor, por precaución, alejarlo un tiempo.

Le agradó la capital americana a la que se trasladó con su familia. Procuró perfeccionar sus conocimientos de inglés y estrechar sus relaciones con el Pentágono, con la intención de acrecentar la ayuda material al ejército boliviano, empeño en el que tuvo éxito.

Fungía como embajador el coronel Julio Sanjinés, aquel que combatiera a su lado el 9 de abril de 1952, defendiendo el Colegio Militar. Desde

entonces ambos cultivaron buena amistad, empeñados en idéntico propósito: ir recreando poco a poco un ejército profesional, apolítico y moderno, y para ello, la asesoría americana podía ser valiosa. El núcleo germinal de ese nuevo ejército fue –según refiere Sanjinés con malicioso regocijo–, la banda de músicos militares que, por deseo de la población de La Paz no fue disuelta por el gobierno del MNR.

Cuando Banzer recuerda a ese grupo de oficiales que fue dispersado por el MNR por haberse rehusado a adherirse a dicho partido, es probable que piense en Julio Sanjinés, militar de cepa, cuya honestidad y competencia son proverbiales. Se graduó de bachiller en Berlín, en 1941, y luego siguió cursos en las academias militares de West Point en Estados Unidos, donde obtuvo el grado de oficial, y luego en la Escuela Militar de Ingeniería del Perú. De regreso a Bolivia, impulsó la creación del primer batallón militar de ingeniería con que ha contado el país, del que asumió la comandancia. Entre los oficiales figuraban los subtenientes Andrés Selich y Alberto Natusch.

Ya se ha relatado la entereza y el sentido del deber de Sanjinés y el teniente Banzer en las jornadas de abril de 1952. Aunque ninguno de los dos se inmiscuía en política, en 1953 Sanjinés fue apresado durante siete meses en el panóptico de La Paz, y luego exiliado al Perú. Sus servicios profesionales fueron requeridos por las Naciones Unidas y la Organización Internacional del Trabajo, que le confiaron la dirección de varios programas de asistencia en el Ecuador, Perú y Bolivia.

Barrientos lo nombró ministro de Economía e integró el mismo gabinete que Banzer. Luego fue embajador en Washington, circunstancia en que los dos amigos volvieron a encontrarse.

En 1972, Banzer, ya presidente, designaría a Sanjinés, primero embajador en Lima, y luego presidente de la Corporación Boliviana de Fomento, cargos en los que se desempeñó con su habitual eficiencia. Todos los gobiernos posteriores, militares o civiles, requirieron una colaboración que él prestó con desinterés. Infatigable, con una gran imaginación y sentido administrativo, se consagró en los últimos años a un programa ecológico en el lago Titicaca y a estudios para rehabilitar el acceso de Bolivia al mar, a través del puerto peruano de Ilo.

Sanjinés y Banzer se desempeñaron en armonía y con eficiencia en la embajada. Una de sus preocupaciones principales consistía en acrecentar la ayuda que el Pentágono prestaba al ejército boliviano, mediante la provisión de armamento ligero; aquel que después sería útil para combatir la guerrilla del Che Guevara, que alarmó al gobierno americano.

En abril de 1969 ocurrió un accidente que conmocionó al país. El helicóptero en el que Barrientos retornaba de un almuerzo en la aldea cochabambina de Arque, se estrelló al despegar y causó la muerte del Presidente y del piloto.

Ovando, que se encontraba ese día en Washington, regresó de inmediato a La Paz, en un avión facilitado por el Pentágono. "No hay que inquietarse. Todo está previsto", les aseguró a Sanjinés y a Banzer, antes de partir. Presumía que llegaría directamente al Palacio Quemado para asumir el mando. Tropezó, sin embargo, con un obstáculo que debió prever: existía un vicepresidente legalmente elegido. Por algún motivo que no traslució, esta vez Ovando decidió guardar un compás de espera. Y Luis Adolfo Siles asumió el mando.

Banzer lamentó la muerte de Barrientos, con quien guardaba más afinidad que con Ovando.

"Yo tenía gran estima por Barrientos, en quien encontraba un hombre dinámico, dotado de gran carisma personal. Pienso que él también me apreciaba. En cierta ocasión me dijo que me había nombrado ministro de Educación porque había reparado que yo despertaba simpatía ante los niños, lo cual es verdad. Agregó que si los niños me apreciaban, también lo harían los padres, lo cual convenía al gobierno.

"Era un militar que no sobresalía por su bagaje cultural, y aun creo que no le interesaba capacitarse en disciplinas que pudieran servirle para elaborar decisiones coherentes y sólidas. Le incomodaba que sus interlocutores hicieran referencias históricas o científicas en la valoración de problemas políticos, económicos o sociales. Sin embargo, tenía cualidades innatas que lo situaban al nivel del liderazgo.

"Excepcionalmente dotado como piloto militar, conducía cualquier avión con la naturalidad de quien maneja un automóvil. Valiente, y hasta temerario, le gustaba destacarse entre todos, demostrando hombría y hasta machismo. Era generoso y sensible a las necesidades de los po-

bres, sobre todo si éstos eran campesinos, a quienes repartía dinero en pequeñas cantidades, pero siempre con oportunidad. Intuitivo y a veces desconfiado, cuando creía en alguien se entregaba por entero."

Walter Guevara lo consideró de esta manera: "Fue un personaje paradójico como persona y como político. Era el hombre de Villa Victoria que no han de olvidar los obreros; el presidente de la baleadura en la 'noche de San Juan', que tampoco van a olvidar. Pero fue al mismo tiempo, el hombre que introdujo a los campesinos en el escenario político en una proporción mayor que el propio MNR".

Relató Fernando Diez de Medina, su asesor y hagiógrafo: "En una oportunidad los ministros estábamos hacía rato en la sala de espera del Palacio para concurrir a una reunión de gabinete. De pronto llegó un grupo de campesinos a quienes Barrientos hizo ingresar de inmediato a su despacho. Después de una hora los despidió efusivamente, y una vez que se marcharon, nos dijo a los ministros: 'Ellos han esperado desde hace cuatro siglos. Ustedes pueden esperar un rato'".

Entre los asistentes se encontraba Banzer, acostumbrado a la puntualidad militar. Esta vez, él también tuvo que esperar.

El fugaz paréntesis civil

Luis Adolfo Siles pertenecía a una estirpe de servidores públicos y era un miembro destacado del Partido Social Demócrata, entidad elitista que agrupaba la flor y nata de la burguesía nacional, pero sin ambición de poder ni arraigo popular.

Jurista distinguido, su mentalidad legalista lo había inducido como vicepresidente, a adoptar actitudes conflictivas con el presidente Barrientos, en el ámbito de los derechos humanos; cierta vez por proteger al senador Mario Gutiérrez, jefe de Falange, a quien pretendían agredir unos agentes de policía. Se opuso al enjuiciamiento del líder sindical Juan Lechín, quien por supuesto, no era su partidario. Había ganado el apelativo de "doctor hábeas corpus", por la tenacidad con que recurría a este arbitrio legal para defender perseguidos políticos.

En una ocasión intervino personalmente cuando agentes de la DIC, por instrucciones del ministro de Gobierno, Arguedas, invadieron el

hall del Senado para detener al senador Raúl Lema Peláez, secretario ejecutivo del MNR que había osado criticar al gobierno.

Siles sucedió a Barrientos de modo precario, pues no disponía de respaldo civil suficiente, y menos del apoyo del ejército, sometido a los designios de Ovando. Comenta el general Gary Prado: "La estructura militar manejada desde el comando en jefe, que abarcaba otras actividades no pudo ser desmontada por el gobierno, y el presidente Siles fue sólo un prisionero de las fuerzas militares, sin posibilidad de frenar sus desmanes". Para Ovando, la presencia de Siles significaba una molestia, pero no una amenaza. En este lapso, Bolivia ingresó al Grupo Subregional Andino, uno de los primeros intentos de coordinación de los sistemas económicos de seis países sudamericanos, con miras a su integración eventual. Fueron revertidas reservas fiscales, áreas libres de YPFB, a tiempo que se financiaba el gasoducto a la Argentina. Se inició la construcción del camino a San Borja, destinado a conectar la zona andina con el departamento del Beni; y comenzaron las gestiones para la electrificación rural de Santa Cruz. Varios de estos proyectos fueron proseguidos más tarde por Hugo Banzer.

Siles no dispuso de tiempo para más. Su discrepancia con Ovando era inevitable y el general soportaba a duras penas a ese presidente civil; pese a que cierta vez, estando Barrientos aún en vida, le propuso a Siles: "Haga usted una revolución; pero que sea un acto un poco lejos. Por supuesto, yo saldré a combatirle, pero ya nos entenderemos usted y yo". Si pudo desembarazarse de Paz Estenssoro, jefe de un partido, sería tarea sencilla eliminar a Luis Adolfo Siles, que no tenía más apoyo que un puñado de intelectuales. El 26 de septiembre de 1969, Ovando dio el golpe anunciado, aprovechando que Siles estaba en Santa Cruz. Siles volvió en avión a La Paz y se asiló en una embajada. Un segundo avión en el que venía parte de su comitiva, entre los que se encontraba su leal amigo, el mayor Julio Alvarez La Faye, se estrelló en camino y todos sus ocupantes murieron. Singular destino el de Julio Alvarez. Siempre estuvo codeándose con la muerte: durante la guerra del Chaco, en la que combatió en primera línea durante tres años; luego, en el campo de concentración creado por el MNR en Curahuara de Carangas, donde la vida humana tenía escaso valor; estuvo al lado de Unzaga de la Vega aquel día de abril de

1959, cuando el jefe de Falange se suicidó. Ahora moría después de cumplir un último deber de lealtad: proteger a su amigo Luis Adolfo en una visita que podía encubrir una celada.

Siles es un hombre de integridad y vocación de servicio público. La primera fue ya demostrada cuando a los veinte años de edad, renunció a un cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, como protesta por los asesinatos de Chuspipata, en 1944. Dos años después, en la ocasión en que a Villarroel lo colgaron de un farol, fue uno de los contados opositores que condenaron públicamente ese acto de barbarie. Muchos años más tarde renunciaría a la dignidad de vocal en la Corte Suprema de Justicia, tras comprobar la falta de sindéresis de algunos de sus colegas.

De su coraje fue ejemplo la visita que efectuó siendo vicepresidente al campamento minero de Catavi que se encontraba en huelga agresiva. Habló con los trabajadores y logró solucionar el conflicto por la vía pacífica, caso raro en aquel distrito. En otra ocasión, en Oruro, se interpuso físicamente entre fuerzas del ejército y estudiantes, a punto de agredirse mutuamente. Sus palabras apaciguaron los ánimos y evitaron un eventual desenlace sangriento.

La esfinge sin enigma

Eliminado Siles, las Fuerzas Armadas decidieron encomendar al general Alfredo Ovando Candia, "por su probada posición revolucionaria, su ejemplar trayectoria militar y su experiencia y dotes de estadista, la presidencia y organización de un gobierno revolucionario civil militar que procure la unidad nacional".

En esos días, Banzer desempeñaba la jefatura de la Sección Segunda (Inteligencia) del Estado Mayor General. En enero de 1970 fue designado comandante del Colegio Militar de Irpavi. No participó en ninguno de esos vaivenes políticos y su labor era castrense. Una muestra es el discurso que pronunció en la ceremonia de egreso de los cadetes y de ascenso a subtenientes: "Caballeros Cadetes: Habéis finalizado con brillo el año académico-militar 1970 y de acuerdo con nuestros reglamentos, unos salen con merecidas vacaciones, otros serán dados de baja de este Instituto que los cobijó durante cuatro largos años, para ingresar como subtenientes u

alféreces a los cuadros de oficiales de las FF.AA; el interés que me inspira el porvenir de los últimos, que ya no dependerá sino de la conducta futura de cada uno de ellos, me induce a darles mis últimos consejos:

"Seréis los Generales de las FF.AA en el año 2000 y como tales desde hoy mismo luchad denodadamente contra los males que aquejan a la República, luchad contra los enemigos de las FF.AA que lo son de la patria y los encontraréis a diario por las calles abusando de la libertad, viviendo de fortunas mal habidas y engañando a cuantos los escuchan; no permitáis que en este país se destruya lo poco que laboriosamente vuestros padres lograron construir, poned vuestra mente y vuestro músculo al servicio de la humanidad, ese servicio es la mejor obra de una vida.

"Para concluir deseo deciros que si alguien en el ocaso de mi vida me preguntare cuál ha sido el acto más trascendental de mi existencia, responderé con orgullo 'haber comandado el Colegio Militar el año de 1970'."

Banzer gozaba de la amistad de Ovando dentro de los escasos límites en que éste era capaz de otorgarla.

Colmada la ambición de ser presidente, Ovando intentó al principio conferir a su gobierno un cariz izquierdista. Recuerda el general Banzer: "Al volver a La Paz, cuando Ovando asumió el mando, me enteré de la composición del gabinete que incluía a personas jóvenes que, se suponía aportarían todo el vigor de la juventud, y con sus conocimientos, conformarían un gobierno sólido y estable. Lamentablemente, una parte de ese gabinete estaba comprometido con la izquierda y algunos con la extrema izquierda, hecho que motivó reacciones de diversa naturaleza".

Uno de los actos del gobierno fue la expropiación de las concesiones petrolíferas a la empresa americana Gulf Oil así como la nacionalización de sus bienes en Bolivia. A esta decisión se agregaron otras: derogatoria del código de petróleo y de la Ley de Seguridad del Estado; abolición del reglamento sindical; defensa del signo monetario; obligación por parte de todas las empresas exportadoras de entregar la totalidad de sus divisas al Banco Central; contrato para la construcción de una refinería de bismuto en Telamayu; retiro de tropas de los centros mineros; restablecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y Rumania.

Oscuros episodios ensombrecieron el breve tránsito presidencial de Ovando.

El primero fue la aventura de Teoponte. El 20 de julio de 1970, unos cincuenta muchachos, en su mayoría universitarios, agrupados en el llamado Ejército de Liberación Nacional (ELN), se internaron en una zona selvática al norte del departamento de La Paz. Los encabezaba "Chato" Peredo, hermano de Coco e Inti Peredo, que combatieron junto al Che Guevara, en Ñancaguazú.

Desconocían el terreno, la táctica guerrillera y, lo que era más alarmante, carecían del apoyo de la escasa población de esa zona desolada. En un lugar llamado Teoponte, asaltaron las instalaciones de la compañía minera americana South American Placers, destruyeron una draga, el equipo de comunicaciones, y capturaron como rehenes a dos empleados de nacionalidad alemana. Exigían su trueque con diez miembros del ELN presos en La Paz. El gobierno accedió, pero simultáneamente movilizó unidades y aviones militares.

En el primer choque perecieron ocho guerrilleros, mientras los demás se internaban en el monte, abandonando la mayor parte de su menguado material bélico: unos cuantos fusiles y pistolas. El resto fue una pesadilla. Extraviados en la espesura, hambrientos, sedientos y acosados por alimañas, los guerrilleros se transformaron en espectros alucinados que no sabían qué rumbo tomar; cercados por las tropas, cada día empeoraba su condición y aumentaba el número de bajas. Los sobrevivientes vagaban dispersos, semienloquecidos, enderezando su desesperación contra sus propios compañeros, varios de los cuales fueron ejecutados por faltas triviales. Por último, capitularon, fueron conducidos a La Paz y luego exiliados a Chile.

¿Quién los impulsó a emprender tan descabellada empresa? Existen diversas versiones al respecto. Mariano Baptista declara que el gobierno ignoraba en absoluto ese plan subversivo cuando facilitó a los estudiantes medios de transporte hasta Sorata, para que impartieran un curso de alfabetización.

Más tarde, Banzer declaró: "Desde altas posiciones se alentaba la guerrilla. Prueba clara fue la aparición de las guerrillas de Teoponte, estimulada por altos funcionarios del gobierno".

Comenta Jaime Paz Zamora, hermano de uno de los guerrilleros muerto en acción: "La muerte del Che Guevara fue para mí y para muchos bolivianos, una clave para tomar la decisión de integrarse activamente en política. La efigie del Che Guevara muerto y su desconcertante parecido con las imágenes conocidas de Cristo, incitó a muchos de nosotros, educados en la religión, a tomar parte en la acción y nos transformó de idealistas católicos, en idealistas revolucionarios".

Como el Cid Campeador, Ernesto Guevara triunfó después de muerto, al crear un mito en Bolivia y en el resto del mundo. Fascinada por su sacrificio, esa juventud martirizada en Teoponte fue, simbólicamente, un acto de reparación al guerrillero argentino caído en aras de un ideal.

Otros hechos extraños fueron el asesinato del dirigente Jorge Solíz, ametrallado en una carretera, y las muertes del diplomático Alfredo Alexander, de su esposa y del periodista Jaime Otero Calderón. Los Alexander fueron despedazados por una bomba entregada en un paquete en su domicilio, y Otero Calderón fue estrangulado en el taller de su imprenta.

Muchos atribuyeron estas tres muertes al designio de silenciar a Alexander y Otero que "sabían demasiado" sobre compras de armas destinadas a Israel, por intermedio de Bolivia, que violaban el embargo internacional vigente contra aquel país. Se mencionó a Barrientos y a Ovando entre los beneficiarios de dicha operación.

Esta sucesión de atentados misteriosos provocó malestar entre algunos jefes del ejército. Escribe al respecto el general Gary Prado: "Cuando se descubren en Ovando ambiciones y flaquezas como las de cualquier otro dirigente político, o se lo ve rodeado por determinados elementos militares o civiles conocidos por su oportunismo y falta de escrúpulos, y cuando se le ve apartarse de la línea de Barrientos, declarándose partidario de la izquierda nacional, los sectores conservadores de las Fuerzas Armadas empiezan a dudar de él y a buscar a su alrededor la figura de sustitución".

Inevitablemente se produjo una escisión entre los jefes militares, pues un grupo reducido continuaba apoyando a Ovando, en tanto que las guarniciones del interior y las de la fuerza aérea y naval acusaban dis-

conformidad con su conducta. Reaparecían los viejos demonios de las ambiciones militares. Ahora los problemas nacionales no se decidían en el Parlamento o por las organizaciones civiles, sino por los jefes de regimiento. Había cierta ironía en el hecho de que siendo Ovando uno de los creadores del "nuevo ejército" terminara cuestionado por sus propios camaradas, con el agravante de que, por experiencia propia, sabía cuán falaces son los juramentos de fidelidad. Le sobraban razones para desconfiar de todos; hasta de sí mismo.

Banzer se percató del desasosiego reinante. "La situación me preocupaba enormemente. Con el general Rogelio Miranda la analizábamos con frecuencia, deseando vivamente que el gobierno enderezara el rumbo en el ámbito de una política nacionalista".

Le fue imposible sustraerse a la suspicacia presidencial. Un día, el comandante de un batallón del Colegio Militar, Ramón Azero, le informó que había sido convocado por Ovando; pero Azero juzgaba que no era él, sino Banzer, a quien jerárquicamente tocaba comparecer. Así lo hizo, causando sorpresa y confusión en el grupo de oficiales allí reunidos. "Recuerdo muy bien que en aquella oportunidad expliqué claramente mi posición personal al general Ovando. Le dije que no estaba de acuerdo con su conducta y que en adelante no contara conmigo para trajines políticos."

Esta insolencia pudo costarle caro, pues era sabido que Ovando solía recurrir a medidas extremas. Una cualidad que muchos adjudicaban a Banzer como rasgo ponderable de su mentalidad era la franqueza. Decía lo que pensaba y sentía con firmeza, lo cual, si bien lo enaltecía como persona, lo perjudicaría más de una vez como político. Después se tornó más cauto.

En esos días una tragedia personal abrumó al hombre en apariencia insensible que era Ovando.

Albergaba ternura singular para su hijo mayor, Marcelo. Este muchacho estudiaba en una universidad en Estados Unidos y volvió a Bolivia de vacaciones, a fines de julio, en coincidencia con la guerrilla de Teoponte. El edecán de Ovando, oficial de la Fuerza Aérea, Rogelio Maldonado, invitó un día que estaba de franco al hijo del Presidente para volar en un avión biplaza, sobre la selva de Teoponte. Cuando sobre-

volaban el lago Titicaca, el avión quiso acercarse, aparentemente, para tener una visión mejor de los pueblos; pero el espejo de agua engañó al piloto y se estrellaron en el lago.

Desde ese día, el general Ovando fue una persona distinta. Daba la impresión de haber perdido interés en la vida y pasaba largas horas fumando melancólico en la habitación de su hijo o visitando su tumba, más sombrío y silencioso que nunca. Incluso la política ya no parecía seducirlo.

Entre tanto se ahondaba el descontento en el ejército. Unos cien jefes y oficiales, reunidos en el cuartel general de Miraflores, debatieron sobre el relevo de Ovando. "Se mencionaron algunos nombres para ocupar el cargo presidencial. El mío figuraba entre ellos. Agradecí a quienes lo proponían, pero destaqué el hecho de que yo sólo era coronel y había otros de grado superior que podían desempeñar esa función", recuerda Banzer.

Surgió una pugna confusa. Primero se designó al general Rogelio Miranda; enseguida, los oficiales cambiaron de idea y decidieron constituir un triunvirato integrado por el general Efraín Guachalla, comandante en Jefe del Ejército, el general Fernando Sattori, comandante de la Fuerza Aérea y el almirante Alberto Albarracín Crespo, comandante de la Fuerza Naval. Invitado para participar en el nuevo gabinete ministerial, Banzer respondió que prefería continuar como comandante del Colegio Militar.

Sin oponer resistencia, Ovando se refugió en la Nunciatura, dejando acéfala la presidencia. En una jornada caótica, digna de un sainete español, el triunvirato cesó de existir al cabo de pocas horas.

El general Juan José Torres se encerró en la base aérea de El Alto, y luego de contar con el apoyo de trabajadores y de algunas guarniciones del interior, resistió las decisiones del triunvirato hasta que logró su renuncia. Recién entonces descendió al Palacio con apoyo de sectores populares, de la tropa de la base aérea y del CITE. Ese día hubo, sucesivamente, varios presidentes: Ovando, renunciante; los tres miembros del triunvirato militar, y por último Torres que, sin saber cómo ni por qué, se encontró súbitamente sentado en el sillón presidencial.

Desde el Colegio Militar, Hugo Banzer seguía por la radio local y por llamados telefónicos, las incidencias de esa jornada inverosímil. Temía que

el ejército se hallara atomizado, sin rumbo, lo cual permitiría a la extrema izquierda o, lo que era peor, a la anarquía, instalarse en el país. Recuerda: "En la ciudad de La Paz imperaba el caos. Jóvenes irresponsables circulaban por los barrios amedrentando a la población y disparando sus armas. Del barrio de Calacoto y la Florida, recibíamos en el Colegio Militar llamadas telefónicas pidiendo auxilio y protección".

Aquel día se persuadió de que no podía mantenerse pasivo ante las fuerzas centrífugas que se desencadenaban en el país. Si hasta la fecha había rehuido intervenir en política, el deber cívico lo inducía ahora a procurar restaurar el prestigio del ejército y poner un límite al desborde.

Su vida adquiría un nuevo giro.

Entretanto, solitario y enfermo, Ovando se esfumó del escenario. Designado embajador en España, murió un tiempo más tarde, dejando de sí una imagen brumosa. Banzer juzga que Ovando era sumamente inteligente, pero de carácter impenetrable. Dice: "Militar de reacciones cerebrales, pero de extraña psicología. Frío en sus expresiones. Se lo consideró siempre como el militar mejor preparado para la conducción estratégica, pero no táctica. Comprometía acciones para no ejecutarlas después. Adoptaba decisiones nada claras que provocaban desorden y confusión. Parco, al extremo de aparecer como avaro".

Banzer recuerda que en época de Barrientos, mientras era ministro de Educación, estalló una huelga de maestros. Ovando le pidió que prometiera que si la suspendían, él se comprometía a satisfacer sus exigencias. Los maestros cesaron la huelga, pero como el gobierno no cumpliera, buscaron a Ovando. Este negó haber ofrecido algo, dejando mal parado a Banzer. "Hace tiempo que no veo a Huguito", dijo a los maestros, impasible, al mismo tiempo que encendía el perenne cigarrillo y pedía una taza de café, sus dos manías inseparables. Parecía obtener un placer sensual en incitar conspiraciones de opositores para delatarlos después. Tentó a Siles, a Banzer, a los falangistas. Su imagen trae a la memoria aquella fábula del alacrán y la rana, que se tropiezan a orillas de un río caudaloso. El alacrán desea cruzar a la otra orilla, pero como no sabe nadar, pide a la rana que lo lleve a cuestas.

—No, le dice la rana. Temo que me piques en el camino.

—No lo haré pues yo también me ahogaría, responde el alacrán.

Convencida la rana, deja encaramarse al alacrán y empieza a nadar. A medio camino, el alacrán la pica mortalmente.

Agonizante, la rana le reprocha:

—¿Por qué has hecho eso? Ahora tú también te vas a ahogar.

Replica el alacrán: —Lo sé. Pero no pude evitar picarte. Está en mi naturaleza.

En Shakespeare hay un personaje, de dimensión más compleja, pero algo semejante al general boliviano: Ricardo III. Ovando era un ser esquivo, que nunca miraba de frente ni expresaba su pensamiento, ocultándolo tan profundamente que a veces terminaba por no encontrarlo él mismo.

¿Qué era en verdad lo que persiguió a lo largo de su existencia, en la que la lealtad no figuró en plano preeminente? ¿Ambición de poder? Sin duda. ¿Dignificación del ejército? Ciertamente, pero empleando arbitrios tortuosos, creando camarillas, fomentando la infidencia. Preocupado por restaurar el prestigio castrense, acabó dañándolo. En los días finales de su vida, agobiado por la muerte de su hijo, daba la impresión de que se desprendía progresivamente de la realidad, incapaz de reconciliarse consigo mismo. No fue un hombre dichoso.

Un diletante romántico

Juan José Torres, miembro de la promoción castrense ulterior a la guerra del Chaco, incursionó temprano en la política. Tal vez en razón de su origen humilde, los engreídos oficiales de la Radepa lo ignoraron. Formó parte del "nuevo ejército" o "de la revolución", ganando rápidos ascensos y fama de buen militar. Amigo de Barrientos, éste le designó jefe del Estado Mayor del ejército. Como tal suscribió junto a aquél y a Ovando, el mensaje que ordenaba la ejecución del Che Guevara, decisión que lamentó luego, al comprender que el guerrillero argentino no merecía esa suerte.

A través de un proceso psicológico atormentado, buscó reparar dicha falta mediante un viraje hacia la izquierda, cualquier izquierda, pues Torres no entendía mucho de esos galimatías doctrinales.



El general Juan José Torres en la presidencia. (Fotografía de Antonio Eguino).

Propulsado al poder por la falencia de Ovando, comprobó que cabalgaba un potro arisco y se convirtió en instrumento de fracciones izquierdistas de diversos matices que detectaron en él un militar cándido y sugestionable, al que se podía manipular impunemente. Ese zorro avezado que era Juan Lechín, no desperdició oportunidad tan propicia.

En el intento de congraciarse con la izquierda internacional, Torres autorizó que Regis Debray –aquel pseudo guerrillero francés, capturado cuando abandonaba al Che, y condenado a treinta años de prisión– fuese liberado subrepticiamente por oficiales bolivianos. El incidente desprestigió al gobierno ante las propias Fuerzas Armadas, pese a que Torres no extrajo ninguna ganancia personal de tan turbia operación.

Algo más tarde, Torres pretendió acentuar el tinte antiimperialista de su gobierno. Abolió el código Davenport y reinstaló el monopolio de venta de minerales, antes ejercido por el Banco Minero. Aceleró los estudios para la construcción de fundiciones de zinc, antimonio y bismuto y alcanzó a inaugurar la de Vinto.

Amenazó con colectivizar los establecimientos ganaderos del Beni y nacionalizar varias industrias, entre ellas la del café. Dispuso la reposición de las antiguas escalas salariales y la reversión al Estado de la mina Matilde, otorgada antes en concesión a una empresa americana.

Agudizando esta agitación social creciente, estaba Juan Lechín, ahora más omnipotente que nunca, pues había sido él quien, en realidad, sentó a Torres en el sillón presidencial, y ejercía sobre él una influencia notoria.

Lechín habría podido alcanzar la presidencia, pero carecía de la ambición incoercible de Paz Estenssoro; prefería el título de "líder máximo" de los trabajadores, posición desde la cual le era factible exigir sin tener que otorgar. Hábil negociador, buen psicólogo, cortés en el trato personal, fascinaba a los obreros, impresionaba a los políticos y exacerbaba a los militares. Walter Guevara lo juzgó así: "Aunque Lechín fue parte esencial del proceso revolucionario, nunca lo entendió. Era una bandera flotando al viento. Se hacía la ilusión de que cuando la bandera cambiaba de dirección arrastraba consigo el viento, siendo que ocurre lo contrario. Creó la imagen de trabajador de interior de mina y supo meter en cintura a los gringos. Esa imagen perduró".

Pero Lechín era algo más que eso. Demostró coraje en varios trances riesgosos, entre ellos el del 9 de abril de 1952, cuando anduvo aren-

gando en las calles, sin pensar en asilarse cuando la situación ya se daba por perdida. Fue uno de los primeros en captar el impacto social de esa revolución y en plantear profundas reivindicaciones; impuso la idea de nacionalizar las minas, sin preguntarse sobre la capacidad del Estado para llevarla a buen término; ése no era su problema.

Su defecto sobresaliente era cierta frivolidad; su mayor cualidad, la generosidad. Podía mortificar, pero no odiar a sus adversarios y a lo largo de su vida, fueron numerosos sus actos de hidalguía y compasión humanas. Durante el primer período de Paz Estenssoro, cuando los Gayán y otros descargaban vesanias y complejos atormentando a los caídos, Lechín nunca apareció complicado en esos excesos y, por el contrario, en más de una ocasión procuró evitarlos.

Por el momento, apoyaba displicentemente a Torres en tanto que otros militares, entre los que se encontraba Hugo Banzer, manifestaban su desazón respecto a una línea política que juzgaban anárquica y peligrosa para el país.

Cediendo a la presión de Lechín, de Guillermo Lora y de otros dirigentes izquierdistas, Torres permitió que se instalase en el Palacio Legislativo, ubicado frente al Palacio de Gobierno, una autodenominada "Asamblea del Pueblo", remedo caricatural de los Soviets rusos de 1917.

Conglomerado heterogéneo sin objetivos definidos, tinglado conveniente para una demagogia pseudoideológica fácil, la Asamblea del Pueblo pretendió erigirse en un poder del Estado paralelo o superior al Ejecutivo, ignorando a Torres y deleitándose en humillarlo. Oradores de varios matices peroraban en abstracto; salvo algunos exaltados que exigían la instauración de tribunales populares semejantes a los de la revolución francesa de 1789, así como la creación de milicias populares en reemplazo del ejército de línea.

Huérfana de estatuto constitucional, no cabía que la Asamblea del Pueblo sustituyese al Parlamento, pues sus miembros no habían sido elegidos en comicios populares. Estaba compuesta por unas doscientas personas, el sesenta por ciento de las cuales afirmaban representar a los trabajadores, el treinta por ciento a los empleados de las clases medias, y el diez por ciento a los partidos políticos de izquierda. La presidía Juan Lechín y contaba con Guillermo Lora y Antonio Aranibar como sus principales asesores.

La Asamblea exigió que se despidiese a las misiones militares americanas, al "Cuerpo de Paz" y "otros organismos extranjeros agentes del imperialismo". El local del Centro Boliviano Americano en La Paz fue entregado a la COB "para la formación de dirigentes sindicales". Por último, pidió que Bolivia entablara relaciones diplomáticas con los países de Europa del Este y la creación de una universidad única, bajo la égida sindical.

Al tolerar, y en ciertos casos alentar estas alharacas, Torres se granjeó adversarios, entre ellos, el gobierno de los Estados Unidos (en ese tiempo en plena guerra fría con la Unión Soviética); los partidos políticos de derecha como Falange y, por último, aquellos jefes del ejército a quienes alarmaban tales desbordes y el riesgo que ellos conllevaban, sobre todo de provocar enfrentamientos entre el ejército y las eventuales "milicias populares". Desde el Colegio Militar, Banzer compartía estas inquietudes.

Torres creía que complaciendo a la Asamblea se aseguraba su apoyo. Pronto saldría del engaño, pues lejos de respaldarlo, los trabajadores lo desdeñaban; no vacilaron en enfrentarlo en un desfile al distanciarse físicamente de su persona y se mofaban de él cuando aparecía en el balcón del Palacio, forzándolo a repetir estribillos absurdos. Torres soportaba todo con una sonrisa reveladora de que no sospechaba el berenjenal en el que se encontraba.

La situación se agravó cuando los campesinos de Santa Cruz asaltaron la hacienda Chané, obligando a que se movilizasen dos regimientos para desalojarlos. Luego los operarios de *El Diario* de La Paz ocuparon los talleres y se organizaron en cooperativas. El cuarto congreso nacional de trabajadores proclamó la lucha armada como "el camino más expedito para imponer un gobierno socialista en Bolivia".

Tales alardes agotaron la paciencia del ejército. Uno de los primeros jefes en reaccionar fue Hugo Banzer, quien el 9 de diciembre de 1970, en la ceremonia de graduación de los cadetes, pronunció un enérgico discurso:

"Con actitud pacífica e indiferente hasta hoy, hemos venido siendo testigos de apetitos ideológicos extranacionales de la extrema izquierda y de la extrema derecha. Es hora de que nos demos cuenta de que la Patria surgirá como fruto de la paz social, el trabajo fecundo y la comprensión ciudadana. Esta hora es la de la verdad: o con la Patria o contra

ella; o respetando las leyes o atropellándolas; o con el orden o con el caos y la anarquía; o con la sinceridad o con el fraude y el engaño; o con la paz o con la guerra. Es, pues, la hora de la verdad, y nosotros los militares, depositarios del honor nacional, debemos exigirla a quienes nos comandan y gobiernan."

Advertencia perentoria: o Torres rectificaba rumbos o tendría que atenerse a las consecuencias.

Sin que Banzer estuviese personalmente predispuesto contra Torres, a quien calificaba de buen militar, el problema consistía en que el sindicalismo sedicioso se desbordaba con inminente peligro para la estructura democrática del país y había que conjurar esa eventualidad. Banzer tenía presente que Fidel Castro, desde 1959, y Salvador Allende, desde 1970, ejercían en el continente una enorme influencia sobre las corrientes de izquierda, que no se debía desestimar.

Banzer juzgaba que, por el momento, era preciso frenar al líder de los mineros Juan Lechín. Recordaba que, triunfante la revolución de abril de 1952, Lechín postuló la supresión del ejército y ejerció una influencia decisiva para la clausura del Colegio Militar, y la posterior creación del Ejército del Pueblo. Conociendo la pertinacia de este caudillo sindical, temía que ahora pudiera conseguir, a través de un militar de buena fe, pero candoroso, lo que no obtuvo en 1952.

A los pocos días del discurso en el Colegio Militar, Hugo Banzer y el coronel Edmundo Valencia, dirigieron una carta abierta a Lechín, cuestionando su tesis sobre la toma del poder por los trabajadores y sindicándolo de enemigo de las Fuerzas Armadas y, como tal, de elemento dañino para el orden público.

Lo interrogaron: "¿Doctrinalmente cuál es su posición? ¿Socialista, comunista castrista, comunista bolchevique, comunista pekinés o anarquista?". Luego de varios cargos de tipo personal concluyeron: "Queremos repetirle que las Fuerzas Armadas no escatimarán sacrificio ni esfuerzo alguno para erradicar la anarquía que usted pregona, prevalido de su condición de dirigente sindical".

Lechín negó ser enemigo de las Fuerzas Armadas, "pero sí, de los masacradores". Declaró estar orgulloso de ser objeto de la antipatía de quienes "han cambiado la metralleta por la máquina de escribir" y negó

ser conspirador, afirmando que de serlo, habría muerto combatiendo al lado del Che Guevara. Por último desafió a Banzer y a Valencia a sostener un debate público.

Los dos jefes militares lo aceptaron para el lunes 14 de diciembre. Lechín expresó que debía viajar a Lima por asuntos particulares y sugirió el día 28, fecha rechazada por Banzer, con estas palabras: "Acepto el debate, pero los militares no somos ociosos; preferiría que fuese el lunes 14, pues tengo deberes que cumplir en otras fechas".

El debate no llegó a realizarse. El episodio generó un antagonismo entre Banzer y Lechín que se tradujo en uno de los factores de perturbación de la política boliviana durante varios decenios. ¿Acaso fue un presagio simbólico cuando el 9 de abril de 1952, ambos estuvieron a punto de enfrentarse en los aledaños del Colegio Militar, Lechín a la cabeza de grupos revolucionarios y Banzer al mando de sus cadetes?

Temeroso de perder el apoyo de los trabajadores, Torres se situó al lado de Lechín. Clausuró temporalmente el Colegio Militar, obligando a los cadetes a tomar vacaciones y dispuso, al mismo tiempo, que Banzer y Valencia fueran cambiados de destino. A Banzer se le designó la guarnición de Curahuara de Carangas, en la frontera con Chile.

A regañadientes, porque juzgaba que era un destino incompatible con su jerarquía militar, Banzer demoró el viaje tanto como fue posible. Se tramaba un complot militar contra Torres, con base en Santa Cruz y ramificaciones en Cochabamba y La Paz, y los conspiradores reclamaban su concurso.

Era tradición que subversiones de este género se originasen en La Paz, sede del gobierno; esta vez surgía en Santa Cruz, signo de que los tiempos estaban cambiando.

Primera conspiración

La incautación de haciendas ganaderas por el partido comunista pekinés, indujo a algunos militares, industriales y ganaderos cruceños a complotar contra Torres.

Recuerda Banzer: "Una noche fui visitado por el señor Nicanor Jordán, quien me traía una carta de Santa Cruz, en la que se informaba que

el pueblo se levantaría en armas al día subsiguiente de que yo recibiera la comunicación. Al mismo tiempo me llegó otro mensaje de Cochabamba, por el que un grupo de militares y civiles también me participaba de su decisión de levantarse y me designaba cabeza del golpe".

Militar, cruceño y hombre de convicción anticomunista, Hugo Banzer no podía negar su concurso.

Prematura y mal coodinada, la intentona fracasó. El 10 de enero de 1971, algunos jóvenes oficiales se precipitaron a capturar el cuartel general de Miraflores, apresando al general Roque Terán, comandante en Jefe del ejército. Golpe en el vacío porque ninguna unidad se plegó y, por el contrario, aviones leales al gobierno ametrallaron el Colegio Militar, donde se encontraba Banzer, y el cuartel de Miraflores. Los oficiales rebeldes depusieron las armas.

La revista *Enfoques* relata el episodio así: "Los servicios de inteligencia alimentan minuto a minuto la ansiedad del ministro de Gobierno con partes avisando la llegada de los conspiradores al Gran Cuartel.

"A las 20.00 sale del Palacio Quemado una orden perentoria: frenar el golpe a toda costa. El régimen difunde la versión de un cuartelazo. Hay decisión de castigar a los 'fascistas lacayos del imperialismo'.

"En Miraflores cunde el nerviosismo. A las 21.00 sobrevuela un avión de la FAB. Dispara proyectiles de bengala que iluminan la noche paceña. 'El próximo dejará caer bombas', dice el ultimátum. Los de Miraflores dejan el Gran Cuartel despavoridos.

"Sólo el líder de la conjura sale calmo, fumando un cigarrillo. Es un oficial menudo, camba, con fama de serio. Se detiene en la avenida Saavedra, mal alumbrada y solitaria. Sabe que en cualquier momento pueden detenerlo. Milagrosamente aparece un taxi que accede a recogerlo. El taxi se cruza con un jeep del Ministerio de Gobierno a la altura del Parque Triangular. Entonces el conductor habla.

"—Yo a usted lo conozco. Usted es Banzer y esta noche iba a dar un golpe...

"—¡...!

"Banzer se tensiona. El jefe de la sublevación ni siquiera lleva un revólver.

"—Déjeme en la Uyuni, le ordena al taxista.

"—No mi coronel, lo van a agarrar. Permítame llevarlo a mi casa. Soy falangista... explica el taxista.

"Horas después el gobierno anuncia que la asonada ha sido desbaratada. Hay varios detenidos y asilados. Sólo Banzer está clandestino, aunque han cercado su casa y su familia está bajo control.

"Al caer la noche del lunes 11, el mismo taxista que le dio asilo se encarga de llevarlo a la residencia del embajador argentino. Un mes después, sale al exilio. Cuando llega a Buenos Aires, ya es marzo."

Banzer asumió plena responsabilidad por lo ocurrido.

"Me apresuro a remitirle y hacer pública esta carta, a fin de que como emergencia del delatado golpe militar que debía producirse en la madrugada del día 11 del presente, no se tomen represalias con oficiales subalternos que, desesperados por la falta de unidad de las Fuerzas Armadas, por lo incierto de su futuro y por las injusticias que se están cometiendo en el seno de la institución castrense, las que no logran otra cosa que contribuir a la destrucción, optaron por el camino de la rebelión. Acepto la responsabilidad que se me atribuye como uno de los gestores del fallido golpe que pretendía, fundamentalmente, encauzar la vida nacional por una ruta de paz y orden."

La carta concluía: "Me he enterado de mi baja de las Fuerzas Armadas de la Nación, institución que me cobijó treinta años y a la que amo con toda pasión. Si con esta medida usted cree que ella será unificada, jerarquizada, respetada y sustraída del confusionismo político, me someto incondicionalmente y no sólo a ello, sino que estoy dispuesto a sacrificar mi vida misma, en la seguridad de que defender a la Patria y sus Fuerzas Armadas es un deber y morir por ellas es nacer a la gloria".

El estilo era romántico y su mérito residía en la probidad con que Banzer procuraba sustraer a sus camaradas de las sanciones disciplinarias, atrayéndolas sobre su persona.

Torres, que era débil pero noble, no acosó a Banzer y le permitió exiliarse en la Argentina.

Antes de emprender viaje, éste juzgó pertinente lanzar una alarma sobre el peligro de que la situación degenerase en un conflicto regional: "Siento la necesidad de dirigirme al gobierno y la opinión pública del país para reiterar que Bolivia atraviesa por la crisis política más delicada de su

vida republicana; si de esta crisis la República no sale con rumbo definido, el futuro será sumamente incierto y hasta corremos el riesgo de la desintegración geográfica natural, lo que no será fruto del deseo particular de alguna o algunas regiones del país, ni menos, como se espera, del interés de nuestros vecinos. Lo será de nuestra propia incapacidad para comprender los problemas propios y hacerles frente con valentía, honestidad y sacrificio".

Era una clara alusión al pretendido separatismo cruceño. Le perturbaba el temor de que el latente resentimiento surgido a raíz de la matanza de Terebinto, años atrás, se exacerbase si un gobierno "kolla", como el de Torres, no prestaba la atención requerida a los intereses cruceños y, por el contrario, los hostigaba. Sus palabras eran una voz de alerta, no una amenaza y si Banzer había accedido a conspirar, era precisamente para disipar ese riesgo, que afectaba a la Nación.

En la Argentina, Banzer fue acogido cordialmente por sus antiguos camaradas de El Palomar, quienes le consiguieron ocupación y vivienda, lo que le permitió llamar a su esposa e hijos, anticipando un largo exilio.

Desde su llegada a Buenos Aires estuvo asediado por compatriotas que le describían la situación en Bolivia, cada vez más caótica. "Era una tremenda preocupación la que yo sentía por el destino de Bolivia. Pero no podía hacer gran cosa. Desde el exterior se pueden planificar muchas empresas, pero es difícil darles ejecución. Lo único que yo conseguía era acumular amargura, angustia y pena".

Renació la conspiración. Esta vez fraguada en el exterior e interior del país. En febrero de 1971 se reunieron en Lima los dos dirigentes máximos del MNR, Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles. Apaciguando un mutuo resentimiento personal, suscribieron una declaración de "unidad". Se trataba de un plan político en el que afirmaban que el nuevo objetivo del nacionalismo revolucionario sería en adelante el socialismo. Asimismo, criticaron las medidas adoptadas por el gobierno de Torres, calificándolas de circunstanciales y de corto alcance. Por supuesto la declaración de "unidad" era el prolegómeno de la conspiración.

Pronto surgió un desacuerdo entre los dos dirigentes sobre la estrategia a adoptar. En tanto que Paz no desechaba la posibilidad de asociarse con algunos jefes del ejército, Siles, intransigente como siempre,

abogaba porque el MNR actuase con sus propios medios, sin recurrir al puntal castrense. Uno de los numerosos casos en que se transparentó la flexibilidad de Paz en contraste con la obstinación de Siles.

El Frente Popular Nacionalista

A principios de marzo de 1971, Banzer recibió en Buenos Aires la visita de Mario Gutiérrez, jefe de la Falange, del mayor Humberto Cayoja y otras personas, quienes le informaron que se tramaba una nueva subversión contra Torres e insistieron en que la encabezara. Conseguida la aceptación de Banzer, Gutiérrez dirigió una carta a Paz Estenssoro, que se hallaba en Lima, invitándolo a participar en el complot. Este instruye al partido en Bolivia: "Hay que acabar con la demagogia socializante del general Torres". El doctor Mario Gutiérrez, jefe de la Falange habla abiertamente sobre la "necesidad de extirpar el cáncer del caos y la anarquía cuyo epicentro está en el propio Palacio de Gobierno".

Se decidió que Banzer ingresara en forma subrepticia a Santa Cruz, vía Paraguay. En Asunción se formó un núcleo conspirador integrado por Mario Gutiérrez, Germán Vargas Martínez, Heberto Castedo, "Momoy" Gutiérrez, Guillermo Banzer y el mayor Humberto Cayoja.

El grupo salió de Asunción en una camioneta con la intención de cruzar el Chaco. Al cabo de unas horas de viaje y después de sobrepasar Nueva Asunción, tuvo que detenerse debido a un desperfecto. En esas circunstancias, un disparo fortuito de Heberto Castedo hirió al mayor Cayoja, quien hubo de ser transportado a Asunción en una avioneta facilitada por el presidente Stroessner. Por suerte, la herida de Cayoja no fue mortal y se reincorporó al grupo unas semanas más tarde, en Santa Cruz.

Luego de algunas peripecias, como el repelido asalto de un grupo de malhechores, los conspiradores llegaron al río Parapetí, ya en territorio boliviano. En Charagua, Banzer y Gutiérrez formaron el Frente Popular Nacionalista. Tras algunos días en Villa Montes, lograron ingresar subrepticiamente a la ciudad de Santa Cruz, donde situaron su cuartel general en la clandestinidad.

De mayo a agosto de 1971 destacaron varios emisarios a La Paz, Cochabamba, Sucre, Tarija y Trinidad, para conseguir el apoyo de las respecti-

vas guarniciones militares. En Santa Cruz se obtuvo la adhesión del coronel Andrés Selich, comandante del regimiento Rangers.

Meses después circularían diferentes versiones sobre los tipos de ayuda que Banzer recibió para estos trajines. En un juicio de responsabilidades planteado en 1979 ante el Congreso, el diputado Marcelo Quiroga Santa Cruz afirmó que el Brasil había proporcionado armas, pero la versión fue desmentida por la embajada de este país en La Paz. Antes, en un programa titulado "Los alemanes en Bolivia", difundido el 28 de febrero de 1972 por la televisión oficial alemana, Erwin Gasser declaró que conocía a Banzer desde muchos años atrás, "en especial desde que vino de la Argentina a Santa Cruz para organizar la revolución contra Torres. Todos los alemanes colaboraron haciendo lo que podían: recolectar dinero, comprar armas, esconder al coronel Banzer y a otros políticos destacados, para sustraerlos de la vigilancia policial". En esa oportunidad, Guillermo Kyllmann dijo: "La colonia alemana ha ayudado a Banzer desde que el coronel actuaba en la clandestinidad. Lo hizo en forma moral y también en los hechos".

Respecto a la ayuda que tres países extranjeros habrían brindado a la revolución de 1971, el general Banzer aclara: "No es evidente que yo hubiera mantenido contactos con el mayor Bethlem, ex agregado militar del Brasil en La Paz ni con ningún otro personero militar de dicho país. Tampoco recibí ayuda de militares argentinos, pese a que uno de ellos vino a inquirir acerca de mis trajines, en forma amistosa.

"Debo admitir que quien me ayudó indirectamente fue el presidente Stroessner del Paraguay. No debe olvidarse que nos movíamos en la región del Chaco y que era imposible que nuestras actividades y desplazamientos pasaran desapercibidos por el general. Hizo la vista gorda e incluso cuando el mayor Cayoja cayó herido accidentalmente, prestó un avión para que lo transportasen de urgencia al hospital desde Nueva Asunción.

"Tampoco es cierto que hubiésemos recibido ayuda financiera de industriales alemanes avecinados en Santa Cruz, como el señor Gasser y otros. El único que nos prestó ayuda efectiva fue don Enrique Wille, propietario de una cervecería y amigo personal mío."

En Santa Cruz se incorporaron al comité revolucionario que seguía en la clandestinidad, delegados del MNR, Ciro Humboldt y Raúl Lema Patiño.

Se decidió que el golpe se produciría primero en La Paz para eliminar cualquier suspicacia de que se tratara de un plan separatista cruceño. Se fijó el 16 de agosto como fecha, y el mayor Cayoja, ya recuperado de su herida, viajó a la capital altiplánica con tal propósito.

En la madrugada del día señalado, Cayoja se dirigió al cuartel del Bolívar acantonado en Viacha, pues se había convenido que éste sería el primero en insurreccionarse y actuaría como señal para el resto de las guarniciones comprometidas. Grande fue el estupor de Cayoja al llegar al cuartel y percibir que los oficiales se hallaban "en estado inconveniente", eufemismo empleado por él mismo para significar que se hallaban embriagados e incoherentes. Habían bebido durante toda la noche anterior, sea "para darse ánimos", sea con la intención subconsciente de evadir el trance. Al ver llegar a Cayoja, su reacción fue invitarlo "a tomar unos tragos". Cayoja, que no salía de su asombro, rehusó y abandonó Viacha, posiblemente mascullando imprecaciones de grueso calibre. Ante ese contratiempo insólito y como La Paz no daba la señal convenida, el golpe tuvo que ser diferido hasta el 19 de agosto.

Se dice que una revolución que se posterga corre el riesgo de ser revolución delatada. Tal fue el caso. Uno de los principales miembros del comité revolucionario de Santa Cruz reveló a las autoridades de esa ciudad, previo pago de diez mil dólares, el estallido inminente y además, el sitio donde estaba Banzer.

Banzer y el coronel Juan Ayoroa se hallaban ocultos en casa de Dionisio Foianini. "Habíamos llegado ese mismo día, siempre con el propósito de desplazarnos continuamente. A tempranas horas de la mañana del 19, recibimos un telefonazo indicándonos que se estaban produciendo detenciones en la ciudad. Varios comprometidos habían sido apresados. Comenzábamos a vestirnos cuando sonó el timbre de la casa y nos encontrábamos rodeados, sin posibilidad de escape. En el patio me apresaron los agentes del gobierno y me introdujeron en un vehículo para trasladarme a Las Palmas, instalación de propiedad de YPFB. Luego un capitán Fernández me condujo a su domicilio, situado a unos doscientos metros del Colegio Militar de Aviación."

Para su sorpresa, allí recibió Banzer la visita de Carlos Montaño Daza, secretario del ministro del Interior. (sic) "Sostuvimos un diálogo de dos ho-

ras a través del cual me di cuenta de los propósitos extremistas del gobierno, ya que el mencionado funcionario había ido a Santa Cruz para dirigir la captura de los revolucionarios. El me reveló las intenciones del gobierno de aniquilar, si fuera necesario, a las Fuerzas Armadas y formar un gobierno popular obrero en la República de Bolivia."

Enseguida fue conducido en un pequeño avión del Ministerio del Interior a la ciudad de La Paz y detenido en un cuartel policial, situado en la calle Colombia, cerca de la plaza de San Pedro. Se le asignó una habitación provista de un catre, y sin ser sometido a ningún interrogatorio, quedó incomunicado. Columbró sin embargo, que la ciudad estaba en calma, pues no se oían disparos.

Su celda estaba en el regimiento policial de la calle Colombia, a unos metros de donde había sido asesinado y colgado el mayor Max Toledo en el año 1946. La orden era precisa. Una poblada debía atacar el regimiento, sacar a Banzer y matarlo como a Villarroel. Por fortuna, el subsecretario de Gobierno, Rueda Peña, ordenó que se cambiara a Banzer del lugar de detención y se lo condujera a un apartamento próximo al cuartel policial.

En la madrugada del 20, oriente y valle estaban en poder de los nacionalistas. Los mineros de Oruro se organizaron para reforzar la sede del gobierno. Pero el comandante del poderoso regimiento de Challapata, coronel David Padilla, amigo de Torres, también decidió pronunciarse por Banzer y marchar sobre Oruro.

La Revolución de agosto

Entre tanto las hostilidades se habían desencadenado en la ciudad de Santa Cruz. En un principio, desconcertados por el apresamiento de Banzer, los conspiradores que habían eludido la red policial, decidieron proseguir la rebelión encabezados por Mario Gutiérrez. El 19 de agosto, grupos de civiles armados se concentraron en el jardín botánico, mientras otros se encaminaban a Guabirá, donde estaba acantonado el regimiento Rangers. Lograron persuadir a su comandante, el coronel Andrés Selich, para que marchase a la cabeza de sus soldados hacia Santa Cruz. Durante la breve refriega con fuerzas de la policía y algunos civiles, Selich ocupó la plaza principal; mientras los demás revolucionarios capturaban la sede de la federa-

ción de fabriles y asediaban el local de la Universidad Gabriel René Moreno, donde grupos parapetados allí, en la prefectura y en las torres de la catedral, hacían fuego graneado.

Se registraron numerosas bajas de ambos lados, y los defensores del gobierno, en su mayoría estudiantes y obreros, fueron paulatinamente desplazados. Al abandonar el edificio de la prefectura, alguien disimuló una bomba de retardamiento que estalló contra los revolucionarios que ocupaban el edificio. Veinticuatro personas resultaron víctimas, entre muertos y heridos. Este atentado provocó la cólera de las mujeres cruceñas, que se lanzaron a combatir en las calles. Poco después, los defensores del gobierno se dieron a la fuga.

Al tener noticia de lo que ocurría en Santa Cruz y en otras ciudades como Riberalta, Camiri y Tarija, el gobierno lanzó un grito de alarma: "El gobierno revolucionario comunica que ha estallado un golpe fascista en Santa Cruz, encabezado por Mario Gutiérrez, jefe de la Falange Socialista Boliviana, y otros grupos minoritarios de la derecha del MNR. Se declara estado de emergencia nacional y se convoca a las organizaciones populares y revolucionarias a movilizarse en torno al gobierno revolucionario. El gobierno controla la situación del país".

Era falso, pues las guarniciones militares en Cochabamba, Oruro y Sucre habían secundado a las de Santa Cruz y otras ciudades del oriente. ¿Qué actitud asumiría La Paz? La COB, siempre liderada por Lechín convocó a una manifestación pública frente al Palacio de Gobierno. En forma insólita, cuando el presidente Torres y Lechín aparecieron en el balcón, uno y otro fueron aplaudidos o rechiflados, según del sector del que provenían estas reacciones. Allí se pudo colegir que el gobierno sería vencido, pues en vez de formar un frente único, las izquierdas proseguían querellando entre sí, como lo habían hecho en la Asamblea del Pueblo.

Torres dispuso que dos regimientos marchasen hacia Oruro, en una operación que terminó con la defección de los mismos, frustrando a los trabajadores mineros de Siglo XX y Huanuni que se disponían a marchar hacia esa ciudad.

En La Paz, la rebelión estalló el 21 de agosto, y los regimientos Bolívar y Colorados se ligaron en duro combate contra trabajadores fabriles atrincherados en el cerro Laikakota. Aviones militares secundaron la manio-



El presidente Banzer con sus aliados, el Dr. Gutiérrez y el Dr. Paz Estenssoro.

bra bombardeando a los trabajadores que se dispersaron al cabo de unas horas. Ese día murieron veintisiete soldados del Bolívar y un número indeterminado de civiles leales al gobierno.

Al advertir que los tanques del regimiento Tarapacá descendían de El Alto hacia la ciudad y que la situación estaba perdida, el presidente Torres buscó asilo en la embajada del Perú. Desde ese momento, cesó toda la resistencia, salvo en el edificio de la Universidad de San Andrés desde el cual estudiantes y algunos trabajadores disparaban esporádicamente contra las fuerzas militares que los sitiaban. Según la Asamblea Permanente de Derechos Humanos, allí perecieron cinco personas. Después de tres días cesó el enfrentamiento y los estudiantes abandonaron el edificio; al cabo de unos días fueron puestos en libertad.

Relata el general Banzer: "Aproximadamente a la medianoche del día 21, la revolución había triunfado en La Paz. A esa hora elementos de la policía me sacaron de la habitación en que aguardaba detenido. Ellos sugirieron la idea de trasladarme al Palacio de Gobierno en uno de los jeeps de la policía, hecho que se produjo todavía bajo el fuego de ambos lados que se escuchaba en todas partes. Logramos ingresar al Palacio, donde encontramos algunos miembros de las Fuerzas Armadas que estaban con la revolución, juntamente con elementos civiles. Allí nos pusimos a intercambiar ideas. El general Iriarte me propuso que los dos nos hiciéramos cargo de la presidencia. Yo le hice conocer mi criterio adverso a esa posición, aduciendo que un gobierno no podía tener dos cabezas. El día 22, fui invitado a asistir a una reunión de la guarnición en el cuartel general de Miraflores, donde estaban reunidos generales, jefes y oficiales en gran número".

Los asistentes decidieron por unanimidad que el general Hugo Banzer asumiese la presidencia de la República. Que el trance era estrictamente militar lo revela el que en las deliberaciones no intervino ningún elemento civil, pese a que tanto el MNR, de Paz Estenssoro, como Falange, de Gutiérrez, estuvieron involucrados en el proceso conspirativo. Nadie pensó en ofrecer el mando a los líderes civiles, quienes acataron desde un principio, la preeminencia castrense.

Más tarde Paz Estenssoro explicó así su conducta: "El MNR participó en el golpe y luego en el gobierno de Banzer, porque había que levantar el veto militar impuesto contra mi partido desde el 4 de noviembre de 1964".



El presidente Banzer en 1971.

Mario Gutiérrez se abstuvo de dar explicaciones. Desde su posición de derecha era lógico que Falange se empeñara en derribar a un presidente izquierdista como Torres. Además, siempre postergada o perdedora, Falange encontraba ahora una oportunidad de acceder al poder, así tuviera que compartirlo con el MNR, su adversario tradicional.

Por su parte, Banzer analizó así su propia conducta: "No olvidemos que el gobierno de Torres era de facto, es decir, inconstitucional. El poder legislativo estaba suplantado por la llamada Asamblea del Pueblo. El poder judicial estaba desconcertado porque se intentaba organizar tribunales populares de barrio. Por último, las Fuerzas Armadas no sabían qué rumbo tomar porque el Ejército de Liberación Nacional estaba en pie. Yo no llegué al gobierno por efecto de un cuartelazo. El movimiento que encabecé no fue contra la democracia, sino contra un estado de cosas que había escapado a todo control y que desembocaba en la más peligrosa anarquía. Esto hizo que mi gobierno, durante su primer período, tuviera una mayor presencia civil en el gabinete y un respaldo político popular que nada tenía que ver con los golpes y cuartelazos en Bolivia".

Por una casual coincidencia los otros dos presidentes de origen chiquitano que ha tenido Bolivia, José Miguel Velasco, en los orígenes de la República y Germán Busch en el siglo XX, ambos "de facto" en sus etapas iniciales, asumieron el mando derrocando a regímenes de igual origen para posteriormente legitimar su *status* ciñéndose a los preceptos constitucionales.

Capítulo IV
Claroscuro de una presidencia

Velasco y Busch

Notorios rasgos psicológicos diferencian a Hugo Banzer del primer presidente chiquitano, José Miguel de Velasco, quien desempeñó esta magistratura en cuatro oportunidades diferentes durante los años 1828 a 1848.

Velasco nació en 1797 en la hacienda Quebrada Blanca próxima a la ciudad de Santa Cruz. Vástago de una familia de origen español, apenas adolescente, se enroló en las filas realistas para luego abanderarse en los ejércitos del general José de San Martín y Antonio José de Sucre, respectivamente. Participó en la batalla de Ayacucho y en 1828 sofocó la intentona del general Francisco Javier Aguilera, pretendía anexar Mojos y Chiquitos al Brasil. Vencido Aguilera el 30 de octubre de 1828, fue fusilado después de una sumaria corte marcial.

El mariscal Santa Cruz nombró a Velasco jefe de Estado Mayor del Ejército que cruzó el río Desaguadero, operación inicial de la Confederación Perú-boliviana. Como tal, combatió en la batalla de Yanacocha y fue ascendido a general, rehusando el título de mariscal de Yanacocha que le ofreció Santa Cruz.

En ese momento, un político sinuoso e intrigante posó su mirada en él. Casimiro Olañeta, doctor altoperuano "de fogosa imaginación pero consciencia movediza", según lo define el historiador Luis Mariano Guzmán, descubrió en Velasco un instrumento dócil para sus enrevesados designios. El militar chiquitano era hombre de maneras suaves y conducta bondadosa. Parecía inadecuado para el ejercicio del poder y, sin embargo lo alcanzó cuatro veces debido a una amalgama de cualidades y defectos.

Olañeta, que detestaba y envidiaba al mariscal Santa Cruz, persuadió a Velasco de que se rebelara contra el Protector, que había sido vencido en la batalla de Yungay contra los chilenos, el 29 de enero de 1839. Depuesto por los políticos, Santa Cruz hubo de soportar el ensañamiento de sus adversarios. Jubiloso, Olañeta obtuvo que un congreso indigno declarase a Santa Cruz "traidor a la Patria", mientras él se solazaba cantando loas al "vencedor de Yungay donde se destrozó la más ignominiosa de las tiranías". Algo más: persuadió a Velasco para que enviase un mensaje de congratulación al general chileno Bulnes: "Se ha cubierto usted de gloria y la ha dado a su nación".

La historia de la vida republicana registrará otros ejemplos que demuestran hasta qué punto la pasión política puede cegar a los hombres. Cerca de un siglo y medio después, el propio Banzer sería objeto del encono de sus adversarios, opuestos a la gestión marítima con Chile.

En una etapa de confusión y desorden, secuela de la caída de Santa Cruz, la presidencia fue confiada interinamente a Velasco. Era la segunda vez que la asumía en ese carácter. Siempre asesorado por Olañeta, Velasco dispuso que el ministro de Bolivia en Lima, Eusebio Gutiérrez, suscribiera con el Perú un tratado lesivo para los intereses del país. Y ese daño se agravó cuando un segundo enviado diplomático, Hilarión Fernández, firmó el vergonzoso tratado de Piquiza, en el cual Bolivia se obligaba a dar satisfacción al Perú por las ofensas de la política de Santa Cruz, pagar una indemnización "justa y prudente" y fijar una nueva demarcación fronteriza; claudicaciones que avivaron las intenciones de Gamarra, quien resolvió invadir Bolivia.

Entre tanto Velasco fue depuesto por el general Sebastián Agreda y desterrado a la Argentina, inaugurando así un ciclo político perdurable: del poder al destierro y alternativamente. Bien entendido, el primordial afán de Velasco en el exilio fue conspirar. Un día apareció en Tupiza, a la cabeza de doscientos jinetes chicheños dispuestos a marchar a la toma del poder. A medio camino tuvo un gesto honorable: al enterarse de la invasión de Gamarra puso sus hombres a disposición del general José Ballivián. Cuando éste derrotó a Gamarra en la batalla de Ingavi, el 8 de noviembre de 1841, Velasco anunció su retiro definitivo de la política, promesa que tampoco cumplió. "Es más fácil entrar en la política que sa-



El general Velasco, cuatro veces presidente de Bolivia.

lir de ella", reza un adagio cuya veracidad sería comprobada, muchos años más tarde, por Hugo Banzer.

Casimiro Olañeta siguió conspirando, esta vez contra José Ballivián. Como Velasco ya no le era útil, sus requiebros se enderezaron al general Manuel Belzu. La célebre invocación está incorporada al folklore político boliviano: "Mi general, ¿cuándo damos un día de gloria a la Patria?". Por supuesto, llegó el día, pero ésa es otra historia. Velasco regresó de la Argentina y se proclamó presidente, siempre bajo la tutela del doctor Olañeta, a quien hizo ministro de Relaciones Exteriores, olvidando pasados agravios.

Desde La Paz, Belzu incursionó hacia el sur para sofocar la rebelión. Luego de escaramuzas en diversos puntos del territorio, las tropas de Velasco fueron decisivamente derrotadas en la batalla de Yamparáez, 6 de octubre de 1848. Esta vez llegó a su ocaso la trayectoria de Velasco. No por cierto, la de Olañeta, quien nunca abandonó el poder detrás de bastidores. Siguió prodigando sus enredos y redactando los decretos y discursos de sucesivos presidentes, hasta el día de su muerte. Le cae a medida la frase: "No soy yo quien cambia. Son los presidentes".

Cuando alguien acuñó el calificativo peyorativo de "doctor altoperuano" su prototipo fue Casimiro Olañeta, político inteligente pero medularmente versátil y desleal, que se agitaba siempre a la sombra de los poderosos, intrigando contra amigos (si los tuvo) y adversarios; salamero cuando se trataba de obtener favores e implacable cuando se trataba de denigrar a cualquiera.

Sirvió a muchos presidentes y traicionó a todos ellos, comenzando por el mariscal Sucre. Luego correspondió el turno al mariscal Santa Cruz, a Velasco, a Ballivián y Belzu. Sentía una fruición especial en la deslealtad, en el engaño.

Más que el gobierno para sí lo que lo seducía era dirigir a los que gobernaban, con un maquiavelismo sin paralelos en la historia del país. Como a menudo tenía que tratar con soldados incultos, la tarea le era lisa y placentera. Buen orador, sus discursos impresionaban a gente ingenua como Velasco.

Se advierte un evidente paralelismo en el ancestro, la vocación y, hasta cierto punto, el destino de Germán Busch y Hugo Banzer. Los dos

originarios de la Chiquitanía. El primero nacido en San Javier, y en Concepción el segundo. Ambos de madres cruceñas, llevan por línea paterna sangre germana en las venas.

Germán Busch nació en 1904 e ingresó al Colegio Militar de La Paz, en 1920, y se graduó de subteniente en 1927. Fue uno de los pocos oficiales que defendieron armas en mano, al presidente Hernando Siles, durante la revolución de junio de 1930. El general Kundt, el coronel David Toro y el teniente Busch mantuvieron su lealtad hasta el final. Como escarmiento fue destinado a la guarnición de Roboré, como lo sería Banzer después de la revolución de 1952, también por haber cumplido con su deber militar.

En vísperas de la guerra del Chaco, salió de Roboré una expedición al mando del teniente coronel Angel Ayoroa, secundado por el teniente Busch. Su objetivo era llegar a la antigua misión jesuítica de San Ignacio de Zamucos, siguiendo la ruta emprendida por los misioneros en el siglo XVIII. Busch comandaba un pelotón de ocho soldados e iba a la vanguardia. Huérfanos de apoyo logístico, al cabo de varios días de marcha en una zona desolada y ardiente, estuvieron en trance de perecer de sed y agotamiento. Fueron rescatados casi agonizantes y Busch debió ser hospitalizado de urgencia. Apenas repuesto, estalló la guerra del Chaco, y fiel a su temperamento partió de inmediato a la zona de operaciones, donde le esperaba la celebridad.

Busch fue comandante del legendario regimiento V de Caballería y sus proezas le convirtieron en un guerrero mítico, el de las situaciones límites, a quien se apelaba como último recurso. Algo así como Enrique Líster, durante la guerra civil española. Circulaba en venas de Busch esa sangre germánica que en Europa produjo guerreros como Manfred von Richthofen, el "barón rojo", el mariscal Erwin Rommel, Otto Prim y Otto Skorzeny.

Dionisio Foianini lo describe así: "Busch era un hombre habituado a la vida de ámbito abierto, las llanuras benianas de su niñez, los campos deportivos y de instrucción militar, la arena de combate. Poseía una gran intuición y extraordinaria modestia. Sereno y singular coraje. Como cordón de acero cruzaba su vida, manteniendo empecinada y altiva la fe en la redención nacional. Busch, el cruceño-beniano, sentía devoción místi-

ca por Bolivia y un profundo amor por el aymara, el quechua y el camba. Abominaba todo resabio regionalista".

Busch ingresó a la campaña del Chaco con el grado de capitán, y finalmente alcanzó el de jefe de Estado Mayor General. Cortejado por políticos y militares ambiciosos, entre ellos el general Toro, que ejercía una perniciosa influencia sobre él, intervino en el episodio de Villa Montes. Busch lamentó ese desacato. "Debieron haberme fusilado", declaró más tarde.

Toro volvió a servirse de él para derrocar al presidente Tejada Sorzano; pero, como existe una perversa lógica en este tipo de intrigas, Busch terminó expulsando a su vez a Toro. Cuando escaló la presidencia tenía treinta y tres años de edad, era el mandatario más joven de la historia de Bolivia, con excepción del mariscal Sucre.

Firmó el tratado de paz que dio fin a la guerra del Chaco en 1938. Puso en vigencia una Ley general del trabajo y decretó la entrega obligatoria de visas provenientes de las exportaciones minerales al Banco Central. Creó el departamento Pando, y la provincia Iturralde en el departamento de La Paz. Durante su gobierno fue iniciada la construcción de los caminos Tarija-Bermejo y Yapacaní-Puerto Grether. Por último, buscando la legitimidad, convocó a la convención nacional de 1938, que lo eligió presidente. Poco después se proclamó dictador, el segundo en la historia de Bolivia, después de José María Linares.

La imagen de Busch ejerció influjo en la vida de Hugo Banzer, quien siempre lo veneraría como modelo de patriota. Busch tuvo oportunidad de demostrar su coraje en una guerra internacional, coyuntura negada a Banzer. Ambos, populares y respetados por sus camaradas, habían nacido para líderes, uno en tiempo de guerra, otro en época de paz.

Asumieron la presidencia merced a golpes de Estado, pero uno y otro buscaron redimir ese origen irregular, retornando a la vida democrática: Busch, para proclamarse luego dictador; Banzer, restaurando el ejercicio democrático mediante las elecciones presidenciales, auspiciándolas imparcialmente la primera vez y participando como candidato opositor o independiente en las siguientes.

Como gobernantes, los dos jamás rehuyeron responsabilidades y desafiaron riesgos que podían menoscabar su popularidad. Busch, al sus-

cribir el tratado de paz con el Paraguay que consagraba la pérdida definitiva del Chaco, pero liberaba al país de las secuelas angustiantes de una guerra perdida. Banzer se lanzó audazmente a una gestión portuaria compleja, gracias a la cual, como recompensa, sólo cosechó incomprensión y diatribas.

Podrían identificarse en Banzer aptitudes de estadista que se indagarían vanamente en Busch. El primero creó un partido (ADN) que intervino varios años en la política del país; Busch alardeaba de un socialismo que no comprendía sino emocionalmente. Banzer, en cambio, se convirtió en un liberal desafecto al estatismo, contra el cual opondría una lucidez de raciocinio de la que era huérfano el impetuoso Busch.

Nacionalistas ambos por emoción y convicción, concebían a Bolivia como una entidad en la cual los regionalismos no podían tener cabida. Sus presidencias lograron incorporar efectivamente el oriente al sistema político económico y social del país. Después de José Miguel de Velasco, en los albores de la República, Busch y Banzer fueron los únicos presidentes orientales, luego de cien años durante los cuales esta dignidad fue privilegio de políticos y militares de la región andina. Ellos serían los heraldos de las transformaciones futuras, abriendo un nuevo espacio para el oriente y para Bolivia entera.

Como presidente Busch siguió siendo un soldado que firmaba decretos a toque de cargas de caballería; un oficial fuera de filas, en terrible desconcierto y arrebatos inverosímiles. Banzer, siempre sereno, acabaría acatando y protegiendo la democracia, por la cual después de su primera presidencia, bregaría casi veinte años.

La tensión en que Busch vivía era tan agobiante que concluyó inestabilizando su carácter, proclive a la depresión, hasta que un día, abrumado, se suicidó con un tiro de revólver. Su figura fulgurante y su destino singular cruzaron fugazmente la historia para consumirse en su propia llama, como un meteoro.

Un desenlace semejante sería inconcebible en el caso de Banzer, cuyo temperamento sereno le ha permitido afrontar las tempestades políticas y los problemas de gobierno con una calma filosófica que no se confunde con insensibilidad. Un día abandonaría voluntariamente la presidencia para luego participar en el juego político sobre bases democrá-

ticas. Sabría ganar y perder con elegancia y mesura, como Luis Fernando Guachalla.

Examinemos su trayectoria desde que, en 1971, asumió por vez primera la más alta dignidad a la que puede aspirar un boliviano.

El tercer presidente chiquitano

A los cuarenta y cinco años de edad, el primogénito de César Banzer y Luisa Suárez era presidente de Bolivia. De continuar sus padres en vida, ¿qué habrían sentido? ¿Soñaron alguna vez con que ese niño que les acompañaba en El Junquillar escalaría un día tan alta dignidad? El profesor Olaechea, que le inculcó las primeras lecciones de historia de Bolivia, ¿imaginó que tenía delante a un futuro presidente? ¿Qué dirían ahora sus amigos de la infancia, sus compañeros del colegio Florida o los cadetes del Colegio Militar? ¿Y los camaradas argentinos de El Palomar?

Estaba ya en la edad madura, pero en sus ojos brillaba todavía la llama de la juventud; las primeras canas se deslizaban anunciando una próxima calvicie, sus cejas, siempre bien pobladas, estaban ahora subrayadas por un bigote negro y tupido. Los demás rasgos faciales se habían acentuado y en sus actitudes y comportamiento siempre afables se transparentaba un no sé qué de autoritario, producto sin duda del hábito de comandar soldados.

No disimuló su júbilo cuando juró en el cargo ante sus camaradas militares, ni cuando presidió la primera reunión con sus colaboradores civiles, Víctor Paz Estenssoro y Mario Gutiérrez. ¡Las cosas que trae el tiempo! En 1952, él defendió el Colegio Militar contra los grupos movimientistas que hostigaban a los cadetes. Entonces era un simple oficial; ahora, el jefe de aquel partido era su colaborador y, en cierto modo, su subordinado.

Había ingresado varias veces en el Palacio Quemado, primero cuando los cadetes montaban guardia en las festividades cívicas, y más tarde como ministro de Barrientos. Hoy lo hacía como ocupante de una mansión que había sido escenario de tantos dramas. Aquí había habitado Germán Busch, y desde uno de los balcones fue arrojado el cadáver de Villarroel. Sombras del pasado, aún presentes, que todavía deambulaban en aposentos y corredores sombríos como los de una prisión. Desde el

balcón principal, Banzer, Paz Estenssoro y Gutiérrez hicieron su primera aparición conjunta. Arengó Banzer a los grupos congregados en la plaza Murillo: "La historia marcará indeleblemente el paso que hemos dado. Cuando el país se encontraba en el caos próximo a sucumbir, nos levantamos para decir ¡basta! Esta es la hora del trabajo y del sacrificio. Unas generaciones deben trabajar más y sufrir más para lograr que el futuro sea mejor para las otras, las del porvenir.

"No tengo pilares en qué apoyarme, pero sí puedo afirmar que jamás mentiré, engañaré ni ofreceré al pueblo nada que no pueda cumplir.

"El Movimiento Nacionalista Revolucionario y Falange Socialista Boliviana, acaban de sellar un pacto, pacto como fuerzas políticas mayoritarias, que debe constituir el ejemplo nacional, pacto que sella una etapa en la historia del país. Falange Socialista Boliviana y el Movimiento Nacionalista Revolucionario, indudablemente que son de ideología común. El nacionalismo de las Fuerzas Armadas de la Nación coincide plenamente con el que sustentan estos dos partidos.

"El nacionalismo que sustentan las Fuerzas Armadas de la Nación, el Movimiento Nacionalista Revolucionario y la Falange Socialista Boliviana buscan la integración humana, cultural y económica de Bolivia. Buscamos un Estado popular, nacional y democrático.

"Hoy es un día histórico para la Patria, porque se consolida un ente político, con los brazos abiertos para recibir a los bolivianos, a los patriotas leales para con su Patria, que quieran estrechar filas y coadyuvar en las labores del gobierno y del Frente Popular Nacionalista que será el instrumento que determinará la estabilidad política de este país, estabilidad tan añorada y tan necesaria, gracias a la unión lograda con el trabajo esforzado y creador. Con el respeto a la ley y a las instituciones, haremos una Bolivia grande, fuerte y respetada. Hermanos bolivianos: queda atrás un pasado que no queremos ni recordar. La anarquía y el extremismo estuvieron a punto de destruir a nuestra querida Patria. Fue una pesadilla y como tal la olvidaremos, iniciaremos la verdadera etapa de reconstrucción nacional donde todos los bolivianos en abrazo fraterno, labraremos el futuro de esta Patria, que merece mejor presente y aun mejor futuro."

Por una vez emocionado, Paz Estenssoro musitó: "Este es el día más feliz de mi vida". Lo era. Siete años de exilio habían sido demasiado

para quien se consideraba usufructuario *at vitam* del Palacio Quemado. Dijo: "Quisiera referirme a otro problema también fundamental en los presentes momentos. Hemos firmado un pacto. La Falange Socialista Boliviana y el Movimiento Nacionalista Revolucionario son dos partidos maduros y por consiguiente están obligados a proceder con sabiduría política. Y la sabiduría política, en este caso, consiste, sobre todo, en superar las pequeñas cuestiones, en no dejar que surjan fricciones entre falangistas y movimientistas, en mantener el Frente, ya que solamente con un entendimiento leal, con un proceder sincero, con la mira puesta en Bolivia, se podrá lograr lo que este país requiere vitalmente: estabilidad política, desarrollo económico y justicia social".

Entre estos triunviros, Mario Gutiérrez era el más circunspecto. Cruceño, hijo de un prestigioso hombre público, don Julio A. Gutiérrez, heredó las virtudes cívicas de su padre, que era canciller cuando estalló la guerra del Chaco. Exento de ambición personal, idealista, militó en Falange bajo la sombra de Oscar Unzaga de la Vega, a quien le unía una amistad inalterable, pese a ser de temperamentos disímiles. Al pesimismo lúgubre de Unzaga, se oponían la alegría de vivir y el optimismo siempre risueños de Gutiérrez. El primero semejaba a un profeta bíblico, sumido en meditaciones lúdicas; el segundo, extravertido, era hombre de acción, elocuente orador parlamentario, más realista que Unzaga, que vivía atormentado por sus fantasmas.

Gutiérrez asumió la jefatura de Falange, conspiró y fue perseguido pero no abdicó jamás de sus principios. Su vocación política no fue óbice para que se dedicase a las letras. Escribió ensayos de carácter histórico y político, entre ellos, "Sangre y luz de dos razas", "La solución marítima y Bolivia", "Monografía de la provincia Cordillera", "Alegato histórico de los derechos de Bolivia en el Pacífico" y "Predestinación histórica de Bolivia". Fue el propulsor inicial del levantamiento contra Torres, a quien reprochaba haberse entregado a la izquierda. Amigo personal de Banzer, mantuvo la rebelión en Santa Cruz, cuando éste fue detenido, se le veía ahora en el balcón del Palacio, sereno, sonriente, sin reclamar privilegios. Estas fueron sus palabras:

"Compatriotas, mi gran reconocimiento como jefe de la Falange Socialista Boliviana a la conducción austera y cabal del coronel Hugo Banzer

Suárez, quien planificó la revolución y dejando todo perfectamente organizado, nos permitió llevarla a la realidad con absoluto buen suceso.

"El, asesorado por brillantes oficiales militares, ha preparado realmente la victoria que hoy celebra en forma jubilosa el pueblo boliviano.

"Compatriotas: tengamos fe en los altos destinos de la Nación y tengan ustedes la certidumbre más absoluta en la honestidad y responsabilidad de los hombres de gobierno para cumplir con su deber.

Sólo quiero decirles para finalizar que esta Patria que la hizo Dios, no la destruyamos los hombres."

Apagados los aplausos, Banzer, Paz Estenssoro y Gutiérrez, el primero en nombre del ejército y los otros en el de sus respectivos partidos, ratificaron la fórmula Frente Popular Nacionalista, cuyos principios fueron definidos así por Banzer:

"El FPN es el instrumento político de las clases sociales nacionales interesadas en el cambio de las estructuras económicas que frenan el desarrollo independiente de la Nación, con el objeto de alcanzar la integración humana y física del país, que haga posible la construcción de un Estado moderno". Declaración algo vaga y abstracta, complementada por el anuncio de la próxima elaboración de un programa concreto y la adopción del lema "Orden, paz y trabajo".

El 4 de septiembre, el MNR y Falange firmaron un pacto que definía los objetivos del FPN, sus bases teóricas, estructura y otros detalles. El documento no logró disipar los antagonismos que distanciaban a los dos partidos y que hacían tan complicada su coparticipación en el gobierno. Entre los motivos del conflicto figuraba, por supuesto, la repartición de cargos públicos. En futuras ocasiones, Banzer se vería constreñido a actuar como árbitro imparcial, procurando conciliar apetitos.

Invocando su condición de ex presidente, Paz Estenssoro no asumió ningún cargo público, a fin de no comprometerse prematuramente con el nuevo gobierno. Mario Gutiérrez fue designado ministro de Relaciones Exteriores.

Las contradicciones internas del FPN resultaron evidentes cuando tiempo después, un grupo de falangistas encabezados por Carlos Valverde, se apoderó de la hacienda Perseverancia en Santa Cruz. La intervención del regimiento Manchego los dispersó.

La existencia del Frente Popular Nacionalista no fue duradera y el pacto se disolvió tiempo después, dejando a Banzer solo en el gobierno, con las Fuerzas Armadas.

Su personalidad

¿Disponía Banzer de la experiencia requerida para un buen desempeño de la presidencia?

Es probable que sintiera alguna inquietud al calibrar el compromiso que asumía y los problemas que habría de enfrentar. El primero, que lo perturbaba a menudo, era el origen de facto de su gobierno. Esta desazón fue uno de los factores que lo impulsaron a abreviar su mandato para restablecer el orden democrático y luchar durante veinte años por la democracia. ¡La Democracia! Aprendería a descifrarla y respetarla hasta el punto de tornarse uno de sus defensores más efectivos, aún al precio de renunciamientos personales. Mas, por de pronto, esta carencia de "praxis" motivó el rigor de ciertas medidas que adoptó en los primeros tiempos de su presidencia contra sus opositores, en especial los trabajadores mineros y los estudiantes universitarios. En esencia, hombre de derecha, era intolerante con lo que él calificaba de "extremismo". Los excesos que presenciara en el régimen anterior lo habían persuadido de la existencia latente de una amenaza contra el orden público que él estaba decidido a eliminar con mano férrea.

Un segundo problema consistía en la ausencia de un partido político propio, que colaborara con él de manera tangible. Tanto el MNR como Falange eran aliados ocasionales, de apoyo condicional y precario. En realidad, sólo contaba con el respaldo del ejército, pero al respecto conocía aquella frase de Napoleón: "Se puede hacer todo con las bayonetas, menos sentarse en ellas".

En el ámbito personal, Banzer, excelente militar, poseía conocimientos generales sobre derecho o economía política, disciplinas indispensables para un gobernante. Su experiencia previa era de otro orden. En lo internacional, gracias a las estadías en la Argentina, como cadete, y en los Estados Unidos, primero como alumno de una Academia Militar, y luego como agregado militar a la embajada en Washington, poseía una vi-

sión global del mundo exterior. En lo interno, su desempeño como ministro de Educación lo había familiarizado con los problemas docentes; del mismo modo, sus recorridos por vastas regiones del país, a la cabeza de una columna de camiones y su permanencia en guarniciones del interior lo habilitaron para evaluar problemas de integración territorial, así como de comunicaciones terrestres; conocía la gravedad de los conflictos sociales emergentes de la decadencia de la minería. Tal era, en líneas generales, el bagaje personal que aportaba a la presidencia.

Tenía la firme voluntad de superar esos y otros impedimentos, para lo cual juzgaba que el requisito primordial era afianzar el orden público introduciendo una rígida disciplina. Para subsanar el aspecto técnico y administrativo, procuró rodearse de profesionales jóvenes. En esos meses iniciales, ignoraba que en poco tiempo dispondría de recursos financieros considerables e inesperados, emergentes de una excepcional coyuntura económica mundial que se tradujo en el alza de los precios de ciertas materias primas y una apertura de créditos internacionales estatales y privados en escala inusitada hasta esa fecha.

Desde el primer día, Banzer implantó un estricto régimen de trabajo para sí y sus colaboradores. Madrugador, como buen soldado, fijó un horario de trabajo que empezaba a las ocho de la mañana y, con una breve interrupción al mediodía, se prolongaba hasta entrada la noche. Fue uno de los pocos presidentes que llegaba a su despacho en el Palacio Quemado antes que sus secretarios y edecanes y, a veces, que el personal de limpieza.

Después de leer uno a uno los expedientes del día, se daba prisa en firmarlos, de modo que nunca hubo acumulación de papeles en su escritorio. Usaba con frecuencia el teléfono, tanto para consultar a sus ministros o colegas del ejército, como también, para cerciorarse de que cada uno estaba en su puesto. Impartía órdenes en tono pausado, sin levantar la voz. "Jamás le escuché una interjección vulgar", recuerda uno de sus secretarios.

Convocaba de vez en cuando a Consejos de gabinete. Antes se enteraba de los asuntos pendientes, anotando en una pequeña hoja de papel sus observaciones y, a menudo, decisiones previas, que mantenía en reserva hasta la conclusión del debate. Escuchaba con interés las discu-

siones sin interrumpir al expositor, al que dejaba hablar todo el tiempo necesario, aunque ya hubiese formado su propio criterio.

Le agradaba pronunciar discursos, pero se ausentaba del Palacio solamente para asistir a ceremonias protocolares inevitables, o a la inauguración de alguna obra pública. Viajaba cuando era indispensable, sin que le tentaran las visitas al exterior, o las incursiones relámpago al interior del país, estilo Barrientos. Sin rehusar los "baños de multitud" sabía que éstos eran rara vez espontáneos y él evitaba engañarse a sí mismo. Sin embargo, poseía un carisma considerable, como lo comprobaría cuando ya no fuera presidente.

Desconcertada, mucha gente se interrogaba sobre la psicología profunda y real de este hombre de apariencia juvenil y ademanes pulcros, capaz, sin embargo de dictar con idéntica compostura, úkases de un extremo rigor. ¿Cuál era el verdadero Banzer?

Comenta uno de sus colaboradores: "Banzer es el hombre que actúa en función de la coyuntura; autoritario cuando es necesario, magnánimo y hasta generoso, frecuentemente. Para Banzer, primero era Bolivia, después Bolivia y siempre Bolivia".

Como buen militar, habituado a la disciplina, creía que su primera obligación era mantener el orden público, que veía amenazado. Este era a sus ojos, condición indispensable para acometer lo que él consideraba el objetivo primordial de su gobierno: el desarrollo económico del país, su articulación regional y su modernización. Eran muchos los militares que habían permanecido temporadas más o menos prologandas en el extranjero; pero pocos como él, sintieron una suerte de sana envidia por el progreso alcanzado por otros países. Ahora que disponía del poder, juzgaba que era su deber intentar el despegue de Bolivia. Su lema "orden, paz y trabajo" tenía esa proyección.

Para quienes lo trataban de cerca, era fascinante observar que este militar tan amable, de facciones delicadas, sonrisa cordial y suave hablar, tuviese el temple suficiente como para gobernar con energía. No tardarían en persuadirse de lo contrario, pues Banzer escondía "una mano de hierro dentro de un guante de terciopelo", según la frase de uno de sus colaboradores. Mantenía su palabra, virtud que si bien lo enaltecía, habría de perjudicarlo a lo largo de su carrera cuando tratase con personas que

empeñaban la suya sin ánimo de respetarla. Nunca trataba de descargar en otros, y menos si ellos eran sus subordinados, los eventuales errores en que incurría. Tolerante con sus amigos, solía ser, por lo general, riguroso con sus enemigos; pero unos y otros sabían a qué atenerse en situaciones de conflicto. Era difícil engañarlo.

Lo mismo en Bolivia que en otros países, es prácticamente inevitable que, en torno al presidente, surjan herméticos grupos de partidarios, parientes, amigos o simples oportunistas que intentan medrar a su sombra. En época de Bautista Saavedra fueron los amigos de doña Clotilde, suegra del presidente; en la del general Enrique Peñaranda, "los fumadores" que se congregaban en los corredores del palacio, esperando su llegada o su salida; en la segunda presidencia de Hernán Siles, "los palaciegos" que tejían intrigas o procuraban medrar. Su padre había tenido que refrenar a los "mamones".

Banzer trató de evitar esos grupos casi siempre nocivos, aunque más de una vez actuó con debilidad respecto a ciertos allegados que abusaron de su confianza. Contaba con muchos amigos, pero pocos podían jactarse de gozar de su intimidad o tener acceso a sus confidencias, privilegio de su esposa Yolanda. En el fondo era un hombre reservado y discreto, mesurado en sus reacciones y expresiones. Miraba siempre a los ojos de la persona que tenía enfrente y expresaba sus ideas con claridad. Pese a su sobriedad tenía sentido del humor. Una vez en que le preguntaron si era anticomunista, respondió: "Soy anti anti".

Algunos años después comentó: "Hice política sobre la base de la amistad. Todos mis partidarios y hasta algunos de mis adversarios políticos son mis amigos. No me dejo cercar ni por los partidarios ni por los adversarios. Por eso me desplazo alternativamente entre Santa Cruz y La Paz. Así respiro yo y respiran mis correligionarios".

El propio Banzer sintetizó su figura como la del "hombre que no busca ni el dinero ni las alabanzas, pues cree que el exceso de alabanzas destruye el fundamento en que se basa el bien común, que es su objetivo".

Raras veces dejaba de impresionar a quienes trataban con él. Cierto día, un adversario político, Mario Rueda Peña, solicitó visitarlo. Al final de la entrevista, Rueda Peña le dijo textualmente: "Mi general, había sido usted un buen tipo. Deseo ser su amigo y podrá contar conmigo". Así ocurrió.

Benjamín Miguel, del Partido Demócrata Cristiano, también fue su adversario, para convertirse en su amigo después de haberlo tratado personalmente. Casos parecidos son innumerables.

Otras opiniones resultan más matizadas. Para Carlos D. Mesa Gisbert, "en el trato personal, el general Banzer no cuadra con la imagen arquetípica del dictador, ni siquiera con la del militar cuartelero de maneras torpes y proceder atrabiliario. No encontré en él ni las grandezas ni las miserias que esperaba, lo cual demuestra la sagacidad que tiene, suficiente como para cerrar herméticamente las puertas de cualquier confidencia".

Eran las mujeres las más sensibles a su personalidad. "¿Has visto los bellos ojos del general Banzer?", inquirió una vez la apasionada diputada movimientista, Rosa Lema, pese a su propensión a no reconocer cualidades morales ni físicas en los adversarios de su partido. Lupe Andrade, directora del periódico *Ultima hora* e hija de Víctor Andrade, un boliviano ilustre, entrevistó a Banzer en una ocasión y le dijo al final de su nota: "aconsejo a aquellos que no simpaticen con Banzer que se aproximen y hablen con él. Saldrán convencidos".

Un significado especial tienen las palabras de Patricia Ormachea, una de las colaboradoras más eficientes y leales del General: "En política no suele repararse en la calidad interior del hombre. Pero, conocer al general Banzer es encontrar a un ser humano generoso, justo y bueno. Yo tengo el privilegio de haberlo visto en esa dimensión, que trasciende las vicisitudes de la vida política".

En efecto, uno de sus rasgos psicológicos más notorios consiste en su extrema sensibilidad, inesperada en un hombre a quienes algunos calificaron de inflexible y autoritario cuando desempeñó la presidencia. La verdad es que detrás de la severidad inicial se recataba un espíritu humanitario, pronto a conmoverse ante el infortunio ajeno. Rara debe ser la persona que habiendo acudido a él en un trance penoso no hubiese recibido su simpatía y auxilio. Como primer mandatario podía actuar en forma diferente. Para juzgar con equidad su conducta en los años iniciales de su presidencia es preciso tener en cuenta las circunstancias en que la asumió. Banzer acababa de poner coto a una etapa de desordenada sucesión de militares, reveladora de que el ejército readquiría sus ancestra-

les vicios. Problema aún más agudo era el de la desorbitada conducta de las izquierdas, reflejada en la reciente Asamblea del Pueblo. Al respecto, hay que tener presente que esos años eran los de la llamada "guerra fría" y que existía el temor de que una izquierda extremista acabara por introducir el desorden en Bolivia, con el riesgo de provocar una reacción norteamericana de perjudiciales alcances para la independencia del país. Todo ello contribuye a comprender la razón del autoritarismo inicial de Banzer.

El problema universitario

Fue uno de los primeros que Banzer tuvo que afrontar, apenas iniciado su gobierno.

Desde la caída del MNR en 1964, las universidades habían constituido núcleos de rebelión juvenil en cuyos claustros fermentaban doctrinas radicales frente a los gobiernos que se sucedieron hasta 1971. La guerra fría se reflejaba en la actividad de los universitarios. La folletería socialista abundaba y servía de discusión y polémica; en ellas el gobierno era blanco de ataques permanentes. Las manifestaciones estudiantiles callejeras ponían en evidencia el descontento y la crisis económica.

El castrismo cubano influía sobre la juventud con su política de apoyo a los movimientos sociales insurgentes. Entre ellos estaban los centros mineros que habían sufrido masacres y eran los más afectados por la disminución de salarios, medida que tendía a disminuir el déficit que año tras año arrastraba la Corporación Minera de Bolivia. La juventud estudiantil siempre mostró su solidaridad con los trabajadores, agitados además por los permanentes trajines conspirativos del Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Por su parte, la guerrilla del Che fue otro factor de aglutinamiento y polarización de la izquierda, exacerbada después de la tragedia de Teoponte, nacida precisamente en la Universidad. El año 1968 marcó un hito de insurgencias juveniles en todo el mundo, principalmente en París y México donde se desató la masacre de Tlatelolco. Cuando se produjo la revolución de Banzer en 1971, las universidades –en particular las de La Paz y Santa Cruz– eran centros de resistencia armada.

El triunfo del 21 de agosto debió pasar por la toma armada de los ámbitos universitarios, los que se mantuvieron cerrados hasta el año 1973. Para habilitar su reapertura, Acción Socialista Boliviana, núcleo político liderado por Carlos Serrate Reich creó una comisión especial de estudios, con énfasis en el campo académico y de investigación científica. Se había encomendado dicha comisión al Ing. Miguel Tejada Velasco. Al reabrirse la Universidad de San Andrés se creó el Consejo Nacional de Educación Superior para establecer una política de coordinación nacional de las universidades departamentales, que hasta ese momento se habían mantenido en total aislamiento unas de otras

La Universidad Mayor de San Andrés fue puesta a cargo del rector Dr. Luis Felipe Hartmann y la unidad académica de Ciencias Sociales, estuvo bajo la dirección del abogado Dr. Carlos Serrate Reich, el último ministro de Educación del gobierno de Paz Estenssoro, en 1964.

La creación de la Academia de Ciencias Sociales fue una de las disposiciones que paulatinamente abrieron el camino para la restauración de la autonomía universitaria en el país, proceso que culminó en 1973.

Al año siguiente, Serrate previó lo que podría ocurrir en una carta dirigida a los rectores que asistieron a la Undécima Conferencia Universitaria: "Hasta el presente, la Universidad no asumió la responsabilidad de la hora histórica. Es el pueblo mismo, conducido por fuerzas políticas que se identifican con las aspiraciones de las mayorías nacionales secularmente marginadas, el que ha superado el régimen semifeudal vigente desde la Colonia (...) La Universidad no ha sabido cumplir la misión rectora que debía desempeñar como sistema nervioso de la comunidad".

El 5 de noviembre de 1971, cuando el MNR y Falange aún integraban el gobierno, se declaró en vigencia la Ley de Seguridad del Estado, dictada por Barrientos en 1967, que reprimía con severidad los delitos de subversión, sabotaje y terrorismo, así como las huelgas ilegales, la desobediencia a las disposiciones gubernamentales, el bloqueo de las vías de comunicación, la paralización de los servicios públicos "y cualquier acto que interfiera la realización de las labores del país".

Es innegable que en un primer tiempo, el de Banzer fue un gobierno autoritario, dispuesto a imponer, así fuese por la fuerza, su lema de "Orden, paz y trabajo".

Comenta Mariano Baptista en su *Historia contemporánea de Bolivia:* "La represión contra los caídos, sobre todo en el primer año de gobierno de Banzer, fue sistemática y sostenida, afectando a jefes políticos, dirigentes sindicales y universitarios y a muchos periodistas. En los hechos, la Central Obrera dejó de funcionar y las universidades se cerraron".

Carlos D. Mesa en su *Manual de Historia de Bolivia* confirma la versión anterior: "Los primeros meses de gobierno (de Banzer) fueron particularmente férreos, el número de presos políticos y exiliados fue elevado. Las universidades fueron clausuradas entre 1971 y fines de 1972. Una comisión redactó la Ley Fundamental de la Universidad que, mediante la creación del Consejo Nacional de Educación Superior, eliminaba el cogobierno paritario, no permitía el desarrollo de actividades políticas a los universitarios y suprimía la autonomía".

Menos objetivas que las afirmaciones anteriores y en algunos casos exageradas por razones políticas, otras versiones contemporáneas o posteriores al gobierno de Banzer, le endosan una serie de culpas. En 1973, la Asamblea Permanente de Derechos Humanos de Bolivia, señaló casos de detenciones e incomunicaciones prolongadas, así como la existencia de sitios ilegales de detención (algunos de ellos heredados de la época movimientista), tales como la isla de Coati, las granjas de Achocalla y Chonchoro, y la Dirección de Orden Político (DOP). Denunció el exilio voluntario o forzoso de varios centenares de ciudadanos. Un comunicado de la Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos afirmaba que habían desaparecido unas cien personas, y que los "exiliados por motivos económicos" sumaban varias decenas de miles. También se denunciaban supuestas matanzas de campesinos en Tolata.

Cuando Banzer dejó el poder, se afirmó que, siendo presidente, había participado en la operación Cóndor que congregaba a los regímenes militares de Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay, y cuyo objetivo era ejercer una acción coordinada contra los respectivos grupos o personas, sin escatimar métodos de violencia. (En 1979, Marcelo Quiroga Santa Cruz, jefe del Partido Socialista, iniciaría en el Parlamento un juicio de responsabilidades contra Banzer, culpabilizándolo de éste y otros actos.)

Ante una oposición minera recalcitrante, el gobierno vio conveniente clausurar o intervenir las radioemisoras de los sindicatos, en especial Radio Pío XII, de Siglo XX.

La Central Obrera Boliviana (COB) denunció la existencia de campos de concentración y centros carcelarios que, en su conjunto, albergaban "más de dos mil quinientos presos". Acusó al gobierno de haber convertido el edificio de la Universidad Gabriel René Moreno, de la ciudad de Santa Cruz, en un centro carcelario, en el que las aulas servían de celdas para los presos.

Se habló también de desaparecidos y exiliados, y se dieron los nombres de algunos de ellos. Más tarde, Loyola Guzmán, presidenta de la Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos, ex compañera del Che Guevara, afirmó que el número de desaparecidos alcanzaba a cien, incluidos cuarenta en Argentina y tres en Chile.

Banzer tenía la intención de mantener la presencia militar en las minas, pero bajo la forma de una acción cívica intensificada, vale decir, confiriendo al ejército funciones sociales. Declaró: "El objeto es acercar el ejército a los mineros, a fin de que éstos no consideren a los militares como sus enemigos".

Había frecuentado a los trabajadores mineros cuando era teniente del regimiento Ingavi, acantonado en Challapata y estaba persuadido de que aquéllos eran sensibles a un trato humanitario, exento de amenazas. Ahora, como presidente intentaría, algo tardíamente, poner esa experiencia al servicio de su política social. No lo consiguió.

En Bolivia se confunden habitualmente la tolerancia con la debilidad, como ocurrió durante el segundo período presidencial de Hernán Siles (1982-1985), cuyo respeto a los derechos sindicales provocó una situación de desconcierto y caos social que acabaron por inducirlo a renunciar a la presidencia. Banzer tampoco tuvo éxito cuando intentó aplacar la intransigencia de los dirigentes mineros. Esos desacuerdos habrían de prolongarse durante toda su presidencia, es decir, desde 1971 hasta 1978.

El caso Selich

El rigor de las represiones policiales desembocó en un episodio fatal: la muerte del coronel Andrés Selich, ocurrida el 15 de mayo de 1973.

Selich, comandante del Rangers en Santa Cruz, había participado en el alzamiento contra Torres en agosto de 1971. Designado ministro del Interior, creía haber sido el protagonista de la revolución. Pronto aspiró a la presidencia y sus relaciones con Banzer se enfriaron; éste juzgó prudente designarlo embajador en el Paraguay. Su conducta en Asunción no estuvo en concordancia con el decoro que exige el cargo, al punto de despertar el desagrado del presidente Stroessner, quien un día llamó por teléfono a Banzer para solicitar su cese.

En mayo de 1972, Selich fue relevado y se le destinó a la reserva activa del ejército. Se dirigió a la Argentina luego de expresar que aceptaba la destitución del cargo diplomático, pero no su pase a la reserva. Retornó clandestinamente al país y fue capturado pocos días después por los servicios de seguridad del gobierno, cuyos agentes, cumpliendo instrucciones del ministro del Interior, Alfredo Arce Carpio, lo condujeron al domicilio particular de éste. Selich no salió con vida.

El hecho trascendió muy pronto, provocando estupor en la opinión pública. El ministro del Interior expidió el siguiente comunicado falaz: "En circunstancias en que el coronel Selich subía las escaleras del segundo piso de la casa, presa de una crisis nerviosa, trató de fugar. En ese momento se precipitó por las gradas, no habiendo logrado recobrar el conocimiento. Fue informado de este hecho el ministro del Interior, que se hallaba en su despacho, el que a su vez dio parte al presidente de la República, quien mandó de inmediato a su médico personal para que fuera atendido. Lamentablemente, a su llegada, el facultativo comprobó que el coronel Selich había fallecido".

La autopsia practicada por miembros del cuerpo médico de La Paz, reveló: "...traumatismo de la cara anterior de la base del tórax y parte superior del abdomen, con mútiples fracturas costales. Desgarre y estallido del hígado, con hemorragia consecutiva".

Ante un informe tan abrumador, el ministro Arce se vio obligado a admitir que la muerte de Selich era consecuencia de la golpeadura que le habían propinado los agentes. Frente a la repulsa general que suscitó este crimen, Banzer reemplazó de inmediato al ministro por un coronel del ejército.

Sin revestir la gravedad del caso Selich, otro episodio dañó la imagen de Banzer. Resulta inexplicable que este hombre de modales medi-

dos y reacciones controladas, hubiese abofeteado en el despacho presidencial a un periodista, Juan Pereira Fiorilo, autor de comentarios críticos contra su gobierno. Esta es la versión que el general Banzer dio al respecto: "En uno de los comentarios frecuentes y siempre cargados de excesos, el periodista Pereira –que había formado parte de mi gobierno como subsecretario de Integración y que fue retirado del cargo por actuar sin coordinación ni sujeción a la Cancillería– aseguró que yo tenía que ver con el asesinato en París, del general Joaquín Zenteno, embajador en Francia. No pude tolerar esta sindicación absurda. Yo había sido discípulo del general Zenteno, de quien aprendí mucho y al que respeté siempre. Ligarme a su muerte fue una ofensa intolerable que me obligó a reaccionar como hombre antes que como gobernante."

Por su parte, Pereira Fiorilo expresó:

"El coronel Luis Azurduy, jefe de seguridad del Palacio de Gobierno me buscó para indicarme que el Presidente deseaba verme en su despacho. Cuando llegué, el Presidente comenzó a abofetearme exclamando: '¿O sea que fui yo el asesino de mi general Zenteno Anaya? Sepa usted que fue a pedido de él mismo que lo designé embajador en Francia', sorprendido ante este ataque preferí cruzar los brazos y no decir palabra. Luego Banzer ordenó que me pusieran en libertad."

Cuando trascendió la noticia, la Asociación de Periodistas y las radios y canales de televisión decretaron un día de paro en todo el país.

Este incidente, que Banzer lamentó después, desnudó una faceta de su temperamento: una sensibilidad extrema respecto a asuntos atinentes a su honor.

Joaquín Zenteno era un jefe sobresaliente. Ministro de Relaciones Exteriores en el primer tiempo del gobierno de Barrientos, fue colega ministerial de Banzer, en esa época a cargo de la cartera de Educación. Luego Zenteno actuó como comandante de la Octava División militar en la época en que el Che Guevara fue capturado y ejecutado. Se desempeñó después como embajador, primero en el Perú y luego en Francia desde 1973.

El 11 de mayo de 1976, Zenteno fue abatido en una calle de París por un desconocido que se puso en fuga y que horas después llamó a la agencia France Press anunciando que Zenteno había sido ultimado por la

Brigada Internacional Che Guevara, como venganza por la muerte del guerrillero argentino. Respecto a sus relaciones con Zenteno, dice el general Banzer: "El general Zenteno fue mi brigadier en el Colegio Militar, mi profesor en la Escuela de Estado Mayor y mi colega en el gabinete de Barrientos. Jamás hubo entredicho alguno entre nosotros. Nos apreciábamos y respetábamos como buenos camaradas y nuestras ideas y propósitos eran comunes. Zenteno fue un brillante militar que el país perdió por acción del extremismo internacional".

Némesis

La mitología griega que imaginó –entre otras cosas– una diosa del amor, Afrodita, y una de la inteligencia, Atenea, también concibió a la diosa de la crueldad y la envidia: Némesis. Era insoportable para ésta que un humano fuera dichoso y no cejaba hasta hacerle víctima del infortunio. Supersticiosos, los griegos procuraban aplacarla desprendiéndose regularmente de sus bienes más preciados, como las joyas, que arrojaban al mar.

En la vida de Banzer acaecieron dramas que evocan a Némesis. Como corolario de una brillante carrera profesional, ahora era presidente de su país. En su vida privada, aparte del pesar que le causó la muerte de su madre, era un hombre feliz, hogareño, apegado a Yolanda, su esposa y a sus cinco hijos: Boris, Patricia, Erika, Ilonka y Martín. Yolanda lo había acompañado en las guarniciones de Challapata, Roboré y Cochabamba, en sus funciones diplomáticas en Washington y en el exilio en Buenos Aires, ciudad en la que permaneció mientras su marido se internaba en el Chaco, rumbo a Santa Cruz, para organizar la rebelión contra Torres. Cuando Banzer asumió la presidencia, la familia se reunió en La Paz.

Tres meses después, la tragedia les golpeó brutalmente. En vísperas de la Navidad de 1971, el Presidente se hallaba en reunión de gabinete cuando ingresó al despacho un edecán para informarle que tenía un urgente llamado telefónico: "Dice la señora Yolanda que algo grave ha ocurrido en su casa y pide que mi Presidente vaya inmediatamente."

Salió de prisa. Al llegar a su domicilio, tropezó en el salón con el cuerpo inanimado de su hijo Boris que yacía por tierra con la cara y el pecho teñidos de sangre. Estaba muerto.

El y un amigo jugaban con una pistola automática que el General tenía en su escritorio. El amigo apuntó a Boris y soltó dos disparos que hicieron blanco. La muerte fue instantánea y el culpable, aterrorizado, se dio a la fuga.

Banzer quedó petrificado unos instantes y luego estalló en llanto. Boris era su hijo favorito. Educado con esmero en colegios de la Argentina y los Estados Unidos, había seguido cursos de administración de empresas. En un principio había querido seguir la carrera militar como su padre, y fue admitido como cadete, pero tuvo que abandonar el Colegio Militar cuando éste fue designado comandante, en época de Ovando. Probablemente, "habría sido un buen militar". Ahora, a los dieciocho años, toda ambición estaba tronchada para siempre.

Este drama le produjo a Banzer un trauma del que nunca lograría reponerse por entero. Comprobó la fragilidad del destino humano frente a la irrevocable presencia de la muerte y como buen católico, buscó refugio en la oración, asistiendo desde entonces regularmente a la misa los domingos para orar por el alma de Boris. Pero los padres saben que no hay consuelo cuando se pierde un hijo; como las heridas que a veces sufren los árboles, la suya sería más profunda a medida que transcurriese el tiempo.

Años más tarde, Némesis golpearía por segunda vez.

Desde la muerte de Boris, el padre había concentrado sus desvelos en el menor de sus hijos. Martín era un muchacho apuesto, de pocas palabras y gran vida interior. Poseía singulares dotes de concentración mental, a tal punto que gustaba actuar a veces de curandero ejecutando pases hipnóticos. Había contraído matrimonio muy joven y todavía estudiaba en la Universidad de San Luis, California.

Cuando se aproximaba la Navidad de 1988, pidió a sus padres permiso para comprar una motocicleta. Luego de dudar por un momento, acaso amenazados por presentimientos, éstos accedieron. El muchacho estaba feliz.

En la tarde de un día de mucho frío, Martín salió a recorrer la carretera. Iba a considerable velocidad y en una curva no tuvo tiempo de advertir que un camión pesado venía en sentido contrario, también a velocidad. El choque fue violento y Martín murió inmediatamente.

Hoy en día sólo quedan como recuerdo de sus hijos varones dos fotografías que Hugo Banzer guarda frente al escritorio de su casa en Santa Cruz y a las que no puede mirar sin que las lágrimas humedezcan sus ojos.

Aparte de estas dos desgracias que ensombrecieron su vida y la de Yolanda, se puede afirmar que el suyo es un hogar dichoso. Sus tres hijas, todas ellas ya casadas, han traído el aporte precioso de los nietos que hoy recogen la ternura antes prodigada a Boris y Martín.

Su primera hija, Patricia, está casada con el médico Luis Alberto Valle y tiene cuatro hijos: Mariel, Patricia, Andrea y Luis Alberto. La segunda Erika, casada con Fernando Suárez, tiene dos hijos: Juan Pablo y Fernanda. La tercera. Ilonka, se casó con Enrique Vargas y tiene dos hijas, Alejandra y Camila.

Los decretos de noviembre

Además de la fragilidad de la estructura política del FPN, el mayor problema que Banzer tuvo que afrontar al inicio de su gobierno fue el económico. Recibía una herencia desastrosa que se arrastraba desde años atrás.

Recuerda: "Me preocupaba desde el primer día el problema económico que hacía apremiante la adopción de medidas, particularmente en lo relativo al tipo de cambio. El dólar se cotizaba en doce bolivianos, paridad oficial ficticia que desfavorecía las exportaciones, consumía las escasas reservas monetarias del país y fomentaba la especulación. Convoqué a una reunión de expertos quienes recomendaron la adopción de medidas radicales, entre ellas la modificación del tipo de cambio que subiría a veinte bolivianos por dólar".

"Esto alarmó al Dr. Paz Estenssoro quien me dijo: 'Va usted a provocar una explosión social'. Cuando le repliqué que tenía la decisión irrevocable de adoptar esa y otras medidas, me expresó que en ese caso, abandonaría el gobierno. Me sugirió que lo exiliara del país, obviamente para eludir toda responsabilidad personal y salvar su capital político. Comprendí la intención y accediendo a sus deseos, resolvimos dar por concluido el pacto político con el MNR y Falange, cuyo jefe, el doctor Gutiérrez, también se oponía a dichas medidas económicas.

"El doctor Paz insistió: 'Usted me otorgaría un favor al exilarme'. Satisfice sus deseos instruyendo al ministro del Interior para que lo invitara a ausentarse del país. Así lo hizo y, desde el Paraguay, el doctor Paz formuló declaraciones contra mi gobierno, mientras otros miembros de su partido, autodenominados Juventud del MNR, seguían colaborando conmigo.

"El doctor Mario Gutiérrez también retiró a su partido, renunciando al cargo de ministro de Relaciones Exteriores para asumir, a mi petición, la embajada ante las Naciones Unidas, en Nueva York."

En 1974, al cabo de tres años, se disolvió el FPN y Banzer buscó una solución pragmática: gobernaría apoyado en las Fuerzas Armadas y con aquellos civiles que a título personal, desearan colaborar con él.

Anunció que reexaminaría la política económica emprendida por la revolución de abril de 1952, pues la experiencia de doce años había demostrado la inoperancia del sistema estatal intervencionista. Estaba resuelto a patrocinar una economía de mercado, de tinte liberal. Para ejecutarla, contaba con la colaboración de un núcleo de jóvenes de tendencia económica liberal y cuyos antecesores habían militado en partidos tradicionales. Entre ellos figuraban Carlos Calvo Galindo, nieto de Carlos Calvo, prominente abogado; Héctor Ormachea, hijo del ilustre rector del mismo nombre; Mario Mercado, empresario minero, hijo de Bailón Mercado, hombre público liberal; Carlos Iturralde Ballivián, empresario minero; Adalberto Violand, empresario; Marcelo Pérez, industrial; David Blanco, Raúl Boada, Willy Vargas y otros profesionales.

Frente a un cúmulo de problemas, Banzer decidió gobernar con el apoyo exclusivo de las Fuerzas Armadas y asumir la totalidad del poder político y administrativo, aplazando sine die las elecciones presidenciales que tenía intención de convocar para 1975. Era la dictadura. Las Fuerzas Armadas se arrogaban, por sí y ante sí, el control total del gobierno hasta 1980.

Recurrió a este extremo porque carecía de partidos políticos que lo respaldasen. No ignoraba que surgirían situaciones conflictivas con la opinión pública, con los sindicatos, las universidades y los civiles; pero juzgaba su deber proseguir en el propósito que lo impulsara a derrocar a Torres: introducir orden y disciplina en el país.

Para dar organicidad a esta nueva etapa de su gobierno, el 9 de noviembre de 1974, dictó varios decretos de carácter político, económico y social.

El primer decreto disponía la movilización nacional en torno de las Fuerzas Armadas, que asumían la plena responsabilidad político-administrativa hasta 1980. En el ámbito económico, los objetivos señalados eran el estímulo a la inversión de capitales nacionales y extranjeros, el fomento de la libertad de trabajo, el fortalecimiento del signo monetario y otras medidas complementarias. En lo social, la lucha contra la desocupación y el estímulo a la participación de los trabajadores en las utilidades de las empresas, y la ampliación de la seguridad social a toda la población.

La ejecución de este vasto plan de desarrollo económico y social se sujetaría a un Plan Quinquenal.

Pero también se ordenó la suspensión de toda actividad sindical proselitista, el cese del mandato de todas las entidades empresariales, sindicales, profesionales o estudiantiles y la prohibición de recurrir al paro, la huelga, el *lock out* y toda forma de suspensión del trabajo y la producción.

Por otro decreto se instituyó el servicio civil obligatorio para todos los bolivianos, desde la edad de veintiún años, con severas sanciones para los infractores que jamás se ejecutaron.

Por último, un tercer decreto, número 11.949, declaró en receso a los partidos políticos, y estableció penalidades "dentro de las previsiones de la Ley de Seguridad del Estado" para toda actividad pública o privada destinada a la realización de reuniones, asambleas y publicaciones de carácter político o a favor de personas o grupos vinculados a los partidos declarados en receso.

Estas disposiciones, aunque explicables dada la situación, eran evidentemente anticonstitucionales y suscitaron, como era de temer, críticas en el exterior del país y resistencia en el interior. Ellas surgieron, no tanto de los medios políticos, en ese momento dispersos y fraccionados, como de las organizaciones sindicales, en especial las mineras.

Banzer dirigió un mensaje al pueblo para esclarecer y justificar dichas medidas. Señaló a la política como uno de los problemas neurálgicos de la nacionalidad, afirmando que gran parte de las instituciones nacionales y en particular los partidos políticos, se habían desenvuelto hasta

la fecha en el marco de principios y procedimientos anacrónicos y enfatizando la urgencia de organizar un Estado moderno, que definiera los objetivos nacionales y regulase los medios para alcanzarlos.

Afirmó que tres eran los principios que enmarcaban las reformas en el campo económico: aumentar rápidamente la riqueza; hacer que la riqueza boliviana sea para los bolivianos; y, por último, que ésta fuese equitativamente distribuida.

Hizo referencia a las empresas públicas y privadas subrayando el papel social de unas y otras y recalcando la conveniencia de alentar las inversiones extranjeras, promover la transferencia tecnológica y diversificar el comercio exterior.

En los párrafos finales de aquel mensaje, mencionó la necesidad de elevar el nivel social de la mujer y completar la ejecución de la reforma agraria. Concluyó en tono solemne: "En mi condición de Presidente de la República y Capitán General de las Fuerzas Armadas, doy mi palabra de honor de que mi Institución estará a la altura del reto que le ha planteado la historia".

La cuestión social

El latente antagonismo entre el gobierno y los sindicatos se agudizó como consecuencia de uno de los decretos dictados en noviembre de 1974, que confirió al Ministerio del Trabajo la facultad de designar "coordinadores laborales", llamados a reemplazar a los dirigentes, cuyo mandato fue declarado caduco.

Las funciones de los "coordinadores laborales" consistían en vincular a los trabajadores de las respectivas empresas o entidades en sus peticiones ante los empleadores o los organismos del Estado, organizar comités compuestos por cuatro trabajadores "cuando las circunstancias lo exijan" y, por último, administrar bajo su responsabilidad, el patrimonio social de los trabajadores. Los comités de trabajadores se constituirían con autorización del Ministerio de Trabajo y su vigencia estaría limitada a la solución de cada caso particular.

Otra severa disposición de este decreto anunciaba: "Las huelgas, paros, actos de sabotaje y trabajo a desgano, prohibidos por el decreto

ley nº 11.947 y que se produzcan en las empresas y entidades del sector público, darán lugar al inmediato despido de los infractores, sin goce de beneficios sociales. En los producidos en el sector privado, se efectuará una conminatoria previa de retorno al trabajo en el término de 24 horas, vencido el cual serán sancionados con igual despido a los trabajadores que no hubiesen acatado esta advertencia". Por último, quedaban suprimidas las cuotas y otras formas de contribución laboral en favor de entidades políticas, organismos sindicales y gremiales.

Como medidas eran evidentemente violatorias de los convenios suscritos por Bolivia ante la Organización Internacional del Trabajo, relativas a la libertad sindical y el derecho de asociación. En noviembre de 1974, la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), la Confederación Mundial de Trabajadores (CMT) y la Federación Sindical Mundial (FSM) presentaron sendas quejas ante la OIT denunciando al gobierno por haber disuelto todas las organizaciones sindicales del país. Afirmaron, asimismo, que cuando el sindicato de mineros decretó una huelga de 48 horas, "fue violentamente reprimido por el ejército".

Replicó el gobierno manifestando que la oficina ejecutiva de la COB estaba integrada en su mayoría por personas que no trabajaban en ninguna empresa ni centro de empleo y desarrollaban únicamente acción política.

En enero de 1975, la CMT denunció que el ejército sitiaba a cuatro mil quinientos mineros que se hallaban en Catavi y Siglo XX. Poco después la CLAT, otra asociación laboral internacional, denunció que las fuerzas de policía y seguridad habían ocupado, el 12 de enero, cuatro emisoras de radio, pertenecientes a los sindicatos mineros de Catavi, Siglo XX, Huanuni y Llallagua.

Un informe oficial de la OIT expresó al respecto: "En esta oportunidad, las tropas ingresaron a los campamentos mineros de día, y tanto en los círculos oficiales como de trabajadores se manifestó que el ejército y los mineros tenían orden de no usar las armas, a menos que fuera en defensa propia. Según declaración de cierto número de trabajadores, en general el comportamiento de las tropas ha sido correcto". Las unidades que ocuparon los campamentos mineros habían recibido órdenes direc-

tas de Banzer de mantener esa conducta. Sabía cuán fácil era que se produjera una tragedia semejante a otras del pasado y no deseaba figurar en la historia como un masacrador de mineros. Su lema era: "guardar el orden, sí; permitir la anarquía, no".

En 1974, en su mensaje de fin de año aclaró que si dispuso la reorganización de los sindicatos era porque éstos "llegaron a un punto muerto no siendo útiles ni a los trabajadores ni al país. La burocracia sindical ha hecho más daño que bien a los trabajadores. Es por eso que propugnamos un sindicalismo vigoroso, libre de compromisos sectarios y ajeno a influencias foráneas".

La muerte del ex presidente Juan José Torres creó otro conflicto.

Torres, que vivía exiliado en Buenos Aires, desapareció en la primera semana de junio de 1976 y su cadáver fue descubierto unos días más tarde en una carretera en los alrededores.

Mineros y universitarios decretaron un paro de veinticuatro horas y el gobierno, duelo nacional, disponiendo la repatriación de los restos, a lo que se opuso la viuda de Torres. Como el paro amenazaba convertirse en huelga general, el 9 de junio, el gobierno dictó el estado de sitio y ordenó la ocupación militar de varios centros mineros, la detención de líderes obreros y la cesación de organizaciones sindicales.

Algunos sindicalistas, estudiantes y políticos fueron exiliados.

La huelga duró cuatro semanas, al cabo de las cuales, los mineros retornaron a sus labores. En esta ocasión tampoco se produjeron choques armados con el ejército. Era intención de Banzer prolongar su presencia en las minas, pero bajo la forma de una acción cívica intensificada. También anunció el envío a la Organización Internacional del Trabajo del texto de un nuevo Código de Trabajo. Pese a éste y otros empeños que se sucedieron durante su gobierno, no logró la adhesión de los sindicatos, cuya oposición a menudo belicosa y violenta, lo abrumó hasta el fin de su período presidencial. Nunca pudo aplacar el antagonismo de Juan Lechín, el más tenaz de sus adversarios políticos, aquel que el 9 de abril de 1952 estuvo a punto de atacarlo en el Colegio Militar de La Paz.

El problema agrario

Cuando Banzer asumió el poder, habían transcurrido dieciocho años desde que se implantó la reforma agraria, lapso suficiente para evaluar sus resultados. ¿Cuál fue el panorama que encontró? Como todo el mundo, comprobó que si esta medida produjo una importante transformación de las estructuras sociales, no fue de igual trascendencia en el campo económico.

El proceso semejaba a lo ocurrido en México, país en el que la reforma agraria dictada en 1910, otorgó categoría ciudadana al campesino, sin mejorar su situación económica. Ochenta años más tarde el alzamiento de Chiapas así lo demostraría.

En Bolivia, el decreto del 20 de agosto de 1952, consagró y dio validez jurídica a las aspiraciones ancestrales del campesino. Estableció la redistribución de tierras, dotando de parcelas a los colonos de las haciendas y restituyendo a ciertas comunidades indígenas tierras de las que habían sido despojadas desde la época colonial; redujo los latifundios y expropió los excedentes no cultivados de los fundos rurales, otorgándolos a quienes los podían trabajar. Fundamentalmente, la reforma agraria consistió en el fraccionamiento de las grandes y medianas haciendas en propiedades pequeñas, cedidas a los colonos.

Al eliminar el latifundio y entregar la tierra al campesino, la reforma agraria introdujo el minifundio, o sea la propiedad individual de pequeñas parcelas, en algunos casos con insuficiente capacidad de explotación.

En la zona aledaña al lago Titicaca, la superficie media de la propiedad otorgada al indígena era de cinco hectáreas o menos. Por contraste, en Santa Cruz y el Beni se multiplicaron las grandes propiedades agrícolas, unas por consolidación y otras por incorporación de nuevas tierras. La densidad demográfica, inferior a la del Altiplano, facilitaba ese proceso. Quienes obtuvieron la propiedad de tierras productivas en el Altiplano constituyeron lo que Gustavo Fernández califica de "burguesía campesina". Este campesino acudió a las ciudades, transportando sus productos ya no a lomo de llama, como antaño, sino en camiones; aprendió a mercar directamente; descubrió la existencia del dólar y de los créditos bancarios, así como de las cajas de ahorro. Fue un deudor cuya puntualidad en

el cumplimiento de los pagos sorprendió a los banqueros, habituados a clientes insolventes. Se convirtió en consumidor de artículos importados, como receptores de radio y máquinas de coser; aprendió a construirse casas de dos pisos, con servicios sanitarios y ventanas con cristales; ayudó en la edificación de escuelas comunales, sufragando a menudo los haberes del maestro.

El segundo estrato campesino tuvo menos suerte. Aquel asentado en regiones poco fértiles o alejadas de los centros de consumo, tuvo que abandonar temporal o definitivamente las menguadas tierras obtenidas gracias a la reforma agraria y trasladarse a las ciudades o al oriente de la república. Con la industria minera en crisis ya no le era posible hallar trabajo, así fuese en las penosas labores del subsuelo. En número creciente se ubicaron esos campesinos más mal que bien en El Alto de La Paz, donde en pocos años surgió una población de varios centenares de miles de habitantes que habitualmente descendían cada mañana a la capital, en pos de alguna ocupación.

Unos pocos recurrieron al contrabando de mercaderías, tanto de importación como de exportación. Entre las primeras figuraban los productos alimenticios provenientes de la ayuda americana, que en forma habitual eran desviados de su finalidad filantrópica para servir de medro a traficantes. Azúcar, arroz, harina eran exportados en particular al Perú. Entre los artículos de importación figuraban mercaderías provenientes de Arica y productos agrícolas chilenos. Un comercio próspero, gerenciado por mestizos agrupados en un sindicato denominado con cierta insolencia Sindicato de Comerciantes Libres de la Frontera. El campesino percibía las migajas.

Comenta Banzer: "La reforma agraria fue un hecho trascendental y necesario. Lamentablemente, no fue implementado con medidas destinadas a habilitar al campesino para el uso adecuado del suelo, la selección de semillas, el uso de fertilizantes y abono y, sobre todo, de maquinaria agrícola. La reforma quedó estancada en el hecho político, provechoso electoralmente para quienes capitalizaron en su favor a la mayor fuerza votante nacional".

Uno de sus primeros aciertos fue consolidar la reforma agraria. Entre 1971 a 1976 se concedieron títulos de propiedad a 365.699 jefes de

familia, mediante la tramitación de más de quince mil expedientes. Se procuró evitar la excesiva fragmentación de las áreas cultivables, precaviendo al mismo tiempo, la eventual reaparición del minifundio.

Se creó, asimismo, en ese período, el servicio nacional de desarrollo de la comunidad, cuyo objetivo era mejorar las condiciones de vida del poblador rural y lograr la reintegración de la familia campesina a la vida nacional, mediante programas de salud, educación y capacitación de adultos, jóvenes y niños. Durante los siete años de su gobierno se efectuaron cinco mil cursillos y demostraciones prácticas con participación de más de cien mil campesinos.

Con la ayuda de la Organización Mundial de la Salud, agencia de las Naciones Unidas y de la Oficina Panamericana de la Salud, entre 1971 y 1977 fueron perforados 1.020 pozos de agua, en beneficio de más de cincuenta mil campesinos, en las regiones oriental y altiplánica. El gobierno del Canadá aportó ayuda financiera para dotar de sistemas de abastecimiento de agua y servicios anexos a las poblaciones de menos de doscientos habitantes, en 64 localidades rurales; 84.000 campesinos resultaron favorecidos.

Gracias a la cooperación de comunidades indígenas, se logró edificar cerca de dos mil escuelas rurales. En 1977, el número de maestros rurales alcanzó los 18.977 y el de niños campesinos en edad escolar fue de 391.297.

Más tarde, Banzer declararía: "¿Cuáles son los hechos económicos y sociales que, desde 1971, se vienen llevando adelante? Respecto a la reforma agraria y la mecanización del agro, no se han logrado concluir los planes en su plenitud, pero hacemos vigorosos esfuerzos para lograr que el campesino deje el arado de madera y la yunta de bueyes, e ingrese en la etapa de la mecanización. Hemos formado cooperativas, les hemos proporcionado maquinaria agrícola y, en este momento, una parte del campesinado ha mecanizado el campo. El uso de fertilizantes y abonos es un hecho socioeconómico que también hemos encarado: así como la comercialización más adecuada del producto que elabora el campesino. Por último, el acceso que ahora tiene el campesino al crédito agrícola es otro fenómeno socioeconómico".

El verano del descontento

Las mediadas adoptadas en favor de la clase indígena resultaron estériles para llevar la tranquilidad al sector agropecuario. Prueba de ello fue lo ocurrido en el valle de Cochabamba, en las zonas de Tolata, Sacaba y Epizana.

El 21 de enero de 1974, el gobierno decretó el aumento de precios del azúcar, el arroz, los fideos y la carne, como una medida de normalización indispensable, pues hasta entonces los precios eran artificialmente bajos, lo cual fomentaba la especulación y el contrabando. Como compensación otorgó un bono de 400 pesos en los salarios de empleados y obreros, con exclusión de los campesinos.

La medida provocó el descontento de estos últimos, en especial en el departamento de Cochabamba, donde iniciaron el bloqueo de la carretera a Santa Cruz, a lo largo de dos centenas de kilómetros. Su simultaneidad y buena coordinación hicieron temer al gobierno que el alzamiento estuviese conducido por elementos extremistas, algunos de ellos extranjeros, pertenecientes al partido comunista pekinés. Se destacaron varias comisiones para tratar de amainar a los sublevados, al mismo tiempo que se dictaba el estado de sitio. En respuesta, los campesinos ampliaron el bloqueo hasta un sitio llamado Epizana, dejando paralizados a unos trescientos vehículos y más de tres mil pasajeros. Sobrevino el desabastecimiento tanto de la ciudad de Cochabamba como de numerosas poblaciones del valle.

Banzer leyó un mensaje por radio: "Quedan advertidos, quienes consciente o inconscientemente están comprometidos en esta nueva aventura de la antipatria, que en última instancia favorece el juego de un plan subversivo internacional, que mi gobierno será inflexible en imponer sanciones legales. Debo denunciar ante el país que se halla en marcha un plan subversivo de escala internacional que tiende a convertir a nuestro país en el centro de la actividad continental del extremismo. He dictado el estado de sitio en toda la República. La actuación será firme porque ya no es posible que se confunda el diálogo y la comprensión con la debilidad y el desgobierno".

La advertencia fue ignorada por los campesinos, que prosiguieron el bloqueo levantando barricadas en Suticollo y Parotani y extremaron su desafío exigiendo nada menos que la renuncia de Banzer, la creación de una junta militar de gobierno, designación de un campesino como vicepresidente y la derogación de los decretos económicos. Era evidente que alguien los manipulaba.

El regimiento Tarapacá se desplazó hasta las cercanías de Tolata. El martes 29 de enero, una mujer indígena lanzó una piedra contra la columna militar. De inmediato fue respondida con tres ráfagas al aire de ametralladora. Una hora más tarde, aviones del ejército sobrevolaban el lugar, sin disparar.

El mismo día, unos mil campesinos armados bloquearon el puente de Epizana y se produjo un nuevo enfrentamiento con tropas del regimiento Manchego. Cochabamba fue declarada zona militar. Otra columna militar avanzó hacia la localidad de Sacaba, donde una multitud de campesinos había cercado a una fracción de soldados. Los campesinos se dispersaron luego de una breve resistencia, en la que también se produjeron algunas bajas de uno y otro frente.

Llegó a Cochabamba un destacamento militar procedente de Oruro, que logró restablecer el tráfico en las carreteras a Santa Cruz y el Chapare.

La cifra exacta de las bajas producidas durante estos sucesos no es conocida con exactitud y varía según las versiones, provenientes tanto de la entidad denominada Justicia y Paz que publicó un folleto titulado "La masacre del valle", como de los comunicados oficiales.

El general Miguel Ibáñez Roca, comandante de la VII División del ejército, expresó en su informe: "Fueron vanos los intentos de mediación que se realizaron por parte de las autoridades del departamento, de la Iglesia, de ministros y enviados especiales del presidente de la Nación".

Aunque el ejército no alcanzó a localizar agitadores extranjeros, es probable que el bloqueo del camino Cochabamba-Santa Cruz obedeciera a un plan preconcebido. Esta vez, los campesinos actuaron en forma diferente: portaban armas, obedecían órdenes y sabían replegarse a tiempo, sin despojarse de su espíritu festivo. Quienes los asesoraron y enardecieron fueron probablemente agentes del Ejército de Liberación

Nacional, miembros de las dos fracciones comunistas y líderes campesinos, resabio de aquellos creados por el MNR en sus primeros años de gobierno.

De acuerdo con una versión personal del general Banzer: "Antes de proceder a la aplicación de la ley, se envió a varias personas con influencia sobre los campesinos para dialogar con ellos y explicarles el contenido de las medidas de ajuste económico. No se logró apaciguarlos pues estaban alcoholizados y armados. Cuando la fracción militar se acercó al bloqueo de caminos, los campesinos abrieron fuego contra los vehículos militares, obligando al comandante a ordenar igual actitud, provocando la muerte de ocho campesinos a cuyas familias se atendió en todas sus necesidades, incluyendo dinero a modo de indemnización".

Antes había expresado en una entrevista televisiva: "Los campesinos vinieron después a quejarse de que estaban acosados por gente extremista. Yo les dije: 'defiéndanse de ellos y si los siguen acosando, defiéndanse con los medios que tengan. Las armas que les dio el MNR no son para pelear entre ustedes, como ocurrió en Ucureña'".

Pese a su comprensiva disposición hacia los campesinos, reflejada en múltiples actos de gobierno, Banzer nunca consiguió su adhesión. Tampoco Paz Estenssoro la había logrado por entero, como lo probó el hecho de que ningún campesino apareciera para defenderlo el 4 de noviembre de 1964, cuando el golpe de Barrientos y Ovando. En cambio, fue sugestivo que entre las exigencias de los campesinos insurreccionados en Cochabamba figurase la de un "vicepresidente de la república campesino". Tuvieron que esperar veinte años para la elección de Víctor Hugo Cárdenas. El siglo XXI tal vez verá a un indígena ciñendo la medalla de Bolívar...

Se engañan sobre su popularidad aquellos gobernantes civiles o militares que, en sus visitas a las comunidades altiplánicas, son cubiertos con el clásico "lluchu", sin percibir la taimada ironía con que los campesinos ofician estos ritos. Banzer no fue la excepción. En un congreso campesino inaugurado el 10 de enero de 1972, fue declarado "líder único del campesinado" y agradeció el honor con estas palabras: "Acepto el liderazgo con humildad. Lo acepto para servir aún con mi propia vida a los campesinos de mi patria, a mis hermanos campesinos. Hoy en este sagrado

momento, os juro que utilizaré este liderazgo para servir mejor a los campesinos, a los bolivianos. Jamás me serviré de los campesinos ni permitiré que nadie lo haga."

Sentimientos unilaterales. Con la posible excepción de Manuel Isidoro Belzu, en el pasado siglo, ningún presidente, ni siquiera Paz Estenssoro, autor de la reforma agraria, consiguió seducir a los campesinos. Banzer demoró cierto tiempo en comprenderlo.

Capítulo V
Siete años de progreso

Auge exportador y deuda externa

Relata la Biblia que, en cierta época, Egipto gozó de siete años de prosperidad, denominados los "siete años de vacas gordas", seguidos de siete años de penurias, "los de vacas flacas".

Para fortuna de Banzer algunos años de su gobierno fueron para el país, los de "vacas gordas". Esta bonanza temporal estuvo originada por dos factores concurrentes: los créditos internacionales prácticamente ilimitados y el alza de precios de los productos de exportación, en especial el petróleo, estaño, wolfram, antimonio, plomo, cobre y plata.

Los gobiernos conservadores de la primera mitad de siglo habían hecho uso discreto del crédito externo, cuando pudieron tener acceso a él. Aparte del empréstito Chandler, contraído en 1907 por el presidente Eliodoro Villazón, sólo se registraron posteriormente el Nicolaus, contratado por Bautista Saavedra, y el Dillon Read, por Hernando Siles, este último destinado a la adquisición de armamento ante la inminencia de una guerra contra el Paraguay. Empréstitos modestos que no desequilibraron la economía fiscal. Sin embargo, la crisis mundial de 1929 afectó a Bolivia a tal punto que el presidente Daniel Salamanca se vio constreñido a declarar en moratoria el servicio de la deuda externa, que ascendía a unos sesenta y ocho millones de dólares. A partir de entonces, Bolivia perdió acceso al mercado internacional de crédito y debió bastarse con sus ingresos propios, provenientes en particular de las exportaciones de minerales. La guerra del Chaco fue financiada en parte mediante impuestos y créditos provenientes de la industria minera y a veces, acudiendo al recurso de la inflación monetaria.

La década del cincuenta estuvo signada por el inicio de la cooperación financiera internacional en gran escala y tuvo como origen el Plan Marshall, para Europa. Fueron creados organismos tales como el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Corporación Andina de Fomento y otros. A partir de 1952, los gobiernos del MNR se acogieron a este sistema de financiamiento fortalecido por las donaciones que los Estados Unidos le otorgaron y que éstos no tuvieron escrúpulos en considerar como ingresos presupuestarios normales, olvidando sus prédicas contra el "imperialismo americano", cuando se encontraban en la oposición.

Los primeros años del período Banzer coincidieron con una desmedida irrupción en los mercados mundiales de petrodólares provenientes de los países árabes. Depositado en los bancos, ese dinero debía rendir intereses y eso explica la liberalidad imprudente con que los bancos americanos y europeos compitieron en otorgar préstamos a gobiernos y particulares. Sobre todo los primeros utilizaron al máximo tan favorable coyuntura.

Buen número de naciones del tercer mundo fueron objeto de tácticas de seducción para aceptar esos créditos "blandos" que, exigiendo mínimas garantías, acordaban sumas enormes y plazos extensos. Era prácticamente imposible resistir a tales tentaciones y, de haberlo hecho, Banzer habría sido objeto de severas críticas "por desperdiciar la ocasión".

Fue así como Bolivia incurrió en un gran endeudamiento, aunque en menor escala que otros países latinoamericanos de mayor potencial económico como Brasil, México o Argentina.

Hasta 1970, el crédito externo boliviano contratado era de 670 millones de dólares, con un promedio anual de endeudamiento de unos 30 millones de dólares. Cada habitante debía 100 dólares y el servicio de la deuda externa requería 28.500.000 dólares anuales, cifra que representaba aproximadamente el 14 % del valor anual de las exportaciones.

Al final del período de Banzer, el crédito externo contratado pero no desembolsado, sumaría 2.510 millones de dólares. El servicio de la deuda se aproximó a 300 millones de dólares anuales, cifra que representaba el 25 % del valor anual de las exportaciones.

El General explica: "Es necesario hacer notar que a la finalización de mi gestión, la deuda desembolsada era de sólo 1.700 millones de dólares, y si a ellos descontamos los 782 millones de dólares de la deuda en 1971, sólo restan 1.728 millones de dólares, que en siete años de gobierno, arrojan un promedio de menos de 250 millones de dólares anuales, una cifra que no excedía las posibilidades de pago de Bolivia".

Se le ha reprochado el haber privilegiado con exceso a la industria privada en desmedro de la estatal y es evidente que muchas de las medidas de tipo económico que adoptó fueron de tinte liberal, pese a lo cual durante su gobierno se crearon numerosas entidades fiscales. También se lo ha criticado por favorecer a ciertos empresarios mediante una generosa atribución de créditos extranjeros; pero muchos de esos créditos, jamás fueron invertidos íntegramente en los objetivos señalados, ni luego reembolsados, agravando la deuda externa. Surgió así una burguesía adinerada, en particular en Santa Cruz y La Paz que insumió considerable parte de sus recursos en el exterior, a través de las adquisiciones inmobiliarias en Buenos Aires o Miami, la construcción de rascacielos en La Paz, la compra de aviones particulares en Santa Cruz, los viajes al exterior y la adopción, en suma, de un alto nivel de vida, contrastante con el de la mayoría de la población.

Para trazar una imagen equilibrada y objetiva de este primer gobierno es indispensable admitir que, si por una parte encumbró al país hasta un considerable nivel de progreso, por otra fue incapaz de impedir o sancionar algunos delitos. Es un hecho admitido que parte de los créditos extranjeros fueron desviados de sus objetivos dando paso a la malversación. Salta a la vista que le era imposible controlar personalmente algunos proyectos ubicados en regiones alejadas ni verificar sus costos reales, tarea que competía a sus colaboradores, no siempre dignos de la confianza que él les dispensaba.

No es que Banzer careciese de voluntad para imponer honestidad pero en muchos casos tuvo que rendirse ante la complejidad de la tarea. Expresó años después, a guisa de explicación: "En todas partes del mundo hay corrupción. Presidentes han sido depuestos en Brasil y Venezuela; los gobiernos italianos se tambalean con frecuencia, por el mismo motivo; en España hubo graves denuncias de corrupción. Nosotros no

podíamos ser una isla, aunque por supuesto no disculpamos ni apañamos la corrupción".

En cierto momento, Banzer analizó así la situación: "Es evidente que el país todavía no cuenta con los medios necesarios para un aprovechamiento óptimo de los recursos provenientes del extranjero. La administración pública carece de capacidad suficiente para manejar con eficiencia recursos financieros más o menos considerables. Todavía no existen empresas capaces de realizar obras de magnitud. A pesar de estas debilidades la deuda externa es utilizada en forma productiva y con un sentido revolucionario".

No lamenta haber asumido esa deuda y confiesa: "Ahora me pesa que a nuestro país no se le hubiese prestado aún más dinero. Debido a la insolvencia de la mayoría de los países deudores, los gobiernos o bancos se han visto obligados a condonar las deudas, en algunos casos hasta el 70 %, reduciendo al mínimo las tasas de interés y ampliando los plazos de pago".

Sumado a los créditos externos, un segundo factor concurrió a la recuperación de la economía boliviana en la década del setenta: el alza de precios de los productos de exportación.

La libra fina de estaño subió de 1,50 dólares en 1969 a 4 dólares en 1975. Ocurrió algo similar con el antimonio, plomo, bismuto, wolfram, y otros minerales, así como ciertos productos agrícolas tales como azúcar, algodón y soja.

Los precios de exportación del petróleo crudo, que en 1972 eran de 2,82 dólares el barril, llegaron en los años siguientes hasta 15,20 dólares. El precio de exportación de gas residual, vendido a la Argentina, que era de 0,225 el millar de pies cúbicos, subió a un promedio de 1,42 dólares. El valor total de las exportaciones de crudo, gas y derivados, llegó a representar el 23,5 % del monto total de las exportaciones anuales del país. Hay que recordar que esto último se debió a la diplomacia de Banzer.

Si en 1970 el país percibía unos 200 millones de dólares por concepto total de sus exportaciones, esta suma se aproximó a los 700 millones de dólares, cinco años después.

Las balanzas comercial y de pagos arrojaron excedentes, en tanto que las reservas monetarias, que apenas llegaban a 34 millones de dólares en 1971, aumentaron a 180 millones en 1975.

La tasa del producto interno bruto, aumentó, del 3,8 % en 1970, al 6,7 % en 1975, dos puntos más que el promedio latinoamericano. Disminuyó la inflación del 64 % anual en 1970, al 12 % en 1975.

Aunque los salarios se mantuvieron relativamente bajos, hubo pleno empleo, en particular en la región oriental.

En suma, resultó un período de bonanza económica que el país no había conocido antes y que no se repetiría después.

Una de las disposiciones que Banzer adoptó para servirse con eficiencia de la situación excepcional, fue el decreto de inversiones, dictado el 10 de diciembre de 1971. Al presentar su texto, el Presidente expresó: "Es indudable que para lograr un crecimiento acelerado de nuestro producto interno bruto, se precisan inversiones totales de más de 200 millones de dólares anuales, incluyendo obras sociales y de infraestructura... Estamos conscientes de que este decreto no volverá ricos a los bolivianos de un día para el otro, pero nuestra responsabilidad y seriedad nos imponen el deber de legislar para el futuro inmediato y mediato, desechando las medidas populistas de efecto inmediato".

El decreto creó un régimen especial para las nuevas inversiones en la industria, minería, agricultura, ganadería, recursos naturales renovables, construcción y turismo. Las industrias estratégicas, como la metalurgia, siderurgia y petroquímica, serían explotadas por el Estado.

Las nuevas inversiones gozarían de liberación de derechos arancelarios y del impuesto adicional en la importación de maquinarias y materia prima; además, estarían exentas del impuesto al capital movible y liberadas de impuestos nacionales sobre producción, ventas y transferencia de bienes inmuebles. La aplicación del decreto correría a cargo de un Instituto Nacional de Inversiones (INI).

Pese a estos y otros beneficios prometidos a los eventuales inversores, en la práctica los efectos fueron decepcionantes. No vinieron inversiones en escala significativa y la mayor actividad económica y financiera surgió de los préstamos internacionales, cuyo resultado fue el aumento de la deuda externa.

Algo más tarde se creó el Consejo Nacional de Economía y Planificación, cuyo objetivo era concebir una estrategia general de desarrollo, aprobar el presupuesto de la Nación y autorizar el financiamiento de proyectos del sector público y privado, que eran los más numerosos.

El 14 de abril de 1973, se dictó el Plan quinquenal de desarrollo social y económico, con énfasis en la minería, los hidrocarburos y la agricultura. La meta era duplicar hasta 1981 el potencial económico del país, procurando una tasa de crecimiento del 8 % anual.

Al recibir el plan de manos del ministro de Planeamiento, Banzer exclamó: "Nosotros fijamos hacia donde vamos, qué queremos y cómo vamos a hacer lo que hacemos".

Ese es uno de sus rasgos típicos: adoptada la decisión, ejecutarla de inmediato, sin vacilar.

En el intento de situar en un plano conceptual la política de desarrollo realizada por su gobierno, diría más tarde: "Nuestro gobierno fue consciente de que no existe mejor camino para combatir el imperialismo que el potenciamiento económico del país, a través del desarrollo acelerado de todos los sectores de la producción. Las cadenas y la dependencia no se rompen con simples desplantes, ni con poses histriónicas, para luego mendigar a ocultas la cooperación en todos los campos, sino planteando una clara relación que busque la expansión de la economía, la defensa de nuestras materias primas y sus precios, la creación de capital nacional a través del ahorro interno y la incorporación en la tecnología".

¿Hasta qué punto logró esos objetivos?

Comunicaciones terrestres

La vastedad de su territorio, tres millones de kilómetros cuadrados el día de su independencia en 1825 y 1.098.581 kilómetros actualmente, añadida a una atormentada geografía, hacen de Bolivia un país cuyos habitantes aún no se han adueñado por entero del medio en que viven.

La explotación de yacimientos de petróleo en la región oriental determinó que la vinculación del oriente con la zona andina surgiera como uno de los objetivos primordiales de los gobiernos posteriores a la guerra. Durante el período de Peñaranda se dieron los primeros pasos para la construcción de la carretera Cochabamba-Santa Cruz, a través de la cual, años después fluiría la migración, primero de campesinos y luego de otros estratos sociales, de la región andina a la oriental. A partir de 1952, la decadencia de la industria minera aceleraría esa corriente.

Así, Bolivia llegó a percibir en cabal dimensión, su destino geopolítico. Banzer precisó ese concepto, en un discurso pronunciado el 20 de julio de 1976: "Por su ubicación geográfica, Bolivia está llamada a desempeñar un papel importante en el futuro de América. Constituye el eslabón imprescindible para la complementación económico-política del subcontinente. Sin su activa participación, sería muy difícil integrar en un esquema armónico y equilibrado, las once naciones que iniciaron su unión con el tratado de Montevideo".

Como oficial había recorrido el territorio nacional en todas las direcciones. Aquella fue una experiencia impagable: descubrir con sus propios ojos la inexistencia de una red caminera nacional. Aparte de la carretera asfaltada Cochabamba-Santa Cruz, los demás caminos eran de tierra apisonada y algunos databan de las épocas incaica y colonial. Esto explica por qué Banzer confirió una especial atención al problema vial. Contaba con recursos provenientes del BID, de la Corporación Andina de Fomento y de varios países, entre ellos Alemania, Brasil, Venezuela, Japón y España.

El principal objetivo que se propuso pero que no alcanzaría a realizar, era completar el tramo correspondiente de la carretera Panamericana, de la que Bolivia constituye el eslabón central, que comenzando en el río Desaguadero, en la frontera con el Perú, debería atravesar La Paz, Oruro, Potosí y Tarija, hasta la frontera con la Argentina.

Este esquema tendría que ser completado con una ruta transversal destinada a conectar la zona andina con la oriental, desde la frontera con Chile hasta Puerto Suárez, en el límite con el Brasil, mediante los siguientes tramos: Tambo Quemado-Patacamaya-Calihuasi-Cochabamba-Yapacaní-Santa Cruz y Puerto Suárez.

Por último, se añadiría un tercer sistema complementario que constaría de las rutas: Machacamarca-Uncía-Sucre-Camiri-Fortín Villazón, que daría acceso al Paraguay. Luego, la ruta La Paz-Bella Vista-Río Yacuma-Reyes-Santa Rosa-Riberalta y Guayaramerín, que conectaría la región amazónica con las redes ya mencionadas. También se contempló la construcción de un camino La Paz-Escoma-Charazani-Ixiamas-Puerto Heath y

Cobija, que conectaría con el sistema caminero brasileño, a través de la carretera Río Branco-Brasilia.

Como se advierte, un esquema gigantesco que significará –el día en que pueda ser ejecutado– la incorporación efectiva de Bolivia a los sistemas de comunicación caminera de los países vecinos. Banzer no tuvo el tiempo necesario ni dispuso de los recursos administrativos, técnicos y financieros para realizarlo en su integridad, meta tampoco lograda por los gobiernos que le han sucedido hasta la fecha.

La carretera La Paz-Trinidad, por la que Banzer mostró particular interés, había avanzado considerablemente al finalizar su mandato, pero aún no había sido concluida. En cambio, el sector Trinidad-San Ignacio-San Borja, de 228 kilómetros se encontraba en servicio y sólo le faltaban las obras de drenaje.

En cambio, el camino La Paz-Cotapata, integrante de la carretera La Paz-Beni, sólo había avanzado en un 10 %. Se estimaba que los trabajos iban a estar concluidos en 1980.

Gracias a un aporte económico del gobierno alemán se construyeron sesenta kilómetros del camino Puerto Benegas-Concepción, que tendrá un total de ciento veinte kilómetros y que permitirá un acceso rápido de los agricultores de la zona a las ciudades de Montero y Guabirá.

El gobierno de Venezuela cooperó financieramente en la construcción de la carretera asfaltada Sucre-Potosí-Tarija, llamada la Ruta de los Libertadores, con una extensión de 558 kilómetros y que servirá de conexión con la carretera Panamericana. Este trabajo avanzó lentamente y en 1993 sólo se había construido el tramo Sucre-Río Pilcomayo.

Un proyecto que no llegó a iniciarse pese a que se contaba con un crédito concedido por el Japón, fue el del camino Río Yacuma-Puerto Salinas, destinado a la integración de las zonas nororientales con zonas altiplánicas. Se estimaba su extensión en 183 kilómetros.

El Banco Interamericano de Desarrollo concedió préstamos importantes, tanto para el estudio como para la ejecución de varios proyectos, entre ellos los caminos Chimoré-Yapacani; Quillacollo-Confital; La Paz-Cotapata; la autopista La Paz-El Alto, y otros.

La Corporación Andina de Fomento contribuyó al estudio y diseño de la carretera Patacamaya-Tambo Quemado, destinada a conectar el sistema troncal de Bolivia con el puerto de Arica.

Durante los siete años de gobierno de Banzer, fueron atendidos en forma permanente, con equipos y personal adecuado, cerca de veintiocho mil kilómetros de carreteras; unos ocho mil en forma temporal, con equipo; y más de veinte mil utilizando los servicios personales de los campesinos sujetos a la ley de prestación vial.

En el mismo sentido, se levantaron 35 puentes, entre ellos el de Sucre-Potosí, Tarija-Villa Montes, La Paz-Río Abajo; Patacamaya-Tambo Quemado; Sucre-Cochabamba, entre los de mayor extensión.

Este gobierno es el que dio mayor impulso al sistema caminero boliviano, tanto por el número de obras emprendidas como por la conservación de las existentes, entre ellas los caminos de Cochabamba a Santa Cruz, Potosí-Uyuni, y el tramo Santa Cruz-Tarumá.

El ferrocarril, medio de transporte que surgió en Europa y los Estados Unidos en el siglo XIX, llegó a Bolivia con algunas décadas de atraso. Después de la guerra del Pacífico, el presidente Aniceto Arce consiguió, gracias a su obstinación, que se construyera el ferrocarril Antofagasta-Oruro. "Aquí está el ferrocarril, ahora podéis matarme", exclamó en Oruro, el día de la inauguración, en respuesta a las críticas de que era objeto.

Ismael Montes, invirtiendo el empréstito Speyer y la indemnización pagada por Chile por la cesión del Litoral, dio comienzo a la construcción de los ferrocarriles Oruro-La Paz-Cochabamba y Arica-La Paz. En 1924, Bautista Saavedra concluyó el tramo Atocha-Tupiza-Villazón, que conectó la red boliviana con la argentina. En años recientes fueron tendidas las líneas Santa Cruz-Corumbá y Santa Cruz-Yacuiba.

A lo largo de estos decenios, ni las locomotoras ni el resto del material rodante fueron renovados, es por eso que en 1965, apenas el sesenta por ciento de los vagones para pasajeros eran aptos para el servicio. En octubre de 1964, se creó la Empresa Nacional de Ferrocarriles (ENFE), entidad estatal que reemplazó a la empresa británica Bolivian Railway, antigua concesionaria. Se emprendió un programa de rehabilitación del

conjunto de la red ferroviaria nacional, que abarcaba las vías, maestranzas, equipo de tracción, material rodante y estaciones.

Utilizando tres créditos otorgados por el Banco Mundial y aportes fiscales de cerca de 100 millones de dólares fueron adquiridas locomotoras brasileñas y japonesas y otro material rodante, comprendidos vagones de segunda mano, para pasajeros, vendidos por Chile. Otros trabajos complementarios fueron ejecutados gracias a créditos otorgados por Alemania y Japón.

Lo que no se llegó a realizar fue la conexión ferroviaria entre Cochabamba y Santa Cruz, tradicional aspiración de los cruceños y que representaría la articulación de las redes ferroviarias andinas y oriental. El ferrocarril llega actualmente hasta Aiquile y falta el tendido de unos trescientos ochenta kilómetros de rieles para llegar a Santa Cruz. El terreno es montañoso en gran parte y la obra es costosa. Banzer habría anhelado ejecutarla pero no alcanzó a hacerlo.

En 1996, el gobierno presidido por Gonzalo Sánchez de Lozada, miembro del MNR, suscribió un acuerdo con la empresa chilena Cruz Blanca a la que transfirió las redes orientales y occidentales de los ferrocarriles.

Mediante este acto de gobierno censurado por la opinión pública, la empresa chilena recibió los títulos de 1.148.491 acciones que correspondían al paquete accionario de la empresa, la que a su vez entregó la constancia de un aporte de 25,8 millones de dólares, suma considerada por muchos como inadecuada.

Sin embargo, la objeción principal consistía en que, mediante esta operación (juzgada similar a la de Melgarejo quien en 1868 entregó a empresas chilenas el Litoral boliviano), se abrían las fronteras para la penetración pacífica de Chile, no sólo al Altiplano sino también a la región oriental, hasta la frontera con el Brasil. Con mucha arrogancia, basada tal vez en el desconocimiento de los antecedentes históricos, el Presidente ignoró las críticas. Obraría de igual manera respecto a Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, también "capitalizados".

Hugo Banzer y su partido Acción Democrática Nacionalista hicieron público su desacuerdo con ambas medidas, que provocaron serios disturbios en La Paz. Después, como siempre, imperó el silencio.

El Lloyd Aéreo Boliviano (LAB), fue creado en 1925 gracias a la donación, por parte de la colonia alemana de Bolivia, del primer avión, llamado Oriente, como homenaje a Santa Cruz; Guillermo Kyllmann fue el propulsor y ejecutor de esta iniciativa.

En 1971, el LAB se encontraba, como siempre, en situación deficitaria. Banzer dictó un plan de rehabilitación que mejoró en algo las finanzas de esta empresa estatal, sin llegar a sanearlas del todo. Siete años después, la deuda externa del LAB llegaba a 884 millones de bolivianos, o sea unos 43 millones de dólares.

Como parte integrante del plan quinquenal, se creó la Administración de Servicios Auxiliares (AASANA), organismo estatal encargado del planeamiento, dirección y construcción de aeropuertos, pero que no cumple a satisfacción su cometido. Además de Viru Viru, fueron construidos los aeropuertos de Trinidad, Sucre y Tarija y se modernizaron y ampliaron los de La Paz, Cochabamba, Cobija, Reyes y San Ramón. Los de La Paz y Santa Cruz tienen categoría de aeropuertos internacionales.

La flota aérea adquirida durante el gobierno de Banzer continuaba en servicio veinte años después; nueve aviones de pasajeros y uno de carga. En 1993, aviones de LAB efectuaban vuelos regulares a Miami, Caracas, Panamá, Río de Janeiro, Buenos Aires, Lima, Montevideo y Ciudad de México. Bolivia también contaba con una nueva y eficiente empresa, Aerosur, destinada al servicio interno.

Telecomunicaciones y energía eléctrica

Un aporte positivo para la articulación del país fue, sin duda, el logrado en el ámbito de las telecomunicaciones. La considerable extensión territorial de Bolivia motivaba la desvinculación de las diferentes regiones y el casi total aislamiento de las poblaciones periféricas.

Tanto o más que la expansión de las redes camineras, la de las telecomunicaciones se sitúa entre los logros del gobierno de Banzer, a través de la Empresa Nacional de Telecomunicaciones ENTEL.

El avance capital fue la instalación de una red nacional de radiocomunicaciones de alta frecuencia, que ligaba los grandes centros urbanos con las poblaciones alejadas y puestos fronterizos. Abarcó en total 142 es-

taciones, entre las que se destacaban las de Santa Cruz, Cochabamba, Oruro, Cobija, Trinidad, Riberalta, Potosí, Uyuni, Sucre, Camiri, Villazón, Tupiza, Tarija, Yacuiba, Valle Grande y La Paz.

Esta red presta además servicios de carácter social. Contribuye a la integración territorial y consolida la soberanía del Estado en apartadas zonas del país. De igual o mayor importancia fue la internacionalización de servicios que ha permitido integrar a Bolivia con los sistemas mundiales de telecomunicación. Tanto material como psicológicamente, el impacto fue enorme pues el país se incorporó a la comunidad internacional y puede informarse al instante de lo que ocurre más allá de las fronteras.

Puede estimarse que la ampliación y modernización del sistema de telecomunicaciones costó unos cincuenta millones de dólares, financiados por el BID, bancos exteriores y proveedores extranjeros.

A aquella suma es preciso añadir el costo de los modernos edificios sede construidos por ENTEL en todas las capitales de departamento. En la ciudad de La Paz, desde los días del gobierno de Peñaranda, en la década del cuarenta, la construcción del llamado "palacio de comunicaciones" había sido objeto de controversias y dilaciones pues, como de costumbre, había gente que criticaba su elevado costo, ubicación y otros detalles. Banzer cortó por lo sano ordenando la construcción –a un costo de seis millones de dólares– de un edificio moderno donde fueron instaladas las oficinas de ENTEL y los servicios postales. La vieja casona de la calle Ayacucho fue transformada en local para exposiciones culturales y galerías de arte.

A pesar de los avances logrados, el país registraba todavía uno de los índices más bajos de América latina en lo que se refiere al uso de teléfonos: sólo cuatro líneas por cada cien habitantes. Bajo la gestión de cooperativas locales, ese servicio es ineficaz y caro. Adquirir una línea costaba 1.500 dólares por gastos de instalación. Demás está decir que, sobre todo la clase campesina, estaba obligada a prescindir de ese servicio.

Uno de los sectores en los que se alcanzó un apreciable progreso fue el de la electrificación del país, elemento esencial para la industria y el nivel de vida de las poblaciones urbanas y rurales, en especial de estas últimas.

Mediante la Empresa Nacional de Electricidad (ENDE), gracias a créditos de organismos internacionales y aportes de gobiernos amigos, se

puso en ejecución un vasto programa para la ampliación de la red de distribución de energía eléctrica particularmente en las zonas fronterizas.

Fue creado el Instituto Nacional de Electrificación Rural que elaboró estudios y proyectos para la electrificación de cincuenta y un poblaciones. El gobierno de España contribuyó con dos millones y medio de dólares, USAID con treinta millones de dólares y el BID con igual suma. Este fue uno de los proyectos de mayor éxito entre los emprendidos durante el gobierno de Banzer.

Cabe mencionar, también, la planta hidroeléctrica Santa Isabel en Cochabamba, con capacidad de 36 mil kilowatios, al servicio de las ciudades de Oruro y Cochabamba, así como de los centros mineros, industriales y poblaciones rurales de los departamentos de Oruro, Cochabamba y el norte de Potosí; la ampliación de la represa Corani que regula las aguas de los ríos Corani y Málaga; la puesta en operación de la planta hidroeléctrica de Cahua, en el departamento de La Paz y la conclusión de la central térmica de Aranjuez, al servicio de Sucre, Potosí y el área minera del sur.

Dentro de un ambicioso programa de realizaciones futuras se contemplaban los siguientes proyectos: Rositas que utilizaría las aguas del río Grande; Misicuni, para abastecer de energía, agua potable y regadío al área de Cochabamba; Icla, en la cabecera del río Pilcomayo y San Jacinto en el departamento de Tarija.

Banzer no alcanzó a poner en ejecución estos programas.

En lo referente a la energía nuclear, se estima que existen unos setecientos mil kilómetros cuadrados de territorio geológicamente propicio para la prospección de uranio, tanto en el Altiplano como en las serranías Chiquitanas. La empresa italiana AGIP exploró una superficie de cincuenta mil kilómetros cuadrados y, por su parte, la Comisión Boliviana de Energía Nuclear, creada durante el gobierno Banzer, otros veinte mil kilómetros. Se pudo comprobar que las posibilidades de producir energía nuclear en Bolivia son bastante remotas, porque exceden los recursos financieros y técnicos del país.

En 1971 fue creada la Empresa Siderúrgica Boliviana (SIDERSA) con el objeto de estudiar y ejecutar un plan siderúrgico nacional. Al año siguiente se proyectó la instalación de una planta laminadora de hierro en Santa Cruz, en la frontera con el Brasil. Se estima que en Mutún exis-

ten reservas suficientes para la producción de cuatrocientas cincuenta mil toneladas anuales de acero, durante veinte años. Sin embargo, las riquezas del Mutún siguen inexplotadas hasta la fecha porque el mercado mundial se halla saturado.

El problema minero y el petrolero

Al igual que los presidentes militares que le precedieron, Banzer heredó un presente griego: la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL), un conglomerado que agrupaba a las antiguas empresas de Patiño Aramayo y Hochschild y en las que trabajaban, en aquellas épocas, más de treinta mil trabajadores.

La nacionalización de las minas resultó una medida desastrosa para los trabajadores y perjudicial para el país. Tres décadas después de suscrito el decreto de nacionalización, COMIBOL estaba en liquidación. Durante ese tiempo no se habría descubierto un solo yacimiento ni efectuado prospecciones de importancia. Lejos de contribuir a la economía del país, COMIBOL la empobreció debido a una administración ineficiente y a menudo corrupta, origen de muchas fortunas.

Este fue el panorama que encontró el presidente Banzer.

De las dieciséis empresas administradas por COMIBOL sólo tres eran rentables, dentro de márgenes estrechos y precarios. Mientras el estaño se cotizaba a un precio superior a seis dólares la libra fina, los costos de producción excedían los diez dólares en algunas minas. La diferencia era absorbida por el Estado. Además, COMIBOL consumió buena parte de los créditos externos, agravando el crecimiento de esas deudas.

Conocido es el destino de COMIBOL.

Aquella empresa a la que se debía "la felicidad" de los bolivianos, entró en liquidación en 1994. Sus yacimientos, empresas y propiedad fueron ofrecidos en arrendamiento o *joint venture* a capitalistas extranjeros y nacionales. Pulacayo y Unificada de Potosí, dependientes de COMIBOL, fueron puestos en oferta, así como Huanuni, Caracoles y San José, la planta hidroeléctrica de Río Yura y la fundición de Vinto.

Triste historia. De más de treinta y cinco mil trabajadores en época de los "barones del estaño", contaba en 1994 sólo con mil quinientos treinta y nueve.

Aparte de la succión de fondos fiscales que COMIBOL significó desde su fundación y que podrían calcularse en unos trescientos millones de dólares, al extinguirse dejó varias deudas: a la Caja Nacional de Salud y al Fondo Complementario Minero; a la Empresa Nacional de Ferrocarriles; a empresas particulares y empresas comercializadoras de minerales.

Además, se encontraban en mora varios créditos internacionales. La deuda total por concepto de cumplimiento de créditos externos era de 31,2 millones de dólares, según datos publicados por el Ministerio de Minería.

En 1994, el general Banzer comentó: "La experiencia de la nacionalización fue negativa. Debió buscarse mejor forma para que la riqueza generada fuese mejor distribuida y no quedara concentrada en pocas manos".

Creada antes de la ascensión de Banzer al poder, la Empresa Nacional de Fundiciones (ENAF), tenía como meta liberar a la industria minera de su dependencia de fundiciones extranjeras, tales como la de Texas en los Estados Unidos o la William Harvey, en Inglaterra. Ya en tiempo de los "barones del estaño", tanto Simón I. Patiño como Mauricio Hochschild lo habían intentado, sin resultado positivo, debido en particular a un problema de costos. Hochschild perdió dos millones de dólares en el sistema Tainton.

Treinta millones de marcos facilitados por la República Federal de Alemania, durante el gobierno de Banzer, tampoco dieron buen resultado. La fundición operaba permanentemente por debajo de su capacidad instalada, debido en parte a la insuficiente provisión de estaño por parte de COMIBOL y las minas medianas. Altos costos de operación y problemas de orden técnico y financiero ocasionaron en 1978 un déficit de cerca de setenta millones de dólares. La capacidad utilizada apenas llegaba al 40 %.

ENAF resultó un fiasco, tanto técnico como financiero, lo cual no fue óbice para que gobiernos posteriores porfiaran en crear entidades similares, como la planta volatizadora de Palca, la fundición de Vinto y el complejo metalúrgico de Karachipampa.

Palca, construida a diecisiete kilómetros de Potosí, contó con el apoyo financiero y técnico de la Unión Soviética, gracias al contrato sus-

crito en Moscú el 15 de junio de 1972. Su costo, calculado inicialmente en nueve millones y medio de dólares, subió a sesenta y ocho millones de dólares siete años más tarde.

Aparte de la duración excesiva de los trabajos, se incurrió en una serie increíble de gastos adicionales. Refiere Gregorio Iriarte, en su libro *Los mineros:* "solamente el asesoramiento técnico en el movimiento de tierras costó más de cinco millones de dólares". Pese a ello, un grave deslizamiento de tierra, ocurrido en febrero de 1979, cuando la planta de Palca había sido terminada, reveló que se la había construido en un sitio totalmente inapropiado. Palca nunca llegó a funcionar plenamente. En 1994, fue desmantelada y vendida, pieza por pieza.

Otro ejemplo fue el de Vinto. En junio de 1977, Banzer asistió a la inauguración de las ampliaciones de esta fundición de estaño, obra iniciada bajo el gobierno de Torres. Dotada de capacidad para tratar unas veinte mil toneladas de mineral concentrado, resultó sobredimensionada y excesivamente costosa en sus operaciones. El gobierno alemán donó diez millones de marcos para un proyecto de control del medio ambiente.

Karachipampa, fundición y refinería de plomo y plata, fue construida por un consorcio alemán-belga, en los años ochenta, o sea después que Banzer dejó el poder. La planta costó ciento cuarenta y siete millones de dólares y tiene capacidad instalada para tratar unas cincuenta mil toneladas anuales de concentrados. Carente de materia prima suficiente y con diversos problemas técnicos, Karachipampa no ha funcionado hasta la fecha, pero ha hecho la fortuna de muchos.

El petróleo

En el pasado, la historia del petróleo boliviano había sido accidentada.

En 1936, el presidente David Toro apropió las pertenencias de Standard Oil y el general Alfredo Ovando adoptó idéntica sanción contra la Gulf Oil, en 1970. Ambas medidas crearon una atmósfera de desconfianza entre los inversores extranjeros, pese a que en 1942, el gobierno de Enrique Peñaranda indemnizó a la Standard Oil. El pago fue más bien simbólico.

Banzer siguió el ejemplo, indemnizando a la Gulf. Luego dictó el decreto ley 10.170 sobre hidrocarburos, por el que se declaró que el petróleo era bien inalienable del Estado, y que su aprovechamiento correspondía a YPFB, organismo estatal al que se confirió la facultad de suscribir contratos de riesgo compartido con compañías extranjeras. El momento era propicio, pues el petróleo registraba precios óptimos en los mercados mundiales.

YPFB suscribió contratos con las compañías americanas Occidental Petroleum y Tesoro. Durante el gobierno de Banzer fueron perforados sesenta y un pozos exploratorios y descubiertos dieciséis campos. La Occidental Petroleum descubrió los campos de Tita y Techi; la Tesoro, el campo La Vertiente.

En 1972 entró en actividad el gasoducto Santa Cruz-Yacuiba, con una longitud de 530 kilómetros; al mismo tiempo se aumentó la capacidad del oleoducto Camiri-Yacuiba. Dos años después, comenzó a operar el gasoducto Monteagudo-Sucre con una extensión de 220 kilómetros. En 1975, finalmente ingresó en la fase operacional el poliducto Potosí-Sucre. Entre 1976 y 1977 se ampliaron las instalaciones de almacenaje de petróleo en Cobija y Villa Montes, así como las de la estación terminal de Arica.

Fueron ampliadas las refinerías de Palmasola y Valle Hermoso, con un costo de 221 millones de dólares concedidos por el BID y bancos privados.

Pese a los altos precios del petróleo, YPFB requirió aportes fiscales que sobrepasaron a los 775 millones de dólares, además de créditos internacionales superiores al total de la deuda externa del país, en su nivel de 1971. En un acto parlamentario efectuado en 1979, el diputado Marcelo Quiroga Santa Cruz afirmó: "YPFB se endeudó en 526 millones de dólares, mientras su capacidad productiva declinaba en un 10 % anual. Las pérdidas entre 1974 y 1978 sobrepasaron los 300 millones de dólares".

Sin embargo, la explotación de hidrocarburos significó una importante diversificación de la economía boliviana. Del 5 % del producto interno bruto en 1970, ascendió al 11 % en 1977. Generó divisas por un monto de cerca de 700 millones de dólares, o sea aproximadamente el

30 % del total de divisas provenientes de las exportaciones. Las regalías en provecho de los departamentos de Santa Cruz, Chuquisaca y Tarija, alcanzaron en 1977 a la suma de quinientos catorce millones de pesos bolivianos.

¿Cómo explicar esta aparente contradicción entre las deudas contraídas por YPFB y sus beneficios?

Sin que ellos aclaren por entero la situación, se pueden mencionar entre las causas de aquel desequilibrio, las siguientes:

La ampliación de las refinerías Villarroel, en Cochabamba y Palmasola en Santa Cruz, costó ciento sesenta y cinco millones de dólares prestados por el Banco Interamericano de Desarrollo, BID y bancos privados. Ninguna de estas dos refinerías alcanzó a funcionar plenamente.

El oleoducto del campo Tita a la red troncal, inconcluso, costó quince millones de dólares, también provenientes de créditos.

Treinta millones de dólares fue el precio de perforaciones en los campos Espejos y Cambeiti; y veinticinco millones de dólares, el de las exploraciones de Tarija y Santa Cruz; las exploraciones en otras regiones costaron cuarenta millones de dólares. El capital de operación sumó veintisiete millones de dólares.

En aquella oportunidad, Marcelo Quiroga sostuvo que de doscientos veintiún millones de dólares provenientes de créditos externos destinados a las refinerías de Palmasola y Valle Hermoso, "una parte fue a dar a los bolsillos de los gestores y administradores de este negociado". La acusación nunca fue respaldada documentalmente. Según Banzer, Palmasola era necesaria para completar la producción nacional. Comenta: "Sin embargo de todo esto, no podemos ignorar que YPFB es hoy el mayor contribuyente del erario nacional, devolviendo con creces toda la inversión que se hizo en esta empresa".

En los albores de su administración, el general Banzer inició negociaciones con el Brasil, a través del canciller Mario Gutiérrez, para la venta de gas natural a dicho país. Como es habitual en Bolivia se levantó de inmediato violenta oposición, miope por parte de algunos y malévola de otros, acusando a Banzer de "dilapidar los recursos naturales del país". El MNR, partícipe del gobierno en esos días, se opuso después al acuerdo

de cooperación y complementación industrial, firmado en Cochabamba en 1974 con la presencia de los presidentes Geisel y Banzer.

Este acuerdo fue el resultado de prolijos estudios previos, en los que Banzer participó personalmente. Se preveía la creación de un polo industrial de desarrollo, en el sudeste: siderurgia integrada, petroquímica, industria de cemento y generación de energía eléctrica. La venta de gas natural sería de 240 millones de pies cúbicos diarios. Pese a que el acuerdo fue ratificado y canjeado por las dos partes, y que se habían comenzado los trámites para la financiación del gasoducto, la creciente oposición interna motivó que el proyecto quedara en nada, con el consiguiente perjuicio económico para el país. Más tarde, otro presidente suscribiría un acuerdo semejante, en condiciones menos ventajosas.

¿Cuál fue la causa de semejante oposición? Simplemente, la misma que en la oportunidad anterior había inducido al jefe del MNR a combatir la posible solución del problema marítimo por un gobierno adverso a su partido. Ahora era motivo de mortificación que fuese Banzer quien llevase a término un proyecto tan importante como el de la creación de un polo industrial de desarrollo en el sudeste del país. Con idéntica intención se combatiría luego la gestión marítima que Banzer emprendería en 1975. Marcelo Quiroga no estuvo ausente en estas críticas demagógicas.

El fomento de la cultura

Banzer tiene el privilegio de figurar junto con Ismael Montes como el presidente que dio un enorme impulso a la educación pública.

Montes, el paceño, jefe y mentor del Partido Liberal, político de alto estilo, fue elegido presidente de la República en dos períodos (1904 a 1908 y 1913 a 1917). Su gestión es recordada como una época excepcional para Bolivia. Su obra administrativa fue inmensa. Durante su gobierno se completó la construcción de los ferrocarriles que conectaron al país con la costa del Pacífico. Reorganizó la instrucción pública contratando misiones pedagógicas extranjeras y creando escuelas para maestros normalistas rurales. Modernizó el ejército, adaptándolo al modelo prusiano. Suyo fue el primer intento para combatir el analfabetismo en el campo. En fin, su obra fue la de un gran estadista.

Durante los años en que el partido Liberal desempeñó el poder, vale decir desde 1900 hasta 1920, los presupuestos de instrucción pública aumentaron de cuatrocientos mil bolivianos anuales a principios de siglo hasta cuatro millones en 1920, año en que dicho partido fue derrocado por Bautista Saavedra.

En 1909, Montes fundó en Sucre la Escuela Normal mixta, que aún subsiste como el primer centro de formación pedagógica de la República y por cuyas aulas han transitado varias generaciones de maestros. Antes había creado en Oruro la Escuela Nacional de Minería. La primera Escuela Normal rural se estableció en Umala, en el altiplano, y su primer director fue Luis S. Crespo. También en esos años fue inaugurado en La Paz, el Instituto Nacional de Comercio.

Una iniciativa de positivo beneficio fue la contratación de una misión pedagógica belga, presidida por el profesor George Rouma, que modernizó esta vital función estatal y cuyas estructuras aún subsisten.

Montes fue un gran gobernante, que vivía obsesionado por elevar el nivel cultural del país. Con Banzer ocurrió lo mismo. Su breve paso por el Ministerio de Educación, durante la presidencia de Barrientos, le permitió medir la magnitud del problema y lo mucho que cabía hacer al respecto. Siete años después, al llegar a esta magistratura, comprobó cuán poco se había avanzado. "No hay mucho que hablar sobre el progreso en materia de educación pública, desde los tiempos en que fui ministro, hace años. Nada importante se hizo. Pude comprobar en el terreno que, ni se había mejorado la educación, ni disminuido el analfabetismo, ni se había dignificado el esforzado trabajo del maestro."

Calificando a la educación como "la más alta función del Estado", invirtió en ella sustanciales recursos, obtenidos tanto de créditos extranjeros, como de fondos presupuestarios nacionales. Los Estados Unidos, la República Federal de Alemania, Canadá, España y otros países hicieron llegar sus aportes, así como también otros organismos internacionales de crédito.

Entre 1972 y 1976 el presupuesto del Ministerio de Educación aumentó de quinientos veintiocho millones a dos mil millones de bolivianos. En el sistema educativo urbano fueron invertidos cuarenta y dos millones de dólares facilitados por el Banco Mundial, USAID y el BID. A esta



Banzer y Geisel en Cochabamba.

suma se agregaron aportes nacionales y créditos bancarios a diversas universidades.

Acaso en recuerdo de su escuelita de Concepción, a la que los alumnos del profesor Olaechea debían aportar cada día sus sillas, Hugo Banzer demostró especial empeño en la construcción de locales apropiados en toda la República.

Entre 1971 y 1978 fueron edificados ochenta y nueve establecimientos escolares urbanos, con una inversión de ciento quince millones de bolivianos. Gracias al aporte financiero de USAID y de entidades nacionales, se amplió la infraestructura con más de mil quinientas aulas. A ellas se agregaron más de dos mil escuelas rurales, construidas con la operación directa de las comunidades indígenas que proporcionaron mano de obra y material gratuitos, en muchos casos; no fue raro que también pagaran los haberes de los maestros. Además, la Escuela Nacional rural de Vacas, en el departamento de Cochabamba, a la que se sumaron veintiún núcleos escolares campesinos. En ellos se invirtieron nueve millones y medio de dólares, financiados por el BID.

Hay que mencionar, asimismo, el moderno edificio de la Escuela Normal Simón Bolívar, de La Paz, que proporcionó formación a 1.256 docentes, durante la administración Banzer.

El número de maestros rurales alcanzó a cerca de diecinueve mil en 1977, y fueron más de trescientos mil los niños indígenas en edad escolar que asistían a las escuelas rurales.

Consciente de que el ritmo con que marchaba el país era insuficiente para cubrir las exigencias de una sociedad en trance de modernizarse, Banzer concedió especial atención a la formación tecnológica del personal docente. Se creó la Escuela Normal Técnica, de La Paz, complementada con equipos móviles itinerantes en Santa Cruz, Cochabamba y Oruro. Cerca de dos mil maestros recibieron entrenamiento a través de seminarios y jornadas pedagógicas, en materias como administración, supervisión y cooperativismo.

Entre las obras en favor de los maestros, figuran las siguientes: la colonia de vacaciones de Cachimayo, en el departamento de Chuquisaca; la construcción de doscientas viviendas para maestros en diversos departamentos; la implantación del seguro de cesantía para maestros acogidos

a la jubilación; por último, la construcción de sedes sociales en Santa Cruz y Trinidad.

Un capítulo en el que no se obtuvieron los resultados deseados, fue el de los salarios. Pese a sucesivos reajustes, apenas alcanzaban a cubrir las necesidades de los maestros y continuaron en una escala baja. El problema es crónico.

En resumen, no obstante los progresos logrados, la instrucción pública continúa registrando deficiencias. Subsiste un elevado nivel de analfabetismo, no existe un número suficiente de escuelas y el material docente no basta para cubrir las necesidades de maestros y alumnos.

Como dato positivo, cabe subrayar que, en especial en las clases rurales, ha germinado un verdadero afán por recibir instrucción, tanto de parte de los niños como de los adultos. Las clases nocturnas que se imparten en algunos colegios urbanos apenas dan cabida a los alumnos que voluntariamente acuden a ellas, en muchos casos, después de una ruda jornada de trabajo.

Cualquiera que sea el veredicto de la posteridad, tendrá que reconocerse que durante esos siete años el país progresó materialmente en muchos terrenos, en especial en el de las comunicaciones y la instrucción pública.

Como recompensa a su conducta, Montes y Banzer tuvieron que enfrentar sendos juicios de responsabilidades, cuando concluyeron sus períodos. El encono político no quiso reconocer la obra de uno y otro por el adelanto del país.

Banzer asignó al aspecto cultural la relevancia que tiene como factor complementario de la instrucción pública. Expuso así sus ideas al respecto: "Sostenemos que el desarrollo económico debe estar en función del desarrollo de la educación y la cultura. La política cultural de mi gobierno de ninguna manera tiende a interferir en la libertad creadora de los intelectuales y artistas, pues estima que esa libertad es inexcusable para la prosperidad de los frutos del espíritu y contribuye a fortalecer el alma nacional".

Aunque las capillas intelectuales y artísticas, en especial las universitarias, fueron adversas a su gobierno y, en algunos casos, sufrieron medidas represivas, esto no amenguó el propósito de Banzer de consagrar a dicho campo de actividad el mismo interés que a otros.

El 14 de marzo de 1975, creó el Instituto Boliviano de Cultura, como institución pública descentralizada, dotada de personería jurídica propia y autonomía administrativa. El instituto comprendía las siguientes secciones especializadas: arqueología, antropología, música y arte escénico, historia y literatura, patrimonio artístico y artes visuales. Además, el Instituto incluía un departamento de educación extraescolar, a cargo de Casas de Cultura organizadas en zonas mineras y rurales alejadas de los grandes centros urbanos. En tres años se fundaron treinta y cinco de estas casas.

Más tarde se crearon comités departamentales de cultura en todas las capitales, como instrumentos encargados de la ejecución de una política cultural en el ámbito regional, de preferencia en las zonas fronterizas: bibliotecas escolares en las capitales de departamento que coordinaban su labor con las ya existentes en las zonas rurales. Fue también ponderable el trabajo de las misiones culturales destacadas a regiones apartadas.

El Instituto Nacional de Arqueología edificó el museo regional de Aukapata, destinado a la preservación de objetos de la cultura mollo. Realizó excavaciones en Samaipata y prospecciones en las zonas de Timusi y Colquechaca. Corrió a su cargo la rehabilitación del camino prehispánico de Takesi.

Cabe mencionar también la labor del Instituto Nacional de Estudios Lingüísticos, que editó diccionarios aimara-castellano y quechua-castellano.

Entre otras realizaciones efectivas figura la Casa de la Cultura Franz Tamayo, en la ciudad de La Paz, que llenó un vacío en la materia. Además de significar un merecido homenaje a la memoria del poeta, sirve de marco a exposiciones pictóricas, reuniones y conferencias, que carecían de locales adecuados.

El Premio Nacional de Cultura fue creado en 1969, por el ministro Walter Montenegro y el subsecretario de Cultura, Alberto Crespo Rodas. Se restableció en 1974, por el presidente Banzer, quien condecoró personalmente a Roberto Prudencio, una de las mentalidades bolivianas más brillantes de este siglo: filósofo, catedrático universitario, expositor, humanista y hombre de firmes convicciones políticas, Prudencio merecía so-

bradamente este homenaje, desagravio al asalto y destrucción de su biblioteca por "milicianos" del MNR, a poco tiempo de la revolución de 1952.

Banzer expresó en una ocasión: "Hay que crear y fortalecer el alma nacional. La educación y la cultura deben ser el instrumento para aumentar la libertad del hombre boliviano. Reconozcamos los valores de nuestro pasado, de nuestras raíces étnicas y culturales. Afirmemos nuestro ser nacional. Somos también país rico en tradición, en folklore, en arte popular, en suma en todas las manifestaciones del espíritu, de la creación humana. Defendamos nuestro patrimonio, ese invalorable acervo cultural de nuestro pueblo que arranca de sus orígenes preincaicos. Hay que crear, fortalecer el alma nacional. La educación y la cultura tienen que ser el instrumento para formar el nuevo hombre boliviano".

En 1925, cupo a Bautista Saavedra, entonces presidente de la República, conmemorar el primer centenario de la independencia. En Sucre y en La Paz tuvieron lugar solemnes ceremonias, en presencia de numerosas delegaciones extranjeras: sesión solemne del Parlamento, tedeums y desfiles del ejército y de los escolares; inauguración de una exposición internacional en la que participaron los países vecinos. Se publicó el libro *Bolivia en el Primer Centenario de su Independencia*, que ha quedado como útil obra de consulta; fueron ampliadas y pavimentadas las avenidas 16 de Julio y Arce, para lo cual se necesitó derrumbar añejos árboles bajo la protesta de los viejos paceños. Pero, en conjunto, la celebración resultó digna del acontecimiento.

Quiso el azar histórico que fuera el presidente Banzer quien conmemorase los ciento cincuenta años de vida independiente. El acontecimiento fue planificado por una comisión de alto nivel y los festejos se prolongaron durante dos semanas. Queda en su recuerdo la publicación de monografías de cada departamento, al igual que la reedición de las obras de importantes escritores nacionales.

El 6 de agosto de 1975, en una solemne ceremonia efectuada en la Casa de la Libertad, situada en Sucre, en presencia de varios dignatarios extranjeros, y luego de rendir homenaje a Simón Bolívar, Banzer expuso en síntesis los sucesos más trascendentales de la era republicana, desde el protectorado del mariscal Andrés de Santa Cruz, hasta la guerra del Chaco.

Luego explayó ideas relativas al futuro de América del Sur. Propuso la creación de una entidad latinoamericana de países productores de materias primas; el fortalecimiento del proceso de integración en curso, primera etapa para la unión económica y política del subcontinente. Por último, solicitó el consenso latinoamericano para lograr el retorno de Bolivia al mar. Evitó cualquier agresión o lamentos al respecto, pues en esos días estaba ya en curso una gestión directa con Chile.

Entre los actos conmemorativos importantes del sesquicentenario deben mencionarse los juegos deportivos bolivarianos. Esta competencia es organizada alternativamente por Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Hasta entonces Bolivia había renunciado a auspiciarlos porque carecía de una estructura adecuada. Desde la presidencia, Banzer preparó la subestructura indispensable y los juegos pudieron realizarse en el país con gran éxito.

Dignificación de las Fuerzas Armadas

El gobierno de Banzer fue un paréntesis temporal de "orden, paz y trabajo" entre dos períodos sacudidos por la sucesión desordenada de presidentes militares: primero, Barrientos, Ovando y Torres; después Pereda, Padilla, Natusch, García Meza, Torrelio y Vildoso.

Que consiguiera apaciguar temporalmente los apetitos presidenciales de sus congéneres se debió, en parte al respeto que tenían por su personalidad, y también a su acierto en encomendar a las Fuerzas Armadas funciones que abarcaban los ámbitos económico, administrativo, agrícola e industrial.

Confió ministerios básicos a sus colegas: la Cancillería, Planeamiento, Finanzas, Trabajo, Energía; misiones diplomáticas en Europa y países del continente; gerencias de empresas estatales como la Corporación Boliviana de Fomento, COMIBOL, YPFB, LAB, SIDERSA; prefecturas, alcaldías y otros cargos administrativos importantes. Se empeñó en entroncar a la institución castrense con la clase civil a través de una comunidad de esfuerzos. El esquema no siempre dio resultados satisfactorios, sobre todo en el campo diplomático, financiero y gerencial, que requieren especialización.

Comprendida dentro del plan quinquenal de desarrollo, la Corporación de las Fuerzas Armadas para el Desarrollo (COFADENA), surgió como un súper ministerio.

COFADENA estuvo encargada de organizar la instalación de una futura industria automotriz e industrias complementarias, proyecto ambicioso que no llegó a concretarse, como tampoco prosperó el de instalación de una planta de fundición y tratamiento térmico, la fabricación de explosivos y la instalación de plantas industriales.

Fue probablemente en el sector agropecuario donde COFADENA ejecutó su labor más activa. En apoyo al proyecto Abapó-Izozog, en 1974, se desboscaron quinientas hectáreas para la producción experimental de trigo, algodón y soya, utilizando un sistema de riego por aspersión. Su costo fue de dos millones de dólares.

COFADENA se asoció con el Comité de Obras Públicas de Santa Cruz en un proyecto de generación de energía eléctrica, mediante la construcción de una represa de 156 metros de alto en la confluencia de los ríos Grande y Rositas, también destinada a irrigar unas ciento sesenta mil hectáreas en la zona Abapó-Izozog y Abapó-Florida. Se esperaba conseguir una producción anual de trescientas ochenta mil toneladas de trigo y ciento cuarenta mil de fibra de algodón, lo que teóricamente crearía fuentes de trabajo para unas treinta mil personas. El proyecto llegó al diseño final pero no fue ejecutado en gobiernos ulteriores.

COFADENA también incursionó en el campo ganadero. El Banco del Estado poseía en la provincia Mamoré del departamento Beni, una granja denominada Campo Luminoso que en 1974, fue adjudicada a la entidad militar. Conocido en adelante como Proyecto 23 de Marzo, contaba en 1977 con once mil cabezas de ganado.

Utilizando extensos pastizales existentes cerca de la laguna Uberaba en el departamento de Santa Cruz, se introdujeron doscientas cincuenta cabezas de ganado vacuno de raza, y se calculó que el hato se ampliaría hasta diez mil cabezas. Aumentó la provisión de carne vacuna procedente de Santa Cruz y el Beni a los mercados internos del país, utilizando la vía aérea. Asimismo, la exportación de maderas preciosas se constituyó en un rubro comercial importante aunque de limitado beneficio para el fisco, por la falta de control aduanero, problemático en las

apartadas regiones limítrofes con los países vecinos. Surgió idéntico problema con la fauna tropical; caimanes y aves exóticas fueron acosados por cazadores furtivos que amenazan su extinción.

Banzer asignó personal diligencia al bienestar de sus colegas militares. Fundó la Corporación de Seguro Social Militar (COSSMIL), agrupando la caja de pensiones y jubilaciones militares, el fondo complementario, la cooperativa de vivienda y el servicio de salud. Fue evidente el progreso logrado en la asistencia médica y social al personal militar, comprendida la clase de tropa, y en la dotación de cuarteles, vestuario y alimentación. Fueron construidos locales para los comandos divisionarios de Roboré, Camiri y Tupiza, el cuartel de El Alto para el regimiento motorizado Tarapacá y, acaso evocando su propia experiencia después de 1952, Banzer dispuso la edificación de viviendas para los oficiales de los institutos militares de Cochabamba. En La Paz fue edificado el hospital central de las Fuerzas Armadas, con capacidad para cuatrocientos pacientes, dotado de instrumental médico moderno. Se construyó una vivienda multifamiliar de catorce pisos y cuarenta y ocho departamentos en beneficio de jefes y oficiales. A ello se agregaron almacenes de autoabastecimiento donde se expedían artículos extranjeros, liberados de impuestos aduaneros.

Dice: "Cabe destacar que en mi gestión no se compró armamento ni aviones de guerra. El esfuerzo se concentró en mejorar las condiciones de vida, primero del soldado y luego de los suboficiales, oficiales y jefes de las Fuerzas Armadas".

El resultado fue que durante siete años el país se vio liberado de la atávica tendencia conspiratoria de los militares. Salvo una débil tentativa insurreccional que cayó en el vacío, hubo tranquilidad castrense. Lo cual era reconfortante, pues permitía gobernar, es decir planificar y ejecutar obras necesarias al presente y futuro del país.

El plan social

Desde 1952, poco o nada habían mejorado las condiciones sanitarias del país. Gran parte de la población rural carecía de medios para combatir enfermedades endémicas como la viruela, la fiebre hemorrági-

ca, la tuberculosis y el sarampión. La mortalidad infantil registraba uno de los índices más altos del continente.

Banzer reconoció esa realidad: "No podemos permanecer indiferentes ante cifras que retratan un cuadro pavoroso en el campo de la salud. ¿Cómo es posible que ciento setenta niños de cada mil no alcancen el primer año de vida y que cincuenta madres sobre mil mueran a causa del alumbramiento? Conduele el sentimiento humanitario y ofende la dignidad de la nación que el 47 % de los niños padezca de grave desnutrición. Nuestra respuesta a estos males está en el Plan Social Integral".

Una de las primeras medidas fue la promulgación de un Código de la Salud acompañado de los reglamentos respectivos, que sentaba los principios básicos en materia de derechos y obligaciones relativas a la salud de la población y, en especial de sus sectores desvalidos.

Como parte integrante del Plan quinquenal de desarrollo económico y social, se adoptó un plan nacional de salud pública, con énfasis en la aplicación de programas de control de enfermedades transmisibles y materno-infantiles, nutrición, saneamiento ambiental e higiene del trabajo.

Los hospitales generales y especializados, los centros de salud y puestos médicos mejoraron su material y equipo, aunque todavía en escala insuficiente para cubrir sus requerimientos, especialmente en las zonas rurales. Con todo, las consultas externas alcanzaron a más de trescientas cincuenta mil en 1977, o sea un incremento del 80 % respecto de 1971. Merced a un convenio con el Instituto Pasteur de París, se construyó en 1976 un laboratorio de producción de vacunas. Otro convenio, esta vez con la Organización Mundial de la Salud, permitió ampliar dicho laboratorio e introducir el servicio de bancos y transfusión de sangre.

Entre los hospitales construidos figuran los de niños, en La Paz y Santa Cruz; los hospitales de Sucre, Trinidad y Camiri; micro-hospitales en veintitrés poblaciones fronterizas. A ellos se añaden los institutos de psiquiatría en Sucre, el laboratorio de ecología en Trinidad, el hospital oftalmológico de La Paz y el laboratorio en Cochabamba, un policonsultorio en Potosí y numerosos sanitarios en toda la República. Muchas de estas obras contaron con el generoso apoyo económico y técnico de gobiernos amigos: la República Federal de Alemania, España, Francia, Japón y los Estados Unidos.

El 22 de septiembre de 1971, poco después de asumir el mando, Banzer creó la Junta de Acción Social, cuya presidencia fue confiada a la primera dama. La competencia de esta entidad abarcaba protección y asistencia al anciano y al menor, la educación de las clases desheredadas y la promoción e integración de la mujer al desarrollo.

Relata la señora Yolanda de Banzer: "Desde mi pequeña oficina de Acción Social en las dependencias del palacio de gobierno, establecimos una de las reparticiones más importantes del país. Se mejoró notoriamente la condición de estos sectores de la sociedad, en lo tocante a su alimentación, salud y bienestar. Se ampliaron y construyeron albergues y asilos en todo el país y, por primera vez, en nuestra historia, se legisló en favor del anciano y de la familia".

La Junta comprendía tres organismos, la Dirección Nacional del Menor; la de Acción Social y la de Promoción Social, esta última encargada de programas de orientación y capacitación profesional en el área rural.

La Dirección Nacional del Menor disponía en cada capital de departamento de servicios sociales, médicos y pedagógicos para la niñez. Existían ochenta y cinco hogares diseminados en todo el territorio nacional y se atendía en calidad de internos a cinco mil niños, dotados de vestuarios, asistencia médica y alimentación.

Por su parte, la Dirección Nacional de Acción Social prestaba asistencia a las poblaciones marginales y disponía de treinta y dos centros de promoción, dispersos en el país.

Por último, la dirección de Promoción Social tenía como objetivo complementar la reforma agraria, promoviendo un aumento sustancial en la productividad del campesino, la organización de cooperativas, la obtención de créditos agrícolas a largo plazo e intereses moderados y, en fin, el refuerzo de la labor educativa, mediante campañas de alfabetización.

Con dos millones de pesos bolivianos otorgados por el programa de emergencia de la presidencia de la República, fueron concluidos el edificio del Instituto Nacional de Adaptación Infantil y varias guarderías infantiles en las capitales de departamento.

Pese a estos empeños, el problema de la niñez desvalida sigue vigente, como lo prueban los centenares de niños mendigos que pululan en las ciudades.

Una de las consecuencias de la contracción de la industria minera y el consiguiente desempleo fue el desplazamiento hacia el oriente de masas de población del altiplano y el valle cochabambino. Esta migración espontánea fue estimulada por la construcción de la carretera Cochabamba-Santa Cruz y, más tarde, por el aliciente de una nueva actividad: el cultivo intensivo de la coca.

En la región del Chapare, especialmente, proliferaron pequeños centros de población dedicados casi exclusivamente a ese comercio ilegal pero lucrativo. Ya perceptible en la época de Banzer, este fenómeno económico cobró inusitadas dimensiones en los años siguientes, a punto de transformar notoriamente el panorama económico del país.

A partir de 1936 llegaron a Bolivia unos veinte mil judíos que abandonaron Alemania huyendo del régimen nazi. Se establecieron en las ciudades creando sobre todo comercios y servicios. La mayoría emigró después a los Estados Unidos y la Argentina.

La inmigración extranjera ha sido siempre escasa en Bolivia. Fuera de los inmigrantes alemanes, sólo en los últimos años se pusieron en ejecución modestos programas de inmigración extranjera. Aparte de tres colonias menonitas, integradas por unos tres mil alemanes, canadienses y holandeses, y dos colonias japonesas denominadas Okinawa y San Juan, con algo más de seis mil personas, no existen otros núcleos de inmigración significativos en el país.

"Gobernar es poblar", decía Juan Bautista Alberdi. En Bolivia hay gente que no lo entiende así, poseída por una suerte de boxerismo que rechaza el aporte extranjero. Esto no impide que las zonas fronterizas, en especial con el Brasil sufran la infiltración de una inmigración clandestina o que varios miles de coreanos se hayan establecido sin plan ni concierto, en varias capitales, luego de haber adquirido ilícitamente pasaportes y permisos de residencia.

Banzer no alcanzó a articular una política migratoria orgánica, aunque alentó intentos como el de Chané, en el departamento de Santa Cruz, donde se asentaron agricultores originarios de Cochabamba y Potosí.

Objeto de acerbas críticas por parte de la oposición y de los sindicatos de trabajadores, fue el intento de acoger en Bolivia a colonos blan-

cos de Sudáfrica. La ocasión era excepcional, pues en ese tiempo comenzaba a desmoronarse el gobierno blanco, aislado en Occidente como sanción a su política de *apartheid*. Percatados de que se trataba de un proceso irreversible, miles de colonos descendientes de los legendarios "boers", buscaron emigrar a otras tierras.

Cuando se insinuó cautelosamente la idea de abrir las puertas de Bolivia, la iniciativa fue combatida como si se tratase de una traición a la patria y el proyecto fue abandonado antes de que naciera. Contingentes que pudieron venir a poblar el oriente y el noreste boliviano, se establecieron en el norte de Argentina y el sur de Chile, aportando capitales, maquinaria agrícola y una alta competencia profesional.

Esta actitud mental adversa a la inmigración es tanto menos comprensible si se tiene en cuenta que Bolivia es un país con considerables regiones fértiles pero despobladas, sobre todo en el oriente.

El censo nacional de 1977, arrojó una población de 4.647.816 habitantes diseminados en una superficie territorial de 1.098.581 kilómetros cuadrados, o sea algo más de 4 habitantes por kilómetro cuadrado. Aunque una estimación efectuada en 1993, calculó la población en 7.110.000 habitantes, el porcentaje es aún bajo.

Comentó el general Banzer: "Este censo se efectuó después de muchísimos años, durante los cuales Bolivia no contaba con estadísticas demográficas y de vivienda que permitieran a los gobiernos planificar el futuro de la Nación. Pero la utilidad de las estadísticas será escasa mientras prevalga esa mentalidad obtusa que, sensiblemente aún campea en ciertos medios".

Añade: "Consciente de la imposibilidad de planificar la actividad nacional sin datos que nos mostraran el número de habitantes a servir y las condiciones en que vive esa población, decidimos la realización del censo nacional de población y vivienda, censo que no se realizaba desde hacía más de veinte años. Mediante el censo pudimos abrir los ojos a la planificación, de modo que ella fuera un valioso instrumento del desarrollo nacional".

Uno de los datos significativos arrojados por el censo es el referente a los niveles de empleo. En 1970, Bolivia contaba con una población de 4.093.300 habitantes y una fuerza de trabajo de 1.330.000 personas.

Existían fuentes de trabajo para 1.194.600 y el nivel de desocupación no superaba el 3%. La situación mejoró en 1977, año en el que para una población de 4.747.300 habitantes, de los cuales 1.542.000 integraban la población activa, el nivel de desempleo era del 2%. Se puede afirmar, sin exageración, que durante los siete años que Banzer gobernó no existía desempleo crónico.

El progreso urbano

Quienquiera que, ausente durante siete años, retornara a Bolivia en 1978, habría quedado sorprendido por el progreso alcanzado en ese lapso por algunas capitales, en particular, La Paz y Santa Cruz.

Presionada por un insólito crecimiento demográfico y sobre todo por la absorción de campesinos altiplánicos, la ciudad de La Paz había duplicado su población que, según el censo de 1976, alcanzaba a unos seiscientos mil habitantes. Surgió la ciudad satélite de El Alto, con cuatrocientos mil habitantes. En la región sur de la ciudad, zonas antes rurales se habían transformado en barrios residenciales: Calacoto, Irpavi, Cotacota, Aranjuez, rivalizaban en bellas residencias particulares y establecimientos públicos, entre ellos el Mariscal Braun, modelo en su género y en clínicas y mercados modernos. En el casco viejo de la ciudad, numerosas casonas de dos pisos y techos de tejas o calamina habían sido reemplazadas por edificios de veinte o más pisos. Es cierto que el paisaje urbano perdió su ancestral encanto, al ser obstruida en muchos sitios la vista del Illimani, cuya silueta mágica pugna ahora por filtrarse entre rascacielos de cemento.

Entre los edificios públicos, sobresalen el del Banco Central, construido por un precio de veinticinco millones de dólares, suma que muchos juzgaron exhorbitante; el palacio de Comunicaciones, la Contraloría y la Casa de la Cultura. La autopista La Paz-El Alto fue construida a un precio inicialmente estimado en siete millones de dólares pero que subió hasta treinta y cuatro millones.

Fue ampliado el antiguo estadio Hernando Siles, hasta darle la capacidad para acoger cincuenta mil espectadores. Al mismo tiempo, se construyó el Coliseo cerrado Ciudad de La Paz, con capacidad para ocho

mil espectadores. A estos locales se añadió también el velódromo de Irpavi. El gobierno fue dadivoso en subvenciones a entidades privadas como el Golf Club de La Paz, el de Caza y Pesca, los clubes de tenis La Paz y Sucre y una cabaña de sky en Chacaltaya. Muy aficionado al deporte ecuestre, Banzer otorgó cinco millones de pesos al club hípico Los Sargentos. Hay que citar, asimismo, la piscina olímpica de Obrajes, la pedana para competencias de tiro, en Mallasilla; un poligimnasio en Villa Victoria y un complejo deportivo fabril, en El Alto.

El complejo hotelero de La Paz también se modernizó: se edificó el Sheraton, gracias al empeño de Francisco Vásquez; un boliviano progresista; los hoteles Plaza, Gloria y Libertador relegaron a una modesta categoría al tradicional Sucre Palace Hotel. Fue también en la época de Banzer cuando comenzaron a desaparecer en los barrios populares algunos primitivos albergues llamados "tambos", sustituidos por hoteles dotados de confort moderno.

Mejoraron los servicios urbanos. Por ejemplo, la red telefónica llegó a cubrir todos los barrios, desde El Alto hasta Calacoto, con centenares de kilómetros de líneas subterráneas y ocho subestaciones. Fueron dotados de agua potable los barrios urbanos ubicados detrás de la avenida Buenos Aires, asegurándose así por varias décadas el normal abastecimiento de la ciudad. También se aprobó un proyecto, no ejecutado hasta la fecha, para la provisión de este servicio a la población de El Alto.

Hasta entonces un problema urbano crónico había sido el deslizamiento de tierras provocado por lluvias torrenciales, que en el pasado arrastraban decenas de viviendas humildes en los barrios marginales. Se emprendieron trabajos de contención mediante el control y la canalización de los innumerables riachuelos que discurren en la ciudad.

Como las calles del centro no habían sido ampliadas, surgieron problemas de tráfico debido a un gran aumento del número de vehículos motorizados. ¡Cuán lejos parecían ahora los tiempos de los viejos tranvías de la Bolivian Power que recorrían perezosamente la Plaza Murillo o el Prado!

El mayor grado de progreso fue alcanzado por la ciudad de Santa Cruz, convertida en la segunda urbe de Bolivia. Este desarrollo, durante tanto tiempo ansiado, cristalizó en el período presidencial de Banzer,

coincidente con la expansión económica del oriente hacia el cual parece desplazarse el eje del país.

Santa Cruz se convirtió en el polo de atracción para campesinos migrantes procedentes de Cochabamba y otros departamentos de la zona andina, factor que contribuyó a acelerar su progreso.

La población creció hasta superar los seiscientos mil habitantes, según el censo de 1976, lo cual hizo imperioso el trazado de sucesivos "anillos" de circulación para un tráfico decuplicado en pocos años y que acosaba a las tradicionales carretas tiradas por bueyes. Surgieron nuevos edificios, como el de ENTEL, la Corporación de Desarrollo y YPFB, entre los principales.

El aeropuerto internacional de Viru-Viru y la estación del ferrocarril a Corumbá, ambos modernísimos, fueron pauta del progreso alcanzado por la ciudad. El aeropuerto, llamado a ser un punto focal de las comunicaciones aéreas en Sudamérica, tanto por su ubicación geográfica en el corazón del subcontinente como por su capacidad, contó con una contribución de ciento cincuenta y tres millones de dólares donados por el Japón. Cupo a Banzer enderezar las gestiones preliminares para dicho financiamiento, así como el diseño del aeropuerto, inaugurado en 1979.

El estadio departamental de Santa Cruz fue ampliado y modernizado, con sistemas de iluminación nocturna, pistas de atletismo, gimnasio y otras obras. A éste se añadieron el coliseo deportivo Santa Cruz, un complejo deportivo en la Universidad Gabriel René Moreno y otros en las provincias del departamento.

Fue construido un hospital para niños, semejante al existente en La Paz, así como el hotel Los Tajibos, de cinco estrellas; la escuela normal Enrique Finot; la plaza Blacut. También se amplió el ingenio azucarero de Guabirá, y se instaló un parque industrial, la refinería de Palmasola, una planta industrializadora de leche, otra procesadora de semilla de algodón, así como silos para cereales. La lista es larga.

Santa Cruz carece del encanto poético de Sucre, de sus templos y casonas coloniales; no posee el "duende" de Potosí donde diríase que aún laboran los "mitayos"; no tiene el espléndido paisaje andino que entorna a La Paz; su clima es, por lo menos en verano, demasiado cálido en contraste con la eterna primavera de Cochabamba o Tarija. Es una ciudad

moderna, todavía sin el aura que dan los años; se proyecta, en cambio, al porvenir. Pero el impulso vital de Bolivia entera se ha refugiado en esa capital de la histórica Chiquitana, que otrora acogiera a conquistadores y jesuitas.

Las demás capitales departamentales o provinciales registraron también numerosos adelantos urbanos. Al igual que en las dos ciudades antes mencionadas, ENTEL cuenta con sedes centrales en Cochabamba, Sucre, Oruro, Tarija, Potosí y Trinidad. Estas mismas capitales fueron también provistas de estadios deportivos, mercados y servicios de alcantarillado y aguas potables.

Cristina Aitken de Gutiérrez, dama potosina apreciada por su labor en pro de las clases desvalidas señala: "El gobierno de Banzer fue de progreso y orden, el 'boom' de La Paz y Santa Cruz se debe a él. Bolivia adelantó en todo sentido. Antes de que él subiera al poder vivíamos en la angustia, cada vez más próximos a la anarquía. El introdujo orden en el país. Además, demostró generosidad al contribuir con sus sucesivos renunciamientos al orden democrático".

Una de las necesidades más apremiantes de las industrias fabril, mecánica y agrícola, consiste en la formación de mano de obra calificada. Con ese objetivo, en febrero de 1972, el gobierno creó el Servicio Nacional de Mano de Obra (FOMO), organismo descentralizado con jurisdicción en todo el territorio.

Gracias a la cooperación internacional, fueron creados centros regionales de FOMO en La Paz, Santa Cruz, Cochabamba, Tarija, Oruro, Beni, Chuquisaca y Potosí.

El gobierno suizo prestó ayuda para un proyecto sobre centros móviles agroindustriales, que capacitó a unos trescientos cincuenta trabajadores, en las especialidades de lechería y forrajes. También fueron construidos talleres de mecánica en Santa Cruz, con capacidad para doscientas cincuenta personas. Se proyectó consolidar ese tipo de formación, mediante cursos sobre administración de pequeñas y medianas empresas. La República Federal de Alemania donó la maquinaria completa para la instalación de dichos talleres en Santa Cruz y La Paz.

Fue creado el Instituto boliviano de pequeña industria y artesanía, así como la Dirección General de Normas y Artesanías.

En suma, todo el país percibió algo de esa prosperidad económica temporal por la que se atravesaba. Lo dice el General: "Las obras en que utilizamos esos recursos están a la vista. Una comparación de lo que era Bolivia hace ocho años y lo que es ahora sería suficiente para reconocer la obra cumplida por el gobierno de las Fuerzas Armadas. Las ciudades han cambiado sustancialmente; existen aeropuertos y carreteras modernas; se han construido miles de viviendas y escuelas modernas, campos deportivos, sistemas de comunicación tecnológicamente avanzados; se han montado nuevas fábricas y talleres. La educación y la cultura han merecido nuestra mayor atención. La agricultura ha sido modernizada con maquinarias, fertilizantes y riegos. Mucha gente tiene casa o departamento propio. Numerosas familias gozan de las ventajas de la civilización".

La política internacional

El Tratado de Cooperación Amazónica fue suscrito en Brasilia, el 3 de julio de 1978, por Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, Guayana, Perú, Surinam y Venezuela. En él se señalaban las siguientes metas: libertad de navegación comercial por el río Amazonas y sus afluentes; mejoramiento y habilitación de los mismos; creación de una infraestructura para transportes y comunicaciones; preservación del medio ambiente y utilización racional de los recursos naturales; creación en los respectivos países de comisiones permanentes encargadas de la aplicación del Tratado.

Conectar la región amazónica con la oriental y altiplánica fue uno de los planes camineros prioritarios del gobierno de Banzer. Como buen oriental estaba plenamente consciente de ese pasado histórico lamentable que les permitió a Brasil y a Perú apropiarse de una extensión territorial de cerca de un millón de kilómetros cuadrados, cedidos por Malgarejo al Brasil y más tarde, la región del Acre, también al Brasil, así como otro jirón al Perú, como resultado de un laudo arbitral. La región amazónica estaba y continúa desconectada del resto del país, pese a algunos proyectos iniciados por el gobierno de Banzer, quien mostró particular interés por la carretera La Paz-Trinidad, eslabón importante. Al inaugurar los trabajos, exclamó: "Es la tercera vez que llego a esta zona, pero ahora no es



Banzer y Kissinger, en Santa Cruz.

para hablar del camino sino para construirlo, porque están dadas las condiciones para ello. Tenemos la maquinaria y el personal requeridos".

Los Estados Unidos prosiguieron sus programas de asistencia económica y social, suspendidos durante el gobierno de Torres, y que volverían a serlo durante el período de García Meza.

En noviembre de 1974, Banzer se entrevistó con el presidente Perón, en Buenos Aires. Fueron discutidos diversos problemas, entre ellos el del desarrollo de la cuenca del Plata y un estudio sobre la alta cuenca del río Bermejo. Se consiguió, asimismo, armonizar el tratado comercial argentino boliviano con las disposiciones del Tratado de Montevideo y del Acuerdo de Cartagena.

Destacable fue la gestión ante Perón para conseguir que el precio del gas que se vendía a la Argentina como consecuencia del acuerdo de compra-venta y que era de 0,20 dólares por millar de pies cúbicos, precio fijo por veinte años, fuera modificado, no sólo en el precio, sino en el período de ajuste del mismo. Se consiguió elevar el precio de 0,20 dólares a 2,60 dólares por millar de pies cúbicos, lo que permitió un considerable incremento en las arcas nacionales.

En suma, Banzer condujo las relaciones diplomáticas internacionales con discreción y acierto. Durante esos siete años no surgió ningún conflicto con los países vecinos y, por el contrario, se realizó un serio intento para solucionar el ancestral problema marítimo.

Capítulo VI
La nostalgia por el mar perdido

Banzer y el mar

¿Fue su padre, don César Banzer o su profesor de primeras letras, don Luis Olaechea, quienes en esos ya remotos días de El Junquillar, le hablaron del mar perdido por Bolivia? No lo recordaba con precisión. Sin duda, el tema fue mencionado en el colegio Florida de Santa Cruz y, por supuesto, durante sus años de cadete en el Colegio Militar de La Paz.

Luego sirvió como oficial del Ingavi en Challapata, y esa proximidad geográfica le permitió apreciar la magnitud del drama. El mar estaba relativamente cercano, pero Bolivia seguía asfixiándose detrás de las montañas.

Quizás ahora que era presidente podría intentar que su patria recuperase la salida al Pacífico. Comprobó que, paradójicamente, ninguno de los mandatarios militares que le precedieron había intentado hacerlo. Peñaranda, Villarroel, Ballivián, Ovando y Torres tenían otras prioridades, al igual que los civiles, Víctor Paz y Hernán Siles, atareados en consolidar la revolución de abril. Sólo Hertzog y Urriolagoitia esborzaron un fugaz intento. ¿Sería factible que él, Hugo Banzer, un chiquitano, lograse lo que sus antecesores "kollas" no consiguieron?

Era consciente de la complejidad de la empresa y de los riesgos políticos inherentes; pero ¡qué gran tentación dar el mar a su patria! Quizás el momento era propicio: el país atravesaba un período de prosperidad económica y sosiego político, llevaba ya cuatro años de gobierno y ésa sería una culminación histórica ideal. Se lanzó a la empresa sin vacilar.

"Desde el día en que asumí el gobierno –dice– una de mis preocupaciones y podría decir, de mis angustias, fue la de abordar el problema de la salida al mar. Muchos de mis amigos y consejeros me prevenían:

'No se meta usted en este asunto, donde han fracasado todos sus antecesores que intentaron solucionarlo'. Era éste, sin embargo, un problema que yo tenía que intentar resolver, cualquiera fuese el riesgo."

Conocía cuáles eran los factores negativos. Antes que él, varios presidentes vieron frustrados empeños similares: Mariano Baptista, Ismael Montes, Bautista Saavedra, Mamerto Urriolagoitia tropezaron unos con la renuencia chilena y otros con la miopía de los propios bolivianos.

El caso de Alberto Ostria Gutiérrez fue típico. Embajador en Santiago, inició una negociación directa, en junio de 1950. Su tacto diplomático obtuvo una respuesta inesperadamente positiva. El canciller chileno Horacio Walker Larraín respondió afirmando que "animado de un espíritu de fraternal amistad hacia Bolivia, mi gobierno está llano a entrar formalmente en una negociación directa destinada a buscar la fórmula que pueda hacer posible dar a Bolivia una salida propia y soberana al océano Pacífico y a Chile las compensaciones que no tengan carácter territorial y que consulten efectivamente sus intereses".

Hasta entonces, la diplomacia boliviana nunca había logrado semejante éxito: llevar a Chile a la negociación, hacerle admitir la existencia del problema y mostrar su aquiescencia para solucionarlo; sin exigir compensación territorial.

Franz Tamayo se opuso, por razones poético-folclóricas y el MNR desencadenó una violenta campaña contra Ostria Gutiérrez. Poco después el presidente Urriolagoitia entregó el mando al general Hugo Ballivián, la situación política interna se complicó y la negociación de Ostria periclitó.

Cuando Banzer asumió el mando en 1971, habían transcurrido nueve años desde que el gobierno de Paz Estenssoro rompiera relaciones diplomáticas con Chile, a raíz del conflicto por la desviación del río Lauca. Esta decisión no menoscabó el intercambio comercial entre Chile y Bolivia; pero, si la indiferencia era la actitud predominante en Chile, perduraba en Bolivia la incurable nostalgia del mar.

Banzer razonaba que cuanto más se aplazasen las negociaciones, más se alejaría la posibilidad de una solución, pues Chile no tenía ningún apremio y sabía que el tiempo actuaba a su favor.

Había que obrar. "Como primer paso –recuerda– el canciller Mario Gutiérrez emprendió una gira por diversos países a fin de obtener al-



Banzer y el mar.

gún respaldo de gobiernos amigos. Lo consiguió en varios de ellos y la simpatía de todos. Nadie quería a Pinochet y ése era un aliciente para apoyar la causa de Bolivia que, por lo demás, se justificaba sola.

"En eso llegó la transmisión del mando en el Brasil, ceremonia a la que fueron convidados todos los presidentes americanos, entre ellos Pinochet y yo. Los anfitriones se arreglaron para que en una recepción social nos halláramos súbitamente solos, en una pequeña sala. El diálogo era inevitable pese a que Bolivia y Chile no mantenían relaciones diplomáticas.

"Encontré al presidente chileno cordial y receptivo, lo que me animó a decirle: 'Mi general, es tiempo de que resolvamos el problema que atañe a la amistad de nuestros dos países y que lo hagamos con la franqueza y comprensión propia de dos soldados'. Pinochet me respondió: 'Cuente usted con toda mi buena voluntad. Pienso que no es imposible que lleguemos a entendernos'. En seguida me invitó a Santiago, cosa que agradecí pero no acepté, alegando precisamente la falta de relaciones diplomáticas. Convinimos por último, en entrevistarnos en Charaña, en fecha próxima, como paso inicial para el establecimiento de las mismas.

"No existen documentos sobre la reunión de Brasilia, porque fue informal y en ella, ambos presidentes nos comprometimos, como soldados, a concentrar esfuerzos en la búsqueda de una solución al problema de la mediterraneidad de Bolivia. Es preciso dejar en claro que en aquella entrevista no se trazaron esquemas concretos ni tentativas de lo que podría ser una fórmula de solución, y tampoco existió presión brasileña alguna. Esto se halla demostrado por la expresión 'apoyo prescindente' empleada posteriormente por Itamaraty en respaldo de las negociaciones.

"De regreso a Bolivia me puse en actividad para fijar nuestra posición. Se creó CONAMAR que congregaba a valiosos técnicos dirigidos por Miguel Tejada Velasco, uno de los hombres más inteligentes que he conocido. Desde el primer momento, anticipamos que, probablemente, Chile exigiría una compensación territorial a cambio de darnos una salida al mar. Para prepararnos a esta contingencia se estudiaron varios esquemas a fin de examinar cual sería el territorio cedido. Un distinguido cruceño amigo mío, el doctor Román Vaca me dijo, en un arranque patriótico, que si surgían resistencias en el departamento andino que fuese perjudicado

por el trueque, él procuraría obtener que el departamento de Santa Cruz lo compensara con su propio territorio. Cito la anécdota para demostrar que los cruceños no son indiferentes al problema y comparten el anhelo de los demás bolivianos.

"Luego convoqué a una reunión en Cochabamba, tratando de obtener el consenso, donde asistieron más de cien personalidades del país. El doctor Walter Guevara acudió con un voluminoso legajo de papeles y se incomodó porque yo había limitado a cinco minutos el tiempo disponible para cada orador. Allí surgieron las primeras resistencias. Algunas de las personalidades invitadas querían capitalizar con demagogia el tratamiento de un tema tan importante para el país, aplicando el viejo lema: 'Dígame de qué se trata, para oponerme'."

En la reunión de Cochabamba, efectuada el 7 de abril de 1974, Banzer declaró:

"He venido a consultarles sobre la posibilidad de unir a los bolivianos en torno a las Fuerzas Armadas de la Nación para lograr el objetivo histórico de retornar al mar y crear nuevos organismos de participación política que nos permitan fortalecer las estructuras del Estado para volver al Pacífico. Para ello es necesario establecer un gobierno de concurrencia nacional. Consciente del desafío que conlleva la consulta que les formulo, estoy dispuesto al renunciamiento que fuera necesario, incluyendo el de mi alejamiento de la alta misión que me ha sido encomendada."

En efecto, estaba decidido a renunciar a la presidencia para dar paso a un gobierno de concertación nacional en el que estuviesen representadas las entidades significativas del país: partidos políticos, sindicatos, agrupaciones cívicas y Fuerzas Armadas. Pensaba que así se lograrían la unidad y la cohesión indispensables para encarar el problema.

Tras doce horas de debate, los asistentes suscribieron una declaración por la cual se comprometían "a mantener y respetar una tregua política y una paz social que hagan posible un período histórico homogéneo y estable". Aceptaron la ampliación de la participación política, con la pronta constitución de un Consejo Nacional de Consulta y una comisión especializada encargada de estudiar el problema marítimo. Por último, prometieron no ejercer ninguna presión a fin de que el presidente pudiera organizar el poder ejecutivo. Rehusaron suscribir el acta el ex

presidente Luis Adolfo Siles, Walter Guevara, Benjamín Miguel (de la Democracia Cristiana) y Huáscar Cajías, director de *Presencia,* aduciendo que era una maniobra de Banzer para perpetuarse en el poder.

La convocatoria no logró su objetivo: unir, por una vez, a los bolivianos en un esfuerzo supremo por recuperar el mar.

Resuelto a asumir la tarea por su cuenta, Banzer dispuso la creación de una comisión consultiva marítima, integrada por distinguidos ciudadanos: Ricardo Anaya, Alberto Crespo Gutiérrez, Tomás Guillermo Elío, Jorge Escobari, Fernando Diez de Medina, Mario Gutiérrez, Gustavo Medeiros, Walter Montenegro, Federico Nielsen Reyes, Sergio Palacios, Javier Pinto Tellería y Mario Rolón Anaya. Al nombrarlos, declaró: "Entendámonos bien. Mi gobierno no ofrece milagros; tampoco dice que existe la solución. Lo que he pedido, y ahora reitero, es la unidad nacional para iniciar un período nuevo, para transformar cualitativamente al país, para que el fortalecimiento, más moral que material de nuestra patria abra amplias posibilidades externas en las que una salida soberana al mar resulte de la significación inevitable de Bolivia en el destino de América".

Como unidad de apoyo, CONAMAR empezó a recopilar antecedentes históricos, jurídicos, económicos y técnicos que respaldaran la negociación. En pocos meses, reunió más de cuatrocientos documentos y estudios, originales e inéditos, sobre el tema marítimo. Bolivia nunca había contado con expedientes de tanto valor e importancia. Antecedentes y soluciones, todo estaba expuesto con rigor profesional.

El 9 de diciembre de 1974, se conmemoraba el sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho. El presidente peruano general Velasco Alvarado decidió que se efectuase en la ciudad del mismo nombre, una solemne ceremonia con asistencia de los jefes de Estado de los países latinoamericanos.

Fue designada una comisión compuesta por los ministros de Defensa de varias naciones; la misma que se reunió tres veces en diferentes capitales. El representante de Bolivia, general René Bernal, recibió instrucciones para obtener que se mencionara el tema marítimo boliviano. Como esta petición no fue aceptada, Banzer anunció que estaría ausente de Ayacucho. "En mi país se vive pendiente del problema marítimo. Yo no podría asistir si este tema es excluido del acta final de la reunión", comu-

nicó a Velasco Alvarado, quien respondió: "Yo me comprometo a darle satisfacción; pero venga". Banzer viajó a Ayacucho y apenas llegado, se entrevistó con los presidentes de Venezuela, Panamá y Colombia, de quienes consiguió el apoyo.

En la sesión de clausura, el jefe de la delegación chilena, almirante Patricio Carvajal, anunció que no estaba autorizado para suscribir el acta, debido a que se había inserto el tema marítimo boliviano. Los asistentes presionaron para que se llamase por teléfono a Pinochet; después de varios llamados, se obtuvo finalmente el asentimiento presidencial.

Suscrita por unanimidad, la "Declaración de Ayacucho", contiene el siguiente apartado: "Los gobiernos presentes, al reafirmar el compromiso histórico de fortalecer cada vez más la unidad y solidaridad de nuestros pueblos, prestamos la más alta comprensión a la situación de mediterraneidad que afecta a Bolivia, situación que debe demandar la consideración más atenta hacia entendimientos constructivos".

El lenguaje era diplomático, pero su sentido muy claro. Banzer había logrado su objetivo: apremiar a Pinochet. A su retorno a La Paz lo esperaba una manifestación pública que lo aclamó. Fue el primer motivo de disgusto para sus adversarios a quienes no convenía que el General ganase popularidad.

El apoyo, auténtico como siempre, provino de Venezuela. Declaró el presidente Carlos Andrés Pérez, en la Tercera Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre el derecho del mar, que se efectuó en Caracas: "En nuestra América, ningún homenaje más grande podría recibir nuestro Libertador Simón Bolivar en este sesquicentenario de Ayacucho, que satisfacer a Bolivia, creada con su espada libertadora y bautizada en su homenaje en la aspiración de su salida al mar".

En julio de 1973, el presidente Banzer había efectuado una visita oficial a Lima, invitado por el presidente del Perú, general Velasco Alvarado. Ambos suscribieron una Declaración Conjunta que mencionaba por primera vez "la comprensión del pueblo peruano por la aspiración justa del pueblo boliviano de lograr solución a su condición de país mediterráneo".

En 1975, a su regreso a Nueva York, donde expuso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas el problema marítimo boliviano, vol-

vió a reunirse con el nuevo presidente peruano, general Morales Bermúdez. Ambos acordaron acelerar la construcción de la carretera La Paz-Desaguadero-Ilo.

En suma, Banzer agotó todos los esfuerzos para obtener el apoyo del Perú en la gestión marítima con Chile, que pronto entraría en una fase crucial.

Pinochet y Charaña

A cuatro mil metros sobre el nivel del mar, en la frontera entre Bolivia y Chile, a doscientos kilómetros de La Paz, existe una modesta estación del ferrocarril a Arica, llamada Charaña, situada en una región inhóspita, sin árboles y con apenas unos cuantos riachuelos que se deslizan tímidamente en la pampa pedregosa. Tal fue el sitio escogido por Banzer y Pinochet para entrevistarse el 8 de febrero de 1975.

Relata el canciller chileno Patricio Carvajal: "Con el presidente Pinochet habíamos acudido a esta cita sin hacernos muchas ilusiones, pensando que sólo era un paso para acercarnos al restablecimiento de relaciones diplomáticas. Sin embargo, el presidente Banzer, saltando etapas, propuso de entrada intercambiar embajadores para conversar con más fluidez y continuamente sobre los temas que nos interesasen. El general Pinochet no demoró su asentimiento y los asesores se dieron de inmediato a la tarea de redactar una declaración en la que ambos gobiernos expresaban su voluntad de normalizar a la brevedad las relaciones diplomáticas entre ambos países".

Por su parte, Marcelo Ostria Trigo, subsecretario de Relaciones Exteriores de Bolivia y uno de los impulsores de la gestión, escribe: "¿Qué trataron en Charaña los presidentes de Bolivia y Chile? Dos cosas: la necesidad de renegociar el tema de la reintegración de Bolivia al océano Pacífico y la reanudación de relaciones diplomáticas, precisamente para negociar este tema y otros que son de interés común".

Cordial y casi informal, la entrevista se efectuó en un vagón del ferrocarril. Después de deliberar durante dos horas, Banzer y Pinochet suscribieron un documento que en sus párrafos salientes decía: "Ambos presidentes, con ese espíritu de mutua comprensión y ánimo constructivo,

han resuelto que continúe el diálogo en diversos niveles para buscar fórmulas de solución a los asuntos vitales que ambos países confrontan, como el relativo a la situación de mediterraneidad que afecta a Bolivia, dentro de recíprocas conveniencias y atendiendo a las aspiraciones de los pueblos boliviano y chileno". En el último párrafo se expresaba que los dos presidentes, para materializar dichos propósitos, habían resuelto normalizar las relaciones diplomáticas entre sus respectivos países, en el nivel de embajadores.

Era ésa una declaración cautelosa, en la que Chile eludía asumir compromisos concretos. Lo importante era que la entrevista hubiera podido efectuarse dentro de un espíritu distinto del que primaba hasta entonces en las relaciones entre los dos países.

Los presidentes se despidieron con un abrazo, el famoso "abrazo de Charaña", que le fuera después tan acerbamente reprochado a Banzer por sus adversarios. Al llegar a La Paz, declaró: "Hemos dicho en Charaña que necesitamos mar con soberanía; que esa costa y ese mar estén unidos territorialmente a nuestro país y con conexión territorial también con soberanía". No mencionó el canje territorial, omitido en la entrevista.

Por su parte, Pinochet expresó en Santiago: "Hablamos el idioma que hablan los soldados: franco y llano, sin reservas mentales. Banzer es un soldado y un patriota que defiende a su pueblo, como yo defiendo al mío". Su lenguaje resultaba nuevo y sorprendente, pues provenía de un hombre que antes había expuesto, en un libro sobre geopolítica, la tesis de la desaparición de Bolivia...

En cambio, en 1955, la actitud del presidente chileno Carlos Ibañez del Campo había sido muy distante, en ocasión de su visita a Bolivia, invitado por el presidente Paz Estenssoro. Refiere Enrique Bernstein, diplomático chileno que formaba parte de la comitiva:

"La recepción fue muy solemne en el aeropuerto de La Paz. Las calles estaban adornadas con arcos de flores y letreros de bienvenida. Había entusiasmo en el público. Durante el trayecto se produjo un diálogo entre ambos jefes de Estado. Entre vítores y aplausos, el presidente Ibañez escuchaba, por momentos, un murmullo que no entendía o no deseaba entender. Preguntó a su colega el significado. 'Excuse, Excelencia –le dijo Paz Estenssoro– están pidiendo un puerto para Bolivia'. La res-

puesta fue: '¿Y para qué quieren puerto si no tienen mar?'. Lo cierto es que de la salida al mar para Bolivia no se habló durante la visita. En efecto, Ibañez había puesto como condición que, durante su estadía en Bolivia, no se trataría el problema marítimo".

Conviene recordar que para su campaña electoral, el general Ibañez había recibido una contribución de cuarenta mil dólares erogados por el gobierno del MNR, según relata el escritor Raúl Botelho Gonzálves en su libro: *Historia de una infidencia diplomática.* Tal vez, en aquella ocasión, Paz Estenssoro habría podido preguntar a Ibañez cuál era el precio del mar, en dólares.

Ahora otro militar chileno, un dictador, adoptaba una actitud más conciliadora y comprensiva con Bolivia. ¿Hasta dónde llegaría?

Banzer sabía que Pinochet era un militar poco dado a sutilezas dialécticas; más habituado a ordenar que a dialogar y poseído de una convicción casi mesiánica de su misión: destruir al comunismo y labrar la grandeza de Chile. Ultra liberal y librecambista, colérico y autoritario, exigía la obediencia pronta de sus colaboradores, que lo respetaban y temían.

Pinochet era un hombre alto, corpulento, descendiente de normandos y araucanos, de frente estrecha, y negra y lacia cabellera, cejas pobladas, ojos pequeños de mirada dura en la que a menudo destellaba una chispa de astucia, y una sonrisa que "nunca perdía un atisbo de crueldad", según el diario *The Economist*. Amable en la intimidad pero propenso a perder la paciencia, aficionado a desfiles y vistosos uniformes blancos, proclive a soluciones radicales, implacable con sus enemigos pero decidido protector de sus amigos, indiferente al sufrimiento ajeno, había poblado las cárceles de Chile con "extremistas" algunos de los cuales desaparecían para siempre o cuyos cadáveres flotaban cualquier madrugada en las aguas del Mapocho.

Calificado como ajeno a la política y leal sostén del presidente Salvador Allende, fue ayudante de Fidel Castro, cuando éste visitó Chile. Ingresó en el último momento a la conspiración militar que derribó a Allende, pese a que, cuatro días antes del golpe de septiembre de 1973, había jurado lealtad a su superior jerárquico, el general Prats. Un año después, Prats y su esposa, exiliados en Buenos Aires, volaban despedazados por una bomba colocada en su automóvil.

Pinochet era sensible a la popularidad y la lisonja, pero sin mucho roce con el mundo exterior, estaba persuadido de los altos destinos de Chile, al que deseaba convertir en potencia tricontinental, es decir, con proyección política y económica en América, el Asia, el Pacífico y la Antártida. Un frustrado viaje a las Filipinas, cuyo presidente Marcos, se negó a recibirle, sosegarían más tarde sus empeños. Procuró cultivar relaciones con China y su afán consiguió la tolerancia de los Estados Unidos, complacidos por su posición antisoviética.

Respecto de Bolivia, animaban a Pinochet sentimientos contradictorios. Conocía el país, que había recorrido extensamente en su juventud y guardaba vínculos de familia con un hijo adoptivo del presidente Bautista Saavedra. Entre los gobernantes chilenos fue el que mejor comprendió el anhelo boliviano de recuperar el mar, pero al mismo tiempo, operaba en él su condición de militar atento a no contrariar a ciertos círculos ultraconservadores civiles y de la marina, adversos a toda concesión a Bolivia.

No sería aventurado conjeturar que entre los alicientes recónditos que indujeron a Pinochet a emprender la negociación con Bolivia, obró ese vago sentimiento de culpa que ocultan algunos chilenos respecto de Bolivia. Detrás del cinismo burlón o la conmiseración desdeñosa que a menudo delatan sus reacciones, se disimula la admisión inconfesada de una agresión y un despojo que ninguna acrobacia semántica logrará excusar.

En otro orden de cosas, Pinochet había heredado el problema del Beagle con la Argentina; litigio que, prolongándose por años, planteaba la eventualidad de un conflicto armado que Chile no deseaba pero tampoco temía. De llegarse a ese extremo era previsible la formación de un eje Argentina-Bolivia-Perú, en el que Bolivia, aunque desprovista de potencial militar significativo, jugaría el rol de eslabón geográfico entre Buenos Aires y Lima. Podía, en consecuencia, ser de buena política asegurarse la neutralidad de Bolivia mediante la concesión de una salida al mar. Chile había recurrido ya a un arbitrio semejante a fines del siglo pasado, cuando se hallaba también en problemas con la Argentina, esta vez sobre la Patagonia. Tal fue el origen de los acuerdos de 1895, que quedaron en nada cuando el conflicto se solucionó.

Pinochet tenía también en mente el entredicho territorial pendiente entre el Perú y el Ecuador, país que no se resigna al cercenamiento consentido en 1942, en el tratado de Río de Janeiro, que le vedó el acceso directo al río Amazonas. En caso de emergencia, Chile procuraría inducir al Ecuador a consumar alguna argucia diplomática o militar en la frontera norte del Perú. Paraguay podría servir para igual propósito respecto de Bolivia.

Es probable, finalmente, que operara en la conducta de Pinochet sobre Bolivia, la influencia cauta y sutil del Brasil, favorable a un acuerdo entre Chile y Bolivia. Fue algo más que puro azar el que, en la ceremonia de transmisión del mando efectuada en Brasilia, Pinochet y Banzer se encontrasen inopinadamente solos en uno de los salones. La dúctil diplomacia lusitana había entrado en acción.

Destinado a ser una de las potencias mundiales del siglo próximo, el Brasil busca aproximarse al océano Pacífico, o sea a los grandes mercados del Lejano Oriente. El ferrocarril Santos-Arica, que atraviesa territorio boliviano, podía constituir un medio de transporte ideal entre el Atlántico y el Pacífico; de allí la conveniencia de lograr un avenimiento duradero entre Chile y Bolivia mediante la concesión de una salida al mar.

En los últimos años, la creación del MERCOSUR ha abierto nuevos caminos al Brasil, para acceder al Pacífico.

"Tráigame el mar, don Willy"

Sin arredrarse ante la complejidad de la gestión, Banzer prosiguió su labor diplomática pese a que sabía que –cualquiera que fuese la solución– sería imposible satisfacer a quienes alzarían voces reprobatorias, unos por incomprensión del problema y otros por cuestiones de política interna.

En cumplimiento del compromiso de Charaña, designó embajador a Guillermo Gutiérrez Vea Murguía, periodista, diplomático e industrial minero en sucesivas etapas de su vida. De gran coraje personal, había ingresado en la guerra del Chaco como soldado para salir subteniente, con dos heridas. Fugaz militante del PIR, su repudio al gobierno de Villarroel, mancillado por los crímenes de Chuspipata, lo impulsó a participar en

1946 en un complot en el que estuvo a punto de ser fusilado. Allí recibió una tercera herida, que lo incomodó por el resto de sus días.

Conocía muy bien Chile, donde trabajó durante un tiempo como asesor técnico del diario *El Mercurio* de Santiago, cargo que lo vinculó con círculos influyentes de la derecha. Director de *La Razón* de La Paz, diario al que elevó entre los más prestigiosos del continente, embajador en Cuba y la OEA, adquirió renombre de dinámico y hábil negociador. Hablaba inglés y francés, era buen expositor y tanto sus artículos periodísticos como sus notas diplomáticas sobresalían por su concisión. Dedicado en los últimos años a la industria minera, labró fortuna gracias a su audacia y a una coyuntura favorable en los precios de los minerales. Poseía innatas aptitudes diplomáticas: tacto, constancia, calculada audacia y claridad en los objetivos. Franco, sin ser indiscreto; valiente, sin ser temerario; imaginativo, sin caer en la utopía; su lealtad en la amistad y su generosidad eran proverbiales. Durante la misión en Santiago invertiría buena parte de su fortuna para representar al país con brillo.

Habitualmente Bolivia acredita en Chile a sus mejores diplomáticos, como fueron Mariano Baptista, Rafael Bustillo, Alberto Gutiérrez, Hernando Siles, Enrique Finot y Alberto Ostria Gutiérrez. El nuevo embajador pertenecía a esa estirpe. Caso raro, esta vez nadie en Bolivia objetó la designación de Gutiérrez; y por el contrario, hubo unanimidad en calificarla como un acierto.

Guillermo Gutiérrez viajó a Santiago el 8 de abril de 1975. Carecía de instrucciones concretas de la Cancillería y su mandato consistía en estas palabras con las que Banzer lo despidió: "Tráigame el mar, don Willy". Durante su misión, recibiría pocas notas de la Cancillería y él enviaría muchas. Por suerte, dispondría del apoyo personal y directo del Presidente. En el ámbito social contaba con la colaboración inestimable de su esposa, Mónica Ballivián, dama cruceña descendiente del vencedor de Ingavi y que unía a su belleza, inteligencia y elegancia, un fino instinto diplomático, particularmente valioso en las circunstancias.

El embajador boliviano emprendió de inmediato una activa campaña de persuación de la opinión pública y tomó contacto con figuras representativas tales como los ex presidentes Gabriel González Videla y Eduardo Frei; el cardenal Raúl Silva Henríquez; el presidente de la Corte

Suprema de Justicia, doctor José María Eyzaguirre; el ex canciller Ernesto Barros Jarpa, Enrique Bernstein y Raúl Bazán; altos funcionarios de la Cancillería, directores de diarios, prominentes políticos, militares y hombres de negocios. Llegó incluso a conversar con Conrado Ríos Gallardo, aquel inveterado enemigo de Bolivia. Además de Pinochet, quien lo recibió varias veces, su interlocutor directo era el canciller, almirante Patricio Carvajal.

Comprobó que no animaba a Chile la misma premura que a Bolivia y que, si bien Pinochet y algunos sectores minoritarios reaccionaban en forma positiva, los círculos conservadores de la marina mantenían una posición renuente.

En una de las primeras entrevistas con Carvajal, el embajador boliviano sugirió que se incorporase al Perú en las negociaciones; pero la respuesta fue negativa porque, según aquél, Chile no tenía ninguna obligación jurídica para hacer partícipe al Perú, que sería consultado cuando las negociaciones bilaterales entre Chile y Bolivia llegasen a acuerdos tangibles. Banzer se encargó de informar, con carácter personal, al primer ministro del Perú y próximo presidente, general Francisco Morales Bermúdez, sobre el curso de las conversaciones, para demostrarle desde el primer momento, que no se trataba de una colusión secreta contra el Perú. Santiago hizo lo propio.

Años después Banzer declaraba: "Chile demoraba ostensiblemente la negociación, desde su inicio, dando la clara impresión de falta de interés en ella o bien que la demora formaba parte de la estrategia del NO. Por otra parte, el general Pinochet se hallaba bloqueado por su tipo de gobierno y sus problemas con los países limítrofes de modo que le era conveniente liberarse de algunos de ellos, preferentemente aquél con Bolivia. Esa era su contradicción".

El almirante Carvajal rememoró: "Las conversaciones comenzaron con algunas incomprensiones: a nuestra Cancillería le parecía natural que Bolivia tomara la iniciativa presentando una proposición concreta con sus aspiraciones. La Cancillería boliviana, en cambio, esperaba que nosotros nos adelantáramos a efectuar ofertas; y pensaban que no lo hacíamos porque deseábamos darle largas al problema. Tuvimos que decirle claramente a Bolivia que correspondía a su Gobierno solicitar lo que

quería con proposiciones concretas y alternativas. Así transcurrieron cuatro meses".

El 9 de junio de 1975, Carvajal propuso verbalmente a Gutiérrez la entrega de una zona autónoma, dentro del puerto de Arica, para uso exclusivo de Bolivia. En ella, Bolivia podría construir edificios aduaneros, complejos industriales y edificios para empresas estatales como YPFB, COMIBOL, etcétera; todos ellos de propiedad del gobierno boliviano. Se agregaría la transferencia a precio nominal, de la sección chilena del ferrocarril Arica-La Paz, así como el arriendo de muelles, espigones y otras dependencias. Además, la ayuda técnica de la marina mercante chilena y de expertos chilenos, si el gobierno boliviano lo solicitaba.

Esta fórmula excluía implícitamente la concesión inmediata de un acceso libre y soberano al Pacífico, pues, según Carvajal, antes de encarar el problema de fondo era preciso afirmar la presencia boliviana en la costa del Pacífico. Banzer declinó la proposición por considerarla insuficiente.

El 26 de agosto de 1975, Gutiérrez presentó un ayuda memoria, cuyos planteamientos eran los siguientes:

1. "Cesión a Bolivia de una costa marítima soberana entre la Línea de Concordia y el límite del radio urbano de la ciudad de Arica. Esta costa deberá prolongarse con una faja territorial soberana desde dicha costa hasta la frontera boliviano-chilena, incluyendo la transferencia del ferrocarril Arica-La Paz.

2. "Cesión a Bolivia de un territorio soberano de 50 kilómetros de extensión a lo largo de la costa y 15 kilómetros de profundidad en zonas apropiadas a determinarse, alternativamente, próximas a Iquique, Antofagasta o Pisagua."

Por último, el artículo 7 del ayuda memoria especificaba: "El gobierno de Bolivia estará dispuesto a considerar, como asunto fundamental de la negociación, los aportes que puedan corresponder, como parte integrante de un entendimiento que consulte recíprocos intereses".

La fórmula boliviana era excesiva en algunos aspectos e incompleta en otros. Excesiva, por pedir el enclave, aunque en realidad, este punto era negociable y se lo incorporó para tener algo que conceder. Incompleta, por la omisión de un párrafo que estableciera claramente que Bolivia no podía admitir compensaciones territoriales; nadie reparó que

al no expresar taxativamente esta objeción, se allanaba el camino para que Chile fijara el trueque territorial como uno de los puntos esenciales de cualquier acuerdo.

Al recibir la nota boliviana del 26 de agosto de 1975, Pinochet se concedió un tiempo de reflexión. Ante una carta personal de Banzer, urgiéndole cortésmente respuesta, Pinochet expresó al embajador Gutiérrez: "No comprendo la impaciencia boliviana, cuando en el hecho debe hacerse una previa labor de preparación de la opinión pública en ambos países. Entiendo que el presidente Banzer tenga problemas que no se deben ignorar; pero también los tiene el presidente de Chile". En efecto, Pinochet no deseaba contrariar las reservas de la armada chilena ni las de elementos conservadores agrupados en la asociación Patria y Libertad, opuestos a toda concesión a Bolivia.

Recrudecieron las prisas en Bolivia. Para apaciguarlas y, al mismo tiempo, acicatear a Chile, Banzer decidió hablar ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, reunida en septiembre en Nueva York. Ocupó la tribuna en sesión plenaria y dijo, entre otras cosas:

"...Desde aquí, desde este foro universal, quiero expresar al mundo que Bolivia está, en este momento, a la espera de la respuesta a sus planteamientos formulados a Chile. De ninguna manera estos requerimientos, lo repito enfáticamente, forman parte del libre tránsito derivado de los efectos de la mediterraneidad, sino que miran a la solución de fondo, total y definitiva de una salida propia, libre y soberana al mar, con natural continuidad geográfica con nuestro territorio.

"...En esta hora de grandes transformaciones en que debe imponerse el imperio de la justicia, pongo aquí al mundo por testigo de las negociaciones leales y pacíficas que está realizando Bolivia para reunirse después de casi un siglo, con ese mar nuestro que nos pertenece por derecho y que los bolivianos necesitamos inexcusablemente para dialogar y comerciar con el resto de la humanidad."

Discurso puntual, de tono elevado, en el que evitó cualquier expresión beligerante que pudiera dar pretexto a Pinochet para declararse ofendido y romper las negociaciones. Esta vez Bolivia eludió la celada eventual, lo que no ocurriría en gestiones ulteriores. La intervención del presidente de Bolivia fue bien acogida y muchos delegados expresaron su simpatía por la causa boliviana.

La propuesta de Chile

Por fin, luego de meses de expectativa, la cancillería chilena entregó al embajador Gutiérrez, el 19 de diciembre, una propuesta cuyos puntos principales pueden ser resumidos así:

- Se proponía la cesión a Bolivia de una costa marítima soberana, unida al territorio boliviano por un corredor igualmente soberano. Esta franja de territorio quedaría situada al norte de Arica hasta la Línea de la Concordia.
- La cesión incluiría el territorio terrestre y la zona marítima comprendida entre los paralelos de los puntos extremos de la costa que se cedería, o sea, el mar territorial, la zona económica y la plataforma submarina.
- El gobierno de Chile descartaba la cesión de territorio al sur del límite indicado.
- La cesión a Bolivia del corredor al norte de Arica estaría condicionada a un canje simultáneo de territorios y Chile recibiría una superficie compensatoria equivalente al área de tierra y mar cedida a Bolivia. El territorio que Chile recibiría de Bolivia podría ser continuo o integrado por distintas porciones de territorios fronterizos.
- El gobierno de Bolivia autorizaría a Chile para aprovechar la totalidad de las aguas del río Lauca y el territorio cedido por Chile sería declarado zona desmilitarizada.
- Ambos gobiernos se comprometerían a no ceder los territorios canjeados, a una tercera potencia.
- Por último, la validez de este arreglo estaría condicionada al acuerdo previo del Perú, de conformidad con el protocolo complementario del tratado chileno peruano del 3 de junio de 1929.

Portador de la nota chilena, el embajador Guillermo Gutiérrez voló a La Paz, exclamando emocionado, al descender del avión: "Quiero decir a mi pueblo, humildemente, que traigo el mar". Sus palabras desbordaron su pensamiento, sin que ellas entrañaran jactancia ni vanagloria. Aunque no "traía el mar", el documento que logró era tangible y positivo. Había cumplido magníficamente su misión, como lo admitieron los propios chilenos. El canciller Carvajal escribió años más tarde: "El emba-

jador Gutiérrez permaneció en Chile un año cabal. Representó a su patria con inteligencia, patriotismo y energía. Podía estar orgulloso de haber logrado un acuerdo general con Chile y se justificaba su expresión optimista en El Alto de La Paz".

El 20 de diciembre de 1975, Banzer anunció la aceptación global del esquema chileno. "No tomar esta decisión habría significado malograr una larga gestión que bien podía volver a fojas cero", explicó después.

Es de probidad histórica admitir que, en un principio, el gobierno no opuso reparos al canje territorial, aunque no lo aceptara explícitamente. En instrucciones que impartió al embajador Gutiérrez, el 6 de enero de 1976, se registran estos párrafos significativos:

"...La aceptación del canje simultáneo de territorios está sujeta a una aclaración respecto al área marítima, en vista de que la extensión de las aguas jurisdiccionales, mar territorial y mar patrimonial aún no ha sido definida por la comunidad internacional. El gobierno nacional ha expresado que los territorios que serían objeto de canje deberán determinarse mediante una evaluación de los organismos correspondientes de Bolivia. En consecuencia, Bolivia se reserva la facultad de negociar las zonas que podrían ser objeto de un eventual canje."

Como se ve, no hubo objeción al canje; sólo reservas respecto a sus modalidades. Bolivia expresó que aceptaba la contrapropuesta chilena "como base global aceptable de negociación"; frase que esgrimiría después para negar que en algún momento hubiese aceptado el canje de territorios.

Indicio de que Banzer estaba de acuerdo, fue la designación de una comisión militar encargada de elegir la zona o zonas que se entregarían a Chile. Inicialmente se consideró la región sur de la provincia de Lípez, en el departamento de Potosí; pero esta fórmula despertó las suspicacias del gobierno argentino receloso de la presencia chilena en una zona del altiplano boliviano fronteriza con la provincia de Jujuy. Banzer mantenía buenas relaciones con los militares argentinos y no podía desechar dichas reservas; además sabía que en Lípez, región potencialmente rica, existían yacimientos de litio, azufre, boro, y otros minerales, que Chile se habría apresurado a explotar. Por estos motivos se desestimó la idea de cederla.

CONAMAR analizó otras alternativas, tales como un imperceptible "retoque" a lo largo de la frontera chileno boliviana, cediendo en algunos lugares parcelas tan tenues que no afectarían visiblemente el trazado de las actuales cartas geográficas; casi un simple desplazamiento de hitos: diez kilómetros aquí, cinco allá, sin alterar fundamentalmente la línea divisoria entre los dos países. Aunque ingeniosa, la idea ofrecía el peligro de que dichas parcelas podrían estar situadas en la vertiente oriental de la cordillera de los Andes, facilitando el acceso de Chile al altiplano.

El 30 de octubre de 1976, CONAMAR opinó sobre el canje territorial: "No hay mutilaciones sino canjes, pues cesión de territorios no es lo mismo que canje territorial. Por eso debemos insistir en aclarar las cosas. Daremos una extensión determinada y recibiremos otra idéntica, ganando el acceso al mar. Si no estamos en condiciones de hacer cuantiosas erogaciones de dinero, hipotecando al país; si no podemos ofrecer compensaciones en recursos minerales, energéticos, agropecuarios o industriales, ¿con qué podemos negociar? Lisa y llanamente con el canje que, lo repetimos, no es mutilación, no es desmembramiento".

CONAMAR estudió la zona o zonas que serían eventualmente canjeadas con Chile, labor cumplida con celo y profesionalismo ejemplares. Durante los dos años de su mandato efectuó estudios hidrográficos y mineralógicos en las regiones fronterizas; analizó la conformación de la costa al norte de Arica y comprobó la factibilidad de construir un puerto en la zona costera de la franja, pese a la composición arenosa de la playa, baja y sin acantilados. Según su presidente, Miguel Tejada Velasco, existían condiciones apropiadas para erigir una ciudad de hasta doscientos mil habitantes. Se la aprovisionaría de agua potable utilizando los conductos que originalmente se habían construido para transporte de petróleo de Sicasica a Arica.

La construcción del puerto costaría unos cien millones de dólares. Los trabajos se efectuarían en tres etapas: la primera, un dique de cuatrocientos metros con un muelle de atraque y dos complementarios; la segunda, también un dique principal, con muelle de atraque para naves de gran calado; la tercera, un contradique de abrigo con atracadero de cabotaje. El esquema fue calificado de utópico por políticos de la oposición.

Labor igualmente infructuosa fue la del embajador Gutiérrez, quién citó el ejemplo de Ashad, puerto israelita situado en playa abierta, sin contrafuertes ni aguas profundas. Consultados los técnicos que habían construido Ashad, si trabajos semejantes eran factibles al norte de Arica, dieron una respuesta positiva a través del gobierno de Israel. El problema era financiero y no técnico.

Ejemplo semejante era el del puerto de Agaba, próximo a Ashad y situado originalmente en territorio de Arabia Saudita, país que cedió a Jordania un tramo de veinticinco kilómetros de litoral, donde Jordania construyó un puerto moderno, con la ayuda técnica y económica de Alemania. Por su parte, Jordania cedió a Arabia Saudita una zona equivalente de su territorio.

Tampoco persuadió a los opositores la visita de dos oficiales de la fuerza naval boliviana al puerto chileno de Lirque, en el sur del país, en una región semejante a la de Arica. Un estudio favorable, que fue costeado por el embajador Gutiérrez con sus fondos personales.

Muestra de la férrea oposición, fue el documento elaborado por un grupo de cinco ex presidentes de la República, donde no sólo se criticaba la labor interna del gobierno de Banzer, sino también la política externa, principalmente la negociación marítima. Los firmantes eran Paz Estenssoro, Hernán y Luis Adolfo Siles, Alfredo Ovando y Juan José Torres. En los párrafos relativos a dicha negociación se decía:

"...La patria oprimida, las organizaciones de trabajadores y universitarios, los partidos políticos, las voces representativas de hombres públicos y de especialistas en esta materia han descalificado estas tentativas como actos irresponsables. El presidente Banzer, los grupos económicos y políticos que sostienen su gobierno, son responsables solidarios de haber comprometido históricamente el patrimonio y porvenir de la Nación.

"...Hacemos un llamado a las Fuerzas Armadas para que se modifique sustancialmente la orientación de estas negociaciones internacionales.

"...Proponemos la celebración inmediata de una conferencia tripartita entre Bolivia, Chile y Perú, encargada de definir una nueva perspectiva que subsane los errores, vicios y omisiones que han resultado del bilateralismo originado en Charaña..."

El documento abundaba en expresiones cuya agresividad contra Banzer mostraba que no era una preocupación patriótica la que lo había inspirado, sino, primordialmente, la pasión política. Calculaban los ex presidentes que el éxito de la negociación tendría por efecto consolidar a Banzer en el poder. Por lo tanto, había que hacerla fracasar a cualquier precio...

Diferente iba a ser la actitud de Banzer en 1988, cuando una gestión similar emprendida por el presidente Paz Estenssoro y su canciller Guillermo Bedregal, culminó en un fiasco humillante. Lejos de recriminarles diría: "Nuevamente Chile ha hecho gala de una injustificada prepotencia al haber rechazado la propuesta boliviana sin siquiera considerarla. Ha ofendido a Bolivia gratuitamente; la ha engañado con promesas que no tenía intención de cumplir. Por encima de los aciertos o errores que se pudieran haber cometido de nuestra parte, no podemos menos que protestar y unirnos al clamor nacional que cuando pide justicia sólo recibe agravios".

La ofensiva contra la gestión se extendió a la persona del embajador Guillermo Gutiérrez, quien, excedido por las críticas que hacían penosa su tarea y asediado por problemas de salud, presentó la renuncia a su cargo el 9 de febrero de 1976. El Presidente y él se despidieron como buenos y leales amigos.

En reemplazo de Gutiérrez fue designado Adalberto Violand, ex secretario de Banzer y hombre de su confianza. Empresario privado, gerente de una casa comercial importadora de maquinaria agrícola, Violand se desempeñó con discreción y acierto en sus nuevas funciones. Inteligente, afable, cauteloso, ejecutor puntual, disponía de estrecho campo de maniobra. Fue el embajador de la retardación del trámite marítimo, no ciertamente por falta de empeño personal, sino porque el proceso había evolucionado en ese sentido. Si Guillermo Gutiérrez emprendió su misión en un momento de euforia optimista, cupo a Violand asumir la suya en un momento en que las negociaciones estaban estancadas.

Como antes ocurriera con Guillermo Gutiérrez, Violand tuvo que suplir la inercia de Cancillería. Según lo expresó: "Carecía de instrucciones y a veces tenía que informarme por los diarios". Cierto día, Pinochet le dijo en un rudo lenguaje cuartelero: "Para el canje, Chile se conforma-

ría con cualquier zona o zonas que eligiera Bolivia, incluso aquellas donde cagan los cóndores" (sic).

Al igual que su antecesor, Violand comprobó que se agitaban en Chile corrientes antagónicas respecto al arreglo con Bolivia. El general Leigh, miembro de la Junta, le dijo en una oportunidad que "el intercambio de territorios no era condición esencial para la negociación", en tanto que el intratable almirante Toribio Merino se oponía encarnizadamente a cualquier convenio.

Violand sólo permaneció unos meses en Santiago. Nada dramático ocurrió en ese lapso porque el centro de gravedad de las negociaciones se había desplazado de Santiago a Lima.

Las heridas no cicatrizadas

La conducta del Perú en este proceso estaría determinada tanto por antecedentes históricos como por factores circunstanciales. Entre los primeros, el recuerdo de la guerra del Pacífico, en la cual Bolivia desempeñó un papel temporal y secundario, que no fue óbice para que al final resultase la víctima más perjudicada. Un escritor peruano calificó así la declaración de guerra que formuló Chile contra Bolivia, en 1879: "El sobre está dirigido a Bolivia, pero el contenido es para el Perú". Así fue en realidad.

Aunque el Perú y Bolivia actuaron aliados, el mayor peso de las operaciones, tanto en su magnitud como en su duración, lo soportó sin duda el Perú, que debió luchar primero en el mar y luego en su propio territorio. Después de la batalla del Alto de la Alianza, el ejército boliviano abandonó la zona de operaciones y retornó al altiplano. Los peruanos pelearon cinco años sufriendo la ocupación de Lima y el saqueo de muchas comarcas del país.

La conducta de las tropas chilenas de ocupación fue devastadora. Aún quedan las huellas de los inauditos atropellos y crueldades del almirante Patricio Lynch, quien, al mando de una columna expedicionaria, expolió las provincias del norte de Lima. Los dos mil quinientos hombres a sus órdenes desembarcaron en la rada de Chimbote y destruyeron las plantaciones de caña de azúcar existentes en la región, exigiendo un tri-

buto de cien mil "piastras" en crudo acto de piratería. Prosiguieron su desmán dinamitando la vía férrea, incendiando las cosechas, talando los árboles frutales y dejando sólo ruinas en las poblaciones a su paso. Luego repitieron la hazaña en las provincias de Lambayeque y La Libertad. Dueño de un botín fabuloso, Lynch se reincorporó al grueso del ejército, aclamado como un héroe.

Atropellos de ese género, sumados a otros cometidos durante la ocupación de Lima, despertaron en el Perú un vivo odio hacia Chile y un sordo resentimiento para con el aliado que, replegado en sus montañas, no compartía estas desventuras. Tales eran los precedentes históricos que explicarían la ambigüedad peruana respecto al plan propiciado por Banzer. A ellos se sumaban otros factores geopolíticos, estratégicos y económicos.

En Bolivia prevalece el prejuicio de que la gestión fracasó debido, sobre todo, a la rigidez e intransigencia de Chile; pero un análisis objetivo del proceso lleva a la conclusión de que fue mayor la responsabilidad del Perú.

A los dos días de presentada la propuesta boliviana, la Cancillería destacó en Lima a un alto funcionario, Javier Murillo, quien hizo conocer el texto de esta proposición al canciller peruano De la Flor Valle, quien no formuló comentario alguno.

Posteriormente, el embajador de Bolivia en Lima, coronel Julio Sanjinés, cumpliendo instrucciones personales de Banzer y con pleno conocimiento de su homólogo chileno en Lima, mantuvo informado a Torre Tagle sobre el curso de las negociaciones.

Llegado el momento, el canciller chileno Carvajal, mediante nota de 19 de diciembre de 1975, consultó oficialmente al canciller de la Flor Valle, si el Perú estaba de acuerdo con la cesión ofrecida a Bolivia. Se confirmaba así la cláusula del protocolo complementario del tratado de 1929, que estipulaba la obligatoriedad de dicha consulta.

Perú respondió el 31 de diciembre de 1975, expresando que, para poder pronunciarse, consideraba indispensable conocer de forma oficial y completa, el texto de los documentos cursados entre Chile y Bolivia. Dicha documentación fue provista por el embajador de Chile en Lima, Francisco Bulnes, el 7 de enero de 1976.

El canciller De la Flor expuso algunos conceptos que, a la luz de lo que ocurrió después, revelan que, desde un principio, el Perú encaró el asunto con reticencia. Su nota de acuse de recibo decía, entre otras cosas: "En el problema, tal como hasta ahora ha sido abordado, existen elementos sustanciales entre los que hay una relación evidente; los planteamientos formulados por Chile y Bolivia, el tratado de Lima de 1929 y el protocolo anexo; y las proyecciones que derivarían de la alteración fundamental en el status jurídico, en la distribución territorial y en la estructura socioeconómica de toda una región". Propuso conversaciones bilaterales chileno-peruanas, idea que fue aceptada. Chile designó representantes a Julio Philippi, ex ministro de Relaciones Exteriores y Enrique Bernstein, asesor político de la Cancillería, mientras que el Perú designó al embajador Luis Marchand, secretario general de Relaciones Exteriores. Estos delegados se reunieron en dos ocasiones, primero en Lima en abril de 1976 y luego en Santiago, en julio. Las entrevistas fueron reservadas y Bolivia no fue informada de su contenido.

Anteriormente, el 26 de diciembre de 1975, el gobierno peruano había designado una comisión consultiva encabezada por el doctor José Luis Bustamante, ex presidente de la República. Al mismo tiempo, pero esta vez en forma reservada, se creó una comisión castrense, con igual propósito; ambas actuaron de manera separada. Si la presencia del doctor Bustamante era garantía de ecuanimidad, las facultades conferidas a la comisión que presidía eran limitadas, y su opinión habría de pesar menos que la de la comisión militar secreta. Se sospecha que la comisión Bustamante fue designada como una pantalla para encubrir otros propósitos. En ese tiempo, quienes tomaban decisiones eran las Fuerzas Armadas, en vista del clima psicológico imperante en el Perú al aproximarse el centenario de la guerra del Pacífico.

Las anfibologías deliberadas de la diplomacia peruana nacían de la desconfianza suscitada por ese esbozo de entendimiento chileno-boliviano. Ningún partido político ni hombre público deseaba asumir una posición transparente. Excepto el APRA, cuyo jefe, Víctor Haya de la Torre, insinuó una tímida simpatía por la causa boliviana, los otros partidos prefirieron ignorar el problema. Durante los once meses que demoró la respuesta peruana a la consulta chilena, ninguna voz se alzó para abogar por la gestión boliviana.

Lima habría preferido que no se removiera el problema portuario boliviano. Algunos elementos revanchistas que soñaban con recuperar Arica y Tarapacá, veían una interferencia geográfica en el otorgamiento de un corredor a Bolivia. Otros guardaban añejos rencores contra esa antigua aliada que, en la guerra de 1879, dejara al ejército peruano librado a su propia suerte. Para ellos, si Bolivia deseaba salir al mar, debía hacerlo a través de los territorios que fueron suyos y no de los peruanos. Este era el pensamiento del propio presidente Velazco Alvarado y coincidía con el criterio de las Fuerzas Armadas peruanas.

La comisión militar efectuó una consulta a las regiones, pidiendo la opinión de la oficialidad. Las respuestas, publicadas en el semanario limeño Kausachum el 4 de mayo de 1983, fueron inequívocamente adversas al otorgamiento de una salida al mar a Bolivia en los términos en que se planteaba.

Un memorándum secreto que el Ministerio de Guerra dirigió al jefe de la Secretaría de Defensa, el 11 de mayo de 1976, rezaba así: "La totalidad de la oficialidad de la CEM está de acuerdo con el deseo de la República de Bolivia de tener una salida al mar. El 90 % de los oficiales no está de acuerdo con la propuesta de dar salida al mar a Bolivia por un corredor al norte de Arica; opinan que esa salida debe ser por territorio que fue boliviano. El 10% de oficiales está de acuerdo con la cesión a Bolivia de un corredor al norte de Arica, pero en forma incondicionada, sin compensación territorial por parte de Bolivia y con soberanía de este país sobre dicho corredor".

Algunos oficiales manifestaron que, de aceptar el Perú la cesión de un corredor al norte de Arica, la contrarrevolución tendría suficientes argumentos de carácter político nacionalista para realizar una intensa campaña que afectaría negativamente la marcha del proceso revolucionario.

Todas las regiones militares respondieron en términos semejantes, revelando a las claras una inspiración común. Se extracta como muestra, unos párrafos de la respuesta de la región militar de Piura, emitida el 14 de abril de 1976: "El caso de la mediterraneidad de Bolivia y su posible solución de acuerdo al planteamiento presentado por Chile es un asunto que atañe particularmente a las Fuerzas Armadas, por tratarse de un problema relacionado con la defensa nacional.

"La actitud de Chile al haber sostenido conversaciones unilaterales sin haber consultado previamente al Perú, viola el artículo primero del protocolo complementario de 1929; en consecuencia atenta contra la soberanía de nuestra nación.

"Militarmente no debemos aceptar la propuesta de la salida al mar para Bolivia por el corredor de Arica. Debemos sostener que se dé salida a Bolivia por territorios que no sean aquellos que pertenecieron al Perú."

El ejército peruano había hablado y nadie podía aventurarse a contradecirlo.

Aparte de los factores históricos y psicológicos, influían en la actitud del ejército peruano, a nivel del Estado Mayor, consideraciones de origen geopolítico y, tal vez, el recelo de una proyección hegemónica del Brasil hacia el Pacífico; proyección más que probable, cuando se tiene presente la importancia de este océano en los futuros intercambios comerciales entre Asia y América.

Se temía que, a través de la franja concedida por Chile a Bolivia, el Brasil dispusiera de un corredor estrecho pero valioso para llegar al Pacífico mediante conexiones ferroviarias. Existe en el Perú una teoría geopolítica, llamada de Tams, que sostiene que el triángulo Sucre-Santa Cruz-Cochabamba, por su ubicación central, será en el futuro un área estratégica capital en la América del Sur. De acuerdo con este tema, el Perú debe impedir que el Brasil se aproxime a este triángulo, eventualidad probable habida cuenta de la debilidad intrínseca de Bolivia. El razonamiento parece algo forzado, pero era una de las tesis discutidas académicamente en círculos castrenses peruanos, persuadidos de la existencia de un conflicto larvado entre las hegemonías argentina y brasileña para ganar posiciones en territorio boliviano. El Brasil que buscaba un acceso al Pacífico, a través del corredor boliviano y la Argentina que volcaba sus esfuerzos en dirección a la cuenca amazónica. El punto de colisión de ambos vectores era precisamente el triángulo Sucre-Santa Cruz-Cochabamba. La teoría parece hoy desusada y anacrónica, dado el entendimiento a que han llegado Brasil y Argentina, pero tenía plena vigencia en los años setenta.

También inquietaba al Perú la idea, propiciada por Bolivia, de crear un polo de desarrollo en torno de Arica. Juzgaba que el fortalecimiento

del norte de Chile iba contra sus intereses y que era preferible mantener dicha zona como un desierto, en contraste con el eventual desarrollo económico del departamento de Tacna. Un acuerdo sobre el mar había ligado los sistemas económicos chileno-boliviano, hasta cierto punto complementarios, en desmedro de la presencia peruana en dicha zona. Era mejor no alterar el *statu quo*.

La decisión peruana estuvo condicionada, entre otros factores, por criterios que se podrían calificar de parroquiales. Uno de los argumentos invocados contra el acuerdo, por personajes tan respetables como el historiador Jorge Basadre, se centraba en los intereses de Tacna, de la cual era oriundo. Invocó los privilegios y servidumbres de que gozaba este departamento en comparación con Arica y creyó encontrar en el corredor boliviano un cercenamiento de los mismos. Temía que las aguas de los ríos Uchusuma y Mauri, que riegan la campiña tacneña, fueran desviados en provecho de los habitantes de la franja boliviana y expresaba la aprensión de que el libre tráfico de personas y mercaderías entre Tacna y Arica se viese perturbado por la soberanía boliviana.

Por otra parte, el Estado Mayor del ejército peruano recelaba que el corredor otorgado a Bolivia resultase con el tiempo demasiado estrecho e insuficiente para su utilización práctica, entonces Bolivia comenzaría a ejercer presión diplomática no hacia el sur, sino al norte de la franja, vale decir sobre el departamento de Tacna. Se descartaba la eventualidad de que esa presión se orientase hacia el sur, es decir en territorio chileno, tanto por el obstáculo que significaba la ciudad de Arica, como por el hecho de que ese territorio circundante es desértico y sin valor económico, en tanto que el departamento de Tacna es fértil, provisto de agua y apto para la agricultura.

Preocupaba al Estado Mayor peruano el canje de territorios entre Bolivia y Chile. Como la ubicación de los territorios pasibles de ser cedidos por Bolivia no había sido identificada, se temía que Chile obtuviese la posesión de zonas próximas a la frontera con el Perú. En caso de un conflicto armado entre Chile y Perú, esas zonas podrían permitir a Chile flanquear el dispositivo defensivo peruano en los departamentos de Tacna, Moquegua y Arequipa. Este razonamiento había de pesar en la decisión peruana respecto del acuerdo chileno boliviano. El general peruano

Eduardo Mercado Jarrín, ex ministro de Relaciones Exteriores y director del Instituto de Geopolítica de Lima, declaró: "El Perú no puede enfrentar esa contingencia".

En la hipótesis inversa, o sea la de que fuese el Perú quién atacase a Chile, un corredor boliviano entre los dos países significaba un obstáculo para la movilización del ejército peruano contra Arica. Esto podía precipitar la participación de Bolivia en el conflicto sea que permitiese o trabase el tránsito de las tropas peruanas por su territorio. Una tal perspectiva no era grata para los estrategas peruanos que, al parecer, preferían una Bolivia neutral, tal vez recordando la experiencia de 1879...

Entre tanto, el embajador peruano en Bolivia, Alfonso Llosa, realizaba una labor persuasiva en círculos castrenses bolivianos, para que se rechazase la exigencia chilena de la compensación territorial. Fue sorprendente la pasividad de las autoridades ante una conducta que violaba toda norma diplomática.

Revela el canciller chileno Carvajal: "En las reuniones que tuvimos con el canciller boliviano, general Alberto Guzmán Soriano, en las sedes de la OEA y de la ONU, éste me informó que la Inteligencia había captado que el embajador del Perú en La Paz había estado muy activo visitando a los jefes de guarniciones militares, principalmente en Cochabamba donde hay escuelas y academias de guerra...Estas visitas furtivas habrían cumplido su objetivo que era la ruptura de relaciones diplomáticas de Bolivia con Chile. Muy a su pesar, el general Banzer había tenido que ceder ante la presión de los anfitriones del embajador itinerante".

Una repuesta bizantina

El Perú demoró casi un año en responder a la consulta chilena. Por fin, el 18 de noviembre de 1976, Torre Tagle propuso la siguiente alambicada fórmula, en vez del sí o del no que se le había solicitado.

"Cesión de Chile a Bolivia de un corredor soberano al norte de la provincia de Arica, paralelo a la Línea de la Concordia, que se inicie en la frontera boliviano chilena y se prolongue hasta lindar con la carretera de Arica a Tacna.

"Establecimiento en la provincia de Arica, continuación del corredor, de un área territorial bajo la soberanía compartida de los tres Estados, Bolivia, Chile y Perú, situada al sur de la frontera peruano-chilena, entre la Línea de la Concordia, la carretera Tacna-Arica, el casco norte de la ciudad de Arica y el litoral del océano Pacífico.

"Cesión a Bolivia del derecho a construir un puerto bajo su exclusiva soberanía en el litoral del trapecio y soberanía exclusiva de Bolivia sobre el mar adyacente al litoral del territorio sobre soberanía compartida.

"Constitución de una administración portuaria trinacional en el puerto de Arica y establecimiento por los tres países de un polo de desarrollo económico en la zona bajo soberanía compartida."

La proposición peruana era, en verdad, un ardid laboriosamente urdido para disfrazar una negativa. Si bien estaba de acuerdo con la cesión por Chile de la franja al norte de la Línea de la Concordia, el esquema peruano la cercenaba al bordear la carretera entre Tacna y Arica, intercalando una "zona de soberanía compartida" entre Bolivia, Chile y Perú, que privaba así a Bolivia del acceso directo y soberano al Pacífico.

Por otra parte, la proposición ampliaba la extensión de la zona de soberanía compartida "hasta el casco norte de la ciudad de Arica", idea concebida para exacerbar la suspicacia chilena. Por último al sugerir que se otorgase a Bolivia el derecho de construir un puerto en esa zona de soberanía compartida, asignándole el mar adyacente, se embrollaba aún más la carta geográfica, con el resultado de que Bolivia tendría mar, pero sin costa de acceso al mismo. El contrasentido saltaba a la vista.

Por último, el Perú proponía el desarrollo mancomunado del territorio bajo soberanía compartida. La exigüidad territorial de esa zona –unos sesenta y seis kilómetros cuadrados– era poco apropiada para atraer inversiones. ¿Qué industrias podrían establecerse allí? ¿Bajo que régimen administrativo y jurídico? ¿Cuál de los países percibiría los impuestos? ¿Se consultaría a los tres gobiernos en cada caso? La propuesta engendraba un semillero de tergiversaciones y conflictos sin cuento.

La opinión pública boliviana acogió con resignación la respuesta y nadie cuestionó a Perú por esta fórmula bizantina, por evidente que fuese su propósito de hacer fracasar la negociación.

Para Banzer la respuesta peruana, sin ser una sorpresa, fue una decepción. Ya le había alarmado su demora que juzgaba de mal augurio y que procuró acelerar discretamente, aunque sin abrigar muchas esperanzas. Sabía que Chile no renunciaría a la exigencia de la compensación territorial y tampoco, aunque fuese parcialmente, a su soberanía sobre Arica.

Si el Perú hubiese respondido con un simple "sí" a la consulta chilena, habría sido muy difícil para Bolivia seguir objetando el trueque territorial y el viejo litigio estaría zanjado. No fue ése el caso. Como era presumible y, sin duda como el gobierno peruano lo deseaba, Chile rechazó la propuesta del 18 de noviembre, mediante un seco comunicado, fechado el 26 del mismo mes.

A juicio del gobierno chileno, el planteamiento peruano incidía en materias propias de su exclusiva soberanía y no guardaba relación con los términos generales de la negociación entre Chile y Bolivia. Implicaba además otra modificación del Tratado de 1929, que estableció la soberanía de Chile sobre Arica. Por estas razones, el gobierno chileno declinaba considerar el planteamiento referido y esperaba respuesta a la consulta formulada en virtud del protocolo complementario al tratado de 1929. La comunicación fue tan repentina que, lejos de mortificar al gobierno peruano, fue recibida por éste con gran alivio.

Existen indicios que permiten sospechar que en las conversaciones mantenidas en los meses anteriores entre diplomáticos chilenos y peruanos se concertó un entendimiento para provocar el fracaso de la gestión boliviana, apelando a la treta de una respuesta peruana sumamente complicada, que Chile se vería en la necesidad de rechazar. Así se daría la apariencia de que el desacuerdo era entre estas dos naciones, dejando de lado a Bolivia. El negociador peruano Marchand no tuvo reparos en trazar en el dorso del menú del avión en el que viajaba a Santiago, un esquema de lo que sería la fórmula peruana y que mostró a los chilenos. Esto, durante el curso de las negociaciones previas a la respuesta oficial peruana.

Fue vano que el 30 de noviembre de 1976, Banzer tratara, en una declaración pública, de esclarecer y confirmar la pertinacia boliviana para recuperar el mar. Dijo, entre otros conceptos:

"...Nadie puede negar que la falta de una salida soberana al mar compromete el desarrollo de mi país. El enclaustramiento geográfico que afecta a Bolivia nos ha impuesto una situación de mayor dependencia. Por ello, histórica, política y económicamente para Bolivia, la salida soberana al Pacífico representa una necesidad vital impostergable.

"...En aras de una solución que haga honor a la justicia internacional, a la colaboración fraterna y a la más amplia solidaridad, propongo al gobierno de Chile que modifique su planteamiento, eliminando la condición relativa al canje territorial.

"...Propongo, asimismo, al gobierno del Perú, que modifique su propuesta referida al establecimiento de un área territorial bajo soberanía compartida. El gobierno de Bolivia ofrece, en cambio, los aportes que sean necesarios, en términos equitativos, para el establecimiento de un gran polo de desarrollo tripartito en la zona costera que sería transferible a la soberanía boliviana del que se deriven beneficios recíprocos para Bolivia, Chile y Perú."

Banzer comunicó oficialmente este planteamiento a los gobiernos de Chile y el Perú sin merecer reacción alguna; era visible que él mismo desconfiaba del resultado. Estaba descorazonado, tanto por la esterilidad de sus empeños, como por los ataques desencadenados en su propio país, contra su gobierno y su persona.

Algunos de sus colaboradores advirtieron que, a partir de ese momento, daba la impresión de perder interés en la presidencia. Había depositado tanta ilusión en la eventualidad de ser él quien diera a Bolivia la posibilidad de recuperar el mar que, cuando vio frustrados sus empeños, se desalentó para seguir gobernando y la idea de la renuncia se introdujo sutilmente en su espíritu. Había dado a su Patria todo su esfuerzo para modernizarla y desarrollarla. El mar habría sido el colofón ideal.

Agonía de una negociación

El año 1977 fue frustrante, puntualizado por tímidas tentativas y actitudes ambiguas que confirmaron que la gestión marítima había ingresado en una larga agonía. Era notorio que la respuesta peruana del 18 de noviembre de 1976 y su rechazo por parte de Chile le había asestado un

golpe tan contundente que todos los ulteriores empeños de Banzer serían impotentes para remediar.

En el transcurso del año Banzer tuvo un intercambio de correspondencia con Pinochet, intranscendente aunque demostrativo de la amistad personal que aún les ligaba. He aquí algunos párrafos de esa correspondencia.

De Pinochet a Banzer, el 8 de febrero de 1977: "...Sin lugar a dudas que el diálogo franco propio de soldados que imperó en nuestro encuentro, se ha traducido en hechos concretos que nos permiten mirar con confianza el futuro".

De Banzer a Pinochet: "Las perspectivas de colaboración entre nuestros países son de vastas proyecciones..." Y así, por el estilo.

Esa fue una etapa de esterilidad diplomática, disfrazada de amables conceptos. A estas alturas, habría sido azaroso para Pinochet ceder en la condición del trueque territorial. Además, como militar, le repugnaba cercenar el territorio de su país. En respaldo de su negativa, actualizó una antigua ley por la que se prohibía a todo ciudadano ceder o entregar a otro país territorio propio.

En Bolivia se redoblaron los ataques contra Pinochet, inculpándolo del fracaso. Sin embargo, el 28 de setiembre de 1977, la cancillería boliviana recibió un mensaje de la embajada en Santiago, transmitiendo el deseo de Pinochet de entrevistarse nuevamente con Banzer, en Charaña o en Ollagüe, a fin de llegar a un entendimiento "basado en el canje territorial". De lograrse un avance positivo en este punto se ejercería una "adecuada presión sobre el Perú". Banzer rehuyó la invitación porque estaba a la sazón asediado por los ataques de sus adversarios políticos y parte de la prensa, que había transformado el asunto del trueque territorial en un caballo de batalla. Las propias Fuerzas Armadas se mostraban reticentes al respecto. Desalentado, anunció que el gobierno adoptaría un compás de espera a fin de analizar la situación y confiar al próximo Parlamento la decisión de aceptar o rechazar el canje territorial.

Sin forjarse muchas esperanzas, hizo una última tentativa de arreglo en ocasión de la firma del tratado entre Estados Unidos y Panamá, sobre la cuestión del canal. A dicha ceremonia asistieron el presidente Carter y la mayoría de los presidentes americanos, entre ellos Pinochet y

Morales Bermúdez. En una entrevista con los dos últimos, inquirió sobre la posibilidad de un nuevo intento sobre la gestión marítima. Fue escuchando con cortesía, pero no obtuvo ninguna promesa.

El 23 de noviembre de 1977, Pinochet le dirigió una carta en la cual se refirió a un acuerdo llegado por los ministros de Relaciones Exteriores de Bolivia y Chile, con ocasión de la Asamblea de las Naciones Unidas, por el cual convinieron en la designación de representantes especiales "para activar la negociación". Pinochet juzgaba que "en la etapa actual de la negociación, sería aconsejable hacer una evaluación de lo actuado, precisar los problemas que se deberían superar y sugerir acciones futuras".

Según el canciller chileno Carvajal en su folleto "Charaña", la carta no recibió respuesta. Si bien es de esperar que dicha descortesía fuese involuntaria, no cabe soslayar que, a esta altura, Banzer estaba persuadido de la esterilidad de cualquier esfuerzo y comenzaba a ponderar la idea de una ruptura de relaciones diplomáticas, no con el Perú, sino con Chile. Al parecer, este paso fue "sugerido" por los comandantes de guarniciones militares, reunidos en secreto en Cochabamba, en marzo de 1978, o sea poco antes de que se oficializara dicha ruptura.

"Que devuelvan el Huáscar"

Antes de proceder a la ruptura, Banzer decidió enviar en misión relámpago a Santiago y Lima a Willy Vargas, secretario de Integración, con fama de rápido negociador.

Se explicó que el objetivo era "agotar" una instancia más para obtener clarificaciones esenciales acerca del pensamiento que sustentaban, en ese momento, los gobiernos de Chile y Perú, en torno a los aspectos básicos de la negociación marítima. Desde luego, si tal era la intención, habría sido suficiente restituir al embajador Violand a Santiago y designar un embajador idóneo en Lima. Lo que en realidad se buscaba era un pretexto para justificar la ruptura.

Vargas viajó a Santiago el 10 de marzo, o sea siete días antes de la ruptura. El encargado de negocios en Santiago, Agustín Saavedra fue instruido para conseguir una entrevista con el canciller Carvajal "para ese

mismo día". Carvajal accedió, sorprendido por esta súbita premura. El agente planteó *ipso facto,* la eliminación del canje territorial. Carvajal respondió que éste era requisito esencial de la propuesta chilena del 19 de diciembre de 1975. "Comprendemos las dificultades del gobierno boliviano y procuraremos ayudarle para solucionarlas. Pero ustedes deben comprender, respecto del canje territorial, que ambos países deben emerger del acuerdo con la misma extensión territorial con la que ingresaron al mismo. Un gobierno militar chileno no puede amenguar ni un centímetro el territorio que recibió".

Enseguida el enviado boliviano mencionó las "tres aristas" a saber: compensación por las áreas marítimas, problema del río Lauca y desmilitarización del corredor. Carvajal respondió que esas áreas marítimas eran negociables; que el problema del Lauca podría ser estudiado por una comisión *ad boc*; y que Chile se satisfaría con que las fuerzas militares bolivianas en el corredor fuesen de simple vigilancia, para combatir el contrabando.

Vargas propuso luego "soluciones intermedias": autonomía en el puerto de Arica; la utilización del corredor por Bolivia, bajo soberanía territorial chilena; y la entrega por Chile, del tramo chileno del ferrocarril Arica-La Paz. Vargas exigió una respuesta en el plazo de veinticuatro horas. Un ultimátum.

Respecto de las dos primeras proposiciones, Carvajal replicó que ellas rozaban delicados problemas porque afectaban a las relaciones peruano-chilenas derivadas del protocolo complementario del tratado de 1929. En cambio, no habría dificultades respecto del ferrocarril Arica-La Paz. "De todos modos, concluyó, asuntos tan complejos no pueden ser decididos en veinticuatro horas".

Ya había demostrado bastante paciencia, pues en el curso de la entrevista, Vargas impertérrito pidió a Chile nada menos que la devolución del Huáscar al Perú y que se izara el pabellón peruano en el puerto de Arica. Carvajal respondió secamente: "El Huáscar no será entregado al Perú porque lo capturamos en combate. Asimismo, nuestra bandera está implantada en Arica porque peleamos por ello. Ni hablar al respecto".

Expuestas sus exigencias, Vargas regresó a la mañana siguiente a La Paz. Consiguió lo que buscaba: respuestas negativas que justificasen la

ruptura. (Sobre el pedido del Huáscar, en una entrevista con el autor, en 1993, el general Banzer mostró sorpresa, expresando que ignoraba que hubiese sido formulado).

Posteriormente, Vargas partió rumbo a Lima, acompañado por el general Víctor González, ex embajador en el Perú. Allí actuó con la misma actitud que en Santiago, exigiendo entrevistarse directamente con el Presidente, general Morales Bermúdez, e ignorando al canciller De la Puente; hecho que provocó el natural resentimiento de éste. De todos modos, asistió a la entrevista.

Informados sobre la inminente ruptura de relaciones de Bolivia con Chile, los dos dignatarios peruanos permanecieron impasibles. Enseguida, Vargas trajo a colación la respuesta peruana de 18 de noviembre de 1976. De La Puente aclaró que la respuesta de noviembre no entrañaba una posición rígida, pero que el abrupto rechazo chileno "había lastimado la dignidad del Perú". Dijo además que la fórmula del territorio bajo soberanía compartida, componente esencial de la proposición peruana, respondía a un perfecto derecho del Perú para sugerirla, sobre la base del protocolo de 1929. Vargas reiteró la exigencia de que el Perú renunciase a dicha condición. La reacción de Morales Bermúdez fue evasiva. Fue más explícito respecto del canje territorial exigido por Chile. Recomendó que Bolivia rechazase esta imposición, expresando complacencia por la "firme actitud de Banzer al respecto".

En relación con la eventualidad de que el Perú cediese a Bolivia una franja al norte de la Línea de la Concordia, con compensación territorial, Morales Bermúdez declaró que este acuerdo hipotético estaba también sujeto a la aquiescencia de Chile, en cumplimiento del mencionado protocolo de 1929. Agregó que la atmósfera emocional que despertaba el próximo centenario de la guerra del Pacífico, desaconsejaba consultar a Chile sobre la suerte de un territorio que el pueblo peruano consideraba exclusivamente suyo. "Tal iniciativa provocaría la repulsa del pueblo, restando simpatías a la causa boliviana", concluyó el presidente peruano.

En 1979, Morales Bermúdez mostró, en cambio, favorable disposición para otorgar zonas francas a Bolivia, bajo un sistema de administración autónoma, depósitos para carga y facilidades portuarias en Ilo, Matarani y Mollendo.

Ni Morales Bermúdez ni De La Puente habían llegado al colmo de sus sorpresas. Cuando Vargas les informó sobre su petición a los chilenos para que devolvieran el Huáscar e izaran la bandera peruana en el morro de Arica, apenas pudieron disimular su pasmo, pero se abstuvieron de todo comentario. Juzgaban, sin duda, que era una intromisión impertinente, algo grotesca, pues no cabía a Bolivia inmiscuirse en asunto semejante. El Huáscar es para el Perú una herida todavía sangrante. En cierta ocasión, Jorge Basadre dijo: "Lo que me extraña y lamento es que en cien años, no haya existido un solo 'kamikase' peruano que haga volar el Huáscar". Expresión romántica que reflejaba el sentir de muchos peruanos. Para Chile, el Huáscar, anclado en Talcahuano es el trofeo simbólico más preciado de su victoria en la guerra del Pacífico.

Al final, el presidente y el canciller peruanos se limitaron a escuchar al enviado boliviano, sin comprometer ninguna opinión. Al término de la entrevista, el presidente Morales Bermúdez recalcó prudentemente: "El Perú no tiene planes bélicos contra ninguno de sus vecinos. Quiere vivir en paz con todos. Cualquier acción bélica provocaría un conflicto continental".

Así concluyó la misión relámpago de Vargas en el Perú, Ahora el camino estaba expedito para la ruptura de relaciones con Chile.

Una ruptura equivocada

Menos de dos horas necesitó el gabinete ministerial para decidir la ruptura de relaciones con Chile, el 17 de marzo de 1978. En realidad, ésta fue una resolución del propio Banzer, rodeado de colegas militares y muy contados asesores civiles de experiencia y rango que pudieran señalarle el error en que incurría. Ese fue el costado más débil de su política exterior, confiada como estaba la cartera de Relaciones Exteriores a generales que no eran del oficio.

En la nota de ruptura se alegaba que "las recientes gestiones confidenciales realizadas a iniciativa de Bolivia, dan la evidencia de que el gobierno de Chile ha abandonado el compromiso esencial que justificó la apertura del diálogo, que fundamentalmente buscaba nuestro retorno soberano al mar... Tales circunstancias obligan al gobierno de las Fuer-

zas Armadas de Bolivia a suspender en esta fecha las relaciones diplomáticas con el gobierno de Chile, deplorando que el sincero y amistoso empeño que demostró Bolivia, no haya sido valorado por Chile en sus trascendentales proyecciones...".

Era un documento poco convincente que no justificaba la decisión adoptada. Pese a su renuencia, en un principio Chile había demostrado cierta voluntad para solucionar el problema marítimo. Las dilaciones surgieron a causa de la nota peruana y de la resistencia levantada en Bolivia al requisito del canje. Al romper relaciones de modo tan inusitado, Bolivia se cerraba el camino para volver al Pacífico, olvidando que ese camino pasa inevitablemente por Santiago de Chile.

En la misma fecha Banzer dirigió una carta a Pinochet confirmando la ruptura. Hizo referencia al informe de Vargas "quien nos trajo noticias muy desalentadoras" sobre todo la relativa al canje territorial, "que no sería objeto de negociación ulterior". Después calificó la posición chilena de "diktat" y reprochó al gobierno de La Moneda de "haber abandonado el espíritu que guió el encuentro de Charaña". Sorprende que se esperara un año para convencerse de que las condiciones planteadas por Chile eran inalterables. Tan insólita decisión tomó a los chilenos por sorpresa. ¿Cómo podían anticiparla si ese mismo día una delegación oficial boliviana celebraba en Santiago una reunión técnica sobre cuestiones de transporte entre ambos países?

El canciller Carvajal recordó que la reunión de Charaña fue efectuada a iniciativa del presidente chileno y que en ella ambos jefes de Estado se comprometieron a buscar fórmulas de solución a los problemas vitales que confrontaban los dos países, entre ellos la mediterraneidad de Bolivia. Aludió a previas declaraciones de Banzer, anunciando una pausa en las negociaciones y el propósito de confiar a un futuro congreso la aceptación o rechazo del canje territorial. Mencionó la reunión técnica chileno-boliviana de transportes. Todo lo anterior revela, concluyó el canciller chileno, que no existe ningún hecho que explique la inusitada decisión tomada por el gobierno de Bolivia, la cual viene a perturbar la convivencia americana, más necesaria que nunca.

Así se desvaneció la gestión iniciada bajo tan promisorios augurios en Charaña, menos de tres años atrás. ¿Cómo explicar este violento gol-

pe de timón de Banzer? ¿Por qué desmoronó en unas horas el edificio tan laboriosamente erigido? ¿Cuál fue la causa por la que no agotó antes todas las instancias diplomáticas de que aún disponía? ¿Por qué retiró al embajador Violand, sereno y dúctil, para enviar intempestivamente a un Willy Vargas agresivo? ¿Ignoraba que, desde hacía treinta años, los Estados Unidos y Corea del Norte, que habían librado una guerra sin firmar la paz, continuaban negociando sus problemas contenciosos, que los delegados de uno y otro país se reunían periódicamente para intercambiar los mismos argumentos y una que otra injuria, pero sin romper el diálogo; que Irán e Irak, a pesar de estar en guerra durante cinco años, no rompieron relaciones diplomáticas?

El canciller, general Adriázola dijo a Walter Montenegro que "la ruptura era necesaria en resguardo de la dignidad nacional"; pero es difícil colegir en qué vulneraba el decoro boliviano proseguir una negociación, así fuese durante años. Algunos observadores juzgaban que Banzer decidió romper relaciones por temor de que la oposición le censurara el haber reanudado relaciones con Chile, sin lograr el objetivo buscado. Y ciertos sectores de la opinión pública estaban persuadidos que la falta de relaciones con Bolivia "dañaría a Chile en el ámbito internacional". Sin embargo muchos compartían el juicio del diplomático Ramiro Prudencio Lizón, que comentó así el hecho: "Nuestra Cancillería actuó en esta ocasión como aquel enfermo grave que en su desesperación por sanarse, prefiere suicidarse".

Al parecer, gravitó decisivamente en el ánimo de Banzer, la actitud de las Fuerzas Armadas, que favorecían la ruptura. Ellas no tomaron en cuenta que, en diplomacia, a veces vale más hablar con los enemigos que con los amigos.

He aquí la aclaración personal que Banzer dio al autor: "El principal móvil de la ruptura fue que Chile difería ostensiblemente la negociación, desde el inicio de la misma, dando la clara impresión de su falta de interés o de que las dilaciones formaban parte de su estrategia del NO. Cuando se comenzó a negociar, Chile se encontraba bloqueado por la índole de su gobierno y por problemas con los países limítrofes: con la Argentina, por el Beagle; con el Perú por la conducta belicista de Velasco Alvarado; con Bolivia, por el mar; y hasta con el mismo mar, pues era una

época de fenómenos naturales muy acentuados. Le era indispensable liberarse de algunos de ellos y éste fue el de Bolivia".

Prosiguió el General: "...Existe en Chile una disposición legal que prohíbe a todo ciudadano chileno ceder o entregar a otro país parte alguna del territorio nacional. Esta ley había sido ignorada hasta entonces y fue en esos momentos cuando se la activó, para hacer imposible la solución. El gobierno boliviano inició la gestión marítima y llevaba más de tres años negociando sin resultados claros. Como ya estaba próximo el retiro del gobierno, se prefirió dejar la situación tal como se la encontró. Internamente, en el país, los opositores a la negociación continuaban agitando el ambiente, pero no hubo en las Fuerzas Armadas ninguna manifestación adversa visible".

Venezuela, lamentó la ruptura; hubo asimismo, otras manifestaciones de desacuerdo, en el propio país. En respuesta, los servicios públicos organizaron una manifestación popular en apoyo a la ruptura, que se efectuó el 21 de marzo, en la plaza Murillo de La Paz. Cuando Banzer apareció en el balcón del Palacio Quemado y habló de "potenciar al país", se tuvo la sensación de que él mismo dudaba del acierto de la ruptura. Era demasiado inteligente como para no reconocer que había podido cometer un error.

Como era previsible, la opinión pública chilena se enardeció. La prensa santiaguina, que hasta entonces había apoyado con moderada simpatía la negociación, profirió amargos sarcasmos contra Bolivia. "La solución del problema ha sido diferida por lo menos por una generación", vaticinó Francisco Bulnes, embajador de Chile en Lima.

Más de veinte años más tarde, el general Pinochet expresó al diario chileno *La Tercera* que él no había sido un obstáculo para resolver la mediterraneidad boliviana y que por el contrario había planteado algunas ideas para que Bolivia obtuviese una salida al mar. Dijo que propuso a Banzer entregarle una franja de territorio hasta el mar "siempre que me entregara la misma cantidad en el límite. Estuvo de acuerdo". Pinochet agregó: "Posteriormente él me dijo que no podía entregar una franja, que tenía que ser por tramos. Yo le repliqué: conforme, entréguemelo por tramos, pero la misma cantidad de kilómetros. Pero después me dijo que no, yo se lo compro. Entonces le dije que no; Chile no se vende. Ni un metro de Chile se vende".

Banzer replicó aseverando que las afirmaciones de Pinochet eran absolutamente falsas. Aseguró que en alguna oportunidad el gobierno de Chile accedió a la entrega a Bolivia de una franja territorial soberana al norte de Arica y que en cumplimiento del tratado de 1929 formuló una consulta al gobierno del Perú y ante la oposición de éste, Chile declinó considerar esa propuesta. Agregó que el fracaso de las negociaciones fue resultado de las sistemáticas trabas introducidas por Pinochet, es decir la insistencia del canje territorial, la utilización de la totalidad de las aguas del río Lauca, la desmilitarización del área y la compensación de doscientas millas marinas.

"...Cuán lejos estaba ahora, uno del otro, del "abrazo de Charaña". "Lo que pasa –continuó Banzer– es que Chile tiene una estrategia y parte de ella es evitar que Bolivia crezca y se fortalezca, lo que puede hacer con sus recursos humanos y materiales, un impedimento riguroso ha sido siempre el enclaustramiento geográfico".

La cordialidad aparente o real engendrada por el encuentro de Charaña, cedió el paso a recriminaciones recíprocas, y el tenue sentimiento de amistad hacia Chile que Banzer había procurado alentar durante las negociaciones se disipó instantáneamente, dejando aflorar los viejos rencores. Chile volvió a ser calificado como el enemigo congénito de Bolivia, el usurpador y único responsable del fracaso de la gestión reciente.

Perú recibió con alivio la noticia de la ruptura de relaciones que convenía perfectamente a sus intereses; pero, con calculada discreción, se limitó a declarar, por boca del canciller De La Puente que "mantendría una actitud de total imparcialidad" y esperaba que "los dos países puedan superar esta situación". Sobradas razones tenía para sentirse satisfecho: había desbaratado el esquema chileno-boliviano sobre la franja territorial, logrando que, irónicamente, apareciese Chile como responsable del fracaso. Tanto mejor si la ruptura de relaciones alejaba *sine die* la posibilidad de un entendimiento entre Bolivia y Chile.

Por su parte, Banzer fue censurado por algo que merecía estímulo y encomiado por aquello que debió ser criticado.

La entrevista de Charaña, en que se decidió reanudar relaciones, fue objeto de crítica, en especial por parte de los políticos. Sin embargo,

gracias a esa estrategia, Bolivia avanzó en su objetivo de lograr la salida al mar como nunca lo había conseguido antes ni lo lograría después; obtuvo que Chile reconociera la existencia del problema y formulara una proposición específica y razonable para resolverlo.

De Pinochet puede decirse todo el mal que se quiera y es innegable que fue un dictador despiadado, pero hay que reconocer que fue el único presidente chileno sensible al anhelo boliviano. No, ciertamente por generoso sentimentalismo, sino porque en esos dos primeros años de su gobierno buscaba mejorar su imagen internacional y era, temporalmente, el hombre cuya voluntad se acataba en Chile.

El año que el Perú demoró en dar respuesta a la consulta chilena fue perjudicial, pues durante ese lapso se agudizó en la marina y en los círculos conservadores chilenos la oposición a facilitar el acceso de Bolivia al Pacífico.

Banzer hizo gala de coraje al reiniciar relaciones y lanzarse en una gestión difícil, compleja e incierta en sus resultados. Muy pocos se lo reconocieron; por el contrario, su decisión de romper relaciones con Chile, en 1978, fue un error. Contra lo que se creyó y se puede seguir creyendo en Bolivia, Chile nada perdió con la ruptura, que hasta cierto punto le significó un alivio. La única perjudicada fue y sigue siendo Bolivia.

Pinochet no le perdonó a Banzer algo que juzgó como una inconsecuencia personal. A partir de la ruptura, bloqueó todo intento para buscar nuevas fórmula de acuerdo. "Este asunto se acabó", expresó en una entrevista periodística. Más tarde tomaría represalias al desechar en forma humillante una gestión emprendida en el cuarto período presidencial de Víctor Paz Estenssoro.

Hacía más de veinte años, prácticamente desde el breve período de Mamerto Urriolagoitia, que el problema marítimo había sido descartado de la atención e interés de los gobiernos. Cupo a un gobernante cruceño actualizarlo, con un vigor y empeño sin paralelo anterior o posterior. No fue ni enteramente comprendido ni resueltamente apoyado, y sí, por el contrario vilipendiado.

Al mariscal Andrés Santa Cruz se lo combatió por el intento de crear la Confederación Perú-Boliviana que, de haberse consolidado, ha-

bría hecho imposible la guerra del Pacífico. Aniceto Arce fue también censurado por su afán, bien cumplido, de construir ferrocarriles que vinculasen a Bolivia con el Pacífico. Banzer no podía correr otra suerte.

Hay algo que nadie podrá negarle: gracias a su empeño y constancia Bolivia se acercó más que nunca al mar. No lo consiguió entonces, pero cualquier negociación que se emprenda en el porvenir tendrá como antecedente positivo y punto de arranque la gestión efectuada en 1975.

Un día todavía lejano, cuando llegue la hora de juzgar hombres y acontecimientos en la perspectiva de la historia, habrá de reconocerse la gestión marítima como uno de los actos más significativos y loables de la presidencia de Banzer.

Capítulo VII
El interregno

Un paso necesario

Llevaba ya siete años en el gobierno y, mirando retrospectivamente, tenía motivos para sentirse satisfecho. Durante ese tiempo de "orden, paz y trabajo" había conseguido, en primer lugar, que cesaran los golpes cuarteleros, lo que ya era un avance. Gracias a una coyuntura económica mundial favorable y el crédito externo, el país había progresado: más escuelas, caminos, servicios sociales y comunicaciones; elevación del nivel de vida de una gran parte de la población; desempleo casi eliminado; vinculación efectiva de la región oriental con el resto del territorio... Estas y otras eran las conquistas de las que podía congratularse.

Ahora comenzaba a sentir fatiga del poder. Aunque su lema era "mi destino es luchar", advertía que había llegado la hora de que el país retornara a las prácticas democráticas, una de las cuales era la elección por voto popular de los Poderes Ejecutivo y Legislativo.

En los años que ejerció el mando, lo perturbó no haber sido elegido democráticamente. Ese origen de facto pesaba en su ánimo y ahora intentaba repararlo. Gozaba de apoyo suficiente para ocupar el Palacio Quemado por lo menos hasta 1980, pero decidió anticipar el retorno del país a un régimen constitucional. Banzer, el militar, había madurado lo suficiente durante esos años para comprender que la "institución tutelar" debía restituir el mando a quien eligiera el pueblo. Percibía asimismo que después de catorce años de gobiernos militares, los ciudadanos añoraban elecciones. Las pedían los partidos políticos y las asociaciones sindicales, gremiales y cívicas.

Esa evolución del sentimiento público se percibía en varios países del continente; dos de ellos, el Perú y Ecuador se alistaban para eleccio-

nes en fecha próxima. Banzer había conversado en Washington con el presidente de los Estados Unidos, James Carter, quien, enterado de su intención de convocar a elecciones, lo alentó con estas palabras: "Ojalá sea usted uno de los candidatos".

El 2 de noviembre de 1977, expidió un decreto convocando a comicios presidenciales y legislativos para el 9 de julio del año siguiente. Expresó en un mensaje a la Nación: "El gobierno de las Fuerzas Armadas ha decidido adelantar la fecha de constitucionalización del país porque considera el momento oportuno para que el pueblo, a partir de los niveles de desarrollo que hemos alcanzado, decida por sí mismo el rumbo de su porvenir. En noviembre de 1974, dijimos que la constitucionalización del país se realizaría hasta agosto de 1980. Sin embargo, superados los factores políticos que determinaron esa decisión, ahora se adelanta la fecha de las elecciones para 1978".

Luego, el anuncio sorprendente: "Situándome en el nivel exacto de la historia y de mi conciencia, declaro solemnemente que he decidido declinar la postulación de mi nombre para la candidatura a la presidencia. Adopto esta decisión en circunstancias en que Bolivia se encuentra en los niveles más altos de su evolución: una imagen internacional respetable; una importante tasa de crecimiento económico; una nueva conciencia colectiva que sustenta la paz social. Y, por encima de todo, una fuerza vital que impulsa a los bolivianos a realizar acciones cada vez más trascendentales.

"Comencé gobernando con mi institución; deseo terminar con ella, contribuyendo a su prestigio, a su solvencia moral y a su unidad. El día que deje la presidencia de la República, vestido de militar o de civil, estaré a su servicio, porque, en su seno, aprendí a venerar y a defender a la patria.

"La decisión que he tomado, de ningún modo supone renunciar a mi puesto de lucha en las filas del nacionalismo revolucionario, a mi puesto de sacrificio en la defensa de la integridad nacional, a mi puesto de trabajo en el desarrollo integral del país.

"A partir de este momento, mi trabajo y mi lucha adquieren un nuevo sentido. Me impongo la obligación de servir a la unidad del pueblo procurando compatibilizar las contradicciones que se plantean en su

seno; me impongo la obligación de evitar que las Fuerzas Armadas sean comprometidas por corrientes sectarias y excluyentes; me impongo el deber de hacer todo cuanto esté a mi alcance para que las próximas elecciones sean limpias y democráticas.

"A tiempo de hacer conocer al pueblo de Bolivia mi decisión irrevocable de no ser candidato presidencial en 1978, deseo asegurar que seguiré trabajando y luchando por la dignidad, la libertad y la justicia. A partir de este momento, mi trabajo y mi lucha adquieren un nuevo sentido. A los que son mis enemigos por ser enemigos de la patria, les digo que seguirán siendo mis enemigos. A los que son mis enemigos porque me equivoqué o no los comprendí, les pido que me perdonen."

Algunos acogieron con escepticismo esta declaración y otros con una vaga aprehensión. Habituados a los presidentes que se aferran al "maravilloso instrumento del poder", apenas concebían que Banzer, a la cabeza de un gobierno estable, se decidiese a abandonarlo. No faltaron quienes sospecharon que éste era un gesto de coquetería y que, como el emperador romano Augusto, Banzer "se deleitaba al hacerse rogar por algo que en realidad anhelaba". Creían que, a último momento presentaría su candidatura "a petición del pueblo" para luego triunfar en los comicios, mediante las artimañas criollas tradicionales.

El autor recogió esta confidencia: "La verdad es que estaba físicamente agotado. Durante todo el tiempo que ejercí la presidencia llegaba a palacio a las siete de la mañana y era raro el día que podía regresar a mi hogar a las ocho de la noche. Cuando viajaba no era para hacer espectaculares giras mediáticas en el exterior, sino en general, para visitar guarniciones o distritos alejados del territorio. No para recibir aplausos, pronunciar discursos y ornarme de mitura y serpentinas sino para resolver algún problema concreto. No me vanaglorio de haber procedido así, pues simplemente cumplía mi deber de presidente como lo había hecho antes en el cuartel".

Algunos de sus camaradas lo exhortaban: "Mi general, ¿si estamos bien, para que cambiar?". No sucumbió a esos cantos de sirena y, para sorpresa de todos, mantuvo su renuncia. Algo más. Solicitó que se le destinara a la reserva activa del ejército, petición denegada por el Alto Mando.

"Al asumir el mando en 1971, juzgaba yo que tres años serían suficientes para tranquilizar al país y normalizar la situación política después de los excesos cometidos durante el gobierno de Torres por los grupos izquierdistas, con sus amenazas de tribunales populares, asambleas del pueblo y otros alardes demagógicos. Ocurrió, sin embargo, que tres años no fueron suficientes; motivo por el cual decidimos –hablo de las Fuerzas Armadas– quedar en el gobierno hasta que se lograra cierta estabilidad y orden. Pero siete años en el poder es mucho tiempo y por eso decidí presentar mi renuncia. Ni el presidente Carter, ni persona alguna me presionaron para hacerlo. Obré por mi propia voluntad."

Como era presumible, festejaron su anunciado alejamiento tanto algunos líderes sindicales, como los exiliados y partidos opositores, que vieron abrirse una oportunidad para llegar al poder. Por el contrario, lo lamentaron los sectores productivos del país para los cuales había sido garantía de estabilidad y progreso. Es destacable que Banzer, al par de contribuir como pocos presidentes al progreso y consolidación democrática del país, afirmó y honró la presencia rectora de Santa Cruz en la vida republicana. Su autoridad esfumó cualquier asomo de separatismo que eventualmente pudo haberse insinuado. Santa Cruz adquirió el sitio que históricamente le correspondía en la Nación. No se detendría allí la influencia de Banzer. Lejos de la presidencia, perseveraría en mantenerse al servicio de Bolivia como un ciudadano más. Y sobre todo como un demócrata.

Declaró más tarde: "Algo que el país ha olvidado es que si bien subí al poder mediante un golpe contra un gobierno de facto, el de Torres, fui yo quien después de casi nueve años restableció el orden constitucional al convocar a elecciones populares. A partir de ese momento, me constituí en un convencido demócrata. En adelante defendí los principios democráticos con ejemplos y hechos concretos que todo el mundo conoce y no con mera fraseología o promesas incumplidas. Creo que ésa es la mayor satisfacción personal de toda mi actuación política".

Las elecciones de 1978

Con el deseo de crear un clima político propicio para las elecciones, se decretó una amnistía parcial en vísperas de la Navidad de 1977. El

ministro del Interior declaró que las restricciones subsistentes eran motivadas por el propósito "de impedir el reingreso al país de 348 ciudadanos calificados como autores de guerrillas, secuestros, actos de terrorismo y violencia". Sin embargo, el hecho de incluir entre ellas a dirigentes políticos y sindicales de la categoría de Hernán Siles y Juan Lechín, provocó insatisfacción y reacciones de protesta, malográndose así el objetivo inicial de aquella medida.

En el distrito minero de Catavi, cuatro mujeres acompañadas de sus hijos se declararon en huelga de hambre. Aunque el consenso general dio a esta decisión una motivación política, la versión del general Banzer es distinta: "La huelga de las cuatro mujeres de trabajadores mineros se produjo para pedir la restitución de sus maridos al trabajo, los mismos que fueron sorprendidos robando (juqueando) mineral de la empresa. Se trató de un hecho económico-social y no político, hábilmente politizado por los agitadores extremistas, que secundaron a las mujeres y ampliaron sus exigencias, no sólo la reposición al trabajo, sino además, la amnistía irrestricta".

De cualquier manera, la actitud de las mujeres mineras repercutió en el interior y, en cierto momento, hubo centenares de personas en huelga de hambre en las iglesias. El 15 de enero, la policía procedió a desalojar a los asilados en una iglesia en Santa Cruz, en la Universidad de San Andrés, en la sede del sindicato de prensa y en varios otros sitios. Luis Adolfo Siles, presidente de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos, solicitó una comisión investigadora de las Naciones Unidas. El arzobispo de La Paz, Jorge Manrique, advirtió que si no se ampliaba la amnistía política, serían suspendidos los oficios religiosos. La Federación de Mineros decretó un paro general de veinticuatro horas, cuando transcurrían ya doce días de que las mujeres comenzaran el ayuno.

Pese a los años que llevaba gobernando, ésta fue una nueva experiencia para Banzer, quien se percató de que era más sencillo hacer frente a regimientos armados, que a simples mujeres del pueblo, ayunando con sus hijos en el vestíbulo de un arzobispado. No cabía permitir que el conflicto degenerase en un enfrentamiento con el pueblo esterilizando su propósito de encarrilar al país por la vía constitucional.

Comprendiendo que el decreto de amnistía, tal como había sido concebido, era insuficiente y no colmaba la expectativa popular decidió modificarlo haciendo la amnistía irrestricta y general. Además, para dar prueba de su espíritu conciliatorio, dictó otro decreto restableciendo el derecho de asociación sindical, abolido al comienzo de su gobierno. En adelante, los sindicatos gozarían de amplias libertades y podrían participar holgadamente en política.

Esta concesión creó una situación conflictiva con algunos miembros de las Fuerzas Armadas. Una agrupación castrense denominada Topáter publicó un documento crítico hacia el gobierno y hostil a su persona, acusándolo de condescendencia y expresando que ya no representaba el criterio mayoritario de la institución castrense. Banzer no reaccionó; sus empeños se concentraban en la organización de las próximas elecciones.

Alentadas por un clima político propicio, las fracciones democráticas se aprestaron a participar en los comicios; pero como de costumbre, demostraron su incapacidad para concertar entre sí, pese a las reiteradas insinuaciones de Banzer acerca de que habría visto con complacencia la designación de un candidato civil. Ante el desacuerdo de los civiles, las Fuerzas Armadas propusieron tres nombres: los del general Juan Pereda, el general Juan Lechín Suárez (hermano de Juan Lechín Oquendo, el líder sindical) y el coronel Alberto Natusch Busch.

Los convocó uno a uno. El segundo, el general Lechín, agradeció el honor pero lo declinó, sin especificar las razones. Alberto Natusch hizo lo propio, con estas palabras: "No, gracias, mi general. Soy jugador, mujeriego y me gusta el trago. Para ser presidente es necesario ser igual o mejor que usted. Yo no lo soy". Así quedó habilitado Juan Pereda, sin mucho entusiasmo de su parte, ni de Banzer, que ejecutaba simplemente el deseo de las Fuerzas Armadas.

El 7 de enero de 1978, un denominado Comité de Unidad Nacional (CUN) proclamó la candidatura de Pereda, en coalición con un grupo disidente de la Democracia Cristiana, un sector del MNR dirigido por Jaime Arellano y Rubén Julio, los ex combatientes del Chaco y un sector campesino encabezado por Oscar Céspedes. Luego el CUN cambió su sigla por la de UNP (Unión Nacionalista del Pueblo).

En el campo opositor el MNRI, el MIR, el Partido Socialista y el Partido Comunista organizaron el Frente de Unidad Democrática y Popular y proclamaron la candidatura de Hernán Siles a la presidencia. Víctor Paz Estenssoro fue proclamado candidato por el MNR Histórico; René Bernal Escalante, por la Democracia Cristiana; y Marcelo Quiroga Santa Cruz, por el Partido Socialista. Proliferaron los grupos y candidaturas. Al cierre de las inscripciones en el colegio electoral, el 9 de junio, se registraban trece candidaturas presidenciales, cuatro alianzas entre partidos y cincuenta y dos grupos aislados.

Por primera vez, los trabajadores mineros y los campesinos presentaron sendas candidaturas. Los mineros agrupados bajo el Frente Revolucionario de Izquierda, propusieron a un líder sindical, Casiano Amurrio, y a una mujer, Domitila Chungara, como vicepresidenta. Surgieron movimientos populares indigenistas; el Movimiento Indio Tupac Catari y el Movimiento Popular Tupac Catari, con sus propios candidatos indígenas campesinos. Después de años de privación, los bolivianos se daban el gusto y, sugestivamente, ahora los campesinos participaban en el festín.

Habían transcurrido más de diez años desde las últimas elecciones presidenciales y para los jóvenes ésta era una primera experiencia. Complació a Banzer comprobar que su propósito de restaurar las prácticas democráticas había despertado amplio eco en las capas populares y en la juventud.

Por contraste, los partidos políticos burgueses no habían evolucionado. Cada uno pretendía imponer a sus candidatos y los dirigentes se mostraban, una vez más, alejados respecto del sentir popular; era significativo que no se pusieran de acuerdo para elaborar una fórmula ni concebir un programa concreto. Tal dispersión entrañaba un peligro para la estabilidad del futuro gobierno, cualquiera que éste fuese.

Comandante de la Fuerza Aérea, Juan Pereda Asbún fue durante largo tiempo ministro del Interior del gobierno de Banzer. Su desempeño se singularizó por una relativa tolerancia con los opositores. El Presidente no se opuso a su designación, aunque se abstuviera de proponerla. Aceptó, simplemente, la decisión de las Fuerzas Armadas.

Aparte de la parcialidad de ciertas autoridades por el candidato Pereda, las elecciones se desenvolvieron en un ambiente tranquilo; entre

otras cosas, gracias a la presencia de numerosas y disciplinadas mujeres del pueblo en las filas de votantes. Los campesinos también tuvieron un comportamiento ejemplar.

En la ciudad de La Paz, el resultado se diferenció según los barrios y las clases sociales. Las zonas populares votaron por Hernán Siles, en tanto que la clase media y los barrios residenciales se inclinaron en favor de Pereda o Paz Estenssoro. En varias capitales departamentales, en especial Cochabamba y Sucre, fue notoria la simpatía del electorado por la nueva figura política: Marcelo Quiroga Santa Cruz.

Pese a que los campesinos integraban la gran mayoría del electorado, los candidatos indígenas obtuvieron pocos votos; hecho demostrativo de que aún no había llegado el tiempo en que, mejor organizados, los nativos obtuvieran la representación a la que su número les otorgaba derecho. Esa evolución tomará aún cierto tiempo.

El 20 de julio, la Corte Nacional Electoral anunció los siguientes resultados, sobre un total de 1.971.969 votos: Juan Pereda, 986.140; Hernán Siles Zuazo, 484.383; Víctor Paz Estenssoro, 213.622; René Bernal 120.000; y Marcelo Quiroga 110.000.

Que Pereda obtuviera casi un millón de votos, cifra sin precedentes en los anales electorales de la República, fue prueba palpable del fraude en el recuento, pues la diferencia con los otros candidatos lindaba, por lo exagerada, con lo absurdo. Esta maniobra resultó perjudicial para el propio Pereda quien, según confesaron después funcionarios oficiales, había obtenido en realidad una mayoría parcial de votos, suficientes para el triunfo.

También fue objeto de comentarios la diferencia de votos entre Siles y Paz Estenssoro, que mostraba la popularidad comparativa de uno y otro, en ese momento.

Los partidos de oposición denunciaron el fraude y, en gesto dramático, Hernán Siles se declaró en huelga de hambre. En tanto, la Corte Nacional Electoral recibía numerosas denuncias sobre irregularidades en los comicios. Fue tan denso el clamor público, que el propio Pereda, hombre de temperamento mercurial, dirigió sorpresivamente un mensaje a la Corte pidiendo la anulación del proceso electoral, "a fin de ejecutar un nuevo plan de constitucionalización democrática".

El presidente de la Corte, Julio Mantilla, anuló los comicios y pidió al gobierno que convocase a nuevas elecciones en el plazo de seis meses.

Fue un amargo desencanto para Banzer. Su plan de restablecer el régimen constitucional quedaba aplazado, en el mejor de los casos. El fiasco electoral había enfriado sus relaciones con Pereda y ambos se inculpaban mutuamente, en privado, sobre la situación desairada en que habían quedado el gobierno y las Fuerzas Armadas.

Fue Banzer quien soportó el mayor golpe, como lo demuestra este episodio. Marcial Tamayo, futuro canciller y, en ese tiempo, alto funcionario de las Naciones Unidas, llegó a La Paz y pidió ser recibido por el presidente Banzer pocos días después de las elecciones. Este lo recibió de inmediato y Tamayo, sorprendido, se lo dijo. Banzer le respondió que no debía estar sorprendido, pues estaba y se sentía muy solo. Ahora muy pocos lo buscaban y se advertía abandonado por muchos de su entorno. Subrayó la soledad que significa el poder. Idéntica experiencia tendría en 1993, tras perder las elecciones.

La caja de Pandora

En ese ambiente de malestar y confusión, Pereda se trasladó inopinadamente a Santa Cruz, el día 20. En la mañana siguiente, después de una reunión con sus camaradas en la Escuela de Aviación, se proclamó "presidente electo" de los bolivianos y amenazó con bombardear La Paz si no se le entregaba el gobierno. Actitudes tan contradictorias en el transcurso de unos pocos días, primero la renuncia y, segundo, el golpe, confirmaron su carácter inestable.

Entretanto, la población civil asistía atónita a estos manejos castrenses que amenazaban retrotraer el país al siglo diecinueve. Al convocar a elecciones, Banzer había destapado la caja de Pandora. Las ambiciones de algunos militares, aquietadas durante su gobierno, renacieron con más vigor que antes. Su anhelo de restablecer la democracia había tenido el efecto opuesto pero ya no era posible dar marcha atrás y la disyuntiva era perentoria: ceder al desacato o sofocarlo por las armas provocando una guerra civil de consecuencias imprevisibles.

No vaciló mucho; ya había decidido dejar el gobierno el 6 de agosto, entregando la presidencia a quien fuese elegido democráticamente. Aunque los hechos habían ocurrido de manera diferente, resolvió cumplir la palabra empeñada y cedió el poder al Alto Mando militar, que lo transmitió de inmediato a Pereda.

Según una declaración ulterior de Banzer, la rebelión militar de Santa Cruz no fue dirigida contra su persona, sino contra la Corte Nacional Electoral que había anulado las elecciones a petición del propio Pereda. En efecto, era difícilmente concebible que Santa Cruz, lugar en el que Banzer había nacido y donde era querido y respetado, hubiese dado el triunfo a una subversión contra su persona. Al parecer "hubo confusión y mucho whisky" entre los militares alzados.

Como quiera que fuese, Pereda tomó el avión y se dirigió a La Paz, con destino al Palacio Quemado, donde ingresó en medio de la indiferencia general.

Al tiempo de despojarse del mando, en un mensaje dirigido al "nacionalismo boliviano", Banzer declaró entre otras cosas: "Cuando se reconoció la necesidad de que las Fuerzas Armadas junto con los partidos nacionalistas de mayor relevancia asumieran la responsabilidad de gobernar, se planteó como premisa que no se trataría de un simple derrocamiento de un régimen, sino de la institucionalización de la revolución nacional interrumpida por el extremismo (...) Ese nacionalismo no dejará de ser el movimiento de la mayoría del país, con conductores que surgirán de su mismo medio, renovados en su fe y que tendrán compromiso con los altos intereses de la patria". Era su manera de anunciar, indirectamente, su futuro retorno a la política.

Se le vio abandonar el Palacio Quemado, en uniforme militar. La cabeza descubierta y conteniendo apenas las lágrimas. Acaso pensaba que ese final era injusto, pues él lo había concebido en forma más digna: la entrega del mando a un presidente elegido por el pueblo, con ceremonial adecuado y con un Parlamento en funciones. Había anhelado volver a su casa el 6 de agosto, por su propia voluntad y no bajo la conminatoria de uno de sus subordinados. Sus lágrimas quizás obedecían a ese desencanto.

Esa larga travesía del desierto que ahora emprendía iba a agregar una dimensión más a su imagen histórica, pues se lo identificaría no sólo como el presidente que dio siete años de bienestar económico al país,

sino también como el ciudadano que puso su presencia y su prestigio al servicio de la restauración y consolidación de la democracia en Bolivia.

Superando la amargura inevitablemente provocada por este final inopinado, tenía sobrados motivos para sentirse en paz con su conciencia. En 1971 había encontrado una Nación al borde del colapso económico y social; ahora, siete años después, la dejaba floreciente en lo primero y afirmada en lo segundo. El autoritarismo de los años iniciales estaba compensado con logros positivos en el orden institucional y material del país. Ello no impediría las enconadas críticas que sus adversarios políticos formularon en los meses y años siguientes y a las que respondió con gran serenidad.

"Es evidente que el país todavía no cuenta con los medios necesarios para un aprovechamiento óptimo de los recursos provenientes del extranjero. La administración pública no tiene la capacidad suficiente para manejar con eficacia cantidades más o menos considerables de recursos financieros. Todavía no existen empresas capaces de realizar obras de magnitud. A pesar de esa debilidad, la deuda externa ha sido utilizada en forma productiva y con un sentido social verdaderamente revolucionario.

"Es totalmente deshonesto descargar sobre las espaldas de mi gobierno los costos de todo lo que ha sucedido últimamente; es peor aún desvirtuar ese período acumulando sobre él las fallas de toda nuestra Historia. Las personas honestas, sencillas y auténticamente bolivianas reconocen que el país ha evolucionado. Ya no es la Bolivia de hace ocho años. Excepto la política, todo ha cambiado.

"Pido al pueblo de Bolivia que, liberándose sólo un instante de la influencia de la propaganda y de los prejuicios políticos, haga un recuento de las obras realizadas durante mi gobierno. Pido a cada boliviano que vea cómo eran antes los aeropuertos, las carreteras, las comunicaciones, los campos deportivos, las ciudades, las escuelas, las fábricas, la agricultura y sobre todo la convivencia entre bolivianos y cómo son ahora."

Juan Pereda y David Padilla

Pereda ingresó al palacio con el desenfado de quien penetra en un cuartel. La verdad es que fue la insistencia de sus camaradas de la Escue-

la de Aviación de Santa Cruz la que lo animó a rebelarse contra el superior a quien debía su carrera.

Sus primeras actitudes fueron conciliatorias: dispuso la libertad de ciento cuarenta detenidos políticos y anunció su propósito de restablecer el proceso de democratización que él mismo acababa de perturbar. Tuvo el acierto de designar canciller a Ricardo Anaya, alto dirigente del PIR y figura de prestigio; pero esta presencia fue insuficiente para dar solidez a un régimen endeble, surgido casi por azar.

Del fugaz tránsito de Pereda por la presidencia, cabe destacar su respeto por los derechos humanos y la libertad sindical. Dictó un decreto estableciendo el seguro social campesino, que nunca se puso en práctica. Suscribió un convenio con USAID para el fomento de la artesanía e inauguró la autopista La Paz-El Alto. Poca cosa, en verdad, aunque tampoco tuvo tiempo para más.

Su gobierno se caracterizó por una inactividad lindante con la parálisis. Estático, sin rumbo definido, consciente de su temporalidad. En lo personal, Pereda confirmó rasgos ya conocidos: inestabilidad psicológica, lasitud, casi indiferencia. En suma: ausencia de la vocación y del sentido del oficio requeridos para ser presidente.

Se advertía que ya no era Banzer quien gobernaba. Por ley de la inercia prosiguieron muchas de las obras y programas emprendidos por éste; pero a desánimo, sin convicción ni aliciente. Era evidente además que la situación económica ya no era tan favorable y faltaba ahora la voluntad ejecutiva. Los buenos tiempos se desvanecían rápidamente.

Acogidos a esta tregua precaria, retornaron al país muchos dirigentes sindicales y líderes políticos. Esperaban una nueva convocatoria a elecciones; pero, inexplicablemente, Pereda dilataba este llamado, más por desidia que por un propósito preconcebido.

Este inmovilismo incitó a otros militares a reemplazarle. Un grupo de oficiales denominados Institucionalistas –cuyos miembros más destacados eran los tenientes coroneles Gary Prado Salmón y Raúl López Leytón– decidió actuar.

Ausente en Buenos Aires, Banzer no intervino en estos trajines, aunque es posible que estuviese informado de ellos. Guardaba un compás de espera, atento a lo que ocurría y buscando la mejor forma de vol-

ver a la vida pública. No pudo rehusar sus servicios cuando el Alto Mando le pidió que asumiera el cargo de embajador de Bolivia en la Argentina. En aquellos días, Argentina y Chile estaban al borde de la guerra y no convenía que la embajada en Buenos Aires quedara acéfala. Sobreponiéndose una vez más a sus sentimientos personales, aceptó el cargo.

Apenas pudo desempeñarlo durante veintinueve días, pues el 24 de noviembre de 1978, el comandante en jefe del ejército, general David Padilla, desplazó a Pereda, quien no sólo no opuso resistencia sino que dio la impresión de sentirse aliviado al despojarse de ese fardo. Padilla era el tercer presidente en el curso de un solo año.

Se sabía que era un militar modesto, correcto, sin luces, pero con un buen sentido de la disciplina y los deberes castrenses. Según Banzer, que lo conoció en el Colegio Militar, había sido un alumno mediocre. Como oficial tampoco se destacó.

Al asumir la presidencia en 1971, Banzer lo designó comandante de la guarnición de Villa Montes, a petición del propio Padilla, quien le prometió combatir el contrabando, entonces floreciente en esa zona. Sufría de una osteoporosis que le obligaba a viajar a Santa Cruz cada semana, en avión del ejército, para someterse a tratamiento médico. Como esto resultaba oneroso, Banzer lo transfirió a Santa Cruz y Padilla le agradeció participando en el alzamiento de Pereda...

Era el ejemplo típico del militar asediado por los políticos desde los albores de su carrera. Fueron aquellos quienes golpearon a la puerta de su cuartel, incitándolo a la conspiración. Colmaría su carrera una serie ininterrumpida de conjuras, revueltas, golpes de estado, amagos de revolución e intrigas políticas en las que se vería envuelto, en segundo o tercer plano y contra su voluntad, a veces.

El 9 de abril integra uno de los regimientos que defienden con tibieza a Hugo Ballivián. Resulta levemente herido y reaparece unos meses más tarde como edecán del presidente Paz Estenssoro, primero, y luego, de Hernán Siles. Presencia el trágico episodio de abril de 1959, cuando los falangistas caen en la celada del cuartel Sucre y Unzaga de la Vega se suicida.

Padilla está casi siempre próximo al ojo del huracán, pero elude alardear de protagonismo. Aunque ha servido en guarniciones fronteri-

zas, su libro *Recuerdos y decisiones de un general* omite esos aspectos de su carrera. No hay en él ninguna reflexión profesional. Todo está empapado de aroma político.

Al gobierno de Padilla se le reprocha el contrato para la construcción de la fundición Karachipampa, que dio origen a críticas de orden financiero, técnico y moral. Edificado en el departamento de Potosí por un consorcio alemán y belga, bajo el auspicio de COMIBOL, esta planta estaba destinada a fundir y refinar plomo y plata. El complejo costó ciento cuarenta y siete millones de dólares y hasta la fecha no entró en funciones por causa de problemas técnicos y falta de materias primas. Financiado con créditos del exterior, mal concebido y peor ejecutado, Karachipampa es un ejemplo de irresponsabilidad, o lo que es peor, de inmoralidad administrativa. El rumor sobre comisiones percibidas por sus gestores alcanzó amplia difusión.

Entre los actos positivos de este gobierno, cabe mencionar las gestiones para que la IX Asamblea General de la Organización de Estados Americanos se reuniera en La Paz. Autor de esta iniciativa fue el canciller Raúl Botelho Gozálvez, secundado por Gonzalo Romero, embajador ante la OEA y el coronel Gary Prado, ministro de Planeamiento, que se hallaba a la sazón en Washington.

Botelho Gozálvez, hombre de letras y diplomático de carrera, no esperaba ser canciller y, poco después, presidente interino, durante una corta visita de Padilla a Venezuela. Se desenvolvió con brillo y sentido del humor, lo cual no le impedía defender la dignidad de su posición, como lo revela la siguiente anécdota. Un día el comandante del regimiento Tarapacá, coronel Arturo Doria Medina, le pidió audiencia para reclamar sobre la asignación de los tanques austríacos. Botelho lo citó a una hora precisa, pero el coronel apareció dos horas más tarde. Botelho se negó a recibirlo, pues tenía otras audiencias. Habituado a que se lo atendiera a la hora que le viniera en gana, Doria Medina irrumpió airado en el despacho e increpó al Presidente, quien, sin alterarse, le ordenó salir de inmediato "si no quería ser obligado por la fuerza". Estupefacto, Doria Medina salió refunfuñando que cobraría debida venganza apenas retornara Padilla. Así fue. Al regresar de Venezuela, Padilla eliminó a Botelho del gabinete.

Doria Medina continuó como comandante del Tarapacá que masacraría al pueblo en las matanzas de Todos los Santos, en noviembre de 1979.

Demostrando sensatez, Padilla no se aferró a la presidencia y una de sus primeras decisiones fue la de convocar a elecciones inmediatas, garantizando la libre participación de los partidos.

Acción Democrática Nacionalista

Entretanto, de regreso a Santa Cruz, Banzer creyó llegado el momento de realizar un proyecto que acariciaba desde tiempo atrás: la fundación de un partido político. Comprendía que, pese a sus buenos oficios, subsistía la amenaza de golpes militares, alentados por la impotencia y el fraccionamiento de los partidos políticos. A su juicio, el país reclamaba nuevas fórmulas, aunque no necesariamente nuevos hombres. Su reciente experiencia le había enseñado que un presidente, por buenas intenciones que le animen, debe ser elegido por el pueblo y no designado por los comandantes de las grandes unidades del ejército. No le interesaba tanto ser presidente como ponerse al servicio de la democracia. Anhelaba demostrar que sus empeños no obedecían a la ambición personal, satisfecha ya con creces.

Siendo aún presidente, algunos de sus colaboradores le habían sugerido crear un partido con el fin de insertar un componente civil en su gobierno. Respondió: "No voy a fundar un partido desde el mando. Haré vida política cuando lo deje. Mientras tanto, sostengo al Frente Popular Nacionalista", vale decir, la fórmula que desde 1972 a 1974 formó parte de la administración, el MNR y Falange. Disuelta la alianza, lamentó más de una vez no contar con el apoyo de un partido civil que equilibrase el factor militar, pero mantuvo su decisión inicial.

Cuando Padilla decretó la convocatoria a elecciones, Banzer pensó que era el momento propicio. Acogido al retiro activo del ejército, estaba por lo tanto capacitado para ejercer sus derechos de ciudadano civil. Además, había llegado a sus oídos la noticia de que en el próximo Parlamento se plantearía un juicio de responsabilidades contra su gobierno y su persona, al que habría que afrontar en forma adecuada.

Escogió el 23 de marzo de 1979, aniversario de la defensa de Calama y de la muerte heroica de Eduardo Abaroa, para fundar en La Paz, en casa de Gonzalo Torrico, un partido al que denominó Acción Democrática Nacionalista (ADN). Afecto a los símbolos, ésta le pareció la fecha propicia para volver a lanzarse a la lucha.

El primer comité político nacional de ADN fue el siguiente: jefe nacional, Hugo Banzer; subjefe Franz Ondarza. Miembos fundadores fueron: Yolanda Prada de Banzer, Guillermo Fortun, Gastón Villa, Willy Vargas, Alfredo Arce, David Blanco, Gonzalo Torrico, Jorge Monje, Edgar Prudencio, el general Alfonso Villalpando, Rodolfo Greminger, Carolina Toledo, Heberto Castedo, Fernando Rojas, Julia Urquidi, María Luisa Peñaranda, Ricardo Sanjinés, Lino Pérez, Enrique Ackerman, Juan Antonio Chain, Waldo Cerruto, Rolando Valdivia, Angel Alvarez y Raúl Boada. En total veintiocho personas, originarias de diversos lugares de la República y profesionales en su mayoría.

Pronto se incorporaron a ADN ciudadanos que también anhelaban una solución política legal a la situación que entonces se vivía: funcionarios, profesionales, industriales y hombres de negocios; entre ellos Carlos Calvo Galindo y Héctor Ormachea, hijos de liberales; Ronald Maclean, Adalberto Violand, Mario Mercado, Fernando Kieffer, Juan Luzio, Enrique Toro, Antonio Ormachea, Manfredo Kempff, Guillermo Tineo, Carlos Iturralde, Mario Rolón Anaya, y otros.

Inicialmente, ADN no intentó atraer adherentes en los sindicatos de trabajadores y campesinos, todavía sensibles al recuerdo de los conflictos que los enfrentaron a Banzer durante su gobierno. ADN era y seguiría siendo un partido burgués, urbano, integrado esencialmente por ex colaboradores de aquella época, en calidad de ministros, altos funcionarios o gerentes de empresas.

La Historia enseña que un partido político viable debe germinar en la oposición. Aquellos que surgen al calor oficial carecen del temple que otorga la lucha en el llano. Dos ejemplos fueron el Partido Nacionalista, fundado bajo la égida del presidente Hernando Siles y el Partido Socialista, durante la presidencia de David Toro.

El caso de ADN era singular, pues si bien, como se ha visto, Banzer rehusó crearlo desde el gobierno, surgía en un trance especial, sin ser perseguido ni atacado. Su aparición en la escena política provenía sobre todo del designio de Hugo Banzer. Era pues, en esencia una agrupación personalista a la que su fundador y líder intentaba dar un contenido programático. Su primer mensaje fue: "Nuestra patria reclama tranquilidad, no violencia; amor, no odio. Queremos trabajar por nuestras familias, libres de la anarquía, el sobresalto y la inseguridad. Queremos una democracia real y participativa, dentro del orden y el respeto a las leyes y a las instituciones. Queremos libertad plena, pero no libertinaje. Queremos, en fin, una patria de la que los bolivianos nos sintamos orgullosos".

En su acta constitutiva, ADN se proclamó partido pluriclasista, opuesto a la filosofía de la lucha de clases y adicto a los principios de la doctrina cristiana, defendiendo la libre iniciativa, la economía social de mercado y la propiedad privada.

Su declaración de principios contenía estos conceptos:

"ACCION DEMOCRATICA NACIONALISTA está empeñada en la concreción de un objetivo superior que busca:

- Encauzar y desarrollar la capacidad creadora del pueblo boliviano bajo un sistema de ORDEN, PAZ Y TRABAJO.
- Transformar constructivamente la patria boliviana sobre la base de la armonía y la tolerancia entre bolivianos.
- Perfeccionar el Estado Boliviano, superando su agobiante dependencia y lucha por su integración interna y externa en ejercicio pleno de su Soberanía Nacional.
- Aprovechar creativamente los recursos naturales en procura de la superación constante de las condiciones de vida del pueblo boliviano en todos sus sectores y niveles.
- Respetar la dignidad humana, representando el derecho del hombre a educarse, trabajar, expresarse, progresar y vivir en libertad, asumiendo responsabilidad consciente de sí mismo, su familia y la Nación toda.
- Integrar a todos los sectores geográficos, étnicos, sociales, generacionales, económicos y culturales de la nación boliviana.

"Por lo tanto, como expresión del nacionalismo democrático boliviano, ACCION DEMOCRATICA NACIONALISTA, está únicamente al servicio de su Patria y de su Pueblo.

"El modelo económico de ADN, responde a los valores de igualdad en la organización social y busca, en consecuencia, un grado de equidad económica entre clases sociales, regiones y sectores productivos."

Propugnaba la defensa de la familia como célula básica de la sociedad, la participación de la mujer en todas las actividades de la Nación, la formación integral de la juventud y la protección de los derechos de los ancianos.

Postulaba la salvaguardia de los recursos naturales, mediante la formulación de políticas y sistemas leales que aseguren el equilibrio del medio ambiente.

Por último, manifestaba su adhesión a la Declaración Universal de los Derechos Humanos y a la Carta de la Organización de las Naciones Unidas, sosteniendo el derecho irrenunciable e imprescriptible del pueblo boliviano al mar. Adoptó como lema la frase "Orden, paz y trabajo". En suma, una filosofía humanista y cristiana dentro de una sociedad pluralista y participativa.

Más tarde, Banzer subrayó: "Durante mi gobierno hubo desarrollo económico y también social. Sin embargo, por las condiciones de la época, no fue posible que hubiera también desarrollo político. Por eso, desde 1979, cuando fundamos ADN, ése fue mi objetivo, al que creo haber aportado bastante. Desde el punto de vista ideológico, ADN surgió postulando un nuevo modelo en lo económico y una nueva conducta en lo político. Planteamos una revolución del comportamiento político individual y colectivo. Dejar atrás el dirigismo en lo político; en lo económico, terminar con el capitalismo de Estado, con su hibridez y deformación. Dejar que los bolivianos eligieran las opciones políticas que más les convengan, sin manipulaciones".

Frente al MNR, aquel pujante partido que ahora estaba atomizado por las querellas entre sus primeros líderes y, confuso y disperso en su acción política, surgía ADN, un partido en muchos aspectos representativo de la agroindustria, la minería mediana y la banca financiera intermediaria que, irónicamente, habían sido paulatinamente engendradas por el propio MNR cuando estuvo en el poder.

Analizada dentro de un marco conceptual más amplio, es evidente que la aparición de ADN correspondía y en cierta manera anticipaba lo que ocurriría en el continente latinoamericano. Gracias a la presencia de Carter en la Casa Blanca, buen número de países latinoamericanos retornaban a la democracia civil, después de varios lustros de gobiernos militares, hasta entonces alentados por los Estados Unidos por temor a que se propagaran las tendencias de Cuba, Perú y Chile a comienzos de la década del setenta. Se insinuaba ya el derrumbe del modelo socialista y del dirigismo estatal, para dar paso al capitalismo liberal y al neoliberalismo, o sea, hacia la economía de mercado. Bolivia no podía quedar al margen.

Banzer demostró poseer la sensibilidad suficiente para captar esta evolución, que coincidía con sus ideas personales.

A los pocos días de su fundación, ADN enfrentó un primer compromiso democrático: las elecciones presidenciales, convocadas por Padilla. El partido atravesaba la etapa inicial de su organización y sólo contaba con filiales en Cochabamba y Santa Cruz.

Banzer resolvió que ADN participase en los comicios y en un gesto de desinterés que, repetido a lo largo de su carrera política, terminaría por fijar uno de sus rasgos más definitorios, se abstuvo de presentarse como candidato a la presidencia y ofreció su apoyo a la fracción de la Democracia Cristiana que había proclamado la candidatura del general René Bernal. Pero los miembros de ADN insistieron en su nombre y él acabó por acceder.

La UDP que dirigía Hernán Siles, ligada al MIR y al Partido Comunista por el llamado Pacto de Caracas, designó a Siles como candidato a la presidencia y a Jaime Paz Zamora, jefe del MIR, para la vicepresidencia.

El MNR Histórico proclamó a Víctor Paz Estenssoro y a Luis Ossio Sanjinés, del Partido Demócrata Cristiano. Apoyaron esta fórmula el PRA de Walter Guevara y una fracción del MNR encabezada por Lydia Gueiler y Jorge Selum.

Otros candidatos fueron Marcelo Quiroga Santa Cruz por el Partido Socialista; Luis Adolfo Siles por la Ofensiva de Izquierda Democrática; aparte de candidatos de los partidos indigenistas y de extrema izquierda.

El proceso electoral de 1979 se singularizó por la ausencia de un candidato oficial y se desarrolló en un ambiente sosegado y de absoluta libertad.

Para Banzer, ésta fue una experiencia placentera. Visitó todas las capitales de departamento y numerosas provincias, donde fue acogido cordialmente. La gente recordaba todavía los tiempos de holgura económica y pleno empleo de que gozara durante su gobierno. Por supuesto, sindicalistas, estudiantes y gente de izquierda no le habían perdonado la mano fuerte que empleó en ese tiempo. En Sucre, Oruro y Huanuni fue recibido de manera hostil.

Confirmó ser un buen orador. Con un timbre de voz cálido, se hacía entender muy bien, hablando con claridad y concisión. Sabía sonreír, escuchar y sumergirse en los llamados "baños de multitud". Poseía carisma y sabía emplearlo. Sin que las masas le fueran extrañas, antes les hablaba a distancia, con el empaque de presidente de la República; ahora era un candidato más, en competencia con avezados políticos. El desafío le fascinaba pues había descubierto "el secreto encanto de la democracia". Con los años aprendería a deleitarse en ese contacto directo con el pueblo. Había en él algo que atraía sobre todo a las mujeres y los niños que se arremolinaban y lo aplaudían. Su sencillez y cordialidad en las asambleas públicas incitaba a la gente a aproximársele sin temor y con respeto.

Las elecciones se efectuaron el 9 de junio de 1979, sin presión oficial ni querellas callejeras. Se advertía escaso entusiasmo en el electorado, todavía no repuesto de la desilusión provocada por los anteriores comicios, a tal punto que el gobierno decretó un día feriado para alentar las inscripciones y otorgó espacios gratuitos en la televisión estatal a cada uno de los partidos. Con el fin de combatir el fraude se introdujo el empleo de papeletas multicolor y multisigno, fácilmente identificables por aquellos electores analfabetos o neófitos. Los colores de ADN eran el rojo, el blanco y el negro, enlistados verticalmente.

Los resultados de las elecciones dieron el primer y segundo puesto a Hernán Siles y Víctor Paz Estenssoro, con 528.696 y 527.184 votos, respectivamente. La gran sorpresa fue el tercer puesto: Hugo Banzer, con 218.587 votos. Había obtenido apreciables puntajes en La Paz, Cocha-

bamba y Santa Cruz y cifras decorosas en los demás departamentos. Marcelo Quiroga logró 70.765 votos, un salto enorme desde las anteriores elecciones de julio de 1978, en que sólo consiguió 8.723.

Como ni Siles ni Paz Estenssoro alcanzaron la mayoría absoluta, de acuerdo con un precepto constitucional, el Congreso debía elegir al presidente, entre los tres primeros. Banzer fue eliminado en la primera votación congresal.

Quien captó fácilmente la mayoría relativa del voto popular fue Hernán Siles. Caso parecido al que ocurrió en 1946, cuando Enrique Hertzog se impuso por sólo cuatrocientos votos sobre Luis Fernando Guachalla, quien pudo haber apelado al voto parlamentario, pero reconoció el triunfo de Hertzog con estas palabras, modelo de elegancia política: "Que nadie se sienta defraudado. Todos hemos cumplido con nuestro deber. Si unos pocos votos llevan a unos al poder y a nosotros a una sana oposición, está bien. Pudo ser a la inversa. No debe haber vencedores ni vencidos en este torneo de civismo. Saber ganar y saber perder. Digamos, más bien, saber servir".

Pero Víctor Paz Estenssoro no era Luis Fernando Guachalla y aunque había perdido en el voto directo, no cedió la opción a Siles e insistió en recurrir al voto del Congreso, donde tampoco obtuvo una mayoría absoluta.

Siles reclamó que habían sido defraudados cincuenta mil votos, anulados en el último instante. Esta acusación fue apoyada por sindicatos, grupos campesinos y universitarios, que decretaron una huelga general. Así, la tentativa de retorno a la democracia por la vía electoral se transformó en una fuente de encono entre los dos altos jefes movimientistas, mientras Banzer se abstenía de apoyar a uno u otro.

Las negociaciones y los regateos en los corredores del palacio legislativo se dilataron durante cinco días, mientras se multiplicaban las votaciones parlamentarias con idénticos resultados indecisos: 69 votos para Paz Estenssoro, 55 para Siles. El espectáculo era lamentable y se aproximaba el 6 de agosto, fecha en que debía efectuarse la trasmisión del mando. Numerosas delegaciones extranjeras estaban ya en La Paz. Rosalyn Carter, esposa representante del presidente de los Estados Unidos esperaba en Quito y después de dos días decidió retornar a Washington.

El empecinamiento de los dos adversarios se endurecía cada vez más. ¡Cuán diferente la actitud de Paz Estenssoro de la que tuvo Siles en 1952, al entregarle la presidencia que conquistara luchando en las calles!

Durante esos días en que la situación degeneraba de hora en hora, fue Banzer quien intentaba conjurar la eventualidad de un golpe militar. En una conferencia de prensa informó que había pedido entrevistarse personalmente con Paz Estenssoro y con Siles y encontrar una solución que evitara el golpe armado. Añadió que ADN no lo estimulaba pero que una solución política era imperativa "en las próximas horas".

En efecto, el general Víctor Castillo, comandante en jefe del ejército, acababa de expresar que las Fuerzas Armadas se declaraban en "plena alerta" y exigían que el Congreso eligiera un presidente "esa misma noche". "No deseamos permanecer en el gobierno, pero si las Fuerzas Armadas deben prevenir la anarquía, están preparadas para ello", previno.

Situación paradójica, aunque no sorprendente. Ahora eran los militares quienes incitaban a los civiles a cumplir su deber. La actitud era encomiable, pero esa intransigencia de los dos líderes civiles del MNR volvía a conferir a las Fuerzas Armadas la tentación de intervenir. No faltó quién le sugiriera a Banzer asumir nuevamente el poder por las vías de hecho, proposición que él rehusó. Había decidido constitucionalizar el país y nada lo apartaría de ese designio. Fue él quien buscó la solución del conflicto, instruyendo a los diputados del ADN que propusieran el nombre del presidente del Congreso Walter Guevara, como presidente interino. La idea fue aceptada y ésta fue una señal premonitoria del estilo político de ADN en años venideros. Sería, esencialmente un partido de concesión y transacción, con las cualidades y defectos que eso comporta. El sello personal de Banzer era transparente. Este fue un trance en el que hizo gala de hidalguía personal. Walter Guevara, quien había sido durante un tiempo su embajador, se había transformado luego en adversario. Todos recordaban sus ataques a la gestión marítima y aquella famosa frase sobre "el gol de Charaña", alusiva a la entrevista entre Banzer y Pinochet, calificada por Guevara como una "claudicación".

Ahora era Banzer quién contribuía a que Guevara llegase, por fin, al cargo que éste añorara siempre y que sistemáticamente le fuera negado por sus colegas movimientistas.

El Congreso accedió a la proposición de ADN y eligió a Guevara presidente constitucional interino, por el plazo de un año, con el compromiso de convocar a elecciones para 1980. La presidencia del Congreso fue confiada a Lydia Gueiler, presidenta de la Cámara de Diputados.

De inmediato, dos asuntos reclamaron la atención de Guevara: el juicio de responsabilidades instaurado en el Parlamento por el diputado Marcelo Quiroga Santa Cruz contra el gobierno del general Banzer, juicio que era una espada de Damocles, atento al malestar que despertaba en el seno de las Fuerzas Armadas las que, con razón, se sentían aludidas. El segundo problema, menos álgido pero igualmente importante, era el de la próxima reunión en La Paz de la IX Asamblea de la OEA, en la que se debatiría el problema marítimo boliviano.

El juicio de responsabilidades

Uno de los adversarios implacables con que Hugo Banzer tropezó en su carrera política fue Marcelo Quiroga Santa Cruz.

Antes que un conflicto de personalidades, se trataba sin duda de sus antagónicas ideas políticas. Como ya se ha visto, Banzer era fundamentalmente un hombre de derecha; Quiroga era un hombre de izquierda. Ambos amaban a Bolivia, según concepciones diferentes. Para Banzer, por lo menos en los primeros años de su presidencia, tenían prioridad el orden y el progreso material; a Quiroga le preocupaba sobre todo la justicia social.

Ministro de Ovando y activo militante de la izquierda, nunca perdonó a Banzer el golpe del 21 de agosto, ni la disolución de la Asamblea del Pueblo. Tampoco modificó su actitud hostil cuando Banzer dio pruebas objetivas de su conversión a la democracia, convocando a elecciones primero, y participando en ellas después. Impermeable a esta evolución, Quiroga quedó en espera del trance para sancionar esos años de autocracia.

Antes, como diputado independiente por Cochabamba, en 1966, había auspiciado un juicio de responsabilidades contra Barrientos "por su política antinacional y entreguista". Marginado de la Cámara de Diputados, sometido a juicio, secuestrado por la policía, se le confinó a un

campo de concentración de Alto Madidi y de ahí a la cárcel de La Paz. Recobró su libertad luego de la muerte de Barrientos, en 1969.

Contradictorio como siempre en su conducta, el general Ovando le designó ministro de Minas y Petróleos, cargo desde el cual promovió la incautación de las concesiones petrolíferas de la empresa americana Gulf Oil y decretó el monopolio estatal de la exportación de minerales y de la explotación de los yacimientos de hierro del Mutún.

Simpatizante del presidente Torres, tuvo que exiliarse nuevamente el 21 de agosto de 1971, llevando consigo un rencor pertinaz contra Banzer. De regreso al país en 1977, fundó el Partido Socialista e intervino en la elección presidencial. Fue electo diputado en 1979 y entonces vio llegado el momento de cobrar agravios iniciando en el Parlamento un juicio de responsabilidades contra el ex mandatario.

En vísperas del juicio, Banzer hizo un llamado a la cordura: "Suponemos que el juicio de responsabilidades es un proceso político para analizar, a la luz de los intereses nacionales, las causas que determinaron la revolución de agosto de 1971 y la obra que realizó el gobierno instaurado en esa oportunidad. Debemos entender que se trata de un verdadero análisis científico". En otros términos, sugería que el debate se realizara con altura.

Quiroga Santa Cruz lo interpretaba de otro modo: "Durante ocho años nadie invocó el espíritu de fraternidad; nadie invocó el espíritu cristiano; nadie se acordó de los que agonizaban en las cárceles; nadie se preocupó por la suerte de los mineros y campesinos; nadie, de los asesinados en el exilio. Hoy, sí, cuando tiene que sancionarse al culpable, ha llegado el momento del perdón y del olvido".

Así configurado el clima del debate, que era trasmitido por las emisoras de radio, el país escuchó durante las sesiones del Parlamento los violentos cargos que Quiroga lanzaba contra Banzer y, por lógica extensión, contra las Fuerzas Armadas.

Quiroga era un expositor elocuente y en días sucesivos abordó diversos temas y acusaciones, desde el fracaso de la negociación marítima con Chile hasta la venta de gas al Brasil; desde los decretos de noviembre hasta el crecimiento desmedido de la deuda externa. Venta de tierras fiscales, inmigración racista, desaparecidos y exiliados, matanzas de campe-

sinos, delitos contra la seguridad nacional, etcétera, nada faltó en la nómina acusatoria.

"El 21 de agosto –dijo en una parte de su discurso– fue un golpe prooligárquico y proimperialista. Hubo partidos políticos que sirvieron de sustento a la conspiración militar aunque no como efectivos a la hora del combate. Y esos partidos son el MNR encabezado por Paz Estenssoro y la Falange Socialista Boliviana. Los dos secundaron el golpe, lo apoyaron, intervinieron en la conspiración misma, definieron las pautas del gobierno que debía ejercerse luego de la consumación exitosa del golpe."

Alentados por la combatividad de Quiroga, diputados pertenecientes al MNRH se adhirieron al juicio.

El senador Oscar Zamora Medinaceli –años después candidato a la vicepresidencia de la República en la fórmula encabezada por Banzer– manifestó que "el pueblo debía tener conciencia de que Banzer no podía invocar su condición de militar para eludir responsabilidades".

Olvidando que había formado parte durante dos años del gobierno de Banzer, Falange Socialista Boliviana se adhirió al pliego acusatorio.

Reaccionaron los parlamentarios de ADN exigiendo que el juicio fuese ampliado contra los gobiernos surgidos desde 1952. Su pliego acusatorio mencionaba, a la vez, violaciones de preceptos constitucionales y garantías individuales, asesinatos de dirigentes campesinos, torturas en campos de concentración, fusilamientos de dirigentes falangistas en 1959, delitos económicos de los gobiernos movimientistas, entre ellos la venta ilegal de libras oro que eran cotizadas a un precio diez veces superior. "La operación reportó 45 millones de dólares a los beneficiarios", precisaba un documento de ADN.

Cupo al diputado de ADN, Guillermo Tineo una actuación destacada. Este joven hacendado beniano había prestado socorro a algunos guerrilleros de la infortunada aventura de Teoponte, en época de Ovando. Afiliado luego a ADN, fue uno de los parlamentarios que defendió a Banzer de manera convincente. Afirmando que el juicio estaba viciado por el odio y el sectarismo, recalcó que durante aquel gobierno se había iniciado el proceso de integración nacional, incluyendo las zonas periféricas o, en otros términos, que se había incorporado efectivamente la región oriental al resto del país. Advirtió también que la deuda externa de-

sembolsada antes de 1971 era de 591 millones de dólares y que en diciembre de 1977 alcanzaba a 1.457 millones, pero que si se tomaba el dólar en su valor de 1971, la deuda representaba en 1977, 973 millones de dólares.

Waldo Cerruto, también diputado de ADN, enumeró las obras públicas realizadas durante el septenio, haciendo hincapié en la moderna codificación adoptada: códigos civil y mercantil; procedimientos civil y penal; código de la familia y del menor; ley de organización judicial; ley fundamental de la Universidad boliviana; ley de inmigración; ley de organización administrativa del Poder Ejecutivo y varias otras disposiciones legislativas importantes.

Otros parlamentarios que intervinieron en el debate fueron Franz Ondarza, Eudoro Galindo, y algunos más. La actuación de estos portavoces de ADN, muchos de los cuales actuaban por primera vez, demostró que ningún partido político podía lanzar la primera piedra, siendo probablemente ésta una de las causas por las que los adversarios de Banzer desistieron de llevar el juicio hasta su conclusión.

Por su parte, éste reaccionó en un manifiesto al país titulado "Aceptaré el veredicto de mi pueblo y de la Historia". Antes se presentó ante una Comisión parlamentaria pues le fue negado el derecho de hablar en sesión plenaria. Durante ocho horas, sin asesores ni abogados y únicamente con once archivadores voluminosos fue presentando documentos legales de descargo. Respondió a cada una de las preguntas y acusaciones formuladas por los miembros titulares de la Comisión y los numerosos parlamentarios adscritos. Extrañamente, no figuraba entre ellos el principal acusador, Marcelo Quiroga. La comisión nunca pudo ponerse de acuerdo respecto al informe acusatorio y sólo se limitó a evaluar varios documentos parciales que fueron cursados en el expediente.

En el manifiesto dirigido a la Nación, Banzer expresó, entre otros conceptos: "...Todos los presidentes, comenzando por Bolívar han sido insultados, traicionados, estigmatizados. De ninguna manera rehuyo la parte de responsabilidad que tengo en el destino nacional. Cumpliendo el papel que la historia me ha señalado, asumo como soldado las responsabilidades de mi gobierno. Las Fuerzas Armadas de la Nación y quienes actuamos en nombre de ellas, estamos seguros de haber cumplido con

nuestro deber. No fue una aventura ni una actitud oportunista. Consciente de los riegos que corren los que toman puestos de responsabilidad nacional, vencimos nuestras propias limitaciones para ponernos al servicio de Bolivia. Me siento orgulloso de haber presidido un gobierno que sólo declaró la guerra al subdesarrollo y la dependencia. Al final de tal jornada, nada nos avergüenza. Libres de miedo, sin cargos de conciencia, estamos ante el pueblo para aceptar su veredicto".

En lo que atañe al aspecto legal del juicio de responsabilidades, éste debía culminar en una exculpación o en un decreto de acusación por el Parlamento. En el último caso, habría debido ser sometido a la Corte Suprema de Justicia. Los desmanes políticos que sobrevinieron contribuyeron a que el juicio quedase en suspenso y por el tiempo transcurrido, al presente se puede considerar que caducó.

Respecto a su pertinaz acusador, Marcelo Quiroga Santa Cruz, el general Banzer expresó: "Nunca alcancé a comprender el encono personal que Quiroga mostró contra mí. Antes habíamos sido amigos y hasta recuerdo algunos paseos a caballo que hicimos juntos. Aunque me sentí injustamente agredido en el juicio de responsabilidades, atribuí esa vehemencia tanto al temperamento personal de Quiroga, como a las razones políticas que lo impulsaban. El era un hombre de izquierda, apasionado casi hasta el fanatismo; yo era un hombre de derecha que había derribado a Juan José Torres y acabado con las 'asambleas populares' y otras amenazas al orden público. Resultaba yo, para él, un blanco ideal".

Capítulo VIII
Derrota de una victoria

El golpe de Natusch

Además de sus empeños de consolidación política y solución de problemas económicos, Guevara debió consagrar atención a la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos, que se realizaría en La Paz del 21 al 31 de octubre de 1979 y de la que se esperaba obtener una resolución de apoyo a la reivindicación marítima de Bolivia.

Desde el colapso de la negociación emprendida por Banzer en 1975 que terminó en la ruptura de relaciones diplomáticas con Chile, este problema estaba sumergido en un inmovilismo desfavorable para el país. Guevara intentaría trasladarlo al plano multilateral, en el que esperaba conseguir el sostén del conjunto continental. Como era previsible, Chile procuró impedir que la Asamblea se efectuase en La Paz pero tuvo que acatar la decisión del Consejo Directivo de la OEA y acreditar, a regañadientes una delegación, presidida por el embajador Pedro Daza. Los problemas surgieron en Bolivia. El 11 de octubre, o sea diez días antes de la sesión inaugural, se sublevó la guarnición militar de Trinidad exigiendo la clausura del Parlamento y la sustitución de un jefe del ejército, cuyo nombre no se mencionó. El golpe de Trinidad no despertó ecos en el resto del país, aunque prosiguieron los rumores sobre la inminencia de una segunda tentativa.

En efecto, se hallaba en marcha una conspiración en la que participaban Guillermo Bedregal, José Fellman, diputados pertenecientes al MNR, quienes contaban con la aquiescencia del jefe del partido, Víctor Paz Estenssoro. Estaban comprometidos en la conspiración el coronel Alberto Natusch Busch y por supuesto, el Alto Mando militar.

Banzer recordaba cómo su gestión marítima de 1975 había sido perturbada por factores de política interna y opinaba que en una reunión internacional tan importante como la de OEA, cualquier desorden interno causaría daño al prestigio e interés del país. Aunque personalmente abrigaba dudas sobre los resultados concretos que Bolivia lograría en la Asamblea de la OEA, juzgaba que ella serviría para actualizar el problema situándolo en un plano multilateral, ahora que el esquema bilateral estaba excluido tanto por la ruptura de relaciones con Chile como por la actitud negativa adoptada desde 1977 por el presidente Pinochet.

No dejaba de perturbarlo el hecho de que, pese a la inminente reunión de la OEA en La Paz, el Parlamento siguiese consagrando sus reuniones al juicio de responsabilidades, o sea distrayendo su tiempo en un problema interno.

La conspiración de Natusch planteaba a Banzer un problema de conciencia.

Enterado de los trajines previos, los había desaconsejado, aunque absteniéndose de hacer público su parecer pese a que ellos contrariaban el objetivo que se fijara a sí mismo al renunciar a la presidencia, en 1978; la vigencia de las normas democráticas mediante elecciones populares y la eliminación de los golpes de Estado.

Ahora se presentaba el dilema. No cabía desautorizar públicamente a Natusch, su amigo y ex ministro, complicado en una situación crítica y por eso prefirió ausentarse del país. Antes había autorizado a los parlamentarios de ADN proceder a título personal, como mejor les pareciera.

Fue uno de los trances de su carrera política en el que el general Banzer no lució un perfil nítido. Su aparente contradicción se explica por esa dualidad de motivaciones: de un lado, su deber de solidaridad con las Fuerzas Armadas; del otro, su anhelo de consolidar la praxis democrática en Bolivia.

Años después, Banzer expresaba: "Natusch Busch fue ministro durante mi gobierno. Tengo buen concepto de él, como profesional. Nuestras relaciones siempre fueron amistosas y siguen siéndolo. En aquella oportunidad yo me enteré de que preparaba un golpe, pero no fue Natusch quien me informó. Creí necesario llamarlo para decirle que yo consideraba inoportuna esta sublevación porque no existían condiciones



Alberto Natusch, durante los acontecimientos de 1979. (Fotografía de Freddy Alborta)

que la justificaran. Yo no le encontraba sentido a que pudieran coexistir un buen gobierno de facto y un Parlamento. Traté de reflexionarlo. También le dije que, si contaba con la complicidad del MNR, no era suficiente que este partido estuviese representado por dos figuras subalternas como Guillermo Bedregal y José Fellman. Al parecer, Natusch estaba también en contacto con Paz Estenssoro pero no pude confirmarlo porque en vísperas del golpe me ausenté a Washington.

"Cuando le pregunté cuáles eran los móviles de esta acción, Natusch me dijo que Guevara no había sido llevado a la Presidencia por un voto popular, que su mandato era claramente fijado por un año, pero Guevara había comenzado a maniobrar para prorrogarse y, por último, que no era hombre que respetase a las Fuerzas Armadas."

Como se ve, pese a que la eventual disolución del Parlamento habría podido significar la caducidad, temporal o permanente, del juicio de responsabilidades contra Banzer, éste desaconsejaba el golpe a Guevara.

La conducta de Natusch fue siempre de impecable lealtad respecto a Banzer. Mal podía éste olvidar tal antecedente ahora que su amigo corría el peligro de caer en una encrucijada sin salida.

Bajo estos auspicios inquietantes, la IX Asamblea General de los Estados de América se inauguró el 21 de octubre de 1979, en el hotel Sheraton, con asistencia de unas trescientas personas, entre ellas doce cancilleres, periodistas extranjeros y miembros de organismos no gubernamentales.

Fue aprobada una resolución por la cual la Asamblea declaró que era "de interés hemisférico una solución equitativa mediante la cual Bolivia adquiera acceso soberano y útil al océano Pacífico", recomendando que los Estados a quienes este problema concernía más inmediatamente iniciasen tratativas encaminadas a dar a Bolivia una conexión libre y soberana al mar.

Aprobada por unanimidad, con la sola abstención de Chile y Paraguay esta trascendental decisión de la OEA despertó una euforia popular extraordinaria. Para Banzer fue una decisión internacional reconfortante, pues aunque él no había intervenido directamente en su trámite, justificaba indirectamente la gestión emprendida por su gobierno en 1975. Más tarde, declaró: "A pesar de no encontrarme en el país, seguí con vivo interés el desarrollo de la Asamblea y diariamente me informaba de lo acon-

tecido. Celebré este éxito como todos los bolivianos. Lamenté que los hechos políticos internos y paralelos a la Asamblea ensombrecieran los logros obtenidos en el tratamiento del problema marítimo; pero no cabe duda de que la resolución de la OEA fue un gran triunfo, que no pudo ser explotado como se merecía."

Al igual que los demás bolivianos Banzer comprendía, por supuesto, que la resolución de la OEA era un instrumento jurídico valioso desde el punto de vista moral, aunque insuficiente para resolver el problema marítimo. Más, la diferencia con su propia gestión bilateral de 1975 radicaba en que, si en aquella ocasión, Bolivia actuaba sola, sin respaldo continental, en cambio, ahora los Estados Unidos y los demás países americanos habían tomado conciencia de la aspiración boliviana y apoyaban la gestión de un gobernante democrático. Aún quedaba un largo camino por recorrer, pero el primer paso estaba dado.

Por desgracia, esa satisfacción patriótica de Banzer estaba amenguada por el conocimiento que tenía de la conspiración político-militar en curso y de su impotencia personal para evitarla. Es por ello que, cerrando un poco los ojos, optó por ausentarse del país, dejando en libertad de acción a sus colegas militares y parlamentarios miembros de Acción Democrática Nacionalista.

El motín militar estalló la noche del 31 de Octubre de 1979, a pocas horas de concluida la Asamblea de la OEA y cuando todos los delegados y visitantes extranjeros estaban aún en La Paz. Así dio el espectáculo humillante e inconcebible de unos jefes militares y políticos civiles que se comportaban como los de cualquier tribu africana. El pasmo de los extranjeros y de la población fue enorme, el daño, inmenso y la reacción, violenta.

Con el apoyo de los tanques, Natusch Busch ocupó el Palacio Quemado, pero los regimientos no esperaban tropezar con una encarnizada resistencia popular en la que grupos de civiles, en su mayoría trabajadores y estudiantes, los enfrentaron sin temor.

Durante varios días recrudecieron los choques armados y las matanzas en las calles, cayendo además centenares de víctimas inocentes, en lo que se llamó la Masacre de Todos los Santos denunciada más tarde en un documento de la Asamblea de Derechos Humanos: 76 muertos, 140

desaparecidos y 204 heridos. Es probable que el número de bajas haya excedido esas cifras.

Banzer, rememora: "A mi retorno a La Paz después de una ausencia de varios días, Natusch seguía gobernando precariamente. En un contacto telefónico me anunció que me visitaría esa misma noche, en mi domicilio particular. Llegó acompañado por algunos miembros del Alto Mando militar. Era su primera salida del Palacio después de quince días. Analizamos la situación y mi consejo fue que entregara el gobierno al poder Legislativo para que éste designara un presidente de la República interinamente".

Al cabo de diez días, cuando los delegados extranjeros habían logrado finalmente salir del país llevándose la más penosa de las impresiones, Natusch se vió obligado a capitular entregando el mando a la presidenta de la Cámara de Diputados, Lydia Gueiler.

El pueblo paceño había vivido jornadas de pesadilla y ahora estaba ocupado en llorar a sus muertos.

Tardíamente, Natusch Busch lamentó no haber atendido las advertencias y consejos de Banzer en el sentido de no comprometerse en el complot; pero ahora el daño estaba hecho y como secuela lamentable, el prestigio de las Fuerzas Armadas se hallaba por los suelos.

Es verdad que la estructura del Alto Mando quedó intacta, es decir que aquellos jefes que ordenaron las masacres continuaban en sus escritorios del cuartel general de Miraflores. La transacción a la que se llegó entre el Parlamento y las autoridades castrenses únicamente había postergado la solución del problema. Por el momento, en espera de una nueva oportunidad, el Alto Mando accedió a que Lydia Gueiler, es decir una mujer vulnerable, asumiera el poder. ¿Por cuánto tiempo?

Banzer procuró mantenerse al margen de estas tratativas limitándose a disponer que los parlamentarios miembros de ADN apoyasen el nombramiento de Lydia Gueiler, con el fin de dar término a una situación insostenible. Sin embargo, su partido no integraría su gobierno, y adoptó una posición neutral y de expectativa.

Lydia Gueiler

Aquella noche lluviosa los centenares de ciudadanos congregados en la plaza Murillo, frente al Palacio Quemado, esperaban ver surgir a

Walter Guevara en el balcón principal, como signo de que la Presidencia le había sido restituida. Por el contrario, apareció una silueta femenina, que tomó de inmediato la palabra: "No más represalias ni venganzas. El país tiene que marchar hacia un luminoso porvenir".

Nunca en la historia boliviana había actuado una mujer en tales circunstancias. Algo desusado en este país con su larga tradición "machista". Como en Bolivia lo posible es imposible y lo imposible, posible, ahora se confirmaba el apotegma. El presidente era una apuesta mujer llamada Lydia Gueiler.

No es que ella fuese desconocida. Por el contrario, todos estaban enterados de su larga trayectoria política en filas del Movimiento Nacionalista Revolucionario, su activa oposición a los regímenes conservadores y por último su designación como presidenta de la Cámara de Diputados. Su relación política con el general Banzer había sido ocasional y más bien opositora, lo cual no fue óbice para que los parlamentarios pertenecientes a ADN apoyasen su designación como Presidenta interina.

Durante su corto gobierno, Lydia Gueiler gozaría de autoridad restringida tanto por no contar con un partido político que la apoyara, como por la omnipresencia del Alto Mando militar que desde el cuartel de Miraflores discutía sus decisiones, las imponía o vetaba, sin guardar para ella el respeto que merecía tanto por la investidura que ostentaba, como por su condición de mujer.

Tuvo que sufrir numerosas afrentas. Desde una tentativa de asalto en la residencia presidencial por el propio coronel encargado de su seguridad, como imposiciones sobre designaciones castrenses y simulacros nocturnos, con movimientos de tropas y explosiones de petardos en las calles. A pesar de todo, Lydia trataba de gobernar. Dictó un paquete de decretos destinados a conjurar una situación económica en creciente deterioro, el mismo que fue resistido por los trabajadores y campesinos que la obligaron a dar marcha atrás, pues tampoco recibió el respaldo de su partido ni el del Parlamento.

Un conflicto de intereses entre La Paz y Santa Cruz contribuyó a agravar la situación. Se originó en la oposición del Comité Cívico Departamental cruceño al proyecto de un ingenio azucarero de San Buenaventura, situado en La Paz. El plan arrancaba del período de Banzer aunque

había sido diferido desde entonces, pues los cruceños argumentaban que constituía una competencia que dañaba los intereses de los ingenios ya existentes en Santa Cruz. Cupo a Banzer actuar discretamente ante sus coterráneos para soslayar el conflicto regionalista. De todos modos, el proyecto de San Buenaventura fue postergado.

Obediente al mandato del Congreso, Lydia Gueiler convocó a elecciones populares, esperando apaciguar la desazón existente y evitar un nuevo golpe militar. Ello no impidió nuevos atropellos que llegaron al crimen, con el asesinato del sacerdote jesuita español Luis Espinal; un atentado terrorista contra una manifestación pública de la UDP; ataque a mano armada a la prefectura de Santa Cruz; un atentado de dinamita en Potosí y estallido de bombas en Cochabamba. El propósito era crear un clima de violencia que intimidara a la población y justificase un nuevo golpe militar.

Reaccionaron los civiles creando una agrupación denominada Comité Nacional de Defensa de la Democracia (CONADE), integrada por la mayoría de los partidos políticos, con excepción de ADN que ni siquiera fue invitada a participar.

El 30 de junio de 1980, los ciudadanos acudieron masivamente a las urnas. A pesar de que era la tercera convocatoria en menos de dos años, las frustraciones anteriores no habían enfriado su decisión de ejercer ese derecho. Los comicios se efectuaron en un ambiente tranquilo, diferente del que reinara en las últimas semanas.

Entre los candidatos figuraba Hugo Banzer, propiciado por su partido ADN que, en adelante sería un sector político gravitante. Gracias a sus giras por el interior de la República, Banzer pudo percatarse de que el nuevo partido echaba raíces entre los electores y que su nombre ganaba espacio democrático, hecho tanto más significativo cuanto que aún subsistía en el país el amargo recuerdo de la conducta de los militares en los últimos meses. Cautivo durante varios años de una suerte de insatisfacción por haber asumido una presidencia de facto, ahora le complacía participar por segunda vez en una justa democrática. Su triunfo era incierto frente a adversarios como Paz Estenssoro, candidato del MNR y Hernán Siles, de la UDP; pero, cualquiera que fuese el resultado, lo acataría para demostrar la autenticidad de su prédica democrática.

Deseaba volver a la presidencia; más por vocación de servicio que por ambición personal. Conocía los piélagos del cargo y sabía que, hiciera lo que hiciere, un gobernante jamás llega a complacer a todos. Había experimentado en carne propia el encono de sus adversarios, atentos sólo a acentuar los errores de su administración; tampoco le seducían los honores que entornan al poder, pues ya los había recibido. Su candidatura se inspiraba también en una consideración especial: esperaba que su participación garantizara la legitimidad de las elecciones, amenazadas por la manía conspirativa del núcleo irreductible de militares del Cuartel General. Testigo de sus recientes violencias y desmanes, no podía, por exceso de solidaridad profesional, condenarlos públicamente, pero se guardaba bien de aprobarlos.

Para Banzer fue una nueva experiencia cívica educativa en la praxis democrática. Ya no podía tildárselo de autoritarismo puesto que se había sometido y acatado las normas electorales, sin gozar de ningún apoyo oficial. Con ello demostraba la sinceridad de sus propósitos y la autenticidad de su reconversión a la democracia.

Las elecciones, efectuadas dentro de un clima de tranquilidad y denso concurso popular, dieron las siguientes cifras: Hernán Siles Zuazo (UDP) 507.173 votos; Víctor Paz Estenssoro (MNRH) 263.106; Hugo Banzer (ADN) 230.309; Marcelo Quiroga (PS-1) 113.959 votos.

Banzer aceptó el resultado pero denunció: "Como todas las elecciones anteriores, ésta tampoco dejó de estar manchada por el fraude. Calculo que al candidato de ADN le fueron sustraídos unos cien mil votos. El MNR es experto en este arte". No objetó el triunfo de Hernán Siles. Quienes rehusaron acatar el voto popular fueron los miembros del Alto Mando del ejército, comandados por el general Luis García Meza. Aún no habían absorbido su fiasco con Natusch Busch y buscaban la oportunidad para un nuevo intento sedicioso.

Era preciso actuar antes del 6 de agosto, día en el que, en principio, el Congreso habría de ungir presidente a Hernán Siles.

En la madrugada del 17 de julio circuló la noticia de que, por segunda vez, la guarnición de Trinidad se había insurreccionado, exigiendo la anulación de las elecciones del 19 de junio, la destitución de la Presidenta y la formación de una junta militar. Tanto el pueblo como el gobier-

no reaccionaron con parsimonia, recordando el fiasco de la intentona producida en esa misma capital durante el período de Guevara. Contribuyó a aumentar esa confianza el hecho de que la ciudad de La Paz permanecía tranquila.

El Comité Nacional de Defensa de la Democracia decidió reunirse a las diez de la mañana en el local de la COB, situado en la plaza Venezuela. Ahí se congregaron unas treinta personas, presididas por Juan Lechín y con asistencia de Marcelo Quiroga, el padre Julio Tumiri y varios líderes sindicales, el dirigente minero Gualberto Vega y el diputado Carlos Flores Bedregal. Estaban ausentes los jefes de los partidos políticos, miembros de CONADE, entre ellos Víctor Paz Estenssoro, Walter Guevara y Hernán Siles. Este último se hallaba visitando a la Sra. Gueiler.

Tras una breve deliberación, se redactó un comunicado disponiendo el paro general en todo el país y el bloqueo de los caminos.

Sorpresivamente, a las diez y media de la mañana, cuando la reunión estaba ya por disolverse, el edificio de la COB fue invadido por grupos de paramilitares que, descendiendo de cinco ambulancias, empezaron a disparar sus armas. Ingresaron al interior y capturaron a la mayoría de los presentes, hiriendo de bala a Marcelo Quiroga, Gualberto Vega y Carlos Flores. Los dos últimos murieron en el acto. Quiroga, malherido, fue conducido en una de las ambulancias hasta el cuartel general de Miraflores donde se lo torturó hasta causarle la muerte.

Disuelta a balazos la reunión de CONADE y asesinados dos de sus asistentes, los paramilitares se dirigieron al Palacio Quemado donde no tropezaron con resistencia alguna pues la guardia estaba comprometida.

Lydia Gueiler y sus ministros permanecían en el despacho presidencial, aislados e impotentes. El palacio estaba ya ocupado por los sediciosos y los edecanes con excepción de dos que se habían esfumado al igual que los ministros de Defensa y del Interior, así como el prefecto del departamento, también militar. Desde Miraflores, García Meza conminó a los ministros civiles para que "viniesen a conversar". Así lo hicieron, menos Gastón Araoz, Salvador Romero y Oscar Peña. Los demás fueron detenidos en el cuartel de Miraflores.

En la tarde, la Presidenta y Gastón Araoz fueron conducidos a la residencia presidencial e incomunicados. En la noche ingresaron los coro-

neles Waldo Bernal y Armando Reyes Villa, portando el texto de la renuncia de aquélla. Fue necesaria la intervención del Nuncio Apostólico para obtener la firma de Lydia Gueiler, quien después de unas semanas de asilo en la Nunciatura, viajó al Perú. Entretanto, García Meza, secundado por los militares de Miraflores, se incautó del poder.

Respecto al trágico final de Marcelo Quiroga Santa Cruz, quien tanto le atacara en vida, Banzer tuvo estas palabras: "A pesar de todo, nunca abrigué resentimiento personal contra Quiroga Santa Cruz y puedo asegurarle que fui uno de los que más lamentaron la forma de su muerte".

El gobierno de la "reconstrucción nacional"

Así se autotituló la camarilla militar que derrocó a Lydia Gueiler. La presidía el general Luis García Meza y estaba integrada por el general de aviación Waldo Bernal y el contraalmirante Ramiro Terrazas.

García Meza había sido comandante del regimiento Ballivián, de guarnición en Trinidad; jefe de sección territorial en la zona de Roboré; comandante de la VI división en el Beni; y jefe territorial en San Ignacio de Mojos. Al igual que en el caso de Banzer, gran parte de su carrera transcurrió en el oriente, aunque con una diferencia: la actuación de García Meza en esas zonas no se señaló por obra constructiva alguna. Posteriormente fue comandante del Colegio Militar, cuando el golpe de Natusch. Hasta entonces fue la equitación su actividad sobresaliente. Siguió cursos de entrenamiento en los potreros militares del Paraguay y de la Argentina y escogió como especialidad el arma de caballería.

Banzer, que le conocía muy bien, no lo admiraba profesionalmente y, durante su gobierno, lo mantuvo alejado de La Paz, pues estaba enterado tanto de sus limitaciones intelectuales como de su ambición política.

Años más tarde, Banzer formuló este comentario: "Lo que ocurrió con García Meza fue que este general ansiaba ser presidente a cualquier costo. Percibió la fragilidad del gobierno de la señora Gueiler y encontró la ocasión propicia para encaramarse en el poder. Debo aclarar que ni ADN ni yo personalmente participamos en el complot ni en el golpe de García Meza. Después, la Junta creó un consejo consultivo en el que participaron algunos miembros de ADN a título personal. Pero al final, cuan-

do se supo la implicación de varios miembros de la Junta en los negociados del narcotráfico, me vi en la obligación moral de retirar todo apoyo al gobierno, lo cual motivó la reacción airada de García Meza".

En una primera etapa, Banzer mantuvo una actitud neutral respecto a la Junta y rehusando ligarse personalmente con ella cedió al apremio de varios miembros de ADN a quienes dejó en libertad de acción para colaborar con ese gobierno. Autorizar la colaboración "a título personal" fue, sin duda, un error pues abrió las compuertas del oportunismo que caracterizó a algunos miembros de ADN, que desempeñaron puestos ministeriales.

El Consejo Político de la OEA, reunido en Washington el 23 de julio aprobó una resolución en la que deploraba el golpe militar y expresaba su preocupación por la pérdida de vidas humanas y las violaciones de derechos ciudadanos.

Los países del Pacto Andino adoptaron actitudes condenatorias, al igual que el Parlamento Europeo, la Comunidad Económica Europea, los Estados Unidos, la Unión Soviética y numerosos gobiernos europeos que suspendieron sus programas de cooperación económica.

García Meza declaró "zona militar" el distrito minero de Siglo XX y movilizó dos regimientos hacia Huanuni y Caracoles. El regimiento blindado Tarapacá, famoso por sus proezas durante la masacre de Todos los Santos, secundado por el regimiento de artillería Camacho, atacó el campamento de Caracoles al mismo tiempo que otras unidades amenazaban Huanuni.

Huanuni fue ocupado en la madrugada del domingo 20 de agosto, y allí se repitieron las violencias; esta vez cometidas por paramilitares que vestían uniforme de enfermeros. Una a una fueron destruidas las emisoras de radio instaladas en Catavi, Siglo XX, Milluni, Telamayu, Potosí, Colquiri, Huanuni y otros centros mineros.

Hubo una que resistió hasta el final: radio Viloco que siguió transmitiendo consignas de resistencia, pese a estar cercada por las tropas. Comentó el diario español *Cambio 16*, el 7 de septiembre de 1980: "Viloco fue, durante un mes, lo que fuera Madrid en 1939". Junto a la emisora Pío XII, dirigida por el sacerdote Gregorio Iriarte, estas dos radios simbolizaron el indomable coraje de los mineros.

El 27 de julio, representantes de los sindicatos mineros y de la segunda división del ejército suscribieron en Catavi un convenio de "pacificación y armonía social", por el cual las Fuerzas Armadas y el gobierno garantizaban la estabilidad laboral de los trabajadores y éstos, por su parte, se comprometían a no participar en actividades subversivas.

A partir de entonces, los sindicatos mineros se mantuvieron en relativa calma.

Sofocada la resistencia de los mineros, fueron las religiones católica y protestante los únicos frentes de oposición a la Junta. García Meza pretendió torpemente apaciguar a la jerarquía eclesiástica obsequiando un lujoso automóvil a monseñor Clemente Maurer, cardenal primado de Bolivia. Este aceptó el regalo, lo vendió y repartió el importe entre los pobres de Sucre.

Ante la amenaza común, pastores de las iglesias metodista y luterana sumaron su acción a la de los sacerdotes católicos. Buen número de religiosos y monjas tuvieron que esconderse para no ser apresados; pues conventos, colegios y parroquias eran invadidos regularmente. Hacia fines de agosto de 1980 estaban detenidos más de treinta sacerdotes y varios pastores metodistas. El padre Julio Tumiri, presidente de la Asamblea Nacional de Defensa de los Derechos Humanos fue apresado y vejado, pese a su edad avanzada.

Los miembros de la plana mayor del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) se habrían librado de morir en la mañana del 17 de Julio de 1980, cuando los paramilitares enviados por García Meza husmearon en vano el local de la avenida Santa Cruz donde esperaban encontrarlos reunidos, como lo estaban, a la misma hora, los de CONADE, en el edificio de la COB. Las instrucciones a los paramilitares eran de masacrar a los miristas, simulando que habían resistido por las armas. Por suerte, éstos sesionaron en otro sitio y esa circunstancia fortuita les salvó la vida, temporalmente. Se pretendía eliminarlos, porque la Junta calificaba al MIR como un "foco de agitación extremista". Ya se había intentado asesinar a su jefe, Jaime Paz Zamora, mediante el sabotaje del avión que cayó en llamas durante la campaña preeleccionaria de 1980.

La oportunidad deseada se presentó en la tarde del jueves 15 de enero de 1981, en una casa situada en la calle Harrington, de La Paz. Allí

reunidos, analizaban los decretos de carácter económico dictados por la Junta militar, dos días antes, nueve dirigentes del MIR: José Reyes, ex diputado; Artemio Camargo, dirigente minero; Ramiro Velazco, catedrático universitario; Ricardo Navarro, economista; Luis Suárez Guzmán, sociólogo; Jorge Baldivieso, secretario de la Federación Universitaria de La Paz; Gonzalo Barrón, dirigente universitario; Arcil Menacho, ex oficial del ejército y, por último, una mujer joven, Gloria Ardaya, socióloga y parlamentaria. Ninguno portaba armas y habían sido delatados.

A las cinco de la tarde, grupos de paramilitares irrumpieron en la casa, disparando a diestra y siniestra. Sorprendidos, los miristas levantaron las manos y Gloria Ardaya alcanzó a esconderse debajo de una cama. Nunca se supo cuántos cayeron muertos en el sitio y cuántos fueron los heridos transportados a un cuartel donde se los torturó hasta matarlos. Lo único cierto es que ocho miristas perdieron la vida.

Consumado el crimen, algunos paramilitares permanecieron en la casa, disparando sus armas, para disimular que los miristas ofrecían resistencia y poder alegar que murieron peleando. Se extremó la comedia al punto de afirmar que uno de los paramilitares, Juan Rodríguez Luna, había perecido en el combate y simularon su entierro. Más tarde se supo que Rodríguez seguía con vida, pero se le había cambiado el nombre y enviado a otro destino.

Gloria Ardaya fue descubierta cuando la masacre había cesado; salvó la vida debido a que en ese momento algunos periodistas habían ingresado en la casa. Sometida a vejámenes humillantes, fue finalmente exiliada.

El narcotráfico

Desde el día en que la Junta tomó el poder, un imborrable estigma la deshonró: la implicación de muchos de sus miembros en el narcotráfico.

No es que ese comercio delictuoso naciera con ella. El problema databa de los años cincuenta cuando surgieron en el país algunos laboratorios clandestinos de tipo artesanal. En la década siguiente algunos comerciantes e industriales de Santa Cruz entraron en contacto con trafi-

cantes internacionales y el problema se amplió hasta adquirir una dimensión inconmensurable.

Correspondió al régimen de García Meza el triste privilegio de que fueran miembros de su gobierno quienes, previo pago de sumas sustanciales, protegieran a los traficantes y, en algunos casos, participaran en el negocio, creando líneas aéreas de transporte para la exportación de pasta de cocaína o la importación de productos para su refinamiento.

Estas actividades delictuosas empañaron el prestigio de la clase militar en su conjunto, por más que numerosos jefes y oficiales tuvieron la integridad suficiente como para resistir la tentación. Ellos no lograron impedir que el país se deslizase a un terreno económico ilegítimo pero de extraordinaria magnitud. Se estima que en 1980, la venta mundial de cocaína alcanzaba a treinta mil millones de dólares. Una onza de cocaína pura se vendía en los Estados Unidos en dos mil dólares, o sea el quíntuple del precio del oro.

En ese clima de suspicacia creado por la complicidad de jefes militares en el narcotráfico, habría sido sorprendente que los adversarios de Banzer no intentasen involucrar su nombre.

Las primeras referencias vinieron del exterior. La revista peruana *Marka,* en su edición del 28 de agosto de 1980, vale decir a los pocos días del golpe de García Meza, registró la siguiente nota: "Cuando a unos seis meses antes del golpe del 17 de julio de 1980, la división de narcóticos de Santa Cruz, al mando del mayor de policía Carlos Fernández Navarro, realizó el operativo San Javier, los militares ligados al narcotráfico comprendieron el peligro que significaban las autoridades democráticas para sus actividades. San Javier es una población del oriente cruceño donde las dos estancias principales pertenecen a Hugo Banzer y a Widen Razuk, dedicadas a la ganadería y que por estar lejos de las zonas productoras de coca nunca habían sido vinculadas con la fabricación y tráfico de cocaína.

"Fue más sorprendente por eso –proseguía la nota– que aparecieran por allí hombres de la división de narcóticos, intentando detener el traspaso de la producción a una avioneta colombiana. Después de un enfrentamiento armado y cuando regresaban con refuerzos, encontraron también allí una avioneta boliviana, con una bandera blanca y un oficial del Colegio Militar de Aviación que les ordenó que se retiraran, pues ellos

se hacían cargo del decomiso. Pero no se le obedeció. Decomisaron la droga y allanaron las casas desde donde se retiraron los alijos de droga. Encontraron allí los uniformes militares que usaban los choferes de los vehículos del ejército que transportaban hasta allí la hoja. Las casas estaban dentro de la estancia de Banzer.

"Dos días después, la prensa denunció que se habían decomisado más de 300 kilos de droga luego de un prolongado enfrentamiento armado, a raíz de una denuncia personal del general Banzer, que había descubierto que se estaba usando ilícitamente su propiedad. El equipo había descubierto varias fábricas importantes de droga, decomisando mucho armamento moderno de los grupos paramilitares, con un gran cargamento de droga que pertenecía a la empresa de aviación de los coroneles Luis Arce Gómez y Norberto Salomón."

Banzer refutó estos cargos mediante una declaración al diario *La Prensa* de Buenos Aires: "...Se me sindica de participar en la actividad ilícita y repudiada del 'narcotráfico' en mi país, con acompañantes, datos y circunstancias que se acercan a la ficción pura, tratando de dañar malintencionadamente mi honorabilidad. Por ello declaro que:

"Fue en mi gestión gubernamental de siete años cuando por primera vez en la historia de Bolivia se estudió y aprobó una ley denominada 'Control de sustancias peligrosas', que establece la tipicidad del delito y las sanciones correspondientes.

"Fue en esta misma gestión de mi gobierno cuando se creó el organismo destinado a poner en ejecución la mencionada ley; organismo denominado Dirección Nacional de Narcóticos, dependiente del Ministerio del Interior.

"El instrumento legal y el organismo operativo recibieron eficaz cooperación técnica del gobierno de los Estados Unidos.

"Quién creó la ley y el organismo represivo fue el general Banzer, el mismo que no podía dedicarse a violar la ley que creó y actuar en contra del instrumento operativo que también creó.

"Se me sindica de poseer tierras dedicadas al cultivo de la coca en el área de San Javier. Poseo en el área de San Javier a 250 kilómetros de la ciudad de Santa Cruz, una extensión de terreno de cien hectáreas, extensión que es menor a la que un campesino tiene derecho gratuitamen-

te, por efecto de la ley de reforma agraria. En esta área geográfica por razones de calidad del suelo y clima, es imposible el cultivo de la coca, tierra que en mi poder está destinada al establecimiento de una lechería, para producir leche que mejore la alimentación del ser humano y no cocaína que destruye al mismo ser humano.

"La calidad del suelo y las características del clima no permiten cultivar coca. Resulta ilógico producir alimento y veneno al mismo tiempo.

"Se me sindica de estar asociado en el narcotráfico con varias personas. Declaro que a algunas de ellas las conozco por su posición opositora a mi conducta política. Con las demás, no me liga ni parentesco ni amistad.

"Nadie se asocia con sus opositores ni con personas desconocidas. Se me acusa de tener un medio hermano a quién designé cónsul de Bolivia en Miami, como nexo del narcotráfico. Declaro que un primo mío ejerció las funciones de cónsul en Miami, por tres meses. Pero fue designado por el gobierno que mediante un cuartelazo y a espaldas del pueblo me sustituyó y no por el gobierno que presidí. La sindicación es de plena falsedad.

"Deseo recordar que en el corto período parlamentario de mi país durante el año 1980, se me instauró un juicio político en el que ninguno de mis acusadores mencionó el narcotráfico como actividad relacionada con mi persona.

"Para concluir, deseo hacer conocer a la opinión pública argentina que, mediante carta expresa, he invitado con gastos pagados por mí, a cualquier enviado que el diario *New York Times* o la revista *Istoe* quieran designar para viajar a Bolivia con el propósito de ratificar o rectificar las denuncias publicadas.

"Aseguro a todos los argentinos que ninguna de las calumniosas afirmaciones tiene mínima validez y ellas sólo buscan desacreditar a quien consagró su vida al servicio de su Patria. Hugo Banzer."

Capítulo IX
En pos de la democracia

Conspiraciones y amagos de enfrentamiento regional

Aunque inicialmente había adoptado una actitud tolerante respecto de la Junta, los excesos de ésta terminaron por provocar la protesta de Banzer. En los primeros días de enero de 1981 viajó a Washington, donde confirmó lo que todos sabían: "La imagen de Bolivia ha sido deteriorada por el problema de la cocaína". Interrogado sobre su eventual retorno al poder, respondió: "Sí, quiero ser presidente, pero esta vez deseo entrar por la puerta y no por la ventana".

García Meza, quien observaba con recelo su actitud, desencadenó contra él una campaña de desprestigio. El 23 de marzo, una ficticia organización campesina publicó dos comunicados, acusándolo de "haber saqueado las arcas fiscales e hipotecado al país". Por su parte, García Meza declaró ilegal toda actividad política del general Banzer. Este reaccionó y el 3 de abril retiró oficialmente el apoyo de ADN a la Junta, censurándola por "mala conducción de la política internacional, incoherencia en los planes económicos e ineficiencia administrativa".

Como sanción fue confinado en su hacienda de San Javier. García Meza declaró: "La ingratitud histórica del general Banzer es repudiable. Hoy trata inútilmente de mellar el prestigio de las Fuerzas Armadas y del que habla, olvidando que, en momentos en que el extremismo lo acusaba en un juicio de responsabilidad, sus camaradas de armas salieron en su defensa".

Intentaba desviar la acción de los "institucionalistas" fomentando una campaña contra Banzer, pero falló en su propósito. Por el contrario, la presión que aquellos ejercieron obligó a la Junta, el 8 de abril de 1981, a sustituir al general Hugo Echeverría, jefe de la VIII División con base en

Santa Cruz, por el coronel Gary Prado. Fue una mala noticia para los traficantes de cocaína, pues Prado ordenó desmantelar los grupos paramilitares que retozaban en la ciudad al servicio de los traficantes. Prado y sus hombres capturaron a delincuentes colombianos, peruanos, argentinos y bolivianos, incautándose además de armas, municiones y cierta cantidad de cocaína.

En sugestiva coincidencia, el mismo 3 de mayo, miembros de Falange asaltaron el campo petrolífero Tita perteneciente a la Occidental Petroleum Company, ubicado a unos 160 kilómetros de Santa Cruz, y capturaron treinta y seis rehenes. Una fracción de Rangers se trasladó a Tita, rodeó el campamento y consiguió restablecer el orden. Cuando los soldados recogían las armas capturadas, se oyó un disparo, uno solo, dirigido contra el coronel Prado quién llegó al lugar después del operativo. Gravemente herido fue transportado a los Estados Unidos y hospitalizado durante seis meses. No se recuperó por entero, pues quedó parcialmente inválido por el resto de su vida. Nunca se dilucidó si el disparo que lo hirió fue casual o deliberado.

El malestar provocado por este hecho agravó el descontento castrense. García Meza fue convocado por la guarnición de Cochabamba, el 11 de mayo, y en una reunión agitada, el teniente coronel Emilio Lanza Armaza, del grupo Institucionalista, le pidió su dimisión "por desaciertos en la conducción del país y el deterioro de la imagen de las Fuerzas Armadas, originado por el narcotráfico". García Meza soportó la invectiva de Lanza y retornó a La Paz prometiendo adoptar una decisión.

Como ésta demoraba, Lanza se alzó en rebelión. Las tropas ocuparon la prefectura y varios edificios, así como las emisoras de radio incitando a la revuelta. Lanza insistía en la renuncia de García Meza y proponía a Banzer en su reemplazo; sin embargo, a último momento desertaron los demás jefes comprometidos y Lanza optó por refugiarse.

En la madrugada de ese mismo día, un grupo de policías ingresó en el domicilio de Banzer en Santa Cruz, e intentó llevarlo preso. Como se resistiera, fue conminado a abandonar de inmediato el país. Nueva negativa de Banzer. En la noche recibió la visita del comandante de la VIII división y del director del Colegio Militar de Aviación quienes le expresaron, en nombre del Presidente, que se había incurrido en un error al in-

tentar apresarlo y expulsarlo del país y que quedaba en absoluta libertad para permanecer en Santa Cruz. Esa misma noche, sin embargo, se enteró de que se tramaba asesinarlo. Uno de sus amigos había interceptado y descifrado una comunicación telefónica en clave, de La Paz, en la cual se impartían órdenes en ese sentido. Apremiado por su esposa y sus amigos viajó al día siguiente a la Argentina.

En Buenos Aires formuló la siguiente declaración: "No tuve ninguna participación en los hechos ocurridos en Cochabamba; más claro aún, los ignoraba totalmente. Ellos son fruto de la insostenible situación de inmoralidad e ineficiencia que reina en Bolivia. No he sido expulsado por nadie. Se me pidieron disculpas en nombre del Presidente por lo sucedido el 11 de mayo. Por consiguiente, estoy en territorio argentino por mi voluntad; pero al mismo tiempo, para resguardar mi seguridad física. Nadie en Bolivia, ni siquiera mis opositores políticos, me conocen por disociador; sino más bien por mis esfuerzos para lograr la unidad del pueblo y sus Fuerzas Armadas, en un ambiente de orden, paz y trabajo".

Sindicó a García Meza de armar grupos de paramilitares y le previno que el pueblo boliviano juzgaría los abusos de poder, los arrestos ilegales, las muertes y desapariciones que ocurrían en el país. Expresó que tales fueron las causas de su decisión de suspender la colaboración de ADN a la Junta Militar, censurándola además por su lenidad en reprimir el narcotráfico. Al mismo tiempo, envió un telegrama al general Humberto Cayoja, nuevo comandante general del ejército, en el que solicitaba poner en consideración de una reunión de comandantes a realizarse en Cochabamba el 2 de junio, la organización de un tribunal de honor para investigar su comportamiento profesional y de funcionario público durante y después de haber desempeñado la presidencia de la República.

Como Cayoja formulara declaraciones que insinuaban la participación de Banzer en trajines subversivos, éste las desmintió: "Me he informado sobre sus declaraciones a la prensa nacional donde usted me exhorta a abandonar la subversión y el camino de la discordia, conceptos que no puedo aceptar, pues la única vez que estuve en el 'camino de la subversión' fue en su compañía, en el año 1971, con los resultados que el pueblo boliviano conoce; pero jamás busqué o buscaré la discordia, porque ella es negativa y funesta al destino de los hombres y de la Patria".

En verdad, Banzer no necesitaba conspirar contra la Junta que se desmoronaba bajo el peso de sus propias contradicciones.

El 3 de agosto, varias guarniciones del oriente se declararon en rebelión, encabezada por los generales Alberto Natusch Busch y Lucio Añez, que habían retornado furtivamente de sus exilios en la Argentina y el Perú, respectivamente. Afirmaban contar con nueve divisiones de ejército, aunque pudo advertirse que las de La Paz y Cochabamba no los secundaban.

La reaparición de Natusch Busch era desconcertante pues pretendía rehabilitarse ante la historia. Acusaba a García Meza de haber concitado la repulsa del país y el desprecio del exterior, "como jamás ocurriera hasta la fecha".

Desde el primer momento, la rebelión de Santa Cruz revistió un cariz incierto. Surgió un desacuerdo entre los dos cabecillas, pues Añez propugnaba una actitud intransigente y combativa, en tanto que Natusch, quizás escaldado por lo que ocurrió en noviembre de 1979, aconsejaba el compromiso. A su vez, la Junta se mostraba tan vacilante como sus adversarios. Por precaución, García Meza envió a su familia "a las playas de Suiza".

La COB decretó un paro general, en tanto que otras guarniciones se solidarizaban con los rebeldes de Santa Cruz.

La situación se tornó confusa. El conflicto amenazaba degenerar hacia una prueba de fuerza regionalista: Santa Cruz contra La Paz, o sea a una guerra civil. La Junta anunció falsamente la movilización de cinco mil campesinos y el envío de tropas. En el hecho no movilizó sino dos compañías de conscriptos, transportadas en anticuados aviones Fokker, que se rindieron apenas aterrizaron en la capital cruceña.

La Nación corría empero el peligro de un conflicto armado entre tropas y campesinos kollas contra sus hermanos orientales. En Santa Cruz se insinuaba una tendencia autonomista de imprevisibles proyecciones. Circulaban manifiestos reservados, que mostraban las razones históricas, económicas y raciales que señalaban la conveniencia de que el oriente se desvinculara del collado andino.

Desde su exilio en Buenos Aires, Banzer observaba con alarma el agravamiento del conflicto y estimó que era su deber lanzar un mensaje:

"...Alzo mi voz serena para decir: Bolivianos, nuestra patria se aproxima al abismo con sorprendente rapidez. Me refiero a la descomposición social causada por la quiebra de la moral y la inversión de valores. Dentro de nuestro contexto social, en peligro de disgregación, las Fuerzas Armadas, como institución tutelar, constituyen la única garantía de cohesión nacional. En la hora presente, esas mismas Fuerzas Armadas, debido a las discordias internas, a la destrucción sistemática de su jerarquía y disciplina, pueden ser la causa de la destrucción del país e incluso de su desaparición como Estado. Al fallar la única institución de cohesión, fallará lo demás. En ese momento, no sólo las fuerzas de la antipatria, sino factores exógenos habrán creído que llegó la hora de hacer desaparecer a Bolivia.

"Como militar y ex comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, les digo a mis camaradas que rechacen cualquier instrumentación, intimidación o cohecho que se pretenda perpetrar, para cubrir los formalismos del ejercicio de un poder sin consenso.

"Como boliviano y como soldado, estoy junto a quienes, no obstante los obstáculos y dificultades, no están dispuestos a que Bolivia sea destruida. Vigilante, y ofreciendo la vida como prueba si es necesario, prometo que nuestra patria volverá a ser próspera y respetada."

Al analizar la trayectoria profesional y política de Banzer, no se puede menos que ponderar su ferviente espíritu nacionalista, que afloraba sobre todo en los trances críticos, cuando había riesgo de que irrumpiese un regionalismo destructor.

La condición de cruceño, unida a su prestigio profesional, le permitió en más de una ocasión calmar espíritus y aplacar enconos. En 1971, cuando la rebelión contra Torres, impidió que ésta asumiese un carácter de conflicto regional entre La Paz y Santa Cruz. Ahora volvía a surgir ese peligro y nuevamente hacía el esfuerzo requerido para conjurarlo. Reiterada a lo largo de su vida, esa constante de su conducta fue invalorable para sofocar cualquier amago de disolución nacional.

Esta vez, no era el único en percibir el peligro que se cernía sobre la Nación. En La Paz, un selecto núcleo de ciudadanos encabezados por Joaquín Espada, patricio cochabambino, Luis Fernando Guachalla y Víctor Andrade, formuló otro llamado a la cordura: "Invocamos el patriotis-

mo, la serenidad y el desprendimiento de las Fuerzas Armadas para cumplir el deber que la patria les señala en esta hora de prueba, cuyas consecuencias podrían afectar a la existencia misma de la República".

Los trabajadores tampoco permanecieron pasivos. Declaró Simón Reyes, líder sindical con una larga trayectoria de lucha: "El hecho que el poder del Estado se halle al servicio de la droga y de bandas fascistas armadas y pagadas por los traficantes de cocaína ha suscitado malestar en el propio ejército. Ese malestar ha provocado el levantamiento. El gran ausente es el pueblo boliviano. No hay sino una salida: la redemocratización sobre la base de la decisión libre del pueblo."

La Iglesia Católica expresó sus temores frente a un estado de cosas que parecía agravarse de día en día y se ofreció como intermediaria entre los dos bandos en pugna. Gracias a las exhortaciones del Nuncio Apostólico, monseñor Alfio Rapisarda y del obispo de Santa Cruz, monseñor Luis Rodríguez, se obtuvo que Natusch Busch viajara a La Paz, acompañado por este prelado, para discutir con la Junta la posibilidad de un acuerdo.

La entrevista se efectuó en el aeropuerto militar de El Alto. Al cabo de tres horas Natusch retornó a Santa Cruz, donde convocó a la prensa para leer un documento suscrito por él, en La Paz. Era una capitulación. Reconocía la autoridad de la Junta como gobierno del país, "a fin de evitar una guerra civil"; asegurando que la Junta no daría de baja a los militares insurgentes y que aquellos que ya lo habían sido, podrían solicitar su reincorporación. Natusch afirmó también que este acuerdo, que sólo llevaba su firma, estaba avalado por la "palabra" de la honorable Junta de comandantes. García Meza había sorprendido la candidez de Natusch quien, según su biógrafo Irving Alcaraz, "cree todo lo que le dicen". Eso explica tal vez su conducta aquel aciago primero de noviembre.

Contrito y desengañado Alberto Natusch Busch se retiró de la política encerrándose en la soledad de su hacienda en el Beni. Murió en Santa Cruz a fines de 1994.

Los regimientos rebeldes se replegaron a sus bases y los grupos civiles se dispersaron. El general Añez exigió que la Junta cumpliera su promesa de convocar a la cúpula castrense y fijara un plazo para desasirse del poder. Actitud plausible pero ineficaz pues la Junta se empeñaba en machacar que los sublevados de Santa Cruz habían reconocido su autoridad.

"Es más fácil aplastar un nido de víboras que desenredarlo", decía el escritor francés Paul de Saint Victor.

El general Añez viajó a La Paz y logró modificar parcialmente la situación al obtener que García Meza entregase la presidencia a un triunvirato integrado por los generales Waldo Bernal, Celso Torrelio y el contraalmirante Oscar Pammo, el 4 de agosto. En realidad García Meza seguía gobernando, sin abandonar la residencia presidencial.

Los jefes que aún mantenían integridad acentuaron su presión hasta obligar al "triunvirato" a disolverse y designar a uno de sus miembros, el general Celso Torrelio, presidente de la República, el 5 de setiembre.

De modesta extracción social, simple suboficial del regimiento Ingavi durante el primer gobierno del MNR, Torrelio carecía de muchas luces, pero tenía fama de honesto; por lo menos, no apareció mencionado en las oscuras sospechas de protección al narcotráfico. García Meza lo juzgaba "manejable", siendo ésta la razón por la cual lo integró primero en el triunvirato y apoyó después su designación como presidente. Torrelio formuló espontáneamente una declaración juramentada del monto de su fortuna personal y renunció al haber de presidente, contentándose con seguir percibiendo el de general. Expresó que su propósito era mantener la unidad de las Fuerzas Armadas "y lograr el bienestar de los ciudadanos, mediante la estabilidad política". Su primer acierto fue designar ministro de Relaciones Exteriores a Gonzalo Romero, cuya mera presencia dio jerarquía al gabinete.

Torrelio heredó una situación económica calamitosa. El Banco Central había agotado sus reservas y el Fondo Monetario Internacional dilataba la suscripción de un nuevo acuerdo crediticio. Los Estados Unidos y varios otros países continuaban sin reconocer al gobierno y habían suspendido sus programas de ayuda, limitándolos a los de carácter humanitario. Aparte de la deuda exterior, que alcanzaba a unos cuatro mil millones de dólares, durante el gobierno de García Meza se contrajo una nueva y crecida deuda.

El tipo de cambio se fijó en 44 bolivianos por dólar para el pago de amortizaciones e intereses de la deuda externa y se autorizó el cambio libre para las importaciones y servicios. Esta medida arriesgada se tradujo en un alza inmediata del dólar en el mercado libre. Los precios de los

artículos de primera necesidad importados llegaron hasta a triplicarse en pocas semanas, acarreando una disminución apreciable de los salarios reales de la clase trabajadora.

Al descubrir que la tarea del presidente era más complicada de lo que imaginaba, Torrelio convocó a elecciones para julio de 1982, promulgando simultáneamente una ley de amnistía e invitando a los partidos opositores a un "diálogo de salvación nacional". Inmune a las tentaciones del poder no veía la hora de desprenderse de él. Expresó a sus colegas militares que se encontraba delicado de salud y pidió ser reemplazado. Por supuesto, de inmediato surgieron numerosos candidatos. Al final, la designación recayó, paradójicamente, en otro de los raros jefes que no ansiaban la responsabilidad: el general Guido Vildoso.

Antes, muchos habían sondeado a Banzer sobre la factibilidad de que fuera él quien asumiese la presidencia. La desechó porque había resuelto que, si alguna vez retornaba al poder sería mediante elecciones directas y no gracias a un complot o a la imposición del Alto Mando. Al proceder así, era consecuente consigo mismo y con la decisión adoptada voluntariamente en 1978, cuando se desprendió del poder sin que nadie se lo exigiera. En el futuro, mantendría invariablemente esa línea de conducta.

Acababa de trasponer la cincuentena y cualquier ambición personal que antes cobijara se había sosegado con los años. Por lo demás, nunca tuvo el prurito del poder, por el poder mismo. Ya lo había gustado durante siete años, sin la sensualidad, digamos de un Bautista Saavedra o un Víctor Paz Estenssoro. Ahora todo su anhelo era seguir sirviendo a su patria, a la institución armada y a su partido, en ese orden. No conspiraba, por más que, dado su prestigio en las Fuerzas Armadas, se lo buscara siempre. Intentó encarrilar por la buena vía al gobierno de García Meza; pero convencido al final de la esterilidad de su empeño, le retiró el apoyo de su partido. Ni amigo, ni adversario de Torrelio, estuvo de acuerdo con su reemplazo por el general Vildoso, a quien conocía y apreciaba. Tenía la esperanza de que, después del período de García Meza, retornaran la normalidad constitucional y la ética.

Aparte de algunas ausencias en el exterior, donde conoció a importantes políticos, empleó la mayor parte del tiempo entre Santa Cruz, La Paz y temporadas en su hacienda Lorena, que convirtió en un centro ganadero de mediana importancia. Seguía gustando del placer de recorrer

a caballo las zonas vecinas, departir con los pobladores e inquirir sobre sus problemas y necesidades. Las noches estaban consagradas a la lectura de la prensa nacional y extranjera, así como a la de libros sobre materias políticas o económicas.

En un terreno personal, Banzer recibió pruebas de gratitud. Relata dos anécdotas: "Cuando me hallaba en Santa Cruz, me gustaba visitar de vez en cuando los sitios públicos. Uno de mis restaurantes favoritos era el llamado 'Gaucho Moya', propiedad de un ex terrorista argentino, que había huido de su país. Cierto día se me aproximaron tres individuos y, sin muchos rodeos, me dijeron: 'Señor Presidente, somos extremistas, o mejor dicho ex terroristas, pero esto pertenece al pasado. Ahora somos industriales ganaderos, hacemos mucho dinero y no pensamos más en arrojar bombas en nuestro país, la Argentina. Esto, gracias a usted, que nos permite trabajar'".

En otra ocasión, también en un restaurante de Santa Cruz, se percató de que dos individuos extraños le miraban insistentemente, hablando entre sí en voz baja. Tenían mal aspecto. Banzer, que estaba solo, se retiró para volver a su casa, caminando. Se dio cuenta de que los dos sujetos lo seguían. Se detuvo y les preguntó qué era lo que buscaban. La respuesta lo sorprendió: "Mi general, somos chilenos que trabajamos en su país. Lo admiramos por caminar solo, a estas horas de la noche. Ya quisiéramos que nuestro presidente, el general Pinochet, hiciera lo mismo".

Su ocupación favorita seguía siendo el contacto con miembros de ADN, cuya visita recibía con frecuencia. Además proseguía su labor proselitista mediante giras al interior del país y discursos apropiados. La eventualidad de nuevas elecciones lo acicateaba para que su partido participara en ellas y para eso era preciso organizarlo con el tesón y la puntualidad que le son propias. No le interesaba la presidencia, pero juzgaba que su partido tenía aún un papel importante que desempeñar para la restauración del orden democrático. Por el momento, decidió apoyar al general Vildoso, su amigo.

Guido Vildoso

El general Guido Vildoso surgió de la promoción de cadetes egresados del colegio militar Gualberto Villarroel, después de la revolución

de 1952. Recibió el sable de subteniente de manos del presidente Hernán Siles, gentileza que retribuiría años después entregándole las insignias presidenciales.

Militar de vocación, sin pretensiones políticas, conoció a Banzer en 1964, cuando éste era jefe de Estado Mayor de la guarnición de Roboré. Banzer descubrió las aptitudes de Vildoso y, ya presidente, le confió la cartera de Previsión Social y Salud Pública. Vildoso hizo alusión a esa época en un reportaje televisivo realizado años después por Carlos D. Meza: "Ahí, en Roboré, conocí al general Banzer y pude apreciar los valores que encierra su calidad humana. Con sus enseñanzas nos mostró una actividad para trazar y configurar la realidad nacional para desarrollar el conocimiento de las cosas. Así descubrimos el acontecer nacional, aprendimos como simples colaboradores a conducir, en aquella época, a las Fuerzas Armadas. No lo defraudamos".

Es posible que la designación de Vildoso como presidente, resuelta por las Fuerzas Armadas, obedeciera a una sugerencia de Banzer. Ninguno de los dos los ha confirmado pero algunos antecedentes inducen a pensar así.

El general Banzer relató: "A los pocos días de hacerse cargo de la presidencia, el general Vildoso me envió un emisario pidiéndome que viajase a La Paz para reunirme con él. La entrevista se realizó en casa del señor Eugenio von Beck, amigo de ambos. El general Vildoso deseaba conocer mi evaluación de la situación y las sugerencias que podría hacerle, dada nuestra amistad y nuestro trabajo conjunto cuando él desempeñó el cargo de ministro de Salud, en mi gestión presidencial.

"Sugerí al general Vildoso que preparara y negociara el retiro de las Fuerzas Armadas del gobierno, pues consideraba que la corriente democratizadora universal obligaría a los militares a retornar a sus cuarteles. El me contestó que la Junta de comandantes le había entregado un mandato que, como militar, debía cumplir. Le respondí: 'Conozco el mandato, pues fue difundido por la prensa. Guárdelo en su bolsillo, porque no lo podrá cumplir e inevitablemente sucederá que usted entregue el gobierno a los políticos, más temprano que tarde'. Y esto sucedió de la manera prevista.

"Además, le pedí que me permitiera concertar una reunión en la que estuvieran presente él, la Junta de comandantes, el doctor Paz Estens-

soro y yo, para que pudiéramos explicar a los militares nuestros puntos de vista y asumir los compromisos correspondientes. La reunión se llevó a cabo en una casa particular y en horas de la noche, se acordó iniciar el proceso de transferencia del gobierno militar al civil, permitiendo al ganador de las elecciones del 1980 que fuera elegido presidente de la República para evitar nuevas elecciones que requerirían tiempo y dinero."

Pese a lo precario de su gestión, Vildoso intentó enderezar la economía del país mediante un plan de emergencia similar, en muchos aspectos al que adoptaría Paz Estenssoro en 1985, aplicando las normas del Fondo Monetario Internacional, forzosamente impopulares por su rigidez. Era, en suma, un modelo neoliberal con apertura al mercado libre, supresión de subvenciones a empresas estatales, reducción de gastos públicos y relocalización de ciertas categorías de trabajadores, en particular los de COMIBOL.

Vildoso convocó a empresarios, políticos y dirigentes sindicales a una reunión en la que explicó los alcances del plan. No encontró el apoyo de los primeros y, sí, la resistencia de los trabajadores, por lo cual desistió del intento. Procuró también ampliar las bases de su gobierno, incorporando en el gabinete a algunos representantes de partidos políticos. Tampoco fue escuchado, pues ningún partido deseaba ligarse con ese ciclo de gobiernos militares que visiblemente llegaba a su término. Cuando anunció su intención de llamar a elecciones anticipadas, hubo desacuerdo entre los partidos. En vista de lo cual, acatando el consejo de Banzer, resolvió convocar directamente al Congreso elegido en 1980 y que no llegó a reunirse debido al golpe de García Meza. El Congreso declaró válidas las elecciones presidenciales e invitó al vencedor de las mismas, Hernán Siles Zuazo, a retornar de su exilio en Lima y asumir la presidencia. Es de advertir que en este Congreso, el MNR de Paz Estenssoro tenía una fuerte presencia parlamentaria, razón por la que no puso reparos a dicha solución y por el contrario la alentó, pues ello lo fortificaba políticamente.

Los parlamentarios de ADN apoyaron la solución sin exigir contrapartida alguna y anunciaron que, sin integrar el nuevo gobierno, ejercerían una oposición constructiva y democrática. Banzer decidió retener la dirección de su partido en esta nueva etapa. Si bien políticamente estaba

distanciado del próximo presidente, a quien juzgaba poco amigo de las Fuerzas Armadas, su propósito era mantener la oposición dentro de un marco rigurosamente institucional.

Declaró mas tarde: "Esta fue la razón por la que el MNR votó en el Parlamento por el doctor Siles Zuazo y ADN ofreció sus votos en caso necesario. El compromiso fue cumplido, tanto por los políticos de ADN y del MNR, como por las Fuerzas Armadas, así se logró la transferencia pacífica del poder y se dio inicio a un proceso democrático que ya sobrepasó la década de vigencia". Al fin Banzer lograba el objetivo que tanto había perseguido. Irónicamente, parecía su destino el contribuir, en forma relevante y en dos ocasiones diferentes, al retorno de los dos más altos dirigentes movimientistas al poder. En 1971 fue Paz Estenssoro; ahora, en 1982, era Hernán Siles. El primero por las vías de hecho; el segundo, por la senda constitucional.

Siles habría preferido que se convocase a nuevas elecciones, en las que sin duda habría triunfado en forma inobjetable, pero eso no convenía a Paz Estenssoro, cuyo partido había obtenido mayoría congresal en las elecciones de 1980. De este modo, Siles, elegido por ese Parlamento, quedaría dependiente de él.

Las motivaciones de Banzer eran de otra índole. Como no obtuvo el primer lugar en las elecciones populares de 1980 estaba dispuesto a respaldar la solución moral y legalmente válida que era ceder esa jerarquía a quien consiguió la mayor votación popular. En ésta como en otras oportunidades previas y ulteriores demostró la autenticidad de esa evolución cívica acentuada de más en más por este tipo de actitudes democráticas.

Fiel a su propósito de contribuir al arraigo de la democracia en la hermenéutica política, Hugo Banzer además de aportar el voto de ADN a la elección de Siles como presidente, instruyó a sus partidarios a situarse en un plano de oposición discreta y mesurada que, si bien excluía la eventualidad de participación en las labores gubernamentales tampoco admitiría la demagogia y aún menos la conspiración. Deliberadamente o no, su conducta guardaba reciprocidad con la seguida por Siles cuando Banzer fue presidente. No colaboró con él en ninguna circunstancia, ni siquiera cuando el MNR participaba del gobierno durante los tres prime-

ros años. Desde aquella época, Banzer y Siles actuaron en esferas distantes. Ambos mantenían una actitud de defensa del orden democrático y los derechos humanos, tan penosamente recuperados después de los desmanes de la Junta de gobierno comandada por García Meza. El orden público estaba asegurado y tenía en Banzer a un defensor eficaz, dado su prestigio e influencia en el ejército.

Cabe recordar que desde los inicios de la década del ochenta se insinuó en muchos países del Tercer Mundo una tendencia adversa al intervencionismo estatal y favorable a la economía de mercado y el fomento de la iniciativa privada. Recientes experiencias mostraban que en el Africa, el Sudeste asiático, Europa del Este y América latina, regiones donde antes prosperara la planificación estatal, habían surgido fallas estructurales básicas traducidas en índices negativos de desarrollo y deficiente productividad. Siles gobernaría durante ese período de transición, que debilitó su administración.

El gobierno de Siles

Siles asumió el mando el 10 de octubre de 1982, en una solemne ceremonia en el Congreso, con asistencia de cuatro presidentes latinoamericanos y la ausencia de Víctor Paz Estenssoro y Juan Lechín. Presagio de la política que ambos ejercerían contra su gobierno. Banzer tampoco asistió a la ceremonia ni fue invitado a ella.

Respaldaba a Siles la Unión Democrática Popular (UDP), fundada por él en Caracas e integrada por su partido el MNRI, el MIR y el Partido Comunista, coalición frágil y circunstancial, carente de un programa de gobierno. No disponía de una mayoría parlamentaria y sería el Congreso el que más obstaculizaría su acción, oponiendo sistemáticamente toda suerte de trabas y convocando sin tregua a los ministros para banales peticiones de informe oral. Ahora se comprendía por qué esos partidos opositores fueron reacios a la convocatoria a elecciones populares, como lo propuso el propio Siles, que anticipó el problema.

La vulnerabilidad del gobierno se agravó cuando a los tres meses, el 20 de enero de 1983, renunciaron los seis ministros miristas, con lo cual quedó destruida la estructura política gubernamental. En realidad,

el MIR fue víctima de su inexperiencia. Jamás imaginaron sus dirigentes que la renuncia de los seis ministros sería aceptada sobre tablas y fue notoria su sorpresa cuando el Presidente les tomó la palabra. Sin percibirlo, habían hecho el juego de aquellos miembros del MNRI y del Partido Comunista a quienes incomodaba esa cohabitación algo forzada.

Además Siles tenía en su contra a los empresarios privados, temerosos de que el gobierno careciera del vigor requerido para refrenar la agresividad de los sindicatos y de que la UDP abrazase una línea populista. La suspicacia respecto del pretendido extremismo de Siles se agudizó cuando éste anunció que Bolivia establecería relaciones con todos los países del mundo, respetando el pluralismo ideológico y los principios de autodeterminación y no intervención. Consecuente con este enunciado, reanudó relaciones diplomáticas y comerciales con Cuba, Nicaragua, la Organización por la Libertad de Palestina (OLP), el Frente Polisario del Sahara.

Para dar muestra de su independencia respecto a Washington, Bolivia votó en la OEA por la censura a los Estados Unidos cuando este país invadió la isla de Grenada, en tanto que se producían manifestaciones hostiles en La Paz. Nada de eso podía complacer a los Estados Unidos. Siles tenía otro tipo de problemas que afrontar, entre ellos una situación económica preocupante y, como consecuencia, el creciente malestar social. Para conjugar la primera adoptó una serie de medidas, entre ellas la llamada "desdolarización" que tuvo resultados contraproducentes; en el segundo aspecto su política fue de tolerancia respecto a la actividad sindical, en particular en las minas.

Se le ha reprochado a Siles su lasitud como gobernante. Esta fue evidente y tiene dos explicaciones. La primera y más importante fue su obsesión por defender el orden democrático y los derechos humanos tan penosamente recuperados. Para él, tales objetivos se imponían a cualquier otro, incluso el de establecer la economía del país. Recordemos que Siles era más un político que un economista, más un idealista que un hombre de administración. En esta segunda presidencia, al igual que en la primera, cesaron las persecuciones y el acoso al opositor. Sin campos de concentración ni destierros, el país gozó de una libertad plena que, en manos de ciertos sectores degeneró en libertinaje. Sabiéndose impunes,

algunos dirigentes empresariales y sindicales, dieron rienda suelta a su agresividad, hasta hacer imposible la tarea del Presidente. Usaban y abusaban de él.

La segunda explicación se relaciona con el declinante estado de su salud. Conservaba intactas sus facultades mentales, pero se advertía cierta mengua de su capacidad volitiva. Demoraba en adoptar decisiones, dejaba de sancionar a sus malos colaboradores y parecía más y más sumido en cierto fatalismo resignado. Sólo le quedaba un camino: alejarse de la presidencia para dar paso a quienes, sin esos escrúpulos, pudiesen remediar la situación, cualquiera que fuese el precio a pagar.

Varios sectores del país coincidían en que ese estado de cosas no podía prolongarse y conociendo la renuencia de Siles para adoptar las medidas necesarias, sugirieron su renuncia y la convocatoria a elecciones. Partidos políticos, ADN entre ellos, parlamentarios y organizaciones de empleadores se sumaron a la corriente.

Fue con alivio y sin vacilación que Siles convocó a elecciones para el 14 de julio de 1985, o sea un año antes de la conclusión de su mandato. Era el último servicio que prestaba a su país.

Las elecciones de 1985

Las elecciones presidenciales y parlamentarias se efectuaron sin tropiezos.

Los resultados se tradujeron en un reconfortante estímulo para el general Banzer, quien obtuvo el mayor número de votos: 493.785 frente a 456.704 obtenidos por Víctor Paz Estenssoro y 153.143 por Jaime Paz Zamora. La representación parlamentaria quedó establecida así: MNR, 59 puestos; ADN, 51; MIR, 16.

Se repetía la situación de 1979. Ninguno de los candidatos presidenciales había alcanzado la mayoría absoluta de sufragios y cabía nuevamente al Congreso elegir al presidente. En la primera votación, Paz Estenssoro obtuvo 71 votos contra 51 para Banzer; ninguno de los dos reunía mayoría absoluta. En la segunda votación, el MIR votó por Paz Estenssoro, quien de este modo quedó elegido. Banzer, con espíritu democrático, acató la decisión del Congreso y reconoció a Paz Estenssoro co-

mo presidente de la República. Comprendiendo que si Paz Estenssoro gobernaba con una minoría congresal no podía adoptar medidas que restableciesen la moneda y reactivasen la economía, decidió cooperar con él para que el país conjurase esa situación. No pidió nada para su partido ni para sí. Su proyección iba más allá del cálculo político y su objetivo era, como siempre, afianzar el proceso democrático. Sabía que sería vano esperar la comprensión de sus adversarios ni el agradecimiento del Presidente. Actuaba por lealtad consigo mismo.

Más tarde, explicó su decisión con estas palabras: "Para las elecciones de 1985, ADN y el MNR presentaron programas con ciertas similitudes, pero no había decisión en el MNR para liberalizar la economía. En cambio, ADN adoptó una posición frontal. Había que cambiar el modelo; hecho doloroso pero necesario. Los problemas sociales que emergían de ese cambio podían ser paliados. Yo gané las elecciones, pero Paz Estenssoro disponía de mayoría parlamentaria. Pudo haberse producido un empantanamiento tal como ocurrió en 1979, pero yo juzgué que el proceso democrático iniciado por mí en 1978, sería amenazado. Por eso cedí la presidencia a Paz Estenssoro, hecho que debió sorprenderle mucho, aunque no lo demostró. Ni el doctor Siles ni él mismo habían procedido de igual forma en aquellas elecciones de 1979. Hay que convenir que pocos "dictadores" en la historia boliviana habían procedido con el desinterés con el que yo actué en esa ocasión. Me gustaría que se lo reconozca. Después colaboramos con igual desinterés en el Parlamento, actitud que también debió extrañar al doctor Paz".

El 6 de agosto de 1985 Hernán Siles entregó la presidencia a Víctor Paz Estenssoro. Era la tercera vez que lo hacía, como si un irónico destino histórico le hubiese asignado ese papel: transferir el mando a quien en 1979 se había negado a acatar su triunfo con el voto popular.

Al despojarse de la banda presidencial, Siles exclamó: "Nadie ha sufrido en las prisiones o en el exilio. Ninguna madre, ningún hijo ha tenido que llorar la muerte de un ser querido". Unos días después se trasladó a vivir en Montevideo, su ciudad favorita. Con la salud cada vez más delicada, sus últimos años fueron de un absoluto retiro de la política. La muerte lo buscó, simbólicamente el 6 de agosto de 1996. Fue una de las más puras figuras de la historia de Bolivia. El Hombre de Abril.

Paz Estenssoro volvió al Palacio Quemado, por cuarta vez, a los setenta y siete años de edad. Después de los problemas y tensiones que hostigaron a los dos últimos años del gobierno de Siles, el retorno de Paz Estenssoro fue acogido con la esperanza de que su experiencia pondría remedio a la insostenible situación económica. Se confiaba en que, a esta altura de su vida, la ambición personal hubiera cedido campo al anhelo de legar una buena imagen histórica. Sabía mejor que nadie que la nacionalización de las minas y otros desaciertos de su partido figuraban entre las causas profundas del problema actual. Siempre frío y cerebral, estaba dispuesto a adoptar medidas indispensables para enderezar la economía del país. Con ese objetivo, dictó el famoso decreto 21060.

El Pacto por la Democracia

Un resultado positivo del decreto 21060 fue la contención de la inflación monetaria que, en el curso de pocos días, descendió de 11.750 % anuales a menos del 10 %. Calificada de un milagro económico, ¿cómo se pudo lograr tan vertiginosa caída?

Desde luego, porque el país estaba tan abrumado por la situación económica que prestó su apoyo a esta medida radical, por elevado que pudiera ser su costo social. Lo que no se le habría tolerado a Siles, se le perdonó a Paz Estenssoro.

Banzer le ofreció su colaboración porque juzgaba que al hacerlo, no sólo contribuía al afianzamiento de la democracia y el orden público, sino sobre todo, porque el espíritu y el texto del decreto 21060 correspondía al programa económico de ADN: disminuir en lo posible la hegemonía estatal y promover al sector privado. Además de eso, porque el decreto era un remedio doloroso, pero indispensable para detener una hiperinflación que había alcanzado niveles insoportables.

Esta colaboración se concretó en el llamado Pacto por la Democracia, suscrito por Banzer y Paz Estenssoro el 16 de octubre de 1985. En su preámbulo, ambos reafirmaron sus respectivos principios ideológicos: el MNR, la alianza de clases dentro del contexto de la revolución nacional; ADN, la realización integral del boliviano "dentro de un marco conceptual de humanismo cristiano, de orden, paz y trabajo".

Como objetivos, mencionó este documento la defensa de la democracia representativa; la modernización del Estado mediante la aprobación de una ley fundamental de descentralización político-administrativa; el perfeccionamiento del sistema electoral; la descentralización empresarial; la superación de la crisis y la hiperinflación; la erradicación del narcotráfico, el contrabando y la corrupción; y, finalmente, la reafirmación del derecho de Bolivia a un acceso propio y útil al océano Pacífico.

El Pacto constituía un compromiso de convivencia política, abierto a la adhesión de otros partidos, sin que éstos tuviesen que renunciar a sus convicciones ideológicas y particulares programas de gobierno. Banzer lo sintetizó así: "El Pacto por la Democracia fue ante todo un pacto con Bolivia. Su proyección iba más allá de la coyuntura política. Su objetivo era lograr que el sistema democrático se convirtiera en norma permanente, en un instrumento de diálogo". Refirió, asimismo, que cuando Paz Estenssoro le preguntó a cambio de qué le ofrecía el apoyo de ADN; él repuso: "Señor presidente, la única condición es que iniciemos una etapa de cambio".

Así fue. ADN no solicitó prebenda alguna ni integró el gabinete ministerial. "No nos arrepentimos de haberlo suscrito –dice Banzer–. En los tres años que duró el Pacto, el MNR pasó del estatismo al denominado liberalismo, con lo que se integró dentro de los moldes modernos de la economía".

Durante cuatro años, 1985-1989, Paz Estenssoro gobernó sin sobresaltos, eliminada la eventualidad de un golpe militar, gracias a la póliza de seguro que brindaba la presencia de Banzer. Era un privilegio del que ningún presidente anterior había gozado: gobernar con un aliado militar que garantizaba su estabilidad sin exigir ningún *quid pro quo*. Tenía suerte, el doctor Paz...

Hacia el final de su período constitucional, el afán de los partidos se centró, como era natural, en las próximas elecciones. Con la experiencia de 1964, esta vez Paz desechó la idea de su reelección y auspició el nombre de Gonzalo Sánchez de Lozada, un movimientista de la nueva generación que como ministro de Planeamiento, había sido uno de los autores del decreto 21060.

Ante la insistencia de ADN, Banzer decidió presentar su candidatura a la presidencia. Habría sido vano esperar que Paz Estenssoro lo apo-

yara y él nunca se hizo ilusiones al respecto. Lo conocía suficientemente. Las divergencias latentes entre el MNR y ADN hicieron crisis cuando el MNR exigió que se prorrogase la fecha de los comicios. Como ADN se opusiera a este aplazamiento sobrevino la ruptura. Cupo al MNR denunciar unilateralmente el Pacto por la Democracia que, para dicho partido, ya había servido a su propósito. El documento respectivo rezaba así: "Durante la actual campaña electoral, que culminará el 7 de mayo próximo, el MNR logró en el mes de diciembre pasado, pese a la oposición de ADN, la aprobación en el Congreso Nacional de la Ley que amplía a cuatro los documentos de identificación válidos para la inscripción electoral. A fines del pasado mes de enero, el MNR obtuvo en el Senado Nacional a pesar del abandono de ADN en la Cámara, la aprobación de un proyecto de ley por el cual se ampliaba el plazo de inscripciones en 45 días ante la evidencia de que el número de inscriptos no es suficientemente representativo, poniendo en riesgo la legitimidad de la expresión mayoritaria del pueblo boliviano.

"Vanos han sido nuestros esfuerzos para persuadir a ADN de la necesidad de concretar esta ampliación, planteamiento que fue negado con displicencia e incomprensión. La limpieza de nuestra intención política fue respondida con torpes acusaciones de un supuesto fraude electoral. Esta evasiva calumniosa e inconsistente lesiona gravemente la buena fe y la lealtad que han sido normas de permanente conducta para sostener nuestros acuerdos políticos con ADN.

"Ante esta realidad que compromete tan seriamente los principios y la práctica de la democracia, es que el MNR se ve en la necesidad de dar por concluidos y sin efecto los acuerdos con Acción Democrática Nacionalista.

"De esta manera el MNR ratifica su voluntad de defender la Constitución política del Estado, el régimen de libertad y el ejercicio pleno de la democracia a través del voto universal. La Paz, 9 de Febrero de 1989." El documento estaba suscrito por Víctor Paz y otros dirigentes.

Declaró Banzer: "Nosotros cumplimos con nuestra palabra. Fuimos leales al pacto que el MNR rompió en forma brusca. No me pesa haber procedido como procedí pues el decreto 21060, al que apoyamos, cumplió su cometido. Es cierto que frenó el desarrollo económico y pro-

dujo desocupación en las minas, pero cortó radicalmente la hiperinflación. Eso lo saben todos y hay que reconocerlo". Concluyó con estas palabras: "Volviendo a la ruptura abrupta y descortés del Pacto, debo rememorar que el Dr. Paz no tuvo la gentileza de anunciarme previamente esta decisión. Fui yo quien lo buscó para decirle: 'He cumplido lealmente con mi palabra'. Me contestó secamente: 'muchas gracias'. Desde entonces no he vuelto a verle".

El Acuerdo Patriótico

En vista de que el Pacto por la Democracia había ya cumplido su objetivo de garantizar la tranquilidad interna mientras el país absorbía los sacrificios que impuso el decreto 21060 –en especial a la clase trabajadora–, y frente a lo que podría calificarse como inconsecuencia de Paz Estenssoro respecto del aliado, Banzer decidió participar en las elecciones presidenciales de 1989 encabezando exclusivamente la lista de ADN.

De acuerdo con lo habitual, hubo numerosos postulantes a la presidencia, diez en este caso. El resultado de las elecciones efectuadas el 7 de mayo fue el siguiente: Gonzalo Sánchez de Lozada, (MNR) 363.113 votos; Hugo Banzer, (ADN) 357.298 votos; Jaime Paz Zamora, (MIR) 309.033 votos.

Como ninguno de los candidatos obtuvo la mayoría absoluta, volvió a surgir el atolladero clásico. El problema fue referido al Congreso, de acuerdo con la norma constitucional.

Al comienzo se insinuó un eventual compromiso entre el MNR y ADN. El general Banzer recuerda que sostuvo repetidas entrevistas con Sánchez de Lozada. Ambos aspiraban a la presidencia. "Yo le ofrecí el cargo de primer ministro o jefe de Planeamiento, pero él se mostró intransigente. Intenté en vano conseguir los buenos oficios de la Iglesia Católica, los empresarios, las Fuerzas Armadas y hasta algunos periodistas de prestigio. Nada se obtuvo. Mi interlocutor mostró una intemperancia verbal que me persuadió de renunciar a un acuerdo equitativo con el MNR."

Agotada esta primera instancia se buscó otra, ciertamente inesperada. Sin insistir en la presidencia, Banzer resolvió ceder la opción a Paz Zamora, decisión audaz al mismo tiempo que insólita; pues ADN y el MIR

eran partidos de ideologías disímiles y habían sido adversarios en el pasado. Como antes procediera con Paz Estenssoro, cuando el Pacto por la Democracia, Banzer provocó este entendimiento al precio de sus propias aspiraciones. Declaró más tarde: "El Acuerdo Patriótico nació del propósito de mantener sobre todo, la estabilidad política y económica alcanzada penosamente en los años de democracia. Una primera aproximación entre dos partidos tradicionales antagónicos, como ADN y el MIR, fue posible porque ambos estaban integrados por generaciones coincidentes. Si bien el Acuerdo imponía un gobierno compartido, su propósito era establecer un instrumento político sólido como requisito indispensable para pasar de la estabilidad económica al crecimiento. ADN ofreció su apoyo sin pedir nada y fue el MIR el que nos ofreció el cogobierno, de manera espontánea. Coincidencias programáticas y de ética política fueron las que se impusieron en una hora de graves dificultades". Y añadió esta nota personal: "Quizás un factor que actuó en sentido positivo fue la amistad que me ligó con el padre de Paz Zamora, el coronel Néstor Paz Galarza; también guardo buena amistad con doña Edith Zamora de Paz, mujer piadosa que tenía la actitud cristiana de hacer rezar misas en memoria de mis dos hijos muertos".

Jaime Paz Zamora es oriundo de Tarija, vástago de una familia de la burguesía cuyos orígenes se remontan, según se dice, a un general español de los tiempos de la Colonia. Su primera vocación fue sacerdotal e ingresó a un seminario. No llegó a ordenarse y obtuvo una beca en la Universidad Católica de Lovaina, donde estudió ciencias políticas y sociología, sin obtener ningún título académico. Allí nacieron sus primeras inquietudes sociales. En la Universidad estaban matriculados más de mil quinientos estudiantes latinoamericanos, buen número de los cuales retornaron a sus respectivos países imbuidos de una nueva conciencia social. El ejemplo del Che Guevara fascinó a esta nueva generación. Néstor Paz Zamora, hermano de Jaime, fue uno de los guerrilleros que perdió la vida en Teoponte, en la época del general Ovando.

Detenido bajo el gobierno de Banzer, Jaime Paz se exilió en Venezuela. Cuán lejos estaba entonces de prever que un día, bastante próximo, su partido y ADN compartirían responsabilidades de gobierno, unidos por un "Acuerdo Patriótico" y que, años más tarde, en 1997, su partido votaría

en el Congreso en favor de Banzer, haciendo así factible su elección constitucional como presidente.

Ninguno de los dos era rencoroso y el allanamiento de sus diferencias ideológicas fue relativamente fácil. Ambos pusieron buena fe en su compromiso; pero era notorio que Banzer poseía más experiencia en el arte de gobernar, como se puso en evidencia a lo largo de los cuatro años en los que ADN y el MIR compartieron el poder.

El desengaño de 1993

Próximo a caducar el período presidencial de Paz Zamora se reactivó la diligencia en los partidos con miras a las elecciones generales previstas para junio de 1993.

El MNR postuló a Gonzalo Sánchez de Lozada para presidente y a un indígena, Víctor Hugo Cárdenas, para vicepresidente. Esta segunda designación entrañaba una novedad significativa. Si bien en comicios anteriores habían surgido candidatos provenientes del proletariado, e incluso una mujer minera, Domitila Chungara, era la primera vez que un partido de clase media y de perfil burgués adoptaba actitud semejante. La decisión probó ser un acierto.

Nacido bajo otro apellido (Condorcanqui) a orillas del Lago Titicaca, Víctor Hugo Cárdenas era un hombre culto, que había estudiado pedagogía en la Universidad de San Andrés. En 1985 fundó el grupo político Movimiento Tupac Katari de Liberación (MRTKL). Más conocido por el nombre de katarismo, su partido participó en las elecciones de ese año, con Cárdenas como candidato a la presidencia. Obtuvo pocos votos pero el precedente quedó sentado. Esta vez hubo de satisfacerse con una vicepresidencia, en la que le aguardaban algunas frustraciones.

Cárdenas distaba mucho de ser un simpatizante del MNR; en una entrevista televisiva declaró: "El MNR no fue capaz de materializar las pautas para que los pobres de este país recuperasen sus condiciones de ciudadanos bolivianos. La reforma agraria fue una medida política más que una medida técnica y económica. El voto universal se quedó a medio camino; derecho a votar pero no a ser elegido. La nacionalización de las minas fue una estatización para beneficiar a los nuevos ricos de este país".



El presidente Jaime Paz Zamora.

Estas expresiones, sumadas a otras actitudes de independencia y dignidad personal, motivaron que durante casi todo el gobierno de Sánchez de Lozada, el Vicepresidente fuese marginado perceptiblemente, hasta hacer sus funciones casi inoperantes. "Me serrucharon", declaró después.

Por el momento la designación de Víctor Hugo Cárdenas, y la participación de dos nuevos grupos políticos populistas CONDEPA y UCS, revelaron que se producían significativos cambios en el panorama político nacional. Hacía su aparición, o se consolidaban, nuevas corrientes de composición demográfica diferente de los partidos tradicionales, que eran ahora el MNR, ADN, y el propio MIR. Por fin, ciertas capas de la población, antes marginadas o simplemente ignoradas, reivindicaban su derecho a participar en la conducción del país.

Es sorprendente que ni ADN ni el MIR se percatasen de este fenómeno sociológico. Su lenguaje propagandístico preeleccionario era anticuado y carecía de repercusión en el electorado indígena. Cuatro años de ejercicio del poder habían debilitado a ambos partidos, infiltrando en ellos la molicie, cuando no la corrupción; hasta habían perdido la ambición de poder, indispensable en la dinámica de un grupo político.

Se tenía la impresión de que el único que mantenía vigentes los ideales primitivos era el general Banzer, con unos pocos seguidores. Para los demás, la apetencia de cargos diplomáticos o situaciones lucrativas era el principal motor de acción. Ya no servían a un ideal; sólo procuraban servirse de su jefe. Sabiendo que el resultado de las elecciones era incierto, nadie quería acompañarlo como candidato a vicepresidente. De hecho, el "Acuerdo Patriótico" había dejado de existir y sólo quedaba Banzer, todavía dispuesto a seguir luchando por la sobrevivencia de un partido que dudaba de sí mismo.

Declara: "Yo no quería ser candidato, pero ante la presión de mi partido, del MIR, de la Democracia Cristiana, y del PRI, me fue imposible negar mi colaboración. Puedo afirmar que casi se me obligó a ser candidato. Recuerdo que en una conferencia de prensa en Madrid, el presidente Paz Zamora expresó que yo debía ser el próximo presidente de Bolivia, hecho que despertó mi agradecimiento. Analizando la situación política, económica y social del país, y examinando a conciencia lo que hice en la vida, juzgué que era preciso seguir prestando mi modesto aporte a la con-

solidación del sistema democrático, la lucha contra el fraude y el canibalismo en nuestros hábitos políticos. Repito que tomé esta decisión doblegando el impulso de dejar el campo a otros, pues yo creía haber cumplido ya mi deber de boliviano".

Se puso vigorosamente en campaña. Desde el 8 de diciembre de 1992 en que se proclamó su candidatura, hasta el 6 de junio de 1993 en que se efectuaron las elecciones, visitó 127 pueblos a lo largo y a lo ancho del territorio nacional, se hizo presente en las nueve capitales de departamento, pronunció hasta cuatro discursos diarios durante los siete días de la semana y asistió a innumerables reuniones de comité a toda hora del día y frecuentemente en la noche. En fin, hizo cuanto pudo para cumplir el compromiso contraído. Pero cometió el error de aceptar que se le impusiera como compañero de fórmula a un pseudo ex guerrillero cuyo aporte no sólo fue nulo, sino perjudicial. Cuando se le preguntó al General por qué lo había aceptado; la respuesta fue: "Porque me aseguraron que aportaría sesenta mil votos" (sic).

Los comicios de 1993 mostraron un contraste político para ADN y su jefe. La votación dio en efecto un triunfo a Sánchez de Lozada, por más de 13 % sobre Banzer. Fue la cifra más baja obtenida por Banzer en todas las elecciones en las que participó y el primer sorprendido fue él mismo. Durante la campaña, nada hacía esperar ese resultado. Las poblaciones lo habían acogido con simpatía, las informaciones del interior del país eran favorables y todo parecía justificar el optimismo.

El 9 de junio de 1993, Banzer citó a una conferencia de prensa en la que anunció su decisión de no participar en la elección de presidente que debía efectuar el Congreso, que se reuniría el 6 de agosto. Grave pero sereno, dando muestras de cierta fatiga física, dijo entre otras cosas: "He decidido desistir del derecho constitucional que me asiste de postular a la presidencia el 6 de agosto durante la votación congresal. Esta decisión la adopto con un sentimiento patriótico y el ánimo de evitar que el país viva un período de incertidumbre en los próximos sesenta días. De ser necesario, pediré el 4 de agosto a los parlamentarios del Acuerdo Patriótico que hagan viable el acceso a la presidencia del señor Sánchez de Lozada". Luego agradeció a los miles de ciudadanos que le habían dado sus votos y pidió se comprendiese su decisión, inspirada en el deseo de "poner los intereses de Bolivia por encima de cualquier otro".

Sus relaciones personales con Sánchez de Lozada fueron distantes. En 1989 algunas expresiones descomedidas de éste lo resintieron e indujeron a pactar con el MIR. Así se frustró su acceso a la presidencia. Durante los cuatro años en que se prolongó el Acuerdo Patriótico, esas relaciones no mejoraron. Ahora, al conocer el resultado de la reciente votación, Banzer admitió hidalgamente la victoria de su adversario y tuvo el gesto elegante de informarle sobre su decisión de facilitarle el camino a la presidencia.

En un "Mensaje a los bolivianos", emitido el 10 de junio, ratificó su resolución: "Es cierto que pudimos esperar hasta el 6 de agosto, negociando con algunos partidos para obtener el gobierno. Es cierto que ni siquiera han concluido las elecciones generales porque todavía quedan por votar decenas de miles de compatriotas. Pero también es cierto que nunca hubiéramos logrado un gobierno fuerte. No hubiéramos tenido un Parlamento con una mayoría estable y permanente que nos permitiera gobernar a conciencia.

"El reconocimiento del triunfo del candidato del MNR y el eventual apoyo de nuestros parlamentarios en su elección, si así fuera necesario, no entraña ningún compromiso de gobierno con ese partido. Quiero que el pueblo boliviano sepa que nunca hemos pretendido canjear votos o apoyos parlamentarios por ministerios."

Los días y las semanas que siguieron a la clara derrota de la candidatura del general Banzer fueron difíciles para él. La política es implacable con los perdedores y no hizo una excepción con el ex presidente. Inmediatamente comenzaron los rumores sobre su retiro de la política, no sólo en la prensa nacional, sino en el propio seno de ADN. Banzer trató de sostener el peso que le produjo el contraste electoral, intentó mantener la moral partidaria, quiso convencer a los votantes de que no todo estaba perdido, pero cada vez era más difícil disimular el fracaso. La diferencia había sido demasiado grande, pese a que se suponía que su candidatura fue la que contó con mayores recursos económicos para obtener el triunfo.

En efecto, la convocatoria del General se estaba diluyendo. Cada vez se le obedecía menos. Llegó el momento en que las reuniones del Comité Político Nacional de ADN quedaban sin quórum y el jefe debía so-

portar la indiferencia y la falta de interés de quienes empezaban a considerarlo acabado. Esto colmó la medida y luego de reflexionar mucho, tomó la decisión de abandonar la jefatura de ADN y retirarse, aunque fuera por un tiempo, de la actividad política. Partió hacia Santa Cruz y convocó a la prensa en su residencia. En ese momento no lo acompañaban más de tres o cuatro de sus correligionarios. En síntesis, expresó lo siguiente, ante un escaso número de periodistas cruceños: "Fue así como desde el llano, en 1979, fundamos Acción Democrática Nacionalista. Caminábamos resueltamente por los senderos de la democracia. Estaba terminando la pugna entre izquierdas y derechas. Lo que deseábamos era construir un estado moderno.

"Los resultados electorales de 1985 a 1989 nos llevaron, patrióticamente a apoyar al MNR primero, y a cogobernar con el MIR, después. No nos hemos arrepentido nunca de la suscripción del Pacto por la Democracia, ni de la creación del Acuerdo Patriótico. Ambos hechos fueron positivos para la Nación, pues contribuyeron a salvar la crisis política y a consolidar la democracia.

"Acción Democrática Nacionalista transitó por los caminos de las derrotas y los triunfos. Yo, como jefe nacional del partido, gané y perdí junto a los míos. Tuve triunfos, inesperados tal vez, y decepciones muy grandes. El peso de mis siete años de gobierno de facto fueron decisivos en mi actividad política, aunque mi contribución a la democracia, de la que soy un absoluto convencido, fue grande.

"Será necesario hacer una evaluación comparativa de lo que habría sido Bolivia, inmersa en los tumultos de un enfrentamiento anárquico y sin horizonte, y la Bolivia que entregamos al final de nuestro mandato, con demandas y errores seguramente, pero fortalecida y a salvo de otros peligros que, a mi juicio, hubieran sido incalculables."

Al final venía su renuncia, formulada en estos términos: "La política, como todas las cosas en la vida, tiene un comienzo y un fin. En mi caso particular, creo que ya ha llegado la hora de mi repliegue para dar campo a muchos militantes adenistas. Veinte años en el quehacer político y más de catorce años en la jefatura de ADN son demasiado.

"Hoy, desde Santa Cruz, desde mi hogar, anuncio mi retiro de la actividad política, lo que de modo alguno significa el alejamiento de mi partido, al que debo tanto.

"Para finalizar, quiero agradecer con gran emoción a mi partido, que se engrandeció en la oposición y que se convirtió en una fuerza decisiva en el acontecer político nacional. Que Dios bendiga y acompañe siempre nuestros sanos propósitos; a nuestro querido pueblo, que siempre llevo en el alma; a nuestros compañeros de lucha; y que, en estos momentos difíciles ilumine también a quienes nos gobiernan.

"Quiero insistir una vez más en que si busqué el poder, fue en un afán de servicio a mi país, Bolivia, al que he consagrado toda mi vida. Seguiré haciéndolo mientras pueda. Hasta el fin de mis días estaré consagrado a mi patria y a mi partido."

Su larga trayectoria política culminaba con esta frustración inmerecida. Visible su desencanto, habría de quedarle la satisfacción de haber sido leal consigo mismo al ejercer durante cerca de veinte años la praxis democrática demostrando con su desinteresado ejemplo y múltiples renunciamientos, que el objetivo que había perseguido invariablemente era servir a su Patria. Nada más ni nada menos.

Epílogo

Nota preliminar

Los diez capítulos que anteceden fueron escritos en Ginebra en 1994, por iniciativa exclusiva del autor, obedeciendo a un sentimiento de gratitud personal hacia cierta noble acción del general Banzer en un doloroso drama familiar acaecido en La Paz, algún tiempo atrás. Por tal razón en el libro se procuró destacar primordial, aunque no exclusivamente, aspectos positivos de su primera presidencia, en la certeza de que otras fuentes habrían de señalar aquellos controversiales. Será la Historia, gracias a la perspectiva y serenidad que confiere el Tiempo, la que diseñe la imagen final.

La versión original del libro concluía en dicha fecha, 1994. Los acontecimientos que sobrevinieron después se incorporan en este "Epílogo", para cuya redacción el autor ha recurrido a la generosa colaboración de su amigo don Manfredo Kempff, leal colaborador del general Banzer y sin duda uno de los hombres más próximos a él en los últimos quince años. A dicho escritor y diplomático pertenecen las siguientes páginas, relativas a lo ocurrido desde 1994 hasta el 6 de agosto de 1997.

A.C.

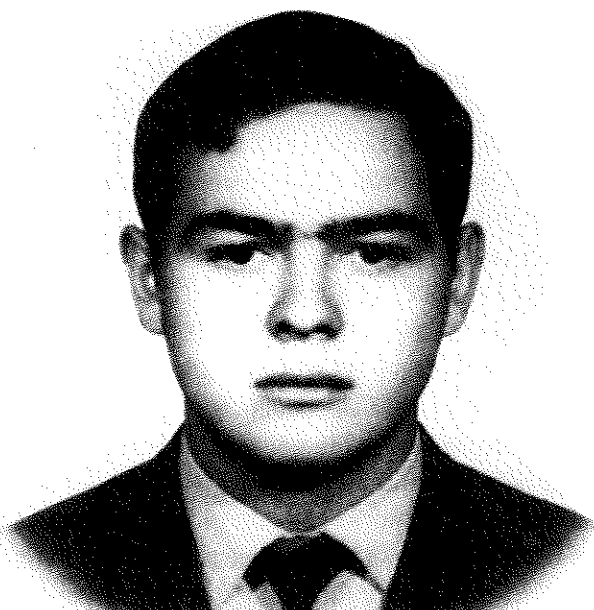
Relato de Manfredo Kempff Suárez

El general Banzer estuvo, durante los meses que siguieron a su alejamiento de la política y la renuncia a la conducción de ADN, el 13 de noviembre de 1993, en un abatimiento visible, reacio a las reuniones y los amigos. Reanudó los viajes a su hacienda de San Javier, en Chiquitos, y se

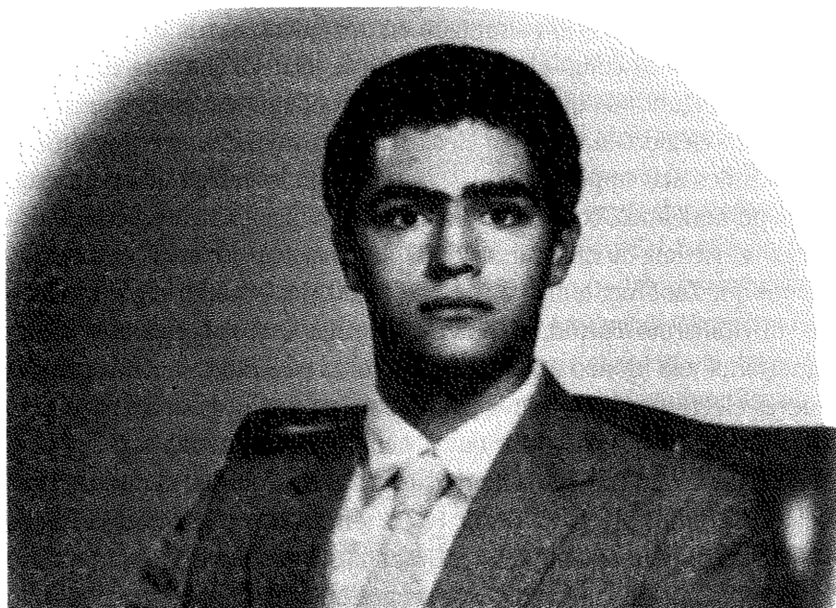
tomó algunos días de descanso en Buenos Aires, ciudad que tanto a él como a su esposa les agrada verdaderamente. El entorno familiar era su sostén en aquellos días de derrota, aunque siempre recordaba con tristeza a Boris y Martín, evocaciones que se agrandaban en los momentos de incertidumbre y reflexión y que lo afectaban anímicamente. Volvió a las faenas del campo y esperaba que los días pasaran rápidamente atendiendo su ganado y sus pastizales en El Potrero. Aprovechaba su tiempo libre, que antes jamás había tenido, en la reparación de motores, ingenios, y en actividades manuales que eran útiles en el campo y que lo distraían. Añoraba montarse en uno de sus caballos y salir a galopar por la pampa como lo había hecho siempre, pero desde su operación en las vértebras cervicales, eso ya no era posible.

Alejado de la vida social de los políticos, tan llena de agotadores compromisos, volvió a su frugalidad de siempre, al horneado camba, al majadito y al locro, a las salchichas con puré y a los refrescos de tamarindo y de biter. En los atardeceres tomaba el fresco con doña Yolanda y alguna de sus hijas, como es costumbre entre los cruceños, y con la charla familiar venía, inevitablemente, el comentario político, aquel recuerdo molesto y permanente. ¿Dónde había estado el error? ¿Qué había sucedido para que la política le hubiera jugado tan mal? ¿Cómo era posible que todo se desbaratara de buenas a primeras? ¿Era Jaime Paz el que había movido las piezas con inusitada maestría para dejarlo fuera y volver en 1997? ¿Era Sánchez de Lozada el que lo iba a jubilar definitivamente? ¿O era el Partido el que no había respondido y estaba agotado? Y peor: ¿Sería él mismo quien ya no tenía más credibilidad ni predicamento? En las largas noches que se hacen más extensas cuando el espíritu está sin sosiego, fumaba pese a su bronquitis, y no hacía más que meditar en lo que había sucedido y, pese a darle vueltas a todo lo acontecido, no encontraba respuestas claras. Lo único cierto era que había perdido todo lo que le costó armar en quince años de trabajo y de sacrificio. Lo palpable era que se había retirado de la política y que había cedido la jefatura de ADN, su obra.

Pero la política es imprevisible y así como un hombre puede estar abatido un día por un contratiempo, así también se lo puede requerir de improviso porque las circunstancias lo exigen. Los ejemplos históricos



Boris Banzer Prada.



Martín Banzer Prada.

son pródigos en esos hechos. El gobierno de Sánchez de Lozada pasaba con lentitud y pesadez, inmerso en reformas poco claras, perdiendo popularidad; pero la oposición era escasa y no aprovechaba las vacilaciones y desaciertos del MNR y sus aliados para actuar como la gente pedía, es decir asestando golpes certeros a la mala conducción del Ejecutivo. Paz Zamora estaba muy débil y era víctima de una sañuda persecución del gobierno como para poder contraatacarlo con fuerza. Y Palenque seguía como siempre, duro en sus críticas pero errático, sin brújula, disparando sus andanadas al aire. Max Fernández amenazaba diariamente al gobierno y parecía inminente su retiro de la coalición pero de inmediato Sánchez de Lozada lo convocaba a su residencia o al Palacio para llamarlo al orden haciéndolo desistir de sus intentos, dando la sensación de que lo atemorizaba en cada encuentro.

Existía, entonces, un vacío en la oposición, que por cierto no atinaba a llenar ADN sin Banzer. A medida que transcurrían los meses, el deterioro del Partido era mayor y Jorge Landívar, a quien el General había dejado en el cargo, no sólo tenía cada día más frentes internos opuestos en ADN, sino que se alejaba de él inexplicablemente. Landívar, quien inicialmente había heredado la jefatura con gratitud, puso distancias con el ex jefe y entonces se vio enfrentado en una guerra sorda con otros adenistas, meritorios como él, que admitían la jefatura absoluta de Banzer pero de ningún otro que no fuera el ex Presidente y menos que no hubiera sido elegido en una puja electoral. El Partido, entonces, perdió sus condiciones más importantes, las virtudes que lo habían llevado a estar en la primera línea, como eran la unidad y la disciplina. Comenzó a disgregarse, víctima de camarillas y de aspiraciones que, con los mismos derechos que Landívar, tenían otros. Ni Ronald Mac Lean, ni Fernando Kieffer, ni Guillermo Fortún, ni por cierto Jorge Quiroga, encontraban en Landívar al jefe idóneo a quien seguir. Por el contrario, muchos querían nuevas elecciones y un nuevo jefe que debería salir de quienes estaban en la lucha partidista. Es decir que el general Banzer no era contemplado en la disputa que empezaba a preocupar a todos, porque él mismo había dejado el campo abierto a otros. Había afirmado que era necesario que viniera gente nueva a conducir los destinos del Partido. Es decir que abrió las compuertas de la represa. Lo más grave, ciertamente, es que alejado

el General, cada uno de los jerarcas adenistas se creía con suficientes merecimientos para asumir la jefatura, tanto mejor si Banzer no entraba en la disputa. Jorge Quiroga, todavía sin arrastre partidario, no terciaba en la pugna por la jefatura.

Si bien es cierto que ADN estaba en un remolino de pasiones y ambiciones personales y que los adenistas iban tomando posición respecto de cada una de las cabezas visibles –Landívar, Mac Lean, Kieffer, principalmente– había una corriente esencialmente banzerista que respetaba a regañadientes la decisión del jefe de retirarse, pero que no estaba conforme con lo que acontecía en La Paz, donde se estaba produciendo la lucha por el poder partidario. Esa corriente banzerista empezó a movilizarse cada vez con mayor frecuencia hacia Santa Cruz para hablar con el General y tratar de disuadirlo de su propósito de apartarse definitivamente de la vida política. Al comienzo fueron insinuaciones que Banzer oía sin escuchar, hasta que la persistencia causó su efecto y el General empezó a meditar en la necesidad de volver al ruedo y retomar las riendas del Partido para evitar su destrucción y para enderezarlo hacia una oposición vigorosa y eficiente.

Comprendió que las voces de los parlamentarios adenistas, sin cohesión por falta de entendimiento, no conducían a nada y que lo importante era –como había sido siempre– un partido unido. Resultaba obvio que en estas reuniones en la casa del barrio de Equipetrol, en Santa Cruz, nadie le mencionaba otra candidatura presidencial. Pero estaba claro también que si Banzer reasumía la conducción partidaria ningún otro adenista podría ser candidato presidencial. El problema era el siguiente: ¿Cómo hacer que Banzer fuera nuevamente el jefe efectivo del Partido y no el simbólico Jefe Fundador como era entonces? ¿Se podría desmontar toda aquella maquinaria que ya estaba en marcha en La Paz? ¿Aceptarían los que se disputaban el liderazgo de ADN echar pie atrás en sus proyectos? Ese fue el primer escollo a vencer. Pero lo importante era que Banzer no era hombre para estar cómodo en la hamaca campestre y que estaba revisando su posición. Volvía a estar realmente inquieto. Había posibilidades de que se animara a dar nuevas batallas políticas. Pero ya se hablaba abiertamente de un Banzer viejo, cansado, decepcionado, y de la necesidad de una democratización total en ADN que pasaba por acabar con el

liderazgo anterior. No quedaba, entonces, sino probar fuerzas y ver si Banzer estaba acabado o no. Hubo una importante reunión en Cochabamba, en el Hotel Portales, donde estuvieron el General, su esposa y sus hijas, sus yernos, con una veintena de sus partidarios, donde se analizó la urgencia de su retorno. La reunión terminó sin que se pudiera lograr el consentimiento de Banzer a retomar el mando y más bien con una carta firmada por él a la jerarquía del Partido ratificando su posición de permanecer en la sombra. Pero la situación política seguía en franco deterioro y la popularidad de Sánchez de Lozada iba cayendo de manera notoria, motivo por el cual la militancia insistía con su mirada puesta en su líder histórico. Fue así como la casa de Santa Cruz empezó a recibir cada vez más visitantes y se reinició el peregrinaje a El Potrero en San Javier, ante un Banzer que ya no podía negarse a revisar su actitud, resultado de la dura derrota de 1993.

Fernando Kieffer fue el primero en anunciar que desistiría de toda contienda si el general Banzer decidía volver. Landívar y Mac Lean permanecieron en silencio pero seguros de que no les cabía sino la retirada en caso de que las circunstancias siguieran su curso. Ronald Mac Lean pensaba, sinceramente, que había llegado el momento del recambio en su favor y obtuvo algunos respaldos en los cuadros partidarios que luego darían marcha atrás. Después de mucho trajín y de insistentes presiones, Banzer adoptó una posición más flexible sobre el particular: volvería si el Partido se lo pedía masivamente y si se acababan las "republiquetas" internas. El camino estaba abierto porque todos se dieron cuenta de que la única salida para ADN pasaba necesariamente por él. Hubo aún alguna resistencia de quienes habían avanzado mucho en su proyecto personal, pero ésta era cada vez más débil y desautorizada.

Así se realizó una Reunión Nacional de Dirigentes en Cochabamba y el General retomó la conducción partidaria sin mayor problema. Un año después de renunciar, luego de la Declaración firmada en Cochabamba y de otras declaraciones y resoluciones emitidas en La Paz, Santa Cruz, Oruro y Potosí, Banzer volvió, diciendo que se podía renunciar a un partido, a la política incluso, pero que no se podía renunciar a la defensa de la Patria cuando se la veía en peligro. Ya lo había hecho en 1971 cuando encabezó el derrocamiento de Torres y ahora lo repetiría en democracia.

En la Asamblea General Extraordinaria de ADN realizada el 15 de febrero de 1995, en La Paz, reasumió la jefatura, anunciando una importante reestructuración en las filas del Partido.

Como estaba previsto, la decisión molestó a los correligionarios que ya querían caminar por su cuenta, pero disgustó más todavía al gobierno. Las declaraciones del oficialismo contra la decisión fueron virulentas y alguna prensa, siempre hostil a Banzer, se alarmó expresando que él no tenía palabra, que ya había decidido irse de la política, por lo que debía cumplir con su promesa. Ninguno, por lo que se ve, entendía lo que son los tiempos en la política o si lo entendía no deseaba enterarse. Además, estaba visto que no iban a ser ni los adversarios políticos ni los enemigos desde alguna prensa quienes definieran si Banzer se quedaba en su casa o no. Eso lo decidió él. Pese a los lamentos y las críticas de unos y otros la posición del General se consolidó en ADN y pasados los meses todo se solucionó como debía ser: Banzer era el jefe, y Jorge Quiroga, Fernando Kieffer y Enrique Toro, los tres subjefes designados. La figura de Quiroga empezaba a consolidarse junto a Banzer.

Volvieron a actuar con entusiasmo el Comité Político Nacional y el Comité Ejecutivo Nacional y la oposición al gobierno de Sánchez de Lozada se afianzó. Su discurso se centraba en los errores que se cometían y en las cuantiosas omisiones gubernamentales a temas que requerían de soluciones urgentes. Se atacó con rigor el incumplimiento de Sánchez de Lozada a su ofrecimiento electoral de crear quinientos mil empleos, así como a la capitalización del LAB y sobre todo a la venta de los ferrocarriles a una empresa chilena. Aquello colmó la medida. Justamente el ferrocarril, que había sido una magra compensación por el litoral arrebatado, le era devuelto a Chile a cambio de unos pocos dólares. Banzer, convencido, le dio una estocada en el corazón al gobierno movimientista con el pleno respaldo ciudadano. Y luego siguió criticando el incumplimiento respecto a los anuncios de millonarias inversiones en Bolivia, la disminución de los impuestos que nunca sucedió, la jamás vista construcción de diez mil viviendas populares, y la manipulación política que se hacía con la Reforma Educativa y la Participación Popular. En el tema de la capitalización de YPFB, el General hizo algunos reparos duros que, como en otras materias, el gobierno recogía a veces pero sin reconocerle hidalga-

mente la iniciativa. Durante esta etapa, Jorge "Tuto" Quiroga pasó a ser el hombre de mayor confianza del jefe adenista.

ADN volvió a ser cabeza de la oposición y empezó a empujar en esa dirección a los partidos que habían estado actuando contra el MNR, desorientados y sin mucha convicción. Nada se hablaba todavía sobre unas elecciones presidenciales que estaban distantes, pero en ADN muy pocos dudaban de que ya hubiera un candidato fijo. Saltaba a la vista que había quien tomara el guante y que sería el de mayor peso en la contienda que se avecinaba. Eso sí, nadie se atrevía a pedirle a Banzer que se lanzara a su sexta campaña electoral, aunque estaba claro que si él había aceptado nuevamente la jefatura no cabía duda de que estaría dispuesto a ser otra vez candidato. Habría que convencerlo a como diera lugar, aunque se sabía que, de antemano, él iba a exigir total libertad para decidir sobre la conducción de la campaña y la supervisión del proceso electoral. Se estaba jugando la última carta y no podía permitirse una nueva derrota.

Por entonces, el presidente Sánchez de Lozada lanzaba su globo de ensayo para intentar una reelección que no prosperó porque todos los partidos de oposición y la propia opinión pública lo pararon en seco. A pesar de que Sánchez de Lozada no decía explícitamente que deseaba postularse inconstitucionalmente, o prorrogar su mandato por un año, era obvio que toleraba y hasta alentaba que algunos de sus partidarios propusieran ese absurdo. De otra manera era incomprensible que gente allegada a él insistiera tanto en la cuestión. Había los ejemplos de Menem en la Argentina y Fujimori en el Perú, así que la tentación era muy grande. Pero el recuerdo de la caída de Paz Estenssoro en 1964, por el mismo motivo, fue mayor. Había sido una lección muy dura la que dieron Barrientos y las Fuerzas Armadas. Finalmente se impuso la cordura y los intentos fueron descartados.

Como ha ocurrido desde que en 1978 Banzer dejó el gobierno, los ataques de sus adversarios no le dieron tregua y fueron, a veces, feroces. El tema de los derechos humanos fue reiteradamente invocado, sobre todo por el Movimiento Bolivia Libre, pese a que también el MNR se atrevió a hacerlo. La diferencia era, en todo caso, evidente, ya que algunos miembros del MBL habían sufrido de verdad el exilio y persecuciones durante el gobierno de facto de Banzer, mientras los movimientistas cogo-

bernaban satisfechos con él, sin que nadie los obligara y eran, por tanto, corresponsables de los desbordes –si los hubo–, principalmente en los tres primeros años. El pueblo no le creyó al MNR la inocencia que alegó respecto de su participación, con Falange Socialista Boliviana, en el Frente Popular Nacionalista que apoyó al General junto con las Fuerzas Armadas, desde 1971. Cuando el MNR atacaba a la "dictadura banzerista", aparecía una sonrisa irónica en la gente si es que, abiertamente, no se escandalizaba por esa falta de memoria. Banzer se defendió con altura y recato de las acusaciones que le hacían y sólo en una oportunidad perdió los estribos, cuando, el jefe de UCS, Max Fernández, un hombre sin muchas sutilezas, lo acusó de presuntas vinculaciones con el narcotráfico. Banzer se presentó, en persona, en la casa de Fernández, y lo encañonó con un revólver amenazándolo de muerte si volvía a difamarlo. El hecho fue todo un escándalo y la pérdida de compostura le costó muy cara porque sus enemigos hicieron, como era de esperar, un escándalo monumental, recordando los tiempos del dictador. Era su modo de actuar cuando sentía agraviado su honor y nadie lo podía convencer de lo contrario. Pero nada iba a detener a Banzer en su camino hacia el Palacio Quemado y desde luego que si antes ya había sido candidato y si, además, había ganado unas elecciones, en 1985, no iba a suceder ahora que le quisieran entorpecer la candidatura con rememoraciones del pasado totalmente intencionadas para ese fin.

Banzer empezó a mover sus fichas para la campaña que empezaría en los primeros meses de 1997. Designó como director ejecutivo de la Campaña a Carlos Iturralde, y más tarde como jefe de la oficina del Candidato a mi persona, ambos de su plena confianza. Este relato de los últimos años de oposición que me ha pedido mi respetado amigo Alfonso Crespo, está enfocado desde la situación que viví junto al general Banzer, que si bien era muy estrecha, no significaba que yo fuera importante en las determinaciones partidarias. Es, por lo tanto, una apreciación personal, con omisiones comprensibles de muchas reuniones y personajes que trabajaron arduamente en la campaña a quienes no estuve próximo y por lo tanto no los menciono en esta breve recapitulación histórica.

El centro de acción estaba en la Casa de la Campaña, en la calle Sánchez Lima; pero el General se mantuvo en sus oficinas de FUNDEMOS

en la calle Hermanos Manchego. Ahí, normalmente, al final de la tarde, se reunía todo el comando de la campaña para informar y recibir la información de la jornada. Naturalmente que además tenían sus oficinas en la Casa de la Campaña Jorge Quiroga y Fernando Kieffer, los de mayor peso político y mayores responsabilidades, y también Jaime Céspedes Toro, encargado de la publicidad y la propaganda. Patricia de Valle, hija mayor del General, estaba, asimismo, en la Casa de la Campaña, trabajando arduamente. Rolando Valdivia manejaba la administración del aparato partidario. Estaban allí, siempre, Javier Murillo, Fernando Messmer, José Rivera, Carolina Toledo, Sergio Arenas, y con frecuencia Willy Vargas, Mario Rolón, Marcelo Pérez, Franz Ondarza, Erick Reyes Villa, Guillermo Fortún, Luis Alberto y Wally Valle, Gonzalo Torrico, Mariola Materna, Jorge Soruco, Fernando Rojas, Elisa de Siles, Antonio Mariaca y una gran cantidad de gente entregada íntegramente al trabajo. Enrique Toro, Alfredo Arce y Marcelo Ostria mantuvieron sus oficinas en FUNDEMOS, como Patricia Ormachea, la eficaz secretaria del General y, por supuesto, Angel Alvarez, su fiel ayudante. Hay que anotar que los más destacados líderes regionales de ADN no trabajaban en la campaña nacional en La Paz, porque estaban dando su propia batalla en los distritos. Tal el caso de Soriano y Hoz de Vila en Cochabamba, Landívar en Santa Cruz, Guiteras en Beni, Fernández en Pando, Oropeza en Potosí, Víctor Hugo Pérez en Oruro, y así, en todo el resto de la República.

El trabajo en la Casa de la Campaña era intenso porque ahí se llevaban a cabo las reuniones políticas partidarias, se hacían las reuniones con los grupos que se iban sumando al proyecto "Banzer 97", se empezaban a elaborar los perfiles de spots y afiches del candidato, a trabajar en lo que sería la oferta electoral, y a la redacción de discursos, entrevistas y documentos. La otra faceta complicada al extremo era la de los recursos económicos. Se constituyó una comisión presidida por Marcelo Pérez e integrada por David Blanco, Javier Murillo, Alfredo Arana, Patricia de Valle, mi persona y algunos otros que peregrinamos inútilmente por todas partes en busca de un apoyo económico que era imposible conseguir. A diferencia de las campañas anteriores, los empresarios cerraron la bolsa y era vano iniciar una postulación sin dinero para nada. Marcelo Pérez fue el gran peregrino recaudador de evasivas, aunque finalmente, gra-

cias a su persistencia, logró conseguir una cifra respetable. Fernando Bedoya, por su lado, hizo lo suyo. A esto se sumaron cenas caras, kermeses baratas, peñas folklóricas, sorteos y hasta alguna comida con cubiertos de cinco mil dólares por cabeza. Inés Ackermann, Miriam Murillo, María Teresa Kempff, María Elena Iturralde, Teresa Rivero y un grupo de señoras trabajaron con mucho sacrificio en estos eventos recaudadores. En más de una oportunidad, el propio candidato tuvo que dar la cara para captar ayuda, lo que le era en extremo desagradable. Por ley, cada partido debía recibir una determinada suma de la Corte Nacional Electoral, pero se corría el riesgo de que el gobierno no desembolsara los recursos o lo hiciera al final del proceso electoral con lo que los partidos quedarían a su merced, atados de pies y manos.

Personalidades políticas del renombre de Carlos Serrate Reich, Roberto Jordán Pando, Flavio Machicao y muchos otros que habían estado muy alejados de Banzer mantenían reuniones con el adenismo en pleno, en la Casa de la Campaña. Hasta el veterano líder minero Juan Lechín, empecinado adversario de Banzer, manifestó su simpatía en favor del candidato cruceño. Extrema derecha y extrema izquierda –miembros del ex Ejército de Liberación Nacional– se daban la mano en las frías oficinas de la calle Sánchez Lima, como señal de reconciliación y vaticinio de un seguro triunfo de Hugo Banzer.

El 2 de febrero de 1997, ante una multitudinaria Asamblea Nacional, llevada a cabo en la Casa de la Democracia, en La Paz, Banzer fue proclamado candidato la presidencia y Jorge "Tuto" Quiroga como su compañero de fórmula, por ADN, la Democracia Cristiana, y los recientes aliados: Nueva Fuerza Republicana de Manfred Reyes Villa, con la adhesión de grupos menores como el MOR y el indigenista KND de Fernando Untoja y Falange Socialista Boliviana. El candidato fustigó duramente al gobierno y a lo errático y vago que había sido el llamado "Plan de Todos". Criticó cómo las capitalizaciones estaban descapitalizando al Estado, además de humillarlo con la venta de los ferrocarriles a Chile. Se refirió a la democracia boliviana y a la necesidad de acompañarla con más bienestar para el pueblo. Hubo verdadero entusiasmo entre los asistentes aunque el General no se mostró especialmente expresivo como en otras oportunidades. La prensa recogió en grandes caracteres la proclamación, cosa poco frecuente. La noticia vino acompañada de otra: el candidato movi-

mientista René Blattmann había renunciado a su empeño y se comentaba que en su lugar iría Juan Carlos Durán, lo que se confirmó después. Blattmann, pese a los anhelos de Sánchez de Lozada, no pudo imponerse ante el aparato movimientista que deseaba que uno de los suyos lo encabezara. Banzer y Jorge Quiroga viajaron a España, Alemania y Estados Unidos.

A la muerte de Max Fernández en un lamentable accidente aéreo en diciembre de 1995 y la renuncia de René Blattmann, tan desconcertante, se sumó un hecho que impactó a todo el país. El 8 de marzo de 1997 murió de un infarto, en su casa, Carlos Palenque, jefe de CONDEPA y quien le había ofrecido su apoyo a Banzer en caso de que ganara las elecciones. Su sepelio, como no podía ser de otro modo, fue impresionante y el llanto popular muy profundo. Banzer estuvo desde el primer momento acompañando la desgracia y los condepistas no hicieron otra cosa que reiterarle el apoyo que Palenque le había ofrecido en vida.

A partir de entonces, para el general Banzer todo fue un torbellino de viajes, discursos, debates, entrevistas, comidas y filmaciones. Asistía a todo lo que podía y grababa para la televisión una y otra vez, con una paciencia y tolerancia increíbles. La campaña sucia se inició también y hubo de crearse un equipo de "respuesta inmediata" que tenía que estar atento a los ataques alevosos y debidamente documentado para salir al frente con oportunidad y contundencia. Además, los miembros de la jerarquía partidaria acompañaban al candidato en sus presentaciones y, por cierto, lo defendían en el Parlamento, en la calle y sobre todo frente a una prensa que era francamente hostil, aunque la mayoría de los candidatos se quejaban de lo mismo. Curiosamente, daba la impresión de que a la prensa no le gustaba ninguno de los candidatos, lo que no dejaba de ser llamativo, ya que esa actitud no le aportaba nada bueno al proceso electoral y democrático. Quejarse de todos al mismo tiempo y ponerlos en entredicho llevaba a la confusión del público que se aprestaba a votar.

Los duelos verbales no faltaron y tanto Banzer como Paz Zamora reaccionaron con dureza contra Gonzalo Sánchez de Lozada quien, sin ser candidato, los provocaba. El General le lanzó la célebre interjección de Abaroa a Sánchez de Lozada, lo que produjo una conmoción periodística. Paz Zamora pasó a palabras más gruesas, francamente subidas de to-

no, ante las insinuaciones también muy atrevidas del Presidente, quien, a la inversa de Jaime Paz en 1993, defendía su gobierno a sangre y fuego y fustigaba a los adversarios del MNR con vehemencia.

Las encuestas fueron el centro de la atención de la ciudadanía y también la fuente de las dudas y la incredulidad. Cada partido hacía su propia encuesta o publicaba lo que quería a su entera conveniencia. Las diferencias entre una encuesta y otra eran abismales. Lo alentador en ADN era que todas, sin excepción, daban por ganador al general Banzer. Entonces, lo que buscaban Durán, Paz Zamora, Kuljis y Remedios Loza, era ubicarse detrás de él y aunque las posiciones cambiaban todos los días, se presagiaba que la segunda ubicación sería, al final, para el MNR, lo que era altamente riesgoso para el General.

Entre tanto *show* electoral y tanta fanfarria publicitaria, el candidato de ADN empujaba la conclusión del Compromiso Electoral de la Alianza. Lo había encargado hacía un año y aún estaba por hacerse. Hubo que tomar en cuenta la opinión de los aliados en algunos temas centrales, así que no era muy fácil llegar a tener la redacción final. Por cierto que el MNR no iba a dejar pasar esa oportunidad y no hacía sino acusar a ADN de que no tenía un programa de gobierno, lo cual preocupaba a Banzer y martirizaba al director ejecutivo de la campaña, Carlos Iturralde. El documento se imprimió recién el 26 de abril y el oficialismo empezó a desmenuzarlo a su gusto, diciendo que era ambiguo, insulso e inaplicable. Pero, a fin de cuentas, lo que importaba era tenerlo, que fuera serio, y hacerlo conocer profusamente, como se hizo.

Existía un preocupante rumor en el sentido de que el gobierno estaba próximo a entregar a todos los ciudadanos mayores de sesenta y cinco años una ayuda económica que, para ser cobrada, requeriría de un carnet que llevaba el color rosado del MNR. El asunto no era creíble, desde el momento en que se trataba de recursos del Estado, producto de la venta de parte de las empresas que se habían capitalizado. El 5 de mayo apareció el llamado Bonosol, efectivamente con los colores y el emblema del MNR en el documento de cobro. Ese fue uno de los actos de cohecho más vergonzosos que se recuerda en la política boliviana. Y el más demagógico de todos. En un país paupérrimo, repartir dinero en las calles a nombre de un partido, por inaudito que fuera, era algo que podía dar vuelta

la elección. Tal vez ése fue el momento más peligroso para el general Banzer, porque se hizo una propaganda masiva en la radio, televisión y prensa, con declaraciones de una multitud de gente agradecida que recibía casi doscientos cincuenta dólares del MNR en lugares donde flameaban banderas de ese partido y aparecían sus candidatos, con dinero que no era de ellos. Fue una jugada maestra, sin duda, pero inmoral. Inmoral no sólo por corromper al votante sino por el hecho –sin precedente en el mundo entero– de que en uno de los países más pobres del planeta se repartiera plata a manos llenas en calles y plazas con fines electoralistas.

La campaña llegó a su fin luego de los debates televisivos a los que asistieron los principales candidatos. Eran insólitos exámenes ante el público, con los riesgos consiguientes.

Banzer cerró su campaña en La Paz, el 25 de mayo, y el acto fue impactante. Parte del éxito se debió a una formidable organización de Oscar Daza, Kieffer, "Chito" Valle y los altos militantes paceños. El candidato debió ir esa misma noche, agotado, al último debate propiciado por los periodistas en el Banco Central. Ya no se le podía pedir más esfuerzo. Luego asistió a las otras capitales también para concluir la lucha electoral. Acabada la campaña y pese al Bonosol y la guerra sucia, se tenía la seguridad de vencer. Se había llegado al final del camino con fuerza, sorteando todas las trampas. Lo decisivo era saber cuál sería la diferencia con el segundo y cómo se podría componer una mayoría en el Parlamento. Las opiniones eran dispares en cuanto a los resultados y a los posibles aliados. Lo que estaba claro era que se iba a ganar y que un aliado fijo sería el MIR, pese a que Jaime Paz y altos dirigentes de ese partido estaban observados por los Estados Unidos. Ese hecho, el veto norteamericano, era la esperanza del MNR para que Banzer no constituyera mayoría parlamentaria o mejor, para forzarlo a unirse a ellos, lo que habría sido terrible para el General y fatal para muchos de los adenistas. El MNR jugaría todavía sus cartas en ese sentido.

El domingo 1° de junio se llevaron a cabo las elecciones generales, como estaba establecido. Desde que empezaron a emitirse datos de las encuestas en boca de urna, se supo que el ganador era Banzer, pero estaba todavía en disputa el porcentaje y las bancas en el Senado, es decir, que aún no se tenían resultados definitivos sobre lo sucedido en las pro-

vincias. A las primeras horas de la tarde, militantes y todo el comando de ADN estuvieron reunidos en el Hotel Radisson, junto al candidato y su familia. Hubo momentos de verdadera euforia, cuando las cifras parecían contundentes y de desazón cuando se perdía en algunas ciudades importantes que se creían seguras. Perder nuevamente en Santa Cruz fue lo más doloroso para Banzer, peor todavía cuando ni siquiera se pudo retener el segundo lugar y ADN se quedó sin un solo senador. Hacia el final de la noche había una ventaja aceptable, aparentemente inamovible, pero que no era como para cruzarse de brazos. De todos modos, cuán distante estaba esta elección de la de 1993, cuando la paliza recibida fue soberana y a ADN no le quedó más que aceptar la derrota sin siquiera aspirar a construir ninguna alianza parlamentaria. Banzer emitió esa misma noche un mensaje muy mesurado donde se declaraba ganador de las elecciones y agradecía el voto ciudadano.

Desde el día siguiente se sucedieron las reuniones políticas. La victoria había sido muy estrecha y había que consolidarla. En lugar de que el proceso concluyera y viniera una etapa de descanso, estaba visto que los días por venir serían más intensos y de mayor cuidado. Afortunadamente se coincidió en que había que actuar de inmediato y sin vacilaciones. Se constituyó una comisión negociadora presidida por Jorge Quiroga, e integrada por Guillermo Fortún, Walter Guiteras, Mauro Bertero y Erick Reyes Villa, para buscar la mayoría necesaria en el Parlamento. El tema de la gobernabilidad, es decir, el reparto con los socios, se vería después. Y así fue, porque el miércoles 4 de junio se llegó a un acuerdo con UCS y con el MIR, es decir sin que se apagara todavía el rescoldo de las elecciones. Se reunió la Comisión Nacional de Campaña para escuchar el informe del General sobre el acuerdo parlamentario. Dijo que ese mismo día 4 se arreglaría, además, la incorporación de CONDEPA. Aprobado sobre tablas, la alta dirigencia fue convocada al Hotel Radisson para las seis de la tarde. A las seis y media se presentaron Banzer, Paz Zamora, Johnny Fernández, Ivo Kuljis, Manfred Reyes Villa, Benjamín Miguel, y por supuesto, Jorge Quiroga y todos los candidatos vicepresidenciales de las otras fuerzas afines. Hablaron Banzer, Paz Zamora y Fernández, sobre un gobierno de concertación, solidario y eficiente. Después se brindó con champán. Hubo muchos abrazos, parabienes y sobre todo codazos y dis-

putas por las sillas de primera fila. Era la hora de hacerse ver. A las 11 de la mañana del viernes 6 se firmó el acuerdo con CONDEPA, por lo que se podía pensar en obtener unos ciento veinte parlamentarios contra treinta y siete que sería lo más a que podría aspirar la oposición. Habría dos tercios amplios en el Congreso, suficientes para sentirse seguros.

El MNR quedó sorprendido con la ágil e inmediata composición del bloque que haría viable el acceso de Banzer a la presidencia. Y, además, el MNR se quedaría como Banzer en 1993: sin derecho a pataleo. Echadas las cartas, le quedó una remota posibilidad a ese partido: envió a los Estados Unidos una misión secreta para indisponer, aún más, las relaciones del MIR con el Departamento de Estado, con la esperanza de malograr el acuerdo con ADN. Una maniobra similar se había hecho en 1989, cuando presionó al General a través del embajador norteamericano en Bolivia, para que no le diera su apoyo a Paz Zamora y ungiera presidente a Sánchez de Lozada. Se denunció que el MNR había contratado por cincuenta mil dólares a un grupo "lobbista" norteamericano cuya misión sería desacreditar al nuevo gobierno por constituirse. El comando conspirador movimientista estaba instalado en el hotel Watergate de Washington, nada menos. De inmediato, el mismo 6 de junio, el general Banzer convocó en su domicilio a Kieffer, Iturralde, Ondarza, Vargas, Murillo, Ostria, Rivera, a mí y a algunos más para comunicarnos que esa misma noche partía para los Estados Unidos a contrarrestar la intriga política. Allí se encontraría con Jorge Quiroga, Mauro Bertero, Doria Medina, Jorge Crespo, Ivo Kuljis y Johnny Fernández, sus correligionarios y aliados. Con mucho trabajo llegaron hasta el final de la madeja y desbarataron la conjura. Una más de las muchas minas antipersonales que Sánchez de Lozada le ha puesto a Banzer en su camino a lo largo de los últimos diez años. Y una más de las sucesivas maniobras del MNR en contra del MIR, partido al que ha tratado de enterrar a cualquier precio. La actuación de Jorge Quiroga en los Estados Unidos fue de mucha importancia y así lo hizo saber el candidato ganador a su regreso, cuando lo felicitó públicamente.

Con todo en marcha y sin el riesgo de alguna sorpresa de última hora, el viernes 20 de junio se reunió el Comité Político Nacional presidido por Banzer, otra vez en la Casa de la Democracia. Se oyeron los in-

formes de todos los jefes de campaña departamentales y, como en todo partido político, se escucharon también quejas y ataques entre los mismos adenistas y amenazas veladas que el General trataba de que pasaran inadvertidas. Banzer fue muy aplaudido pero después de los aplausos rogó a los miembros del Comité que no lo presionaran más con exigencias de ministerios, prefecturas y embajadas. Explicó que la coalición era muy grande y que no quedaría mucho para los presentes en la reunión. Esa misma noche partió rumbo a Santa Cruz para luego embarcarse hacia la Argentina, Brasil y Paraguay.

Entre tanto se trabajaba arduamente en la reforma del Poder Ejecutivo, que necesitó de muchísimas reuniones e interminables discusiones. Asimismo, en la Cancillería, se coordinaba todo lo que sería la transición y la transmisión del mando. La transición que propició Paz Zamora en 1993 fue muy amplia y dio pie al nuevo gobierno para enterarse oportunamente de cuanto necesitaba saber antes de posesionarse. Esta vez no fue así. Sencillamente no hubo una transición hasta el 6 de agosto, cuando los ministros cesantes tuvieron que irse a sus casas para dejar libres los escritorios a los que llegaban. Y en cuanto a la transmisión del mando, mucho hubo que pelear para que eso tampoco se convirtiera en una fiesta al gusto movimientista.

A partir de la segunda semana de julio, Banzer, con el consejo de algunos de sus más allegados en ese momento, empezó a constituir su Gabinete. No había que designar los cargos de manera matemática, es decir dividiendo el poder entre los partidos componentes de la Alianza, pero sí con cierta equidad. Carlos Iturralde fue el primer hombre que tuvo un ministerio seguro, el de la Presidencia. Javier Murillo quedó a cargo de la Cancillería. Después se supo que Edgar Millares estaría en el importante Ministerio de Hacienda y la mayor sorpresa de la temporada: Guido Nayar, ministro de Gobierno. El Ministerio de Defensa que estaba presuntamente reservado para un militar, lo ocupó Fernando Kieffer. Tito Hoz de Vila fue al Ministerio de Educación y Ana María Cortés de Soriano, como ministra de Justicia. Al MIR le correspondió el Ministerio de Trabajo, con Leopoldo López y el de Salud con Tonchi Marinkovic. Jorge Crespo, también mirista fue, como invitado especial del Presidente, al cargo de ministro de Comercio Exterior e Inversión. Erick Reyes Villa, como

representante de Nueva Fuerza Republicana, fue nombrado ministro de Desarrollo Sostenible. Ivo Kuljis de UCS ocupó Desarrollo Económico. Los condepistas Javier Escobar y Freddy Conde fueron a Vivienda y Agricultura respectivamente. Después de la asunción del mando fueron convocados al Palacio, para ocupar altas funciones, Mauro Bertero, como portavoz del gobierno y viceministro de Coordinación Gubernamental, Patricia Valle como secretaria privada del Presidente, Marcelo Ostria como secretario general del Palacio, Franz Ondarza como asesor, José Luis Lupo, también como asesor en Prensa y Rolando Valdivia, siempre en la administración. Esa fue la composición del Poder Ejecutivo y la parte visible del entorno inmediato del Presidente. Yo fui designado embajador en la República Argentina, reintegrándome, después de cinco años, al Servicio Exterior.

El 16 de julio el general Banzer revisó el discurso de posesión en el Congreso para el 6 de agosto y ordenó algunos cambios. Como es habitual en estos casos, el documento recién estuvo concluido el 31. Las puntadas finales, en limpio, se dieron recién el día 4 de agosto en la tarde. Esa noche el Congreso votaba masivamente por Banzer y en horas de la madrugada cuando concluyó la votación, donde cada parlamentario justificaba su voto, Banzer se convertía en Presidente Constitucional Electo, lo que provocó una intensa emoción entre sus correligionarios y amigos. Se había dado el último paso para ocupar constitucionalmente el sillón presidencial.

El 6 de agosto en la tarde, cumpliendo con la voluntad soberana del pueblo, Banzer asumió la Presidencia Constitucional de la República. Diecinueve años de dura lucha en democracia lo habían llevado a una hazaña única en América latina, inédita hasta ese día: que un ex mandatario de facto se convirtiera en presidente constitucional. Antes de ingresar al Palacio, el general Banzer y su esposa doña Yolanda, apartándose de la gente que los aclamaba, ingresaron a la Catedral para orar arrodillados por una mejor suerte para Bolivia.

El deseo de Banzer de demostrarles a sus adversarios que también podía ganarles en democracia, que la democracia no estaba sólo reservada para graduados en universidades fabricantes de presidentes o recitadores de mamotretos caducos, lo llevó a transitar por la Historia nacional



El presidente y su esposa en la catedral de La Paz.

como uno de los más importantes políticos y estadistas bolivianos del siglo XX, con el beneplácito de la mayoría de sus conciudadanos y con el disgusto agrio de unos pocos, lo que es inevitable.

M.K.

Sólo cabe añadir que el 6 de agosto, el Presidente dirigió al país su primer mensaje como Primer Mandatario, esta vez constitucional. Entre otros conceptos, expresó:

"Después de diecinueve años de lucha en democracia y de defensa sin sosiego los altos valores que señala la convivencia entre hermanos, hoy, en el día de la fundación de la República, cumpliendo la voluntad soberana del pueblo, asumo la Presidencia Constitucional.

"Declaro que ejerceré este mandato con determinación democrática guiando mis actos por los sentimientos del pueblo, escuchando su voz, atendiendo sus aspiraciones y cuidando sus intereses. Seré el último presidente de un siglo que concluye y el primero del siglo XXI, cuando la Humanidad ingrese en un nuevo milenio. Por esa circunstancia siento que la tarea de gobernar será mucho más ardua.

"Sé que existe inquietud legítima en nuestro pueblo y por ello se pregunta qué va a hacer el nuevo gobierno en las actuales circunstancias. Es, debo admitirlo, una preocupación justificada. No somos, lamentablemente, un país próspero, ordenado y en condiciones propicias para estimular el desarrollo. Pesa sobre nosotros el costo de las reformas emprendidas durante los pasados cuatro años. Las inversiones en su mayoría son promesas que aún no han tenido efectos en el área del empleo.

"He empeñado mi palabra con el pueblo y con los partidos que me acompañan y no defraudaré ni a uno ni a otros... En este sentido no puedo menos que referirme al 'Compromiso por Bolivia' que ha hecho posible constituir la coalición que nos respalda.

"Los gobiernos tienen misiones concretas que les confía la Historia. Nuestro desafío inmediato consiste en impulsar el crecimiento económico como parte inseparable del desarrollo humano, dando prioridad a la educación y la salud, al empleo estable y sin comprometer las condiciones de vida de las generaciones futuras.

"Hemos manifestado antes y reiteramos hoy, que no pregonamos expectativas desmesuradas y que nuestra base de administración del Estado se asentará en el ofrecimiento de mayores oportunidades de empleo y mejores ingresos para la enorme población desocupada; la equidad que permita reducir la pobreza en que están sumidos siete de cada diez bolivianos; la justicia e institucionalidad que son necesarias para que nadie se sienta marginado ni ultrajado en el ejercicio de sus derechos; y la dignidad de los bolivianos, que jamás debe ser menoscabada, para superar el estigma del narcotráfico."

A continuación, el Presidente enumeró otros de sus planes de gobierno, relativos a reformas de la Constitución y del Poder Judicial, el estímulo a las exportaciones; el apoyo a la micro empresa y a los trabajadores independientes; la salud y educación populares; el problema del narcotráfico; la integración de las cuencas amazónicas, andina y platense con comunicaciones, energía y carreteras. Advirtió, por último, que sería implacable a la hora de sancionar la corrupción.

Respecto al problema marítimo dijo: "Repondremos la jerarquía histórica que corresponde a la causa marítima de Bolivia, objetivo permanente e irrenunciable de nuestra política exterior".

Concluyó con estos términos: "He jurado hace unos momentos respetar la Constitución y las Leyes de la República. Juro, asimismo, entregar enteramente los años de mandato que he recibido en beneficio de mi pueblo. Mi voluntad es cumplir con ese propósito y empeñaré todas mis fuerzas para lograrlo.

"En este sagrado recinto, teniendo como testigo a toda la Nación, les pido a los hombres y mujeres de Bolivia y a quienes deberán legislar y contribuir al ejercicio de una sana democracia, que tengan confianza en mi palabra y en mi decisión de servir. Estoy seguro de que juntos avanzaremos hacia un futuro que será promisorio para todos. Dios nos ilumine el camino que tenemos por delante."

Finalmente, acompañado por los presidentes Menem, de la Argentina; Sanguinetti, del Uruguay; Samper, de Colombia; Alarcón, del Ecuador; Wasmosy, del Paraguay; Fujimori, del Perú; Caldera, de Venezuela; Olivera, vicepresidente del Brasil y el príncipe Felipe de España, se

dirigió al Palacio de Gobierno y desde el balcón principal saludó a la multitud, congregada en la Plaza Murillo, que lo aclamaba.

Tal fue, probablemente, uno de los momentos más emocionantes de toda su larga trayectoria política. Por fin satisfacía el anhelo perseguido durante tantos años: saludar a su pueblo como presidente constitucional.

Ahora sólo le restaba hacer realidad la promesa de conducirlo hasta el nuevo siglo luego de cumplir los cuatro galardones que prometía: equidad, oportunidad, institucionalidad y dignidad. A ellos se consagraría en los cinco años que tenía por delante.

Tal ha sido el "Destino de un Soldado".



Hugo Banzer con el presidente norteamericano Bill Clinton.



Banzer y el Secretario General de las Naciones Unidas



Hugo Banzer con Fernando Henrique Cardoso, presidente del Brasil.





Banzer con Menem y Wasmosy, presidentes de Argentina y Paraguay, respectivamente.



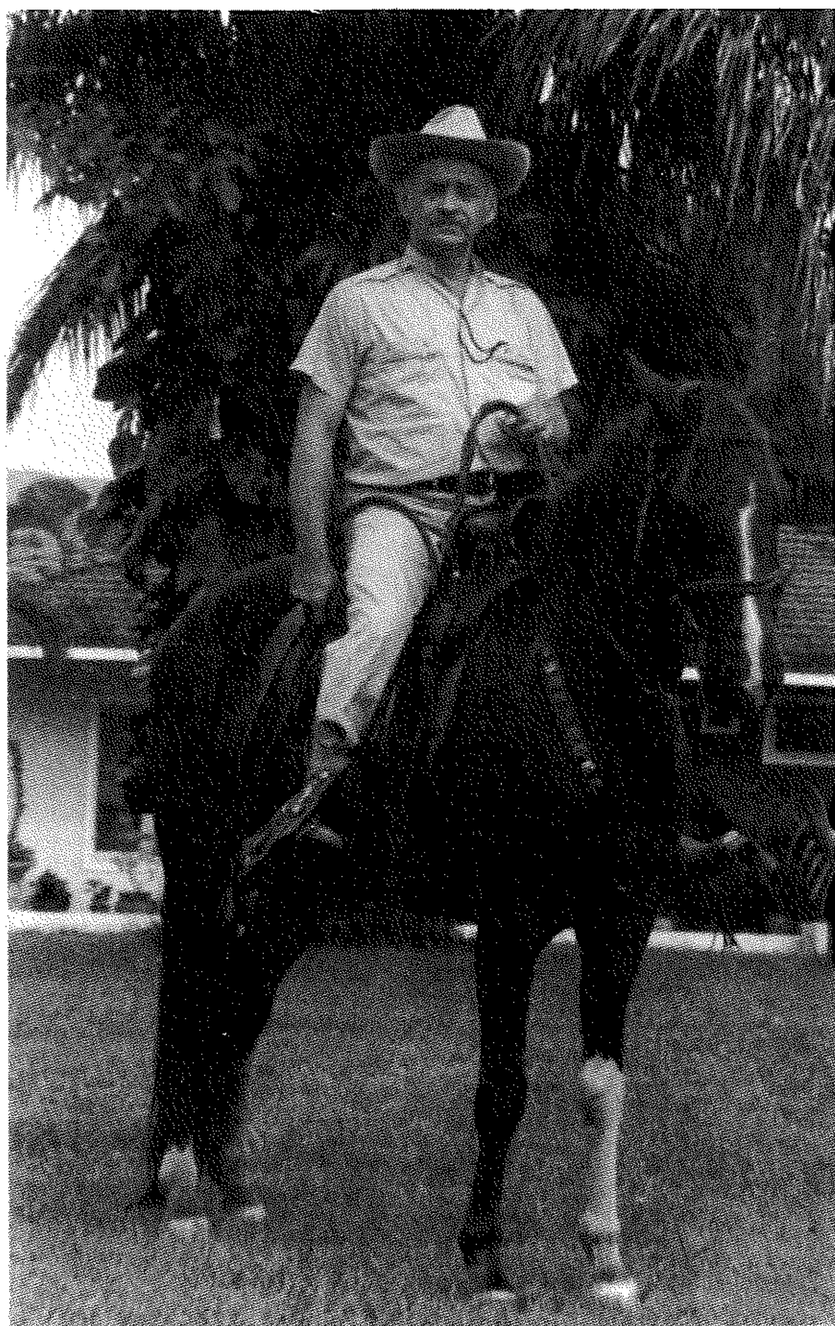
Hugo Banzer con el presidente Julio María Sanguinetti, de Uruguay.



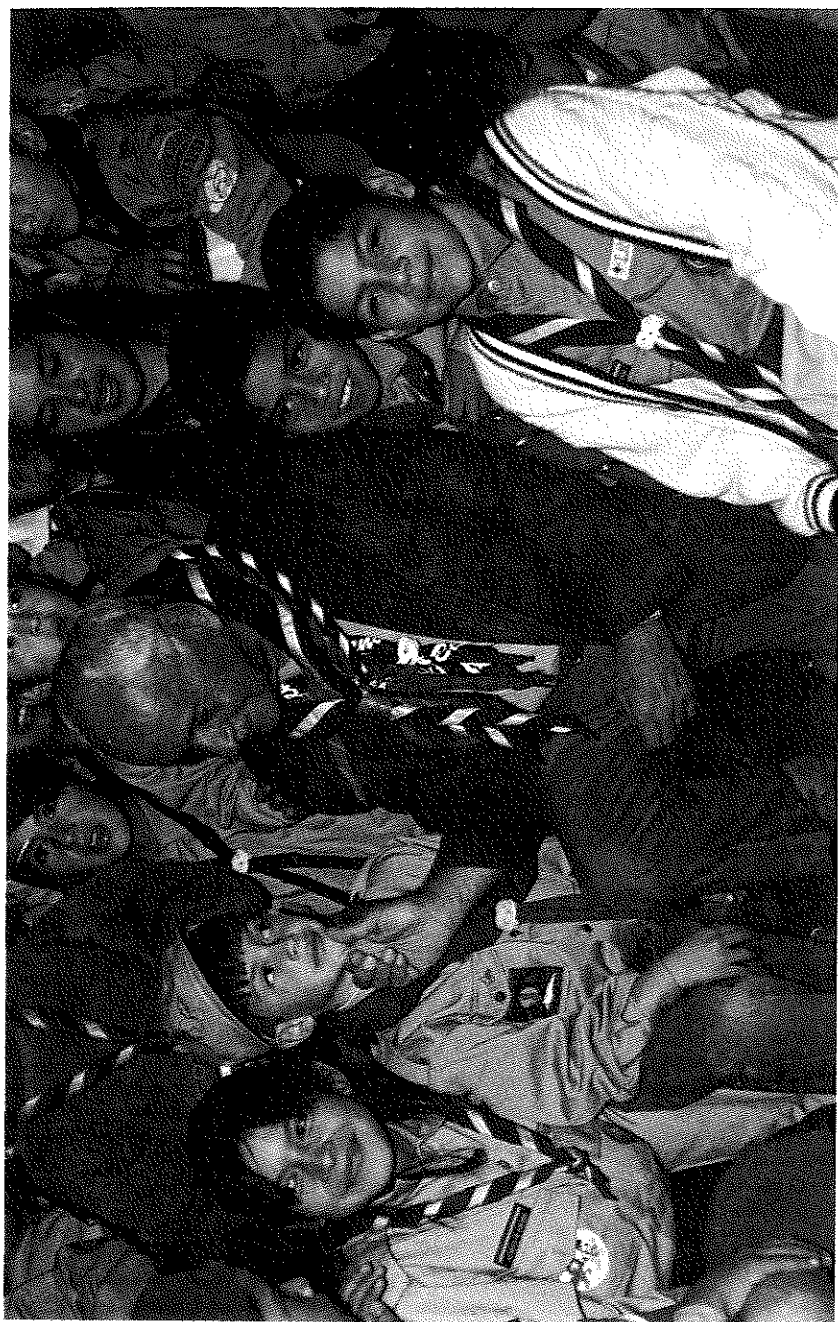
Hugo Banzer con José María Aznar, jefe del gobierno español.



Hugo Banzer y el presidente mexicano Ernesto Zedillo



Hugo Banzer, en Chiquitos.





Hugo Banzer con los presidentes andinos.

Esta edición se terminó de imprimir en
Febrero de 1999 en Gráfica Laf s.r.l.,
Loyola 1654 - (1414) Capital Federal

